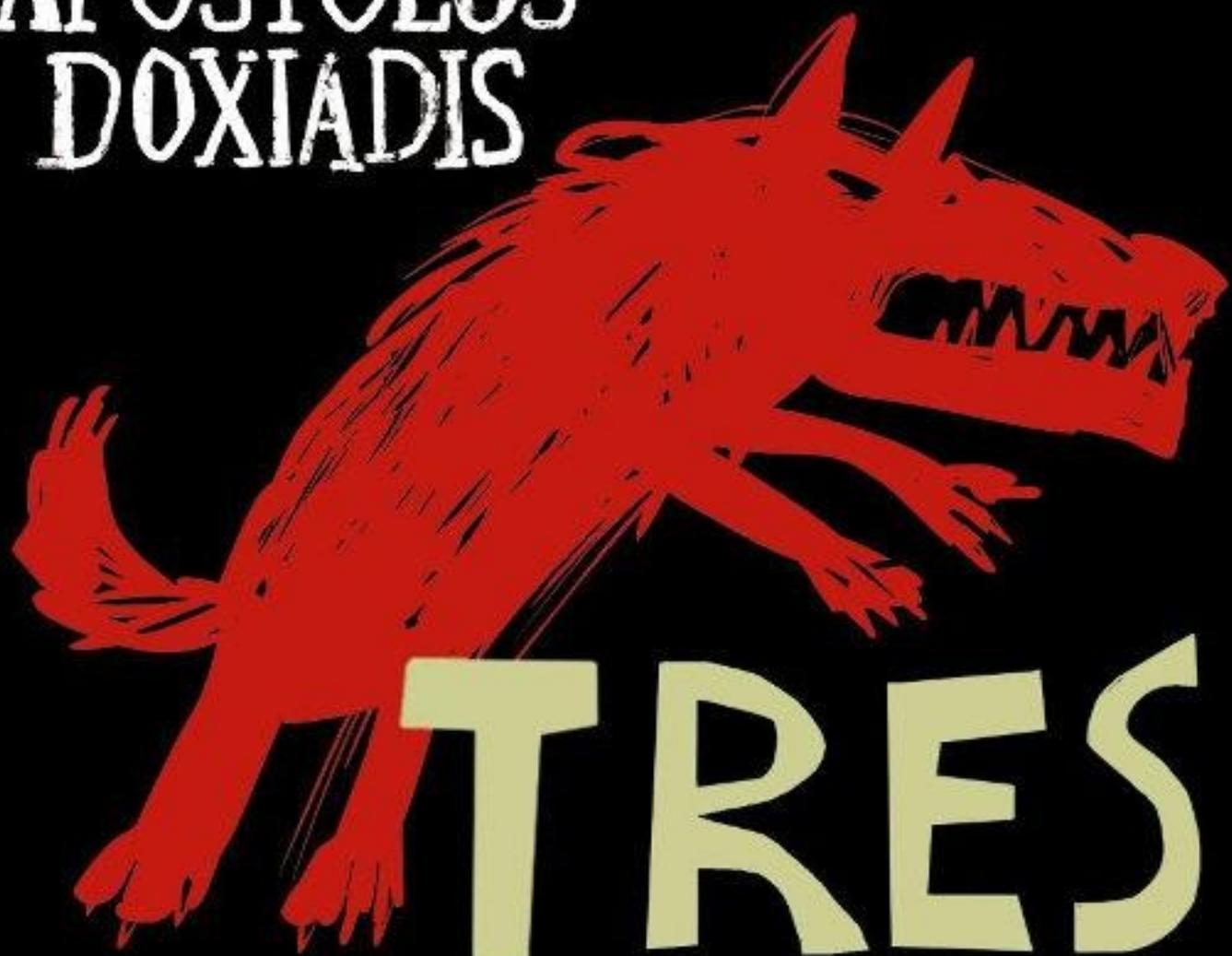


APOSTOLOS
DOXIADIS



TRES CERDITOS



se

Lectulandia

¿Qué haríamos si supiéramos cuándo vamos a morir? Benvenuto Franco, un zapatero y emigrante italiano que ha americanizado su nombre por el de Ben Frank, amargado por las deudas y la pérdida de su esposa, mata en una pelea de bar al único hijo de Tonio Lupo, un temido capo de la mafia neoyorquina. De nada le sirve el ser condenado, Lupo le lanza una *maledizione*: sus tres hijos serán asesinados cuando cumplan la edad de cuarenta y dos años, la que tenía el suyo al morir. Le encomienda su venganza a un sicario, Peppe Terranova. Los hijos de Frank, como los tres cerditos del cuento, construyen sus defensas para evitar ser asesinados: acumulando una fortuna para pagarse la seguridad, refugiándose como artista en el *glamour* de Hollywood para hacerse invulnerable, cambiando de identidad... Pero ¿podrán sobrevivir a la maldición? ¿Podrán evitar su cita fatal con el destino? Situada en la primera mitad del siglo xx, con notas de *jazz* de fondo y referencias históricas a la ley seca, el cine mudo, el colonialismo, el fascismo... Apostolos Doxiadis construye en *Tres cerditos* una absorbente novela de intriga y de aventuras, que es además una original reflexión con tintes de tragedia griega sobre el destino, la suerte y la libre elección. Una fábula en clave moderna sobre la eterna cuestión de cómo poder engañar a la muerte.

Lectulandia

Apostolos Doxiadis

Tres cerditos

ePub r1.0

Titivillus 05-05-2018

Título original: *Three Little Pigs*
Apostolos Doxiadis, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRIMERA NOCHE
4 de enero de 1974
En una institución benéfica situada en los Alpes

ME PREGUNTÓ ANTES, amable *signore*, mientras nos tomábamos esa horrible *zuppa di cipolle*, si en mi dilatada experiencia (con esa expresión ha querido referirse, muy diplomáticamente, al hecho de que estoy aquí, en esta *casa di riposo per anziani*, porque soy justo eso, un anciano)... Sí, eso ha dicho: si en mi dilatada experiencia he llegado a la conclusión de que una mala persona puede llegar a volverse buena... Sí, sí, ya lo sé, joven, no se altere. Sé que no han sido sus palabras exactas. Pero esa era la esencia de la pregunta, ¿no es así?... Ah, verás, no es fácil engañar a un *anziano*, si la cabeza no se le ha convertido en *zabaglione* a estas alturas, claro.

Le aconsejo que se ponga cómodo. Mi respuesta a su pregunta no va a ser breve, pero no se preocupe: aquí, por la noche, no hay nada que hacer aparte de dormir, tener pesadillas o morir por causas naturales. Pero primero asegúrese de que su aparato funciona y de que la cinta se mueve... ¿Todo bien? ¿Quiere comprobarlo otra vez?... ¿No? ¿Está seguro?... *Va bene*.

Pues ahora escuche.



HABÍA UNA VEZ, hace mucho mucho tiempo, tres hermanos.

Su padre había llegado a esta vida en un pueblo, dejado de la mano de Dios, en las montañas de Lucania, es decir, en medio del arco del pie de esa bota que es *la bella Italia*. Era un niño pobre, pobre de verdad. Pero era bueno con las manos y por eso de pequeño, en el pueblo, aprendió de un primo el oficio de la zapatería. El problema era que allí no tenía forma de ganarse la vida, así que, en cuanto creció un poco, se fue al norte, a la ciudad de Salerno. Allí encontró trabajo en una zapatería que hacía reparaciones y también zapatos a medida.

Era un buen artesano y trabajaba mucho. Con el tiempo su jefe consintió que se casara con su única hija, que se llamaba Consolata. Y pasados los años, cuando el jefe pasó a mejor vida, Benvenuto Franco no-sé-qué-más se hizo cargo del negocio.

Fue más o menos en esa época, en 1897, cuando nació el mayor de sus tres hijos, los tres hermanos que van a protagonizar esta historia. Lo llamaron Alessandro, aunque en nuestra historia será solo «Al». Pero sus padres no pudieron disfrutar de la alegría de la llegada de su bebé mucho tiempo, porque pronto se produjo el primer desastre que tuvo que sufrir la familia. Fue un accidente, un incendio. La zapatería y el taller se quemaron por culpa de un rescoldo mal apagado. Entonces Benvenuto decidió dejar Salerno y viajar hacia el oeste, siguiendo la ruta descubierta por un italiano famoso, Cristoforo Colombo, en dirección a ese trozo de tierra que recibió su nombre de otro ilustre italiano, Americo Vespuccio. ¡Ah, *signore*, los italianos deberían haber patentado América y no dejar que los británicos, los alemanes y los polacos la utilizaran gratis!

Pero bueno... Antes de subirse al barco que los llevaría allí, Benvenuto había dejado a Consolata embarazada otra vez, así que unos cuantos meses después, cuando llegaron a Nueva York en 1901, ella dio a luz al segundo hermano, Nicola, al que en esta historia llamaremos «Nick» (y también de otras maneras, pero todavía tendrá que esperar un poco hasta que llegemos a eso).

Seguro que ha oído, *signore*, que en esos tiempos los pobres de Europa pensaban que América era la Tierra Prometida. Creían que los ríos arrastraban desde las montañas pedruscos de oro puro y que las aceras de las grandes ciudades estaban cubiertas de diamantes que nadie se molestaba en recoger porque ya tenían demasiados (sí, ¡creían también que hasta los malditos perros nacían con cucharas de plata en la boca!). Por supuesto, todo eso no era más que, como dicen los americanos, «pura mierda» (disculpe a este pobre *anziano* por utilizar ese lenguaje). No había pedruscos de oro, ni aceras de diamantes. Pero sí había oportunidades. Y si trabajabas

mucho o eras listo (o ambas cosas, claro), podías sacarles partido.

Benvenuto Franco no-sé-qué-más se puso a trabajar con un zapatero muy elegante de Manhattan. Ganaba un sueldo decente y pronto consiguió un aumento y después otro. Y Consolata era una esposa con recursos que sabía aprovechar al máximo cada dólar. Poco a poco ahorraron lo suficiente para que Benvenuto, con la ayuda de un crédito de un banco, pusiera su propio negocio. Abrió un local pequeño en Brooklyn, que era tienda y taller. Pero como Benvenuto Franco no-sé-qué-más era demasiado largo para la gente de por allí, decidió hacerlo más corto. Así fue como el cartel que había encima de su tienda acabó diciendo: «Ben Frank, zapatos de lujo». Muy fino, ¿eh?

Durante los años siguientes la familia de Frank disfrutó de una vida cómoda.

El negocio iba cada vez mejor, tanto que Ben volvió al banco y pidió una hipoteca para comprar una casita cerca de la tienda. Los niños crecían fuertes y sanos y su esposa estaba feliz. Pero en 1912 llegó el segundo desastre de sus vidas, y esta vez fue mucho más grave que el incendio de Salerno. Al dar a luz a su tercer hijo, Consolata murió por culpa de una hemorragia. El bebé sobrevivió. Lo llamaron Leonardo, que en nuestra historia será «Leo».

Pero tengo que contarle algo más sobre Ben Frank: a pesar del relativo éxito que había logrado con su negocio, era un hombre débil. Cuando Consolata vivía, eso no importaba, porque ella, como suele ocurrir con muchas esposas, tenía fuerza suficiente para los dos. Pero cuando ella se fue, las grietas de su carácter quedaron al descubierto. Para buscar consuelo ante la ausencia de Consolata, Ben Frank empezó a beber. Y por si eso fuera poco, en esa época Estados Unidos decidió meterse en el lío que había en Europa, todo aquello que después se llamaría la Gran Guerra. A Ben Frank al principio le dio igual. ¿Por qué le iba a importar lo que hicieran los locos de los americanos? Pero entonces su hijo mayor, Al, que para entonces ya tenía veinte años y trabajaba en la tienda echándole a su padre una mano (muy necesaria en esos tiempos), fue llamado a filas y tuvo que irse a la guerra.

A partir de entonces los problemas crecieron. Hasta que Consolata murió, Ben Frank pagaba sus créditos regularmente. El director del banco lo llamaba «señor Frank» e iba a su tienda a comprar zapatos para él y para su mujer. Pero cuando Ben Frank se abrazó a la botella, empezó a desatender su trabajo; la mitad del tiempo estaba borracho, y sufría los efectos de la resaca durante la otra mitad. Mientras estuvo su hijo Al, este consiguió que el negocio no se viera afectado. Pero cuando tuvo que irse a la guerra, el estado de su padre se convirtió en un problema. El negocio se resintió, las ventas cayeron, y Ben Frank empezó a retrasarse en sus pagos.

¿Qué podía hacer para resolver su problema? Bueno, un hombre sensato seguramente habría decidido beber menos y trabajar más. Pero, siendo como era, Ben Frank hizo justo lo contrario: empezó a beber más y trabajar menos. Y, como muchos hombres desesperados que pasan por dificultades, se propuso resolver sus

problemas... ¿Cómo cree usted? Jugando a juegos de azar. Pero ni era un buen jugador ni sabía cuándo parar, así que la mayor parte del tiempo perdía, y las pocas veces que ganaba, se dedicaba a seguir jugando con el fin de recuperar lo que había perdido el día anterior y solo acababa perdiendo todavía más. Al final no pudo hacer frente a los pagos mensuales del crédito y se quedó sin la tienda. Después el banco ejecutó la hipoteca de la casa y Ben y sus dos hijos pequeños tuvieron que irse a vivir con una tía solterona. Nick Frank, que tenía dieciséis años entonces, dejó el instituto para buscar trabajo, aunque eso no fue una gran tragedia porque tampoco es que estuviera aprovechando mucho el tiempo allí de todas formas.

Uno de los antiguos clientes de su *papà* conocía a alguien en el Plaza, ese hotel tan elegante junto a Central Park, y consiguió que contrataran a Nick como botones. No era un comienzo profesional muy brillante, pero al menos tenía dos comidas al día y llevaba a casa un poco de dinero para que su padre pudiera bebérselo y jugárselo.

Pero entonces, en 1919, solo una semana antes de que el hijo mayor de Ben, Al, volviera de la guerra y con él llegara tal vez la posibilidad de que mejorara un poco el futuro de la familia Frank, llegó el tercer y definitivo desastre.

Escuche bien: una noche Ben Frank está en el cuarto de atrás de un bar de Brooklyn jugando al póquer. En medio de una mano, acusa de hacer trampas a un extraño, un hombre al que no había visto nunca antes. El alcohol que tiene en el organismo le pasa factura; la discusión pronto sube de intensidad y pasa a ser una trifulca, y Ben Frank, que ganó unas cuantas peleas a puñetazos en su pueblo de Lucania cuando era pequeño, se envalentona, se levanta y le asesta al otro hombre un buen gancho. Y en ese momento, antes de que se dé cuenta de lo que está pasando realmente, ve que otro hombre, otro completo desconocido, saca una navaja. Ben Frank, actuando como un verdadero tipo duro, coge una botella de la mesa y se la estrella en la cabeza al hombre de la navaja. El culo de la botella se rompe, pero en la mano le queda el cuello y con él se lanza a por el hombre y le alcanza justo aquí, en este lado del cuello. El cristal roto de la botella corta la yugular como si fuera una judía hervida.

Cuando Ben Frank vio la sangre saliendo a borbotones de la herida, le entró pánico y salió corriendo. Corrió, corrió y corrió hasta que se quedó sin aliento y no pudo correr más. Los policías lo encontraron sentado en una acera, jadeando y llorando. Se lo llevaron a la comisaría y lo acusaron de asesinato. Fue entonces cuando se enteró del nombre del hombre al que había matado: Luigi Lupo. Al principio no le sonó de nada. Pero unas horas más tarde Ben Frank se dio cuenta de que no podría haber escogido peor víctima aunque lo hubiera intentado con ahínco. Porque no podía ser más que cosa de mala suerte, su increíble mala suerte (de hecho la increíble mala suerte de sus hijos, porque acababa de decidir su futuro), que el hombre al que había matado fuera el único hijo de Tonio Lupo, el gánster siciliano que los periódicos llamaban «el Verdugo de Brooklyn», el *capo* de una de las principales *borgatas*, es decir, uno de los grupos de la mafia de esa época.

Cuando Ben mató a su hijo, Tonio Lupo era viejo y estaba enfermo. Pero aun así, dos días después fue personalmente a visitar al asesino, que estaba en la comisaría. ¿Por qué levanta las cejas, *signore*? ¿Le parece raro que esa reunión pudiera producirse? Bueno, pues que no se lo parezca. Tonio Lupo era un hombre muy respetado en aquella época. Incluso por los policías.

Fuera como fuera... Condujeron a la celda de Ben Frank al viejo *capo*, al que acompañaba un *sgarrista*, algo así como un «soldado» en una *borgata*, que llevaba una silla para él. Cuando estuvo allí con Ben, Lupo le dijo al *sgarrista* que saliera y habló con el asesino de su hijo de tú a tú, de hombre a hombre. Su voz era profunda y ronca, como la de una rana con un mal resfriado.

Esto fue lo que le dijo:

«Tú, *figlio di puttana*, escúchame atentamente. Dios me dio un hijo, solo uno, un varón, y tú me lo quitaste cuando tenía cuarenta y dos años. Pero la puta de tu mujer te dio tres hijos y los tres están vivos y sanos. ¡Maldito hijo de puta! Ya soy viejo y estoy enfermo. No me queda mucho tiempo de vida. Pero no creas que te vas a librar por eso. La maldición que voy a pronunciar ahora, mi *maledizione*, permanecerá viva hasta que se haya cumplido no una, ni dos, ¡sino tres veces! Así que óyeme, cerdo: cuando tus hijos alcancen la edad de cuarenta y dos años, la edad que tenía mi Luigi cuando lo mataste, morirán, uno por uno. No antes. Pero tampoco después. Quiero que empieces a pensar en eso ahora, pedazo de mierda *lucanese*, y que lo sigas pensando mañana y pasado y todos los días que le queden a tu miserable vida».



POCO DESPUÉS ENVIARON a Ben Frank por el río... Ah, veo que no sabe lo que significa «por el río», *Signore*. Claro, un hombre educado y que respeta la ley como usted no tiene por qué saberlo. Se lo explicaré: es una forma de decir que lo enviaron a Sing Sing, no sé si le sonará ese nombre... Ah, lo ha visto en una película, qué curioso. Bueno, no sé qué vería en la película, pero en aquellos días Sing Sing era un verdadero agujero, una prisión en toda regla, nada que ver con el parque recreativo en que se convirtió después, con sus equipos de voleibol y los presos aprendiendo a coser, a tejer, y yo qué sé qué más. Pero a lo que iba... Ben Frank en un principio tenía que permanecer allí hasta el juicio y su posterior ejecución, porque ¿qué otra sentencia podía esperar un pobre hombre como él después de lo que había hecho? Pero le privaron del placer de acabar asado vivo con el culo atado a la vieja Chispas. Un día, mientras hacía la cola para el rancho, otro preso, un tío gordo de piel oscura (no negro, solo de piel oscura normal), se acercó a él y le susurró al oído: «Tonio Lupo te envía saludos». Después le cortó la yugular, como Ben Frank se la había cortado a Luigi, solo que esta vez fue con una hoja de acero. Ben Frank se desplomó; nadie fue en su ayuda ni llamó a los guardias. Se quedó allí, en el suelo, sangrando como un cerdo, estremeciéndose y sacudiéndose mientras se le iba la vida. Tal vez entonces soñó con volver a ver a Consolata en el cielo o algo así.

Qué cosas... Pero Tonio Lupo se había asegurado de que sus «saludos» no le llegaran a Ben Frank hasta después de haber recibido la visita de alguno de sus hijos; para que su venganza fuera total, Lupo quería que los tres hermanos Frank supieran lo que les esperaba y que fueran desgraciados durante el resto de sus vidas hasta que cumplieran los cuarenta y dos años. Resultó que fue Al Frank, el mayor, el que fue a ver a su padre a Sing Sing. El pobre acababa de volver de Europa y ni siquiera le había dado tiempo a quitarse el uniforme militar. Fue él quien oyó de boca de Ben Frank lo de la *maledizione* de Tonio Lupo, la sentencia de muerte que el viejo *capo* había dictado y que se cumpliría cuando sus hermanos y él tuvieran cuarenta y dos años.

Dadas las circunstancias, cuando dos días después llegó la noticia de que a su padre le habían cortado la garganta en nombre de ese *capo*, Al Frank no se sorprendió. Tampoco fue algo que consiguiera ponerle aún más triste. Más bien al contrario: se sintió aliviado, porque el hecho de que a Ben Frank lo hubieran matado en la cárcel salvaba a Al y a sus hermanos de la agonía de un juicio, de la sentencia de un jurado y de la terrible espera hasta la ejecución. De hecho, la muerte de su viejo permitió a Al centrarse completamente en el problema que tenían sus hermanos y él.

Debo dejar claro algo desde el principio, *signore*, aunque va a ver pruebas más que suficientes de ello en lo que le voy a contar después: Al Frank era un tipo muy inteligente. Y, como toda la gente inteligente, también era práctico, es decir, vivía en el mundo real y no en un mundo de fantasía que solo existiera en su cabeza. Así que, cuando Ben Frank le contó lo de la *maledizione* de Lupo, en vez de sentarse a lloriquear, gemir y maldecir su destino, lo que hizo Al fue poner su mente a funcionar.

Sus hermanos y él tenían que enfrentarse a una terrible amenaza, de esas que consiguen que incluso la gente más poderosa caiga de rodillas, llore como un bebé y se ponga a rezar a la *Madonna*. Al no era poderoso, claro, pero sí era listo y sabía que rezando no conseguiría que el problema desapareciera. Tampoco se quedó tranquilo cuando, un par de meses después de que a su *papà* lo mataran en Sing Sing, leyó en la primera página de uno de los periódicos de Nueva York: «TONIO LUPO, EL VERDUGO DE BROOKLYN, MUERE MIENTRAS DORMÍA». Al sabía que la muerte de Lupo no resolvía sus problemas, porque estaba seguro de que el *capo* habría hecho sus planes teniendo en cuenta que, para cuando el mayor de los tres hermanos Frank tuviera cuarenta y dos, él haría mucho que habría dejado este mundo... Y, como era tan listo, tampoco pensó ni por un momento que a lo que Lupo se refería con esa palabra, *maledizione*, era a una maldición en el sentido espiritual. No. Supo desde el principio lo que era en realidad: una venganza anunciada que seguro que Lupo no había dejado en manos de Dios. Quiero decir que, aunque Al Frank no era especialmente religioso, sí que sabía por lo que le había dicho el padre en la catequesis que aunque el Todopoderoso era duro y vengativo, nunca concedería un deseo como el de Lupo. Ojo por ojo tal vez, incluso ojo por diente. Pero siempre sería el ojo del pecador, no el de sus hijos. Después de todo, Dios no era siciliano, y por eso no era partidario de la *vendetta*. El ajuste de cuentas del viejo mafioso con los hijos del asesino de su primogénito seguro que iba a ser un asunto cien por cien humano, no divino. Y quien tuviera que llevarlo a cabo cuando llegara el momento no había muerto con Lupo.

Entonces Al tomó una decisión basándose en lo más importante que había aprendido sobre la vida en los pocos años que llevaba en este mundo: que el combustible que mueve a los hombres (y también a las mujeres, aunque ellas no siempre tengan un papel decisivo a la hora de ganarlo) es el dinero, y que cuanto más combustible se tiene, mejor se es, es decir, se puede llegar más lejos y más rápido. Recordó un dicho romano que solía citar en el colegio su profesor de latín, un tipo viejo y desagradable: *homo sine pecunia est imago mortis*. Si Al Frank se hubiera hecho un escudo de armas, en él, bajo la imagen de una moneda de oro, de un cofre o algo parecido, habría hecho escribir en una faja ondeante esas palabras: «Un hombre sin dinero es la viva imagen de la muerte». Ya había visto como ese principio se hacía realidad en el caso de su padre. Cuando tenía dinero, era alguien; cuando no, se quedó en un pobre saco de huesos. Por eso Al concluyó que si había alguna forma de

protegerse a sí mismo y a sus hermanos de la *maledizione*, seguro que tendría que ver con el dinero. No sabía cuál acabaría siendo la solución a su problema, pero estaba convencido de que implicaría algún tipo de acuerdo de negocios, un *quid pro quo*, un dar y tomar. Todo en esta vida tiene un precio, y estaba seguro de que las vidas de sus hermanos y la suya lo tenían también. Pero dedujo que no sería barato.

Entonces Al no tenía dinero, claro. Esas eran las malas noticias. Las buenas eran que tenía mucho tiempo por delante antes de llegar a los cuarenta y dos, veinte años sin ir más lejos. Y fue en ese momento cuando decidió convertirse en millonario... ¿Eso es una sonrisa, joven amigo? Ah, seguro que está pensando que convertirse en millonario es más fácil de desear que de conseguir. ¡Pues tiene razón! Pero debe tener en cuenta que Al Frank tenía muchas cosas a su favor. No solo era listo, todo lo listo que se puede ser, sino que también era muy trabajador y ambicioso; se trataba de un hombre que estaba constantemente poniéndose objetivos y que no paraba hasta conseguirlos. Y además de esas cualidades tenía otra que tal vez era incluso más importante: un talento natural para no permitir que la suerte pasara por su lado sin aprovecharla.

De hecho, la suerte ya se había puesto de su parte durante la guerra, porque gracias a ella inició su amistad con Wilbur Worthington Junior, o «Willie», como le llamaban sus amigos, el único heredero de la poderosa familia propietaria de Worthington's, los grandes almacenes más importantes de Nueva York en esa época. A pesar de pertenecer a esa importante familia (o tal vez justo por ello, ya que eso le permitía no tener que preocuparse por ganarse la vida), Willie era un aventurero. Así que cuando Estados Unidos se implicó en la guerra en Europa, pensó que sería divertido ir a luchar al frente. A él debió de parecerle una actividad emocionante, igual que una cacería o que volar en uno de sus aviones, los flamantes juguetes con los que le gustaba entretenerse entonces. Willie se alistó como voluntario porque era un idiota, se convirtió en oficial porque era rico y fue al frente porque creía que allí era donde estaba la verdadera juerga. Como era de esperar, cuando se encontró metido hasta las rodillas en el barro de una trinchera de Flandes, se dio cuenta de que aquello no era tan divertido como parecía, después de todo. Pero para entonces ya era demasiado tarde.

Fue la suerte la que hizo que Willie Worthington acabara siendo el oficial al mando de la compañía de Al, pero a partir de ahí fue él quien tomó las riendas. Todo empezó el día que llevó a Willie a lugar seguro cuando quedó inconsciente durante un ataque con gas de los alemanes. No fue un acto de valentía por su parte, sino más bien la consecuencia directa de su inteligencia: Al siguió el procedimiento y se puso la máscara de gas antes de que empezaran a caer los proyectiles, mientras que su oficial se quedó de pie en la trinchera, con la cara descubierta, seguramente disfrutando de la vista. Cuando vio que Willie caía, Al se acercó, le colocó una máscara y lo llevó arrastrando hasta su tienda, que parecía más bien una madriguera. Y así consiguió salvarlo por partida doble, porque momentos después un mortero

cayó justo en el sitio donde Worthington había estado tirado segundos antes. Con esa acción Al se ganó, justamente, el título de «el hombre que salvó la vida del teniente».

Cuando, tras un par de semanas en el hospital, Willie volvió al frente, nombró a Al su ordenanza. Y eso no fue todo. Como Al era un chico de buen carácter y comportamiento, pronto se convirtió en su mejor amigo, y ambos mantuvieron esa amistad durante el resto de la guerra. Cuando la contienda lo permitía, los dos se quedaban despiertos hasta tarde en esa especie de madriguera que era su tienda, bebiéndose el *brandy* de Willie y jugando a las cartas, al *gin rummy* normalmente. Cuando llegó la paz, en noviembre de 1918, Willie le dio a Al la dirección de su casa de Nueva York y le dijo que fuera a visitarle cuando estuviera de vuelta en casa.

Como ya le he contado, Al pasó los primeros días tras su regreso atrapado por la desagradable situación de su padre: la visita a la cárcel, la noticia de su muerte, etc. Pero justo después de enterrarlo, Al fue directo a ver a Willie a su casa, una grandiosa mansión de ladrillo marrón con cuatro plantas en la calle Sesenta y Uno Este. «¿Cómo está tu familia?» fue lo primero que le preguntó Willie nada más verlo. «Bien, ¿y la tuya?», contestó Al (no tenía intención de contarle a Willie Worthington que su padre era un asesino).

Ni siquiera le hizo falta pedirle trabajo. Ese mismo día, antes de salir de la casa, ya habían contratado a Al para trabajar en las oficinas centrales de Worthington's, en el piso más alto del edificio, donde estaba la tienda de la Quinta Avenida.

Como Al no había ido a la universidad y no tenía experiencia previa, su primer puesto fue modesto, un trabajo de oficina. Allí todo el mundo sabía que le habían contratado porque era amigo del hijo del jefe. Pero pronto fue evidente que, fuera cual fuera la razón de su contratación, Al no era ni un imbécil ni un holgazán. De hecho, era justo lo opuesto. Trabajaba mucho... ¡Oh, no se hace una idea de cuánto trabajaba, *signore!* Estaba en la oficina de sol a sol, siempre más allá del deber, y nunca pedía días libres ni vacaciones; incluso pasaba los fines de semana en su mesa. Y siempre estaba proponiendo ideas. Pronto le confiaron una responsabilidad mayor y no pasó mucho tiempo antes de que llegara a asumir más y más.

Dos años después de que contrataran a Al, cuando solo tenía veinticuatro años, Wilbur Worthington Senior pasó a mejor vida y Willie se convirtió en el jefe, el *capo* de la tienda. Una de las primeras cosas que hizo fue integrar a Al en su equipo personal, el grupo de gente que movía los hilos. Y como Al era tan trabajador y tan capaz, Willie empezó a asignarle cada vez más trabajo, tareas que debería estar haciendo él. A Willie le gustaba dar fiestas salvajes por las noches, levantarse tarde por las mañanas, jugar al tenis y al polo y salir a volar con su avión los fines de semana. Pero nada de eso suponía un problema, porque Al estaba ahí para encargarse de todo en su ausencia.

Cuando Al tenía veintiséis (y por tanto, según lo estipulado por la *maledizione* de Lupo, todavía le quedaban otros dieciséis años de vida), Willie le nombró director del departamento de compras. Tal vez haya oído eso de que en los negocios el éxito se

basa en comprar barato y vender caro. Bueno, pues a partir de entonces lo de comprar barato empezó a ser cosa de Al. «Por fin estoy en la senda que me llevará a hacerme rico de verdad», pensó Al. Pero cuando se enteró del salario que cobraría en su nuevo puesto, dejó escapar un suspiro: era un buen dinero, claro, mucho más de lo que el hijo de un inmigrante italiano pobre habría soñado con estar ganando antes de los treinta. Pero no era bastante para el objetivo que se había impuesto: el de pagarles a los asesinos que hubieran recibido el encargo de Lupo el precio de las vidas de sus hermanos y de la suya. Fue entonces cuando Al se dio cuenta de que para ser tan rico como quería ser, no podía seguir trabajando para otro, sino que debía convertirse en su propio jefe.

Ya he comentado antes que a Al se le daba bien aprovechar las oportunidades. Y sin duda cogió al vuelo la siguiente que se le presentó. Un brillante y prometedor empresario francés que se llamaba Armand Luthier quiso que fuera Worthington's quien vendiera sus fabulosos tejidos de lujo en exclusiva en Estados Unidos. A Al le gustó mucho su producto e intuyó que sería popular entre los ricos que compraban en los grandes almacenes, así que le pidió a Willie que diera su visto bueno para firmar un contrato con Luthier. Pero Willie estaba demasiado ocupado pasándose bien para considerar el asunto como merecía y Luthier se enfadó, porque tuvo la impresión de que ese americano estúpido le estaba haciendo un desaire. Al vio la oportunidad inmediatamente y le hizo una oferta a Luthier a título particular: si él le confiaba sus tejidos, Al crearía una empresa nueva con una tienda para venderlos en exclusiva, ofreció. Luthier y él compartieron una comida agradable seguida de unos puros habanos (Al adquirió la costumbre de fumarlos tras haberlos disfrutado en esa ocasión) e hicieron el trato. Poco después Al dejó su trabajo en Worthington's (lo que provocó que el tonto de Willie montara en cólera) y, con algo de dinero que había ahorrado y un préstamo del banco, abrió una tienda Luthier en la Quinta Avenida, a dos manzanas al norte de los almacenes de su exjefe.

Al acertó con su previsión de que los tejidos de Luthier iban a ser muy populares; el negocio fue tan bien que un año más tarde abrió una segunda tienda en Boston, y al año siguiente dos más, una en Chicago y otra en Filadelfia. Y eso fue solo el principio. Después Al Frank viajó a Europa y firmó nuevos acuerdos para importar y vender también en sus tiendas relojes suizos, cachemir y cigarrillos ingleses, seda y cristal italianos, porcelana francesa... todo lo que se le ocurra. Con todo eso en cartera, fundó una cadena de grandes almacenes de artículos de lujo. Y esta vez el nombre que llevaban era el suyo: «Frank. Artículos de lujo». Luthier no tuvo inconveniente en que su nombre desapareciera de la denominación y solo pidió a cambio acciones de la nueva empresa de ese joven tan inteligente.

A partir de ahí, una vez que el negocio despegó, ya no hubo forma de pararlo. En octubre de 1929, momento del gran crac, muchas empresas se arruinaron. Pero la de Al no; él era demasiado listo para eso. Por el contrario, Al vio en esa situación un montón de nuevas oportunidades de hacer dinero. Fue uno de los primeros

empresarios en darse cuenta de que, como de repente la gente desarrolló una inseguridad con respecto al futuro, todo el mundo dejó de comprar productos duraderos, pero no perecederos, como comida, perfumes y no sé qué más. Por eso, a principios de los treinta, empezó a comprar acciones de otros almacenes, que entonces se estaban vendiendo por precios ínfimos. En 1932, cuando Al cumplió treinta y cinco, la suerte le dedicó su mayor y mejor sonrisa. Willie Worthington (que ya no era su amigo; su amistad se había terminado después de que Al dejara su trabajo en los almacenes) tuvo la brillante idea de estrellar el avión que pilotaba. Murió en el acto.

Algunos dijeron que la muerte de Willie fue en realidad un suicidio, porque en los últimos meses las acciones de su negocio habían estado cayendo en picado. No sé, es posible. Pero lo que es seguro es que Al ya había visto la oportunidad antes y llevaba tiempo comprando acciones de Worthington's a precios de risa. Así que, para cuando Willie estrelló su avión, su antiguo amigo poseía un buen pedazo de su empresa. La mayoría de las acciones de Willie, así como la casa de la calle Sesenta y Uno, las heredó Thelma Worthington, la que fue secretaria de Willie hasta un año antes de su muerte, cuando se convirtió en su mujer; Willie no tenía hermanos y no le había dado tiempo a engendrar un heredero.

Thelma, que tenía veintiséis años entonces y era una mujer muy atractiva, por qué no decirlo, se autonombró presidenta de Worthington's. Al fue a verla inmediatamente, le dijo que poseía una pequeña parte de la empresa y le ofreció sus servicios como asesor. Thelma no podía haber encontrado mejor persona para asumir esa responsabilidad. Al Frank era uno de los recién llegados al mundo del comercio en Estados Unidos con más éxito y tenía una facilidad natural para hacer dinero. Un año después Worthington's se había recuperado y dos años más tarde Thelma cayó otra vez en los brazos de un nuevo marido: Al Frank. No llevaban casados ni un año cuando Thelma dio a luz a su primogénito, un varón que se llamó Al Frank Junior, y la fortuna de los Worthington pasó a ser el legado que heredaría su propia sangre. ¡Qué grande, Al!

Entonces creó una nueva empresa, que se llamó Frank & Worthington, que no solo contaba con las tiendas de Worthington's y las de la marca Frank de artículos de lujo, sino que sumaba además acciones de otra media docena de empresas que Al había comprado tras el crac. Los periódicos empezaron a llamarle «el rey de los grandes almacenes», y con razón. Pero eso no era suficiente para él. Al dirigió su expansión hacia el comercio internacional.

Para 1935 el mayor de los tres hermanos Frank ya era muy rico, y se hacía más rico cada día. Su fortuna era inmensa y no dejaba de aumentar. Las rutas de crecimiento de su fortuna empezaban en China, donde compraba seda y té, recorrían Asia, donde iba añadiendo hierbas aromáticas, especias, piedras preciosas, telas y mucho más, cubrían toda Europa, donde tenía acuerdos con fabricantes ingleses, alemanes, italianos y franceses, se extendían por el Mediterráneo hasta llegar a

África, de donde traía cacao, cobre y diamantes, y, tras cruzar el Atlántico, continuaban hasta Sudamérica, donde incorporaban café, fruta, más cobre y Dios sabe qué más; todo eso desembocaba ordenadamente en el mercado estadounidense y, tras pasar por él, se convertía en dólares: los dólares de Al Frank. Antes de cumplir los cuarenta, las revistas de negocios ya incluían al hermano Frank número uno entre los cien hombres más ricos de Estados Unidos. Fíjese: el hijo de unos inmigrantes pobres, que vinieron de las montañas de Lucania, para entonces podía, si hubiera querido, llenar una piscina de monedas de oro y nadar en ellas, como el tío Gilito.

Al Frank había logrado lo que se había propuesto cuando se enteró de la *maledizione* de Tonio Lupo. Ya era millonario, más bien mucho más que eso. Sin duda era una situación agradable de por sí, pero había llegado el momento de usar su dinero para salvar las vidas de sus hermanos y la suya.



COMO AL ERA UN HOMBRE PRÁCTICO, durante todos esos años en los que había estado tan ocupado amasando su fortuna no había pensado mucho en la *maledizione*. Pero tampoco la había olvidado; ¡no es fácil olvidarse de algo así!

A veces tenía pesadillas y se despertaba de madrugada sudando tras ver en su sueño una figura alta y sombría, vestida con traje, con el cuerpo de un hombre y la cabeza de un lobo, que llevaba en la mano esa escopeta de cañones recortados que solían usar los mafiosos, la *lupara* (qué nombre tan bien puesto). Pero como en las horas que pasaba despierto Al era una persona realista, de las que tienen claro que dos más dos son cuatro, además de un gran creyente en que el dicho «el tiempo es oro» es una gran verdad, se decía que no tenía sentido perder su valioso tiempo dejándose llevar por las especulaciones. Le parecía que no le hacía falta preocuparse aún. Por mucho que temiera a esa *maledizione*, Al Frank estaba seguro de una cosa: la gente que Lupo hubiera contratado para matarles a sus hermanos y a él no iba a hacer ningún movimiento hasta que llegara el momento indicado.

Aunque no le había hablado de la *maledizione* a nadie más que a su hermano Nick (ya hablaremos de él más adelante, *signore*), Al había invertido tiempo en hacer ciertas averiguaciones sobre el funcionamiento de la mafia. A partir de lo que aprendió, llegó a la conclusión, acertada, de que la venganza de Lupo no era uno de los negocios corrientes de un gánster; de hecho, ni siquiera se podía llamar «negocio», porque no se trataba de un mero ajuste de cuentas entre gente de los bajos fondos. No, señor. La sentencia que el *capo* muerto había dictado contra los tres hijos de Ben Frank era algo distinto, algo casi «religioso» podríamos decir. ¿Entiende lo que quiero decir con eso, *signore*? Me refiero a que el asesinato de los hermanos Frank era más bien un ritual, un sacrificio a una diosa antigua, la de la venganza, una diosa que gobernaba las almas de los devotos con más autoridad de la que tiene la *Madonna* sobre un buen católico. Y un ritual que no se realiza según las reglas no es un ritual. Los cristianos no ponen la Navidad un año el veintiuno de diciembre y al siguiente el veintisiete porque le viene mejor a las tiendas; ni los estadounidenses celebran el día de la independencia un año el dos, otro el cuatro y otro el seis de julio, según la fecha que le convenga al presidente. Igualmente, Al Frank entendió que su potencial asesino solo haría correr su sangre sobre el altar de la venganza cuando él tuviera cuarenta y dos años, ni un día antes.

Un hombre práctico no pierde el tiempo preocupándose prematuramente. Pero en 1973, cuando quedaban dos años para la fecha final («final» es una palabra que viene muy bien en este contexto, por cierto), Al consideró que debía empezar a estudiar el

tema más seriamente. Así que, unos días después de soplar cuarenta velas en su tarta de cumpleaños, buscó el nombre del mejor abogado criminalista de Nueva York y lo invitó a comer en una *suite* privada del Plaza que había reservado para ese propósito. Al le contó al abogado toda la historia: los primeros tiempos de Ben Frank en Estados Unidos, los años buenos, los malos tras la muerte de su *mamma*, cuando su *papà* se dio a la bebida y luego se dedicó al juego. Y finalmente, claro, lo que ocurrió esa noche terrible en el bar, el asesinato de Luigi Lupo, y el día aún más terrible de la visita de Tonio Lupo a Ben Frank en su celda. Hasta ese momento, ese abogado pez gordo se había estado zampando un jugoso y delicioso filete con el apetito de un... *mi scusi, signore*. Iba a decir de «un lobo». Probablemente pensaba que todo eso eran estupideces, preocupaciones de un millonario excéntrico que a él le venían muy bien para cobrar unos buenos honorarios por nada. Pero cuando mencionó el nombre de Tonio Lupo, el abogado dejó de comer y levantó ambas cejas. Después de oír lo de la *maledizione*, las unió para formar un ceño y se quedó en silencio un rato.

—Mire, señor Frank —dijo el abogado—. Me estaba preparando para tranquilizarlo diciéndole que se olvidara de todo este tema, que esa supuesta «maldición» era solo la amenaza inútil de un viejo, pronunciada como consecuencia del dolor por haber perdido a su único hijo. Esa sería mi reacción si hubiera dicho otro nombre. Conozco por experiencia la forma de pensar de los sicilianos, ¿sabe? Y basándome en esa experiencia, le habría dicho que, con la muerte de su padre en Sing Sing, la sangre ya había cerrado el círculo, por así decirlo, y que no tendría que preocuparse lo más mínimo ni por usted ni por sus hermanos. Pero con el nombre de Tonio Lupo unido a esa maldición, me temo que mi conciencia profesional no me permite hacer eso. Es que Tonio Lupo era... ¡Tonio Lupo!

—¿Y qué demonios se supone que significa eso? —preguntó Al.

—Solo que a Tonio Lupo lo llamaban «el Verdugo de Brooklyn» por algo. Era tan cruel, tan malvado, que incluso hoy en día, cuando los mafiosos hablan entre sí y quieren describir a alguien con una sed de sangre especialmente insaciable, dicen: «ese hombre es un Tonio Lupo». Y créame, señor Frank, los de la mafia no son fáciles de impresionar en ese terreno, tienen el listón bien alto.

Al Frank estuvo a punto de ahogarse con su filete.

—Pero, aun así —continuó el abogado—, no creo que nuestro problema no tenga solución. —¿Qué tipo de abogado sería si no hubiera dicho eso, eh?—. Todo en este mundo tiene un precio, no hay duda.

—Eso es exactamente lo que yo pienso —contestó Al, algo aliviado.

—Bien —respondió el abogado—. Propongo entonces que intentemos recomprarles su vida y la de sus hermanos a aquellos a quienes les ordenaron... arrebatarlas.

—Claro —estuvo de acuerdo Al—. Pero ¿cómo los encontramos?

—De la manera tradicional —dijo el abogado—. Preguntando. Discretamente, claro.

Tres días después el abogado pez gordo llamó a Al y quedaron otra vez para comer en la *suite* del Plaza. Le dijo que había logrado averiguar algunas cosas; la principal era que Tonio Lupo había muerto sin dejar heredero, que su *borgata* había acabado disolviéndose y que la mayoría de sus *caporegime*, es decir, sus lugartenientes, y sus *sgarristi* los acabó asimilando la familia de Luke Gattino, el Gordo, otro *capo* de Brooklyn. Pero unos cuantos años más tarde la *borgata* de Gattino se desintegró también, después de que Luke, el Gordo, junto con su hijo, Luke, el Flaco, fueran acribillados a balazos. Ahora se había hecho cargo de los negocios Jimmy Charlie, que era siciliano aunque por su nombre no lo pareciera. Pero Lupo y Jimmy Charlie se odiaban a muerte, aseguró el abogado, así que no había ninguna posibilidad de que el «albacea de las últimas voluntades del *capo*», como denominaba él al asesino, fuera ahora miembro de la *borgata* de Charlie.

Como primer paso para ponerse en contacto con ese «albacea», el abogado pez gordo sugirió que fueran a ver a la viuda de Tonio Lupo. Al se mostró comprensiblemente inquieto al oír su plan, pero el abogado lo tranquilizó. La *signora* Lupo era una mujer muy devota, una persona muy amable y buena (justo lo opuesto a su marido). Así que le dictó una carta a Al para que la escribiera, allí mismo. Por supuesto era un maestro con las palabras (no sería un abogado pez gordo si no lo fuera, ¿no?) y la carta era muy emotiva, muy conmovedora, y en ella apelaba a la naturaleza temerosa de Dios de la señora y cosas por el estilo e incluso hacía una bonita referencia a las lágrimas de la Madre de Cristo. Florituras aparte, era una petición para que accediera a verse con Al Frank, el hijo del asesino de su hijo. Al escribió la carta a mano y el abogado se la llevó e hizo que la entregaran en mano.

Como el abogado había predicho, la *signora* Lupo, que tenía ochenta y muchos años, accedió a reunirse con ellos. Así que los dos fueron a su casa en Seagate, Brooklyn. Al consiguió parecer relajado durante la reunión, aunque no lo bastante como para poder siquiera probar los riquísimos *amaretti allo zabaglione* que ella les ofreció. El abogado hizo un discurso de presentación con palabras largas, bonitos símiles y toda la parafernalia, hablando de lo buen tipo que era Al y lo rico que había llegado a ser (esto último lo mencionó indirectamente, como si estar podrido de dinero no estuviera muy bien visto en el Evangelio). Después Al dijo unas palabras que había ensayado, breves pero que no estaban mal, mencionando que «había oído un rumor», eso dijo, sobre que su difunto esposo hizo planes para que sus hermanos y él sufrieran algún daño.

La *signora* Lupo les escuchó con una sonrisa muy amable.

—Escuchen, *signori* —dijo a continuación—. Mi pobre Tonio murió arrepintiéndose profundamente de sus pecados. Y había cometido unos cuantos, para qué negarlo; al fin y al cabo era humano. Pero, como le dijo san Pablo a los efesios en su epístola, Dios es generoso en su misericordia. Y por ello, en sus últimos meses, Él le envió un gran sufrimiento físico a mi Tonio, que el padre que lo acompañó en esos momentos le animó a ver como lo que realmente era: un regalo de nuestro Señor, en

su infinita caridad, para que Tonio hiciera su penitencia. Y mi pobre Tonio hizo caso de su consejo. Confesó todos sus pecados al padre, uno por uno, y tomó la comunión.

—¿Y qué padre era ese? —preguntó el abogado.

—Hace mucho que murió ya —contestó la *signora* Lupo con una sonrisa—. Dios lo tenga en su gloria. Murió poco después que Tonio. —Entonces cogió la mano de Al, le miró a los ojos y dijo—: Mi querido *signor* Frank, si hubiera visto a mi pobre marido en sus últimos días en el hospital, no temería usted por su vida ni por la de sus hermanos. Era como un bebé, llorando sin parar, pidiéndole a la *Madonna*, llena de gracia, que se apiadara de él y suplicándoles a las enfermeras que le dieran morfina.

La anciana señora concluyó que, en su opinión, era imposible que el «pobre Tonio» hubiera ido a encontrarse con el Creador sin haber zanjado primero un asunto tan grave como el que el señor Frank le acababa de contar. No habría muerto con un peso como el de ese pecado lastrando su alma sin intentar redimirse. Incluso en el caso muy poco probable de que el «pobre Tonio» hubiera dado una orden para que alguien les «hiciera algún daño» a los hijos de Ben Frank tras la trágica muerte de su Luigi (la *signora* Lupo no descartó esa posibilidad completamente), ella estaba del todo segura de que se habría echado atrás en sus últimos días.

La respuesta del abogado pez gordo fue muy diplomática. Dijo que la creía al cien por cien, pero que seguía teniendo curiosidad sobre algo: «en el caso muy poco probable» (usó la misma expresión que había usado ella, para agradarla) de que el difunto y muy extrañado don Tonio hubiera considerado la posibilidad de hacerle algo a los hermanos Frank, ¿se le ocurría a la *signora* a quién podría haberle asignado la... consecución de algo así? ¿Le venía a la mente algún nombre? El abogado incluso dejó caer que el señor Frank estaría encantado de donar, a cambio de esa información, una suma de dinero muy generosa a cualquier institución religiosa de su elección: un orfanato para los *bambini*, una residencia para los *anziani* o cualquier otra que ella prefiriera. La anciana sonrió con dulzura y respondió que cualquier donación que el señor Frank quisiera hacer a una causa relacionada con la Santa Madre Iglesia sería una gran bendición para él por ser el benefactor, pero que no podía darle ninguna información sobre ese asunto, porque no la tenía. Les aseguró de nuevo que no sabía nada, y añadió que estaba demasiado cerca de la tumba para ensuciar su alma con una mentira. Esa era la verdad, simple y clara. O al menos eso fue lo que dijo la *signora* Lupo.

Así que se fueron de su casa sabiendo exactamente lo mismo que cuando llegaron. Por supuesto, como cualquier hombre en una posición complicada, Al Frank necesitaba desesperadamente que lo tranquilizaran. Y las afirmaciones de la viuda lo dejaron un poco más tranquilo. Pero era demasiado listo para pensar que esas palabras eran garantía de nada. El abogado pez gordo le dijo que buscaría canales alternativos para obtener la información. Unos días después llamó para darle el nombre de un pariente de Lupo, un sobrino lejano que se llamaba Umberto no sé qué más. El abogado se había enterado de que no era precisamente un ciudadano modelo,

aunque tampoco era un *uomo d'onore*, es decir, un integrante de la mafia. Cuando lo conocieron, entendieron por qué. Ese Umberto era un imbécil, un inútil (no era raro que un gánster lo hubiera llamado ante el abogado *Babbazzu*, o sea, «idiota»). No... Era imposible que Lupo le hubiera encomendado algo tan importante como vengar a su hijo a un bobo como ese.

Entonces Al sugirió que recurrieran a un detective privado, pero el abogado dijo que no tenía sentido: si los mafiosos no hablaban de sus negocios con la policía ni con los jueces, ni bajo amenaza de pasar una larga temporada en la cárcel o incluso de acabar muertos, seguro que no le iban a contar nada tampoco a un sabueso privado. Así que pasaron a la fase siguiente. Aunque sabía que se estaba acercando a terreno peligroso, Al accedió a la sugerencia del abogado de reunirse con ciertos *capi* de la mafia, unos que, según el abogado, «no entrañaban peligro». A Al no le gustó nada la idea, pero no le quedaban muchas más opciones.

Los tres *capi* que propuso el abogado habían sido enemigos mortales de Lupo cuando estaba vivo y por ello no había ninguna posibilidad de que tuvieran algo que ver con la ejecución de las últimas voluntades de aquel. El primero era Jimmy Charlie, de Brooklyn, que ya he mencionado, el hombre que dirigía entonces lo que quedaba de la *borgata* Gattino, que había heredado el territorio de Lupo; el segundo fuera Bob Iacca, el Silenciador, de Chicago, y el tercero, el supercerebro financiero del crimen organizado, Jake Lowski. Las reuniones se llevaron a cabo en una casa bien vigilada del Bronx, propiedad de un cliente del abogado pez gordo, que prometió que la seguridad de Al estaba garantizada mientras estuviera en su propiedad (bueno, si es que se podía «garantizar» algo en este caso).

Al principio de cada reunión, el abogado le explicaba la situación al *capo* allí presente y le daba un sobre con diez mil dólares en nombre del señor Frank, en calidad de «donación», para expresarle su gratitud por estar robándole su tiempo. Todos aceptaron el sobre encantados, naturalmente, aunque Bob Iacca, el Silenciador, dijo que «no era necesario».

A Al le sorprendió gratamente que Jimmy Charlie, el primero de los *capi*, le contara más o menos la misma historia que la viuda (dejando a un lado los elementos religiosos, claro): en sus últimos días, Lupo parecía un pitbull al que le hubieran arrancado todos los dientes, una sombra de lo que había sido, un bebé llorón, dijo Charlie. Su historia se volvió aún más convincente cuando aseguró que podría haber aceptado un buen fajo de dinero del señor Frank y decirle que él se ocuparía de todo, pero que sinceramente creía que no había nada de lo que ocuparse. A él le parecía que esa *maledizione* no era más que un montón de humo, la amenaza vacía de un hombre roto. No solo por el estado de Lupo entonces, sino porque la sola idea le parecía una estupidez.

—Piénselo con lógica, señor Frank —explicó Jimmy Charlie—. ¿Podría alguien como Tonio Lupo creer que un tipo, cualquiera, por muy leal que fuera, se iba a cargar a tres personas en su nombre, pero no en su momento, sino veinte o más años

después, cuando ese tipo supiera perfectamente, y Lupo supiera que él lo sabía, que el *capo* no iba a estar en este mundo para comprobar que se cumple su encargo? ¡Imposible! Odiaba a ese cabrón, y espero que su alma se esté pudriendo en el infierno, pero Tonio Lupo no tenía un pelo de tonto. No, señor. Si se le hubiera ocurrido algo como lo que usted describe, esa *maledizione*, habría sabido que sería malgastar el dinero. Y no era el tipo de hombre que hace eso.

Después se vio con Bob Iacca, el Silenciador. Ese hombre no era tan honrado como Jimmy Charlie, o al menos no tenía la misma opinión que él. Oyó lo que contó el abogado y después dijo que quería preguntar por ahí antes de darles su opinión y tal vez presentarles una propuesta. Al le dijo que le estaría muy agradecido por todo el tiempo que invirtiera en buscar una solución para su problema y que su gratitud no sería... eh... platónica (probablemente Bob Iacca no sabía lo que significaba «platónica», pero entendió por dónde iba la cosa). El Silenciador volvió un par días después y le dijo a Al que se había ocupado del tema y que ya podía dormir en paz. Le pidió cincuenta de los grandes por «haberse ocupado»; no para él, dijo, sino «para cubrir los gastos, señor Frank, seguro que lo comprende». No sé si Al lo comprendió o no, pero le dio el dinero. Después el abogado le dijo que la palabra que un mafioso le da a alguien de fuera de la organización no es exactamente un contrato vinculante, y además, como la expresión «dormir en paz», que había utilizado el Silenciador, solo se diferenciaba en una palabra de «descansar en paz», Al no se quedó satisfecho.

La reunión más corta fue la que tuvo Al con Jake Lowski.

—Mire, señor Frank —le dijo el hombre—, no voy a aceptar su dinero por decirle algo que ya sabe. Su situación no es muy original. Vale, es posible que ese hijo de puta de Lupo dejara órdenes para que se cargaran a sus hermanos y a usted. ¡Menuda cosa! ¿Cree que no hay tipos por ahí que ahora mismo, mientras hablamos, quieren acabar conmigo? ¡No lo dude! Y puede preguntarles también a sus amigos, sean los que sean los ricachones con los que anda: pregúnteles a los Rockefeller, a los Guggenheim... ¿Cree que esa gente no tiene detrás a otros que quieren librarse de ellos? Todos los ricos y poderosos tienen a alguien detrás. Es un riesgo laboral, por así decirlo. Así que haga lo que haría cualquier hombre sensato en su posición: cúbrase las espaldas.

Lo que le habían dicho la viuda de Lupo y Jimmy Charlie había tenido un cierto efecto tranquilizador sobre Al. Si tuviera que apostar, en ese momento lo haría por la opción de que no había gran cosa de la que preocuparse; fuera por lo que dijo la viuda o por lo que manifestó Charlie, empezó a creer que ya no debería haber un contrato en vigor que pusiera en riesgo su vida y la de sus hermanos. Porque incluso aunque lo hubiera habido en un principio, se dijo Al, incluso aunque Lupo no se retractara en sus últimos días durante su «penitencia», dieciocho años después de la muerte de Lupo podría haberle pasado cualquier cosa al tipo que aceptó cumplir sus órdenes: podía haber cambiado de idea, podía haber despilfarrado el dinero o, muy posiblemente, podían habérselo cargado a él por alguna razón; los periódicos estaban

lentos de historias de gánsteres que se mataban entre sí. Y, en cualquier caso, también le daba cierta tranquilidad, aunque fuera poca, que Iacca, el Silenciador, le hubiera dicho que había resuelto el problema. Había aceptado cincuenta mil por ello, después de todo, una cantidad nada despreciable. Si quiere saber a cuánto dinero equivale eso hoy en día, *signore*, multiplíquelo por diez para hacerse una idea.

Todo eso tranquilizaba a Al lo bastante para ayudarlo a conciliar el sueño en una noche de insomnio. Pero era demasiado listo para desentenderse del asunto. Y por eso, aunque pensaba que era poco probable que existiera (al menos ya no) el hombre de Lupo, la encarnación real del hombre-lobo con *lupara* de sus pesadillas, decidió hacer lo que Lowski le había sugerido y cubrirse las espaldas. Y lo que no eran las espaldas también.

Lo primero que hizo fue proteger sus dos casas, tanto la mansión de ladrillo de la calle Sesenta y Uno como la que se acababa de construir en una enorme finca de Long Island. Puso rejas en las ventanas de los dos pisos inferiores de la casa de la ciudad y construyó alrededor del terreno de Long Island un muro alto detrás del cual puso una valla con alambre de espino. Contrató guardias armados, policías jubilados en su mayoría, dos con perros guardianes adiestrados. Apostó unos cuantos delante de sus dos casas y puso más en las oficinas del nuevo edificio de Frank & Worthington de la Quinta Avenida, justo al lado de los grandes almacenes Worthinton's, algunos en la calle, controlando a cualquiera que entrara en el edificio, y otros que cacheaban a la gente que llegaba al piso superior en el ascensor (Al hizo que bloquearan la escalera). Los que entraban en el despacho privado de Al eran cacheados una vez más.

Tiempo después Al contrató a un agente jubilado del FBI, en teoría un experto en la mafia, para dirigir su equipo de seguridad. Ese hombre le dijo que le preocupaba especialmente el riesgo potencial que corría Al cuando se desplazaba de un lugar a otro y lo convenció para que no fuera a pie a ninguna parte. Le buscó un coche blindado, un enorme Mercedes Benz traído especialmente de Alemania, y Al empezó a usarlo para todo, hasta para recorrer solo dos manzanas. Fuera adonde fuera, Al llevaba consigo media docena de hombres armados: dos en el Mercedes y cuatro en un coche que iba delante.

La única persona que sabía la verdad sobre lo que había llevado a Al a tomar todas esas precauciones, aparte del abogado pez gordo y la gente con la que se habían reunido, era el hermano Frank número dos, Nick, que era conocedor de lo de la *maledizione* desde el principio. Los demás, incluyendo su hermano menor, Leo, su mujer, Thelma, y sus principales socios, recibieron la explicación oficial: que Al había estado recibiendo amenazas, nada serio en realidad, pero mejor prevenir que curar.

Aun así, como a Thelma el cambio de hábitos impuesto por las nuevas medidas de seguridad le parecía especialmente molesto, Al tuvo que contarle algo más. Al ver que ella no dejaba de preguntar, decidió mentirle diciéndole «confidencialmente» que

le había llamado el mismísimo director del FBI, el señor J. Edgar Hoover, para advertirle de que un grupo de la mafia estaba intentando montar un tinglado de protección a las importaciones y que era posible que intentaran algo contra él. A Thelma eso no le impresionó mucho y solo le contestó que le parecía que estaba yendo demasiado lejos con lo de la seguridad. ¡Pobre Al Frank, tan rico...! ¿Sabe, *signore*? La razón por la que no quería decirle a Thelma la verdad era que creía que ella se moriría de preocupación si se enteraba de que un mafioso tan temible como el Verdugo de Brooklyn había amenazado con acabar con la vida de su marido. Pero él no tenía ni idea de que a Thelma le importaba un comino el bienestar de su marido (siempre y cuando ella fuera su heredera, claro está) y que además ella tenía «otros compromisos». Sus intereses estaban centrados en otros asuntos, o más bien en el «asuntillo» que tenía con otro hombre. Pero ya le daré más detalles sobre eso a su debido tiempo.

Pasó un año y Al Frank siguió viviendo bajo una protección que no dejaba de aumentar. Su jefe de seguridad y exagente del FBI le prohibió disfrutar de las pocas cosas que le gustaban, aparte de trabajar: comer en un restaurante de categoría o ir con Thelma y sus amigos a algún espectáculo. Además, le hizo reducir al mínimo lo que él llamaba «movimientos innecesarios». Al cada vez pasaba menos noches en la mansión de Manhattan y más en su casa de Long Island, donde podían protegerlo mejor.

Unos cuantos días antes de Año Nuevo de 1939, es decir, de que empezara el año en el que iba a cumplir cuarenta y dos años, Al le anunció a Thelma, a sus hermanos y a sus subordinados que no iba a salir de la casa de Long Island hasta nuevo aviso. Durante ese tiempo iba a establecer su centro de operaciones en un gran pabellón que había dentro de la finca y que había convertido en un despacho. Sus secretarías y sus asistentes personales irían a trabajar allí todos los días y los principales empleados de Frank & Worthington tendrían pases especiales para poder entrar allí cuando lo necesitaran. En las raras ocasiones en que tuviera una reunión de negocios con alguien de fuera de la empresa, el visitante, antes de ver al señor Frank, tendría que acceder a que lo cachearan muy concienzudamente. Así, si el asesino de Lupo (siempre y cuando existiera, claro) quería llegar hasta él, tendría que lograr atravesar las defensas de una fortaleza bien protegida. Y eso era algo que a Al Frank, el hombre de negocios, el hombre práctico, le parecía imposible.



CREO QUE AHORA, *signore*, deberíamos dar un salto en el tiempo para volver al momento del asesinato de Luigi Lupo. Como ya le he dicho, Ben Frank le contó lo de la *maledizione* a Al Frank la última vez que se vieron. Y Al compartió el secreto con Nick, porque creía que era su obligación. El pequeño Leo solo tenía siete años en aquel momento y era demasiado pequeño para asimilar algo tan terrible.

Pero Nick Frank era un hombre totalmente distinto de Al. A diferencia de su hermano, no era especialmente inteligente y no tenía gran interés por el trabajo. En otras palabras, tenía la actitud hacia el trabajo que tiene una persona normal, que prefiere pasárselo bien a tener problemas y holgazanear a trabajar. Pero era pobre, así que tenía que trabajar. Su primer trabajo, en el que empezó cuando tenía solo dieciséis años (si ha estado prestando atención a mi historia, lo recordará), fue de botones en el hotel Plaza. Y allí le fue bien, a su manera. Nick no tenía el cerebro de Al, pero era muy guapo. Además, igual que Al, era muy educado, porque su *mamma* le había enseñado muy bien. Así que los ricachones que se alojaban en el Plaza, sobre todo las señoras, sentían debilidad por él («Oh, es que está tan mono con esa gorrita redonda»), y gracias a eso podía añadir regularmente una buena cantidad de propinas a su salario, tantas que a veces incluso lo doblaba.

Cuando mataron a Ben Frank en Sing Sing, Nick tenía diecinueve años.

Para entonces ya había dejado atrás su apariencia de chico para adquirir una de hombre, y eso le permitió aprovechar el efecto que tenía su físico sobre las mujeres. Primero fueron las camareras de piso del Plaza. Salió con un par de chicas solteras, pero pronto descubrió que a las casadas también les gustaba tener un poco de entretenimiento de tapadillo, siempre y cuando la discreción estuviera garantizada. Trabajando en un hotel, Nick tenía sitios de sobra para desarrollar sus actividades como amante mientras trabajaba, no solo en los cuartos de la limpieza (convenientemente había uno en cada planta) sino también en las habitaciones, cuando alguna estaba libre. Una de las gobernantas casi lo pilla una vez con una camarera casada particularmente atrevida («casi» en este caso significa que los pilló justo después del acto), pero ambos aseguraron que eran inocentes y se les concedió el beneficio de la duda. Poco después Nick se decidió a expandir el alcance de sus actividades y empezó a verse con las huéspedes; normalmente era con alguna *signora*, o sea, la mujer de algún huésped ricachón, pero a veces incluso se atrevía con *signorinas*, sus retoñas. Por desgracia, una de esas veces lo pillaron con las manos en la masa, o más bien con otra cosa que no era la mano en una parte muy inadecuada de la joven esposa de un cliente viejo y muy valorado. Por suerte para la

signora, y para el hotel, fue un camarero, y no el marido, quien los sorprendió, así que todos procuraron guardar silencio sobre el asunto. Pero, por desgracia para Nick, el camarero se lo contó al director y lo despidieron.

Corría el año 1922. Su hermano mayor, Al, le pidió a su amigo Willie Worthington que le diera un trabajo a Nick (Al todavía no tenía un puesto lo bastante importante en la empresa como para dárselo él directamente). Pero, para evitar que su hermano acabara avergonzándole, Al se preocupó de que no lo hicieran dependiente en la tienda, cuya clientela estaba formada casi exclusivamente por *signoras* y *signorinas*, sino que le dieran un puesto en la oficina principal, en una sección en la que casi todos los que trabajaban allí eran hombres. Pero Nick había estado haciendo los turnos de tarde y de noche en el hotel durante seis años y no estaba acostumbrado a levantarse temprano. Se presentó tarde a trabajar un par de veces y le dieron un aviso, después otro y al final dimitió. Se lo vendió a Al como un noble acto de sacrificio por su parte para evitarle a su hermano vergüenzas posteriores. Pero en realidad lo hizo porque le resultaba aburridísimo estar sentado en una mesa todo el día. Después de eso Nick trabajó aquí y allá, en todo tipo de ocupaciones estafalarias, hasta que en la primavera de 1924 lo contrataron como camarero en el restaurante del hotel Algonquin, en la calle Cuarenta y Cuatro.

Yo no sé cómo será ahora, pero en los años veinte el Algonquin era un sitio muy exquisito. El Plaza lo frecuentaba gente de mucho dinero, pero era al Algonquin adonde iba la gente divertida: los artistas, los actores, los músicos y los escritores. Todos los que eran alguien en Broadway iban al Algonquin a comer o a tomar una cena tardía después de los espectáculos. También era el sitio donde iban los peces gordos del cine, esa nueva industria en alza, cuando venían a Nueva York desde Los Ángeles.

Y ocurrió que un día Nick Frank estaba sirviendo en una mesa a un hombre joven que tendría más o menos su edad, y que no dejaba de mirarlo de una forma que a Nick no le gustaba nada. Al final de la comida el hombre le dio a Nick su tarjeta y le dijo que le gustaría que se pasara por su despacho de Nueva York alguna mañana. El nombre que figuraba en la tarjeta era «Irving Thalberg», y a Nick no le sonaba de nada. Tampoco el nombre de la empresa para la que trabajaba le decía nada; era uno de esos estudios de cine nuevos y se llamaba «Metro-Goldwyn-Mayer-Pictures». No tenía ni idea de por qué un tipo de una empresa de películas querría que él, un camarero, fuera a su despacho... Tal vez querría organizar una fiesta y necesitaba alguien que sirviera los canapés. Pero como tenía curiosidad, fue allí a la mañana siguiente.

Thalberg había vuelto a Hollywood ese mismo día, pero su ayudante estaba allí; era el típico *finocchio* del mundo del espectáculo. ¿Sabe lo que significa *finocchio*, *signore*?... ¿Qué?... Sí, sí, un «homosexual» como usted dice, lo que en aquellos días se llamaba «un marica». Bueno, pues ese hombre llevó a Nick a una habitación especial, donde esperaba un fotógrafo que le hizo fotos por aquí y por allá, de frente y

de perfil. El *finocchio* no dejaba de decir «oooh» y «aaah» y «pero qué guapo estás, chico». Y después le dijeron que ya podía irse. Tres semanas después llegó al Algonquin un sobre a su nombre que en la parte superior izquierda tenía el membrete de la Metro-Goldwyn-Mayer. Dentro había una invitación para que Nick fuera a Los Ángeles una semana para hacerle «unas pruebas de cámara».

Dentro también había un billete de tren y una buena suma de dinero en efectivo. «Para gastos», decía.

No es raro que un actor en paro trabaje de camarero; de hecho, creo que es muy común; pero yo no he oído nunca la historia de un camarero con empleo que se convierta en actor. Pero debe recordar que eran los primeros tiempos del cine y que entonces solo con ser guapo se podía llegar muy lejos. La mente de Nick, con sus limitaciones, se puso a funcionar como loca ante las posibilidades que suponía esa oportunidad que le acababan de dar. Pidió tres semanas de permiso sin salario en el Algonquin (entonces hacían falta cinco días para ir de la Costa Este a la Oeste), y cuando se las negaron, dimitió sin pensárselo.

Sin decirle a su hermano mayor nada al respecto (estaba seguro de que Al encontraría una docena de razones muy lógicas para intentar detenerlo), Nick subió a ese tren. Una semana después estaba en un enorme estudio de cine, mirándolo todo con la boca abierta. Una vez allí, los verdaderos profesionales se hicieron cargo de todo. Le pusieron un bigote falso en la cara y luego otro con una forma distinta, después le quitaron el bigote y le colocaron una perilla, a continuación se deshicieron de la perilla y lo intentaron con unas patillas, le quitaron las patillas y probaron con una peluca rubia, luego con una de pelo largo, otra de pelo corto, media melena... de todo. Tras hacerle un millón de fotos con todas las caracterizaciones imaginables, subieron a Nick a un escenario en un estudio y lo grabaron con una cámara de vídeo de una forma y después de otra, de cerca y de lejos, desde arriba mirando hacia abajo y desde abajo mirando hacia arriba. Le pidieron que sonriera, que soltara una risita, que se riera, que pareciera feliz, luego triste, y que fingiera que estaba enfadado o alicaído. Le hicieron caminar, correr y saltar de acá para allá. Le pusieron diferentes disfraces: de pirata, de vaquero, de jeque, y Dios sabe de qué más, y también ropa normal: un traje claro, un traje oscuro y un esmoquin (este último era el que a Nick le resultaba más natural, acostumbrado como estaba tras sus años como camarero). Y unos días después, Thalberg llamó a Nick para que fuera a su despacho y le hizo un contrato de un año como «actor de reparto». Nick lo firmó sin leerlo, ¿qué importaba lo que dijera? En cuanto lo firmó, escribió a su hermano para decirle que se iba a convertir en estrella de cine.

Pero no se convirtió en una estrella inmediatamente. Primero hizo un pequeño papel en una película y después otro en otra y en otra más. En aquellos días las películas eran mucho más cortas que ahora y se hacían más rápido, así que durante el siguiente año Nick actuó en más de diez, en todas con papeles pequeños pero que cada vez iban mejorando un poco. Cuando le hicieron el siguiente contrato, esta vez

por tres años, en lo primero en que se fijó fue en que su salario de un mes era casi igual que el que ganaba en todo un año corriendo de acá para allá llevando maletas por los pasillos del Plaza o sirviendo a los comensales en el Algonquin. Se sentía muy orgulloso de sí mismo, y tenía razones para ello. Y cuando vio una crítica de una de sus películas en un periódico de Los Ángeles en la que se referían a él como «el joven actor de los preciosos y lánguidos ojos oscuros» (sin duda eso lo había escrito una señora cachonda), lo recortó con unas tijeritas de uñas y se lo envió a Al. En el sobre también metió algo de dinero para que el pequeño Leo, que tenía entonces trece años, se comprara una bicicleta.

Tras sus dos primeros papeles con ese nuevo contrato, un día Thalberg llamó a Nick a su despacho y le dijo que estaba muy contento con él y que tenía grandes cosas planeadas para su futuro. De hecho Nick iba a hacer un papel importante en su siguiente película; no el protagonista, todavía no, pero sí uno principal. También le dijo que sería una buena idea que se cambiara el nombre por el de «Nicholas Franco», que sonaba más exótico. Nick accedió, claro. Y así, dos años y unos cuantos papeles bastante importantes después, Nicholas Franco dio su primer salto hacia el estrellato al interpretar el papel protagonista en *El rebelde de Jaipur*, donde hacía de un mercenario español que se enamoraba de la hija huérfana de un maharajá bueno que había muerto a manos de su primo (el maharajá, no su hija), un maharajá malvado. El amor hace que el mercenario se comprometa con la búsqueda de justicia y lidere a los súbditos del maharajá malvado en su rebelión contra él, consiguiendo así a la princesa y el trono.

El rebelde de Jaipur tuvo un éxito moderado, que hizo muy feliz a Thalberg y que le proporcionó un buen dinero al estudio. Pero lo más importante para el productor fue que estaba en vías de crear una nueva estrella, una que tal vez pronto podría competir con los grandes *latin lovers* como Rodolfo Valentino o Ramón Novarro. Y Nick Frank, *mi scusi*, «Nicholas Franco», no se podía creer la suerte que estaba teniendo. La mayoría de las mañanas, cuando se despertaba y veía en su cama a una nueva chica explosiva que se había traído de la última fiesta de la noche anterior y a su alrededor todos esos muebles bonitos del apartamento de lujo que tenía alquilado, cerraba los ojos y los volvía a abrir para asegurarse de que no estaba soñando. Y un día, mientras caminaba por Sunset Strip, se encontró de improviso con su cara, que le sonreía desde la portada de una revista del mundo del cine. Se paró en seco, se santiguó y dijo prácticamente en un susurro las mismas palabras que cuando era pequeño había oído salir muchas veces de los labios de su *mamma*: «¡Grande es tu misericordia, bendita Madre de Dios!».

Justo en ese momento el segundo de los hermanos Frank se acordó de la *maledizione* de Tonio Lupo, que había intentado olvidar durante todos esos años (y se podía decir que lo había estado consiguiendo) porque Al le dijo que se iba a ocupar del tema... cuando fuera rico. Y fue en ese instante exactamente cuando se le ocurrió la solución al problema. De hecho se lo describiría años después a Leo Frank

diciendo que «fue como si se hubieran abierto los cielos y la *mamma* se hubiera puesto a hablarme desde allí arriba». El destino había sido muy cruel cargándoles con esa maldición terrible que les había lanzado Tonio Lupo por un crimen que no habían cometido. Pero entonces un poder bendito le mostró la forma de librarse. Su hermano Al pensaba que podría librarse con dinero (asumiendo que lograra conseguir suficiente). Pero Nick creyó haber encontrado una forma mejor: la fama.

El plan apareció claramente en su cerebro, hasta su último detalle, en ese momento y en ese lugar. Nick estaba solo en el principio de su carrera; el éxito de *El rebelde de Jaipur* lo había convencido de ello. Pero estaba destinado a conseguir cosas cada vez más grandes, empujado por la adoración de su número creciente de fans. Pronto sería, sin duda, una de las mayores estrellas de Hollywood. Porque ¿qué tenían Valentino, Novarro y ese otro tipo del bigote absurdo, Fairbanks, que él no tuviera? Nick era más guapo que todos ellos juntos, ¡se lo había dicho una de sus novias! Y cuando eso pasara, cuando alcanzara la cumbre de la gloria, cuando fuera la mayor estrella de cine del mundo, organizaría una fiesta enorme e invitaría a todos los hombres poderosos del país (senadores, generales, jueces, empresarios... sí ¡tal vez incluso al presidente!), a los periodistas importantes y a los representantes de las grandes cadenas de radio. Y todos asistirían, porque a la gente le encantan las estrellas de cine famosas. Y en el momento más álgido de la diversión, cuando la gente estuviera bebiendo, bailando y pasándose bien, Nick subiría al escenario y diría: «¡Escuchad todos los que estáis aquí reunidos y, a través de vosotros, que me escuche todo Estados Unidos! Sabed que yo, vuestro querido Nicholas Franco (tal vez ahí debería mencionar también a sus dos hermanos, pensó, eso le gustaría a la gente), sí, sabed que yo soy el objetivo del espíritu de la venganza de un hombre malvado, el objeto de una terrible maldición, de esas que en Italia llaman *maledizione*. ¿Pero estoy indefenso a la hora de enfrentarme a ese terrible peligro? ¿Estoy solo? No, mis queridos amigos, ¡no lo estoy! Porque os tengo a vosotros, a todos vosotros, además de a mis muchos millones de fans en todo Estados Unidos y más allá incluso, ¡en todo el planeta! Así que os pido a todos vosotros, y especialmente a aquellos que ocupáis un puesto de poder, como los políticos, los jueces, los valientes hombres de la policía o los aguerridos soldados del Ejército, que me protegáis. Os pido en nombre del Arte, al que le he dado tanto, que encontréis a las personas terribles a las que les encomendaron mi ejecución y pongáis fin a sus perversas maquinaciones».

Al pensar en el efecto que este llamamiento tendría sobre la nación, a Nick se le llenaron los ojos de lágrimas. No tenía duda, ni la más mínima, de que eso resolvería su problema, y además lo iba a convertir en una estrella más grande todavía; no solo un héroe del Arte, sino también un mártir... bueno, *casi* un mártir, con suerte. Esa idea era tan alentadora, era una visión tan imponente y tan satisfactoria, una demostración tan inequívoca de que un enorme poder benevolente estaba actuando directamente en su vida, que Nick consiguió aportarle a su actuación en la siguiente

película una dosis extra de fervor. Pero debió de ser una dosis exagerada, porque cuando Thalberg vio las primeras tomas, se apresuró a llamar al director y pedirle que volviera a rodar algunas de las escenas. «¿Qué le pasa a Franco que está sobreactuando así? ¿Es que se le ha subido el éxito a la cabeza?», preguntó. «No, probablemente será el efecto de uno de esos paquetitos de polvo blanco que no para de esnifar», dijo el director. Esos paquetitos contenían cocaína, por cierto, que en aquellos años todavía se podía obtener legalmente en Estados Unidos con la colaboración de un médico comprensivo.

Pero bueno... Durante un tiempo la carrera de Nick siguió su ascensión. Su siguiente papel importante fue el protagonista masculino de *Rivales en el amor*, una comedia romántica sobre dos mujeres, una dama inglesa y su doncella, que se enamoran del mismo hombre, un tenor de ópera que interpretaba Nick únicamente abriendo y cerrando la boca. Esa película también tuvo éxito, aunque los papeles protagonistas eran los de las dos mujeres (la doncella es la que se llevaba al hombre al final, por si se lo estaba preguntando). Entonces, en 1927, Nick obtuvo el mayor éxito de su carrera (y el último también, aunque él no lo sabía en aquel momento) con *Drago, el pirata*, en el que interpretaba al hijo de un lord inglés al que unos piratas secuestran cuando es un bebé y que crece entre ellos sin conocer su verdadero origen; una especie de Tarzán de los mares. Al final, claro, se revela la verdad y él vuelve a Inglaterra triunfante, se convierte en lord y el rey lo nombra almirante. Una historia muy conmovedora.



NICK FRANK LE DEBÍA su ascensión en el negocio del cine a su atractivo y buena planta y a la bendita suerte, dos factores que no tenían ninguna relación con lo que él hacía, ni con su forma de trabajar, ni con su esfuerzo, ni con nada. Pero en su caída (al menos el inicio de ella) sí hay que reconocerle su parte de responsabilidad. Aunque él no lo asumió; como la mayoría de los fracasados, él creyó siempre que era culpa de los demás.

Justo después del éxito de *Drago, el pirata*, a Nick lo eligieron para interpretar uno de los dos papeles principales de *El conde y el pordiosero*. Thalberg tenía grandes aspiraciones para esa película, quería convertirla en su mayor éxito. La historia se desarrollaba en París, en tiempos de la Revolución Francesa, y las estrellas eran dos hermanos que fueron separados cuando eran muy pequeños y a sus padres los mataron unos ladrones. Al mayor lo adoptó una familia de aristócratas y heredó el título de conde, mientras que el pequeño creció en las calles como un golfillo (una vuelta de tuerca más a la historia de *El príncipe y el mendigo*, pero con hermanos sin más, no gemelos). Así que cuando crecen, el conde se pasa la vida haciendo orgías, torturando a campesinos honrados y desflorando a doncellas inocentes, mientras que el pordiosero, valiente e íntegro, se dedica a defender los derechos de los pobres y los perseguidos. Entonces estalla la Revolución y el pordiosero se convierte en uno de sus *capi*. En cierto momento el pordiosero, sin saber que el conde es su hermano perdido tanto tiempo atrás, hace que lo arresten por su última abominación aristocrática y el tribunal revolucionario decide enviarlo a la guillotina. Ante la terrible perspectiva de perder la única cabeza que tiene, el conde le ruega a una bella damisela, hasta entonces la víctima impotente de su lujuria, que está locamente enamorada del pordiosero, que le suplique por su vida. Pero cuando el hombre está de rodillas, rogándole, la bella damisela ve un amuleto que cuelga del cuello del conde y que es exactamente igual que el que lleva el pordiosero. Ella, en su bondad, intuye la verdad, o sea, que el conde es el amado y perdido hermano mayor del pordiosero, y va a contárselo. Y gracias al perdón del pordiosero, el conde salva el cuello de la cuchilla en el último momento. El conde, ya exconde, jura servir a los propósitos de la Revolución hasta el día de su muerte y el pordiosero, ya expordiosero, recibe toda la gloria, el poder y se lleva a la bella damisela. Fin de la historia.

¿Le ha gustado, *signore*? Bueno, a Nick sí, le gustó mucho, hasta que se enteró de que él iba a hacer el papel de conde y que el papel del pordiosero ya se lo habían prometido a Douglas Fairbanks. «¡Maldita sea! ¡Pero si el conde se supone que es el hermano mayor en la película y en la vida real yo soy diez años más joven que

Fairbanks! ¡Vamos, venga ya!», se dijo Nick. ¡Ese hombre era prácticamente un *anziano* al que se le veían todas las arrugas si no le echaban una capa bien gruesa de maquillaje! Por eso, en cuanto le informaron de esa injuria, esa ofensa personal según su opinión, Nick decidió hacer algo: no se iba a quedar de brazos cruzados y ver a esa vieja gloria de Fairbanks pisotearle su primera oportunidad real de alcanzar el verdadero estrellato.

Esa fue su primera mala decisión. La segunda y peor fue idear un plan para conseguir el papel del pordiosero que implicaba tirarse a la actriz que iba a hacer de bella damisela. Nick sabía que la actriz, una chica menuda y encantadora, tenía influencia con un importante productor. «Y una vez que sucumba a mis encantos, me apoyará en mi causa», pensó Nick. Lo que Nick no sabía era que la actriz había obtenido esa influencia sobre el importante productor accediendo primero a su *braciote*, o sea, a su bragueta. Así que cuando esa chica encantadora contó lo que Nick le había dicho, pero acompañado de la información de que él había intentado violarla (o eso dijo ella para explicar una marca de dientes en el cuello), en vez del papel del pordiosero, lo que consiguió Nick fue una patada en el culo. El productor le dijo a Thalberg que ese baboso advenedizo latino de Franco no iba a salir en *El conde y el pordiosero*, ni en el papel de pordiosero, ni en el de conde, ni siquiera como lacayo que le sirve el *brandy* al conde.

Y se corrió la voz por todo Hollywood de que Nicholas Franco había tenido la delirante idea de intentar robarle un papel a Fairbanks y la gente se puso a cuchichear y a decir por lo bajo que cómo se atrevía. Al final el rumor llegó hasta Fairbanks. Así que, aunque en los días siguientes la actriz que iba a hacer de la bella damisela cambió su relato de los hechos, y la cosa pasó de «intento de violación» a «intento de darle un beso», y atribuyó el mordisco a una picadura de mosquito que se había puesto fea, y el importante productor que se la tiraba al final dio el visto bueno para que Nick hiciera el papel del conde, Fairbanks para entonces estaba furioso. Y dio un ultimátum: en esa película era o Nick o él. Y esa era una elección fácil para Thalberg. Al final resultó que *El conde y el pordiosero* nunca llegó a rodarse y Thalberg, en vez de esa película hizo *El ladrón de Bagdad*, el mayor éxito de Fairbanks. En cuanto a Nick, se encontró de patitas en la acera que había delante de la puerta del estudio, con su contrato hecho trizas aterrizando a su alrededor en forma de confeti.

Aunque al principio quiso llevar al estudio a los tribunales, finalmente siguió el acertado consejo de un abogado y no lo hizo. Como consecuencia todavía tuvo un par de años buenos en Hollywood. Hizo unos cuantos papeles interesantes en películas producidas por estudios pequeños; dos o tres fueron bastante bien, aunque ninguna llegó ni a rozar el éxito de *Drago, el pirata*.

La fama que Nick había conseguido a raíz de sus primeros éxitos empezó a desvanecerse. Pero él no permitió que eso le preocupara demasiado. Todavía era joven, y además el tiempo le estaba tratando muy bien. Cuando empezó en lo de las películas, sus fans decían que tenía «un encanto juvenil», pero ahora Nick se había

transformado, a su parecer, en alguien verdaderamente irresistible, un hombre de mundo con un encanto pícaro, ojos lánguidos y mucho más. Y bueno, en lo de la picardía tal vez sí que tenía razón, porque era un reflejo de su carácter, pero su percepción del alcance de su encanto era resultado de una visión totalmente deformada, que empeoraba por momentos a consecuencia del efecto de las cantidades cada vez mayores de cocaína que tenía en las venas. Eso le hacía ver su futuro cada vez más lleno de posibilidades emocionantes. Pero cuando quedó claro que no había señales de que ninguna de ellas se hiciera realidad, Nick se convirtió en un cliente habitual de las tabernas clandestinas de Los Ángeles (era la época de la Ley Seca) que cada día se emborrachaba más con alcohol de contrabando.

Incluso en ese estado, Nick consiguió unos cuantos papeles, y podría haber sobrevivido como estrella de segunda fila por un tiempo, con suerte tal vez incluso hasta cumplir los cuarenta y dos. Pero entonces ocurrió algo inesperado que puso un repentino fin a sus enormes ambiciones. En 1928 se estrenó la primera película «hablada», en la que los actores no solo movían los labios, sino que se les oía hablar de verdad. Y se inauguró una nueva era. Esa invención entusiasmó al público, pero no fue beneficiosa para muchas de las estrellas de las películas mudas. Para algunos fue una verdadera tragedia, aunque una que tenía un lado cómico, como se ve en esa vieja película con Gene Kelly, esa de *Bailando bajo la lluvia...* Eso, sí, eso es, *signore*, *Cantando bajo la lluvia*. Cuando todo el mundo se enteró de que alguna *bella donna* de la pantalla graznaba como un pavo en cuanto abría la boca o que ese hombretón tan macho y tan galán tenía la voz como la de Piolín, todos se rieron mucho, excepto la estrella en cuestión. Cierto es que algunos de los actores de la vieja guardia eran más que caras bonitas y lograron sobrevivir a la llegada del sonido, pero ese cambio destrozó a muchos otros, entre ellos a Nicholas Franco.

Nuestra gran estrella en ciernes fue uno de los que cayeron con la llegada de «las películas habladas», y la suya fue una caída en picado, porque su voz, sobre todo cuando se mostraba apasionado y accedía a los registros más altos, sonaba como la sirena de una ambulancia, y su forma de actuar era peor que la que demostraría el conductor de dicha ambulancia. Insistió en hacer pruebas de cámara con sonido, pero estaba tan ridículo en ellas que el personal del estudio se las ponía para reírse cuando tenía un rato de aburrimiento. El pobre estúpido se negó a pillar la indirecta: su apariencia le había llevado al cine, pero en las películas sonoras no era suficiente para contrarrestar su forma de hablar y actuar. Así que Nick Frank sobrevivió en Hollywood un año más, haciendo papeles en algunas películas mudas. Pero en los años treinta ya dejaron de rodarse y en las sonoras a él solo le ofrecían papeles de figurante, personajes que solo cruzaban la pantalla sin decir nada, y Nick era demasiado orgulloso para aceptarlos. Si has puesto tus anhelos en llegar a lo más alto de la cordillera de la gloria, no te conformas con ganarte la vida como puedas al pie de la primera montaña.

Después de que su carrera se estrellara, Nick Frank no pudo soportar ver cómo las

nuevas estrellas iban de triunfo en triunfo a su alrededor. Cogió sus cosas y se fue. Durante un tiempo lo estuvo manteniendo, como si fuera una especie de mascota, una rica divorciada de San Clemente, pero al poco se cansó de él y lo echó. La verdad es que se estaba volviendo más insufrible cada día. La mitad del tiempo se lo pasaba deprimido, con el cerebro empapado en alcohol y quejándose de lo cruel que era el destino, y la otra mitad estaba drogado por la cocaína y maldecía a Thalberg y a todos los imbéciles de los estudios que no sabían apreciar un gran talento cuando lo veían, y se dedicaba a aburrir a la poca gente que aún le dirigía la palabra soñando despierto con su grandioso regreso, ese día en el que haría el mayor éxito de taquilla de la historia del cine y así les demostraría a todos los estúpidos que habían sido.

Pero aparentemente la veleidosa suerte no había abandonado del todo a Nick Frank. Porque poco después de que la divorciada lo echara, le llegó una oferta sorpresa de México: querían que protagonizara una película para el mercado latinoamericano. Aparentemente *Drago, el pirata* había sido un gran éxito en ese país y también en Venezuela, o en algún otro lugar remoto de por allí, y por eso le ofrecieron una buena cantidad por hacer la película. Pero lo mejor era que la película se hacía en español, y eso aportaba una solución mágica que no sé cómo se llama, una especie de *deus ex machina* que resolvía su problema con la voz. Porque, es curioso, pero no sé por qué, allí incluso las películas sonoras se rodaban mudas y los actores solo tenían que abrir y cerrar la boca, como en los viejos y buenos tiempos, y las voces se añadían después, en el estudio. Y así, aunque Nick no hablaba ni una palabra del idioma, su texto lo iba a grabar un actor local y por tanto su voz no suponía ni el más mínimo problema.

Su película mexicana, que llevaba en el título la palabra «amor» y algo más, funcionó bastante bien y entonces él empezó a soñar con una nueva carrera brillante para Nicholas Franco. Aunque una vez más quedó truncada, y muy pronto, porque una personalidad de gran importancia de por allí, un político o algo, lo pilló en la cama con su mujer. ¡Ay, es que Nick no podía mantenerla mucho tiempo dentro de los pantalones!

Pero bueno... Al menos tuvo suerte de escapar de allí solamente con una paliza de dos matones y una advertencia: o salía del país a toda velocidad o acabaría en una zanja. Y así fue como «el legendario actor de Hollywood Nicholas Franco», como lo había denominado un anuncio estúpido, se fue a Argentina, donde hizo un par de películas del mismo tipo, de esas en las que «yo pongo la cara y tú pones la voz». De nuevo durante un tiempo pareció que iba a triunfar allí, solo con la condición de que consiguiera mantener bajo control su afición por la bebida, por esnifar cocaína y por tirarse a señoras poco recomendables. Pero entonces un periodista imbécil que escribía en un periódico local escribió: «Nicholas Franco, con su exquisito talento actoral que no fue apreciado por los productores de Hollywood, para su desgracia», y Nick, tras leerlo, se convenció de que realmente era un gran actor y eso lo llevó a aceptar un papel en una obra de teatro en Buenos Aires que se llamaba *El primo de*

Nueva York.

Para entonces Nick ya había aprendido un poco de español, y además, como en la obra hacía de estadounidense, o sea, que era el primo del título, no pasaba nada porque hablara mal el idioma y tuviera acento yanqui (de hecho eso era imprescindible para el papel). El teatro casi se vino abajo por las carcajadas cuando el famoso Nicholas Franco abrió la boca y oyeron su voz, aguda y nasal. El caso es que, como la obra era una comedia, nadie lo vio como un inconveniente. Al contrario, consiguió unas críticas espectaculares, porque los críticos creyeron que estaba impostando esa voz para darle efecto al personaje. Y pasó a ser no solo un extraordinario amante en la gran pantalla, ¡sino también un genio de la comedia! Pero Nick no interpretó ese malentendido correctamente y, cuando acabó con esa obra, invirtió el dinero que había ganado con ella en producir su siguiente obra, en la que él haría el papel principal. Pero la obra que escogió era una tragedia. Y acabó siendo una verdadera tragedia para su actor principal y productor. Las risas que se oyeron la noche del estreno, cuando el gran héroe trágico que Nick estaba interpretando abrió la boca, fueron aún más fuertes que las que se habían oído en *El primo de Nueva York*. Cuando llegó el final del primer acto, salió del escenario entre abucheos. Los periódicos locales se despacharon a gusto con Nick, haciendo crónicas detalladas del incidente. Y así acabó la breve carrera de Nicholas Franco como actor de teatro.

Esas fueron las malas noticias para él, y, hay que reconocerlo, eran bastante malas. Las buenas eran que su hermano Al para entonces ya era millonario y empezó a enviarle cheques a su hermano Nick para que pudiera soportar su desolación cómodamente alojándose en buenos hoteles, llevando ropa de calidad, bebiendo alcohol de primera y metiéndose por la nariz una cocaína de la mejor. Para entonces ya era una cocainómano con todas las letras, y ese hábito lo metió en situaciones complicadas más de una vez, aunque ninguna tan complicada de la que no pudieran sacarlo unos cuantos billetes colocados en las manos adecuadas. Pero en diciembre de 1935 a Nick lo arrestaron en Bahía Blanca y lo metieron en la cárcel acusado de haber causado lesiones graves a un pobre tipo que se había puesto en su camino durante un arrebato de euforia alcohólica. Nick pagó a un guardia para que le mandara un telegrama a Al y Al envió a su mejor abogado a Argentina para ocuparse del tema. Los rimbombantes argumentos legales del abogado no tuvieron mucho peso allí, pero sí que lo tuvo el maletín lleno de dólares que llevó consigo, que logró sacar a Nick de la cárcel, y después del país, a fuerza de sobornos.

Cuando llegó a Nueva York, su hermano mayor Al le puso inmediatamente al cuidado del director de una clínica privada especial que se ocupaba de las necesidades de los ricos y estúpidos. Tendría que quedarse allí, tanto si quería como si no (era el tipo de clínica que tiene barrotes en las ventanas), hasta que se librara de sus malos hábitos.

Le dejaron salir más o menos un año después, ya limpio de alcohol y cocaína. Esas fueron las buenas noticias. Las malas resultaron ser que en todos los demás

aspectos Nick ya no era más que un despojo. Al le informó de que las cantidades de dinero que le pasaba se habían terminado; si quería vivir con las comodidades a las que estaba acostumbrado, tendría que ir a trabajar todas las mañanas a las oficinas centrales de Frank & Worthington. El trabajo que le había buscado era poco exigente, y naturalmente no tenía nada de responsabilidad (responsabilidad de llegar a crear problemas para el negocio, se entiende), pero sí contaba con un excelente «salario», por llamarlo de alguna manera. Pero solo se lo pagarían a final de cada mes si cumplía dos condiciones: haber estado en la oficina todos los días laborables, de nueve a cinco, y seguir sin tener el menor contacto con la bebida o el polvo blanco.

Como no tenía más opciones, Nick se acostumbró a su nueva rutina, pero odiando todo y a todos los que le rodeaban.

En sus fantasías, Nick Frank seguía con su autoengaño: no dejaba de decirse que tenía un «gran talento como actor», y muchas veces imaginaba su gran regreso triunfante al cine. Pero ya no podía engañarse con lo de que su fama le salvaría de la *maledizione* de Tonio Lupo: ya no era famoso. Pero aun así, seguía sin preocuparse por ello. Su hermano mayor ya era superrico, como había planeado, así que seguro que él lo resolvía. Claro que después de que Al se reuniera con la *signora* Lupo y con los tres mafiosos y empezara a ir por ahí rodeado de un montón de guardias armados, Nick se puso un poco nervioso. Si su hermano mayor se había ocupado de la *maledizione*, ¿por qué estaba tomando esas medidas de seguridad tan extremas? Se lo preguntó a Al una vez, pero su hermano le dijo que no se preocupara, que todo iba a salir bien. Y Nick tuvo que conformarse con eso. ¿Qué otra cosa podía hacer ese pobre diablo?



LLEGADOS A ESTE PUNTO, *signore*, les voy a tener que pedir a los dos hermanos Frank mayores, a Al y a Nick, que nos permitan dejarlos aparcados un rato para que podamos darle un repaso a la corta vida del tercer hermano, el pequeño Leo. ¡No queremos que *il bambino piccolissimo* se sienta abandonado!

Él, a diferencia de sus dos hermanos, se crio ignorando felizmente todo lo que tenía que ver con la *maledizione*. Leo solo sabía que su *papà* había desaparecido de casa un día cuando él tenía siete años. Nick le dijo que se «había ido de viaje». Y cuando Al volvió de Europa unos días después y a Ben Frank se lo cargaron en Sing Sing, convirtiendo así a Al en el paterfamilias, el primogénito decidió seguir con la mentira de su hermano. Le dijo al pequeño Leo que *papà* había ido a buscar a *mamma* y que no iba a volver, porque el cielo era un sitio muy cómodo. Al se ocupó del pequeño y, gracias a él, Leo creció sin llegar a conocer a Su Alteza Imperial, la reina del mundo de la miseria: la pobreza. Desde el principio Al estuvo ganando un buen sueldo en Worthington's (no exagerado, pero sí bueno), así que alquiló un bonito apartamento en un barrio decente y se trajo a una tía solterona a vivir con ellos. Al lo hizo muy bien con el niño, realmente bien. Con el paso de los años se lo fue dando todo, excepto su tiempo, que era algo de lo que no disponía porque trabajaba a todas horas. Pero no importaba cuánto trabajara, siempre sacaba un rato todos los domingos para llevarse a Nick y a Leo a un restaurante italiano e invitarlos a una buena comida. Después se llevaba al chico a ver una película o a un partido.

Cuando Leo tenía doce años, la tía soltera que lo cuidaba tuvo un ataque al corazón, y después otro, y murió. Nick estaba en Hollywood entonces y, como no tenían otros parientes que pudieran encargarse de él, Al decidió enviar a Leo a un buen internado, el mismo al que había ido Willie Worthington. De hecho Willie le escribió una carta de recomendación al chico diciendo que era «un buen estudiante con un carácter inmejorable». Bueno, Leo era un niño listo, pero los estudios le atraían tanto como a Babe Ruth (o al propio Willie Worthington en realidad). De todas formas conseguía sacar unas notas decentes, aunque su carácter era cualquier cosa menos «inmejorable». Y por eso, al año siguiente de llegar, Al recibió una carta del director del selecto internado diciendo que recomendaban que el pequeño Leo «continuara con sus estudios en otra institución educativa», lo que en lenguaje coloquial quería decir que le iban a dar la patada. Su hermano mayor se llevó al chico a otro internado y dos años después a otro.

Más adelante, cuando hablaba de esa época, Leo bromeaba diciendo que cambiaba de escuela porque «a él le gustaba conocer gente nueva y lugares

distintos». La verdad era, claro, que ninguna escuela podía soportarlo durante mucho tiempo. Por fin consiguió acabar el instituto en el cuarto o quinto internado al que asistió e incluso entró en una universidad medio decente y se sacó un título de no sé qué.

Viendo todo lo que hizo por él su hermano mayor, me parece que la suerte también estuvo presente el día del nacimiento de Leo Frank; tal vez tenía un hada madrina después de todo. El que no tuvo tanta suerte al final fue Al, que siempre tenía que ir detrás de él, arreglando las cosas. Al principio tenía que encontrarle nuevos colegios después de que pillaran a Leo copiando en un examen o robándole la paga a un alumno más pequeño. Cada nuevo colegio recibía una generosa donación de Al para que le «encontraran un sitio» a su díscolo hermano pequeño. Después Al tuvo que intervenir dos veces para que no lo expulsaran de la universidad, la primera vez porque había robado un libro antiguo y precioso de la biblioteca (el abogado de Al logró presentarlo como un caso de despiste y no de robo), y la segunda, por crear un tinglado de apuestas ilegales en relación con el campeonato de fútbol americano de la universidad.

Ya sabe, *signore*, incluso las personas más inteligentes y sensatas tienen algunas áreas en que demuestran una extrema estupidez, puntos ciegos en su mente, por así decirlo. Para Al Frank su punto débil era su hermano pequeño. Cuando su hermano mediano, Nick, sacaba los pies del tiesto, como hacía a menudo, Al también iba limpiando detrás de él porque se sentía obligado a hacerlo, era su anticuado sentido de las obligaciones familiares, pero no creyó ni una sola vez que Nick fuera inocente de ninguno de los líos en los que se metió. El caso de Leo era diferente. Cada vez que a ese mocoso mimado lo pillaban en algún chanchullo, Al siempre aseguraba que todo había sido un malentendido. O, en las raras ocasiones en que sospechaba que había algo de verdad en las acusaciones, encontraba un millón de excusas, todas ellas basadas en el hecho de que el pobre muchacho «era huérfano». Bueno, técnicamente eso era cierto, claro: Leo era huérfano, porque tanto su madre como su padre habían fallecido, pero con todos los cuidados y el dinero que su hermano mayor había invertido en él, lo había tenido mucho más fácil que muchos chicos que aún tenían a sus padres.

Para que vea un ejemplo perfecto de la ceguera que tenía Al con Leo, le voy a contar algo que ocurrió cuando el hermano pequeño se licenció en la universidad tras haber aprendido, supuestamente, todo sobre el dinero, es decir, sobre la «economía». El que no había aprendido nada de las experiencias anteriores era Al, que le pidió a un amigo, bróker de éxito, que tuviera a Leo trabajando con él un tiempo, sin cobrar, para que el chico «viera cómo funcionaba el mercado» antes de entrar en el negocio familiar, donde le esperaba una prometedor carrera (o eso soñaba Al). Pero cuando Leo llegó allí, montó un buen lío, uno gordo de verdad.

En cuanto le cogió el tranquillo al juego de los brókeres (un buen chanchullo ya de por sí, o eso es lo que pienso yo al menos, porque ellos ganan dinero tanto si sus

clientes ganan como si pierden), empezó a hacer el tonto con las cuentas que se suponía que debía atender. Al le había dado una buena suma para que la invirtiera personalmente mientras trabajaba con el bróker, «para que aprendiera practicando». Pero a Leo se le ocurrió ser imaginativo y empezó a mezclar su propia cuenta con la de los clientes. Era el truco más viejo de todos: hacía una transacción en las primeras horas del día comprando acciones que parecían prometedoras, pero sin registrar la compra a nombre de una cuenta específica de las que tenía la empresa. Después, si el mercado cerraba ese día con pérdidas para las acciones, le asignaba la transacción a un cliente y se quedaba con las comisiones de compra y venta, pero si había beneficios, vendía las acciones y registraba la transacción como si la hubiera hecho con su propia cuenta y nadie se enteraba de nada.

La belleza del plan era que, aunque era tan falso como una moneda de madera, podría haber seguido haciéndolo infinitamente siempre y cuando no se volviera muy avaricioso. Pero qué artista del chanchullo no es avaricioso... Es como pedir que un avaro sea generoso. Y con Leo también funcionaba esa ley. Durante unos meses su estrategia funcionó bien y ganó mucho dinero, lo que llevó al pobre Al a pensar que el chico era un genio financiero. Pero entonces, cuando Leo se convenció de que su sistema era infalible, expandió su alcance (o más bien el del dinero de sus clientes) y tuvo fuertes pérdidas, que repartió entre muchos clientes. Un colega lo detectó y se lo dijo al jefe. Al tuvo que hacer un gran esfuerzo para persuadir a su amigo de que no denunciara el asunto a las autoridades. Al final lo consiguió, pero solo tras cubrir personalmente las pérdidas que su hermano les había cargado a los clientes, una cantidad que alcanzaba las cinco cifras, y después de darle a su amigo un cheque bien abultado para mostrarle su agradecimiento por la comprensión que había demostrado con el «pobre huérfano».

Ahí tiene al tipo de hombre en el que se ha malgastado una buena educación en importantes colegios y universidades. Y eso es porque en esos sitios se pueden aprender muchas cosas como... poemas en latín, la población de la capital de Bolivia o cómo resolver un difícil problema de trigonometría, pero no se aprende nada de nada sobre comportarse bien. Y cuando hablo de «comportarse» no me refiero a tener buenos modales y cosas así, porque los modales de Leo eran perfectos. De hecho, cuando todavía era un niño, todo el mundo felicitaba a Al por lo bien que lo había criado porque llamaba «señor» y «señora» a la gente mayor, les sujetaba la puerta a las señoras, no se lanzaba el primero a por la comida en la mesa y demás. Pero debajo de toda esa fachada, ya era un sinvergüenza. Y siguió siéndolo.

Cuando trabajaba para el agente de bolsa, Al le alquiló a su hermano un coqueto apartamento con vistas a Central Park a dos manzanas de la mansión de ladrillos de su familia en la calle Sesenta y Uno. Pero después de que se descubriera lo que había hecho, Al decidió que debía tenerlo más vigilado. Así que cuando Leo empezó a trabajar en las oficinas centrales de Frank & Worthington, en un puesto que estaba bajo su supervisión directa (al menos algo había aprendido Al tras ese último chasco),

le hizo mudarse a la casa donde vivían Thelma y él para poder tenerlo vigilado también después del horario laboral. Durante la primera época en la oficina, Leo fue un modelo de buena conducta en todos los aspectos. Que descubrieran su tejemaneje en la bolsa y que se hubiera librado de ir a la cárcel por un pelo le habían dado un buen susto. Por eso durante un tiempo siguió todas y cada una de las directrices de Al sobre cómo debía comportarse un miembro de la familia propietaria de la empresa: incluso respetó la prohibición, totalmente inhumana a ojos de Leo, de no tirarse a las secretarías ni a las chicas de los ascensores.

Para entonces Leo, igual que Nick, se había convertido en un hombre muy guapo. No tenía los ojos «lánguidos» de Nick (los suyos eran más bien astutos), pero era el tipo de hombre que les gusta a las mujeres, y él lo sabía y lo utilizaba en su beneficio. Y lo que Al no le permitía hacer en la oficina, Leo lo hacía en su casa (¡no le habían dicho que no se tirara a nadie de allí!). Tras haber seducido a todo el personal femenino potable de la mansión (creo que la vieja cocinera fue la única que se salvó), fue a por Thelma... ¿Me está mirando con incredulidad, *signore*? Pues no debería. Me ha oído perfectamente. ¡El sinvergüenza sedujo a la mujer de su propio hermano! Obviamente le surgirá la siguiente pregunta razonable: ¿lo habría intentado él si la *puttana* de Thelma no le hubiera dado alguna señal de que tenía la puerta abierta? Probablemente no. ¿Pero significa eso que él no hizo nada mal? ¡Por supuesto que no! ¿Sabe, *signore*? Me he encontrado con tipos bastante duros en mi vida, gente que le cortaría la garganta a alguien sin pensárselo un segundo, pero incluso para esos hombres era impensable ponerle un dedo encima siquiera a la mujer de un amigo, mucho menos a la de su hermano. Sí, incluso los tipos con diez fiambres a sus espaldas tenían más moralidad que Leo en lo que respectaba a la familia. ¿Acabo de decir «más moralidad»? *Mi scusi*. No es la palabra correcta. Para que alguien tenga más o menos de algo, ese algo tiene que tener algún significado para él desde un principio. Y está claro que la palabra «moralidad» no tenía ningún sentido para Leo. Es como si yo le dijera a usted la palabra *minchia*. ¿Significa algo para usted? Si le preguntara «¿cómo está su *minchia* hoy?», ¿podría contestarme?... Claro, no podría, porque *minchia* es una palabra que no conoce, es lo normal. (Por si se lo pregunta, *minchia* significa «polla» en siciliano.) Pues para Leo la palabra «moralidad» era algo igualmente desconocido. Imagínesele, *signore*. Ese caradura montándosele con la mujer de su propio hermano, y eso que vivía bajo su techo, se comía su comida y se gastaba su dinero. ¡Puaj! ¡Qué asco!

Pero bueno, para terminar con Leo por ahora, tengo que decirle que incluso entonces, una vez terminada su educación, tras haberse librado de la cárcel y mientras trabajaba en Frank & Worthington, vivía en la casa de su hermano y se acostaba en secreto con su mujer..., incluso entonces, él seguía sin saber nada de la *maledizione*.

Eso es. Al nunca le habló de ello, nunca, y tampoco Nick, obedeciendo las órdenes de su hermano mayor. Así que Leo, aunque ya era adulto, seguía creyendo que su *papà* había terminado su vida como la empezó, siendo un tendero que

trabajaba duro, que murió en un accidente de tráfico y que él, igual que sus dos hermanos, tenía toda la vida por delante para vivirla hasta alcanzar una avanzada edad.

Como era tan protector con el «pobre Leo», Al decidió que había que mantener su alma delicada e inocente alejada de esa verdad. Dejando a un lado el hecho de que no había ni una pizca de inocencia en el alma de Leo, eso tenía cierta lógica: si Al iba a acabar resolviendo el problema de la *maledizione* con su dinero, como él esperaba, no tenía sentido preocupar a su hermano pequeño.

Pero entonces llegó el año 1939 y Al decidió dedicar toda su atención, al menos temporalmente, a salvarse a sí mismo.



RECUERDE, *SIGNORE*, que habíamos dejado a Nick Frank desintoxicado, sobrio y limpio, pero muy deprimido.

Una mañana de principios de primavera, mientras estaba sentado en su despacho de Frank & Worthington muy ocupado con la importantísima tarea de hojear una revista o ver qué velocidad podía alcanzar haciendo girar los pulgares o algo por el estilo, su «secretaria», una vieja cacatúa a la que Al le había asignado la tarea de asegurarse de que Nick permanecía en la oficina durante el horario laboral, le dijo que había una persona que quería verlo. Esa arpía le dio una tarjeta que tenía impreso en unas bonitas letras en relieve un nombre que no conocía: Joseph Koltai. Pero las dos palabras que había debajo de ese nombre sí que las conocía e hicieron que le recorriera la columna una corriente eléctrica que parecía tener mil voltios por lo menos: «Productor cinematográfico». Nick empezó a sudar nada más leerlo; cuando llegó al vestíbulo para recibir a su visita (la nueva y estricta rutina de seguridad de Al no permitía que los extraños pudieran acceder a cierta parte del edificio), ya tenía la camisa empapada y pegada a la piel.

Esperándole allí había un hombre bien parecido de cuarenta y muchos, que llevaba un elegante traje de tres piezas y sostenía un puro en la mano. El visitante le estrechó la mano a Nick con gran entusiasmo y le dijo que era un gran fan suyo. El nivel de agitación nerviosa de Nick aumentó. Con un marcado acento centroeuropeo, ese Joseph Koltai se presentó: era productor de cine, de ascendencia húngara pero afincado en Londres. Le mencionó la última película que había producido, *Encuentro en Salzburgo*, y Nick le dijo que había oído hablar de ella pero que no la había visto. La primera parte era mentira, y la segunda, verdad (lo cierto era que Nick no había visto ni una sola película desde que dejó de actuar porque le deprimía mucho). Koltai le dijo que se había trasladado a Los Ángeles unos meses atrás «para representar a varios intereses británicos, además de los suyos», y que estaba trabajando para poner en marcha un proyecto gigante (él lo pronunció más bien como «guígante»), una producción internacional que por el momento era un asunto estrictamente confidencial.

—Éstoy séguro de que usted, señor Frank, comprendera, gracias a su profundo cónocimiento de la industria del cine, que la cónfidencialidad es ésenal en las primeras fases de un proyócto guígante como este^[1].

Nick le aseguró que lo comprendía. No se atrevió a preguntarle la razón por la que había ido a verlo y Koltai no la mencionó tampoco. Pero dijo que le encantaría

contarle a Nick más cosas sobre ese proyecto secreto si le hacía el honor (un verdadero honor porque era un *gran fan*, insistió) de cenar con él esa noche en el Plaza, donde se alojaba, o de comer con él al día siguiente, si esa noche no le venía bien.

—Por la noche me viene bien, pero es que no me gusta la comida del Plaza —repuso Nick.

—¿Y qué tal el Álgonquin? —propuso Koltai.

Nick suspiró.

—Por desgracia tampoco me gusta la comida de allí —rechazó Nick de nuevo.

Koltai entonces sugirió Delmonico's y por fin Nick aceptó. Habría ido al infierno si hubiera hecho falta para cenar con un productor que quería hablar con él de un proyecto «guígante»; al infierno sí, pero no a un hotel donde podría saludarlo un conserje que lo recordara de su época de botones, ni a un restaurante donde podía atenderlo uno de sus colegas de su época sirviendo mesas.

Aunque a Nick el corazón estaba a punto de salirse por la boca por la expectación, se obligó a llegar diez minutos tarde a Delmonico's como parte de la estrategia de hacerse el difícil que había perfeccionado durante sus días de gloria. Con una langosta Newburg de por medio, Koltai no paró de hablar de todas las películas de Nicholas Franco que había visto. ¡Ese hombre las había visto todas!

No solo las mejores, como *El rebelde de Jaipur* y *Rivales en el amor*, y claro, su obra maestra, *Drago, el pirata*, sino también las primeras, en las que hizo solo pequeños papeles, e incluso los pastiches sudamericanos en los que la cara era la de Nicholas Franco, pero la voz era de un nativo. Nick se quedó sin habla, tan halagado que sintió que se mareaba, sensación que se vio reforzada porque acababa de beber por primera vez desde la desintoxicación. Le había jurado a Al que nunca más iba a tomar un sorbo de alcohol, pero esto era diferente, claro: Joseph Koltai había abierto en su honor una botella de un vino francés muy caro, un Chateaux no sé qué, y no podía ofenderlo no bebiéndolo, aunque solo fuera para brindar. Se acabaron la botella durante el plato principal y Nick fue quien se bebió la mayor parte. Después llegó el postre, que acompañaron con otro vino francés, esta vez dulce como el mejor de los sueños. Koltai le ofreció a Nick uno de sus habanos. Después se acercó, bajó la voz y le dijo que «era hora de dégarse de ródeos», así lo dijo.

Esto fue más o menos lo que le dijo: él tenía su propia empresa de cine en Londres, pequeña pero selecta, pero en este tema en concreto estaba trabajando principalmente como intermediario para poner en contacto a un gran productor británico, cuyo nombre no podía divulgar aún, con uno de los mayores estudios de Hollywood, que igualmente tampoco podía identificar. Su intención era contribuir a poner en marcha ese proyecto gigante del que le había hablado, que en ese momento describió como «sin duda la producción más ámbiciosa de toda la historia del cine». Según Joseph (habían empezado a tratarse de tú y utilizar sus nombres de pila para la mitad del Chateaux no sé qué), era bien sabido por todos que la industria había dado

un enorme paso adelante con la invención del cine sonoro (Nick no dijo nada) y que en ese momento estaban en las primeras fases de uno aún mayor: la introducción del color. Esperaban que a final de año *Lo que el viento se llevó* fuera un gran éxito de taquilla, y muchos en la industria predecían que alcanzaría las cifras récord de público de *Blancanieves* y *El mago de Oz*. Pero Koltai y sus socios estaban decididos a arriesgarse el año siguiente con algo aún más grande, una película que derrotaría a todas esas grandes producciones en su propio terreno. Nick se quedó con la boca abierta. También sería en color, naturalmente, añadió Koltai, con un presupuesto de cuatro millones de dólares, el mayor hasta el momento. Nick dejó escapar un silbido. En cuanto a la historia, era totalmente imbatible, porque era la historia más conocida y más venerada en el mundo: la vida de Jesucristo. Pero no así, sin más, como la contaban los curas en la catequesis.

¡Nada de eso! En el guion estaba trabajando uno de los guionistas más famosos de Hollywood (cuyo nombre era un secreto bien guardado también), que le iba a dar a la historia todo el drama que quienes la escribieron, al no ser narradores profesionales, no lograron transmitir en su versión.

Mientras escuchaba todo lo que decía Koltai, Nick Frank no pudo evitar ponerse a temblar y tuvo que hacer todo lo posible por controlarse para no preguntar, desesperado, por qué le estaba contando ese plan tan ambicioso. Y en este caso todo lo posible, claro, significaba beber más de ese vino dulce del postre.

Koltai continuó: muchas de las principales decisiones que tenían que ver con ese proyecto «guígante» ya estaban tomadas. Pero todavía estaba por decidir lo más importante: quién iba a interpretar el papel protagonista. Cuando oyó esas últimas palabras, Nick tragó saliva con tanta fuerza que estoy seguro de que las parejas que se estaban haciendo carantoñas en Battery Park, a unas manzanas de allí, notaron un leve *terremoto*, un temblor de la tierra. Sin inmutarse por la mirada de ojos desorbitados de Nick, Koltai continuó tranquilamente y explicó que se habían propuesto para el papel los nombres de las grandes estrellas del momento, pero que se había producido el problema habitual que surge cuando trabajan juntos un grupo de hombres que siempre tienen las ideas muy claras: este productor prefería al actor X, el otro quería al Y, y un tercero a Z, etcétera. No había forma de que alcanzaran un consenso y tomaran la decisión.

Pero entonces uno de ellos propuso una idea verdaderamente genial; no fue el propio Koltai, pero él estuvo a favor desde el principio. Ese hombre sugirió que le preguntaran a los que iban al cine, es decir, que hicieran un «estudio de mercado», como habían empezado a hacer por aquella época los empresarios que fabricaban jabón o pasta de dientes para decidir qué productos iban a sacar a la venta. El equipo estuvo de acuerdo y los tipos del estudio de mercado salieron a la calle para descubrir quién era el actor de cine más querido de los últimos quince años.

—La palabra que úsamos en el estudio de mércado fue «querido», Nicholas — afirmó Koltai, y al oír esa palabra unida al nombre que utilizaba en sus días de gloria,

a Nick se le empañaron los ojos—. Yo insistí personalmente en que púsieran esa. No queríamos solo alguien «pópular» o «con éxito», nécesitábamos al «más querido». ¡Porque el cine es una cosa del corazón!

Como Jesús es el hombre más amado del mundo, los productores pensaron que el actor ideal para encarnarlo sería el más *querido* por el público.

Los productores esperaron, mordiéndose las uñas, hasta que, tras un par de semanas, llegaron los resultados del estudio de mercado. Entre los actores más queridos de los últimos quince años se encontraron nombres que se esperaban, algunos antiguos, como John Barrymore o Valentino, pero también un par de estrellas más modernas, como Errol Flynn o Gary Cooper.

Sorprendentemente, añadió Koltai, Douglas Fairbanks no estaba entre los primeros de la lista. Bueno, a la gente le gustaba, a las mujeres más que a los hombres, «pero no lo *querían*». Y había un nombre entre los primeros que fue una sorpresa para los productores, aunque no para Joseph Koltai: Nicholas Franco.

Para entonces al pobre Nick el corazón le latía como un tantán tocado por un gorila borracho. Tuvo que utilizar la mayor parte de sus reducidas habilidades como actor para parecer tranquilo cuando murmuró:

—Bueno... ¿sabes? No me sor... sorprende, Joseph. Deberías haber visto la... adoración que me tenían mis fa... fans. Era real... realmente conmovedor...

Tan conmovedor de hecho, *signore*, que Nick estuvo a punto de echarse a llorar allí mismo al recordarlo.

Pero Koltai todavía tenía más que decir.

—Pues espera a oír el siguiente dato que tengo que darte antes de hablar de sorpresas —interrumpió.

Continuó diciendo que al principio ninguno de los productores prestó mucha atención a ese nombre, excepto el propio Koltai, que nunca había podido olvidar la cautivadora mirada de los ojos de Nicholas Franco (él no dijo «lánguida», sino «cautivadora»). Ni siquiera lo hicieron después de que siguiera en la lista tras descartar a otros porque les parecían demasiado viejos, a otros, demasiado duros o muy blandos o porque había una razón irrefutable, como en el caso de Valentino, que estaba muerto. Incluso con la lista más corta que quedó al final, la discusión sobre quién iba a hacer el protagonista no acababa de concretarse, porque, como dice el refrán: «unos por otros, la casa sin barrer». ¿Y qué podían hacer, se preguntaron los productores? Entonces Koltai propuso que consideraran lo más obvio: volver a recurrir a los tipos del estudio de mercado y pedirles que esta vez le hicieran a la gente que iba al cine una pregunta directa: «¿qué actor de los de la lista se acerca más a la imagen que tiene usted del Hijo de Dios?». Hubo objeciones por parte de otros productores, porque una pregunta como esa podía revelar el secreto de ese proyecto «guígante». Pero al final decidieron hacerlo. Y llegaron las respuestas.

—¿Ésta préparado para oír la elección de los miembros del público? —preguntó Koltai.

Nick contestó con una especie de gemido que podía interpretarse como un sí.

—Para el público el primero de la lista, la mejor persona para interpretar el papel de Guésucristo, eras tú, amigo mío. ¡Nicholas Franco!

Y Nick Frank, en vez de responder, se desmayó y se desplomó hacia delante. Fue una suerte que estuviera sentado, porque logró no estropearse su bonita nariz, pero no pudo evitar acabar con la cara metida en el merengue de la tarta Alaska.

Después de ir al baño haciendo eses como un jugador de fútbol con una pelota invisible en los pies, volvió con la cara perfectamente limpia y la camisa sucia y mojada. Entonces se tomó un café muy cargado que Koltai le había pedido.

El productor continuó diciendo que, al ver los resultados del estudio, los otros (Koltai no, claro) expresaron su sorpresa porque hacía una década que Nicholas Franco no salía en ninguna película de Hollywood. Y por eso la primera pregunta que les surgió fue si estaría interesado.

—¿Que si estaría interesado quién? —preguntó Nick.

Koltai rio.

—¡Quién va a ser! ¡Pues tú, claro!

Nick Frank estuvo a punto de gritar, pero sus reflejos funcionaron y pudo controlarse a tiempo.

—Bueeeno —contestó—. Depende.

—¿De qué? —preguntó Koltai, muy nervioso—. ¿Del caché?

—Bueno, claro, del caché también —dijo Nick con cierta displicencia—. Pero también de otras cosas.

—Todo, incluido el caché, se puede negociar cuando llegue el momento —aseguró Koltai—. Pero sigo necesitando respuesta a esa pregunta: si todo lo demás está bien y si te parece satisfactorio, ¿te plantearías volver a la pantalla? Así, a bote pronto.

Nick hizo una «pausa dramática», como se dice en el mundo del espectáculo, y después dijo:

—Bueno, si todos los demás detalles estuvieran resueltos, a bote pronto te diría que me lo *podría* pensar.

Koltai soltó un suspiro de alivio.

—Gracias a Dios...

Entonces empezó a hablar a toda velocidad. Las cosas no iban a ser fáciles, le explicó a Nick. Su nombre había salido en el estudio de mercado como el mejor para hacer de Jesucristo y Nick ya era el favorito de dos personas del equipo que estaba tomando las decisiones: de Koltai y de otro productor. Pero iba a costar convencer a los otros cuatro. Uno de ellos estaba presionando con fuerza para que fuera Gary Cooper, otro era fan de Tyrone Power, y los otros dos estaban indecisos. También había presiones desde fuera, de los inversores financieros independientes. De hecho uno de los que había puesto dinero, un tejano, un magnate del petróleo que no sabía nada de películas, tenía una fijación con Errol Flynn. Así que para que los que

apoyaban a Nick pudieran ganar la pugna, necesitaban su total cooperación, aseguró Koltai.

—Bueno, claro, por supuesto —afirmó Nick, y después añadió—: Siempre y cuando llegemos a un acuerdo sobre el caché y... eh... los otros detalles, claro.

Esta pantomima de Nick, *signore*, continuó un poco más hasta que al final accedió a ayudar en todo lo que pudiera y como hiciera falta a Koltai y al otro hombre del equipo que le apoyaba. Antes de que se separaran esa noche, el productor le hizo jurar a Nick que no contaría nada sobre ese proyecto «guígante» a nadie, nadie en absoluto, al menos por ahora. Ni a su novia, ni a sus familiares más cercanos, ni a sus compañeros de trabajo. «Esto es una misión de alto secreto», fue la expresión que utilizó Koltai. Esas palabras le recordaron a Nick a un capitán del Ejército británico que había interpretado una vez en una de sus primeras películas, así que hizo un saludo militar y respondió: «Sí, señor». Koltai se echó a reír.

—Veo que también tiene sentido del humor —dijo—. ¡Eso ésta muy bien!

Al día siguiente Nick llamó a la oficina para decir que estaba enfermo y lo que hizo fue ir a ver a Koltai a una dirección que le había dado, cerca de la calle Cuarenta y Dos. El productor había concertado una cita con uno de los mejores fotógrafos de Nueva York, junto al que le esperaban además en su estudio dos tipos de Broadway, un maquillador y un peluquero experto en pelucas. Koltai llevó unos libros con retratos de Jesús pintados por artistas famosos. Como parte de la «misión de alto secreto», Koltai les había dicho al fotógrafo y a los otros dos (y avisó a Nick para que lo supiera) que era pintor y que quería que el señor Frank posara como modelo haciendo de Jesús para un cuadro religioso; por eso necesitaba probar varias transformaciones para ver cuál le iba mejor. El proceso de que le maquillaran, le pusieran pelucas y barbas y le hicieran fotos le recordó a Nick al principio de su carrera y se le llenaron los ojos de lágrimas, algo que vino de perlas para las fotos del fotógrafo, algunas de las cuales quedaron realmente bien.

Dos días después, Koltai y Nick quedaron para tomar café. El productor le enseñó las fotos.

—¡Jesús! —exclamó Nick cuando las vio.

—Eso es, ésto es de acuerdo —contestó Koltai.

Koltai se iba a Los Ángeles ese mismo día. Volvió a Nueva York tres días después con buenas noticias (en esa época la gente ya viajaba en avión, así que las distancias se habían reducido considerablemente): el equipo de productores se había quedado impresionado con las fotos de Nicholas Franco. Y lo que era aún mejor: no se habían quedado igual de impresionados al ver las que le habían hecho a Gary Cooper; de hecho, el otro partidario de Nick había dicho que parecía «Dios nuestro Señor a punto de sacar un revólver». A Nick le pareció especialmente divertido y los dos estallaron en carcajadas.

Resumiendo, que según Koltai, la situación se había aclarado: la cosa estaba entre él, Nicholas Franco, Errol Flynn y Gary Cooper (con pistola o sin ella todavía tenía

un acérrimo partidario en el equipo). Había un ligero problema con un inversor británico, que había querido añadir a la lista el nombre de Laurence Olivier, pero de eso podían ocuparse fácilmente.

—Laurence Olivier... —se mofó Nick—. Jesús no tenía acento británico —protestó.

—Eso digo yo —contestó Koltai.

Nick y Koltai se vieron un par de veces más. Con cada reunión crecían las esperanzas. El productor dejó caer que en algún momento sería necesario que Nick fuera a Los Ángeles e hiciera unas pruebas de cámara con la peluca, el maquillaje y el vestuario e interpretando una escena del guion. Aunque Koltai no había sacado el tema de la voz de Nicholas Franco (era tan fan suyo que tal vez es que le gustaba incluso eso de él), Nick había empezado en secreto a dar clases con un experto preparador vocal que le enseñó unos cuantos trucos, principalmente que si hablaba bajo podía conseguir un tono más grave y también un poco más ronco, pero bastante atractivo. Claro que eso no funcionaría si tenía que gritar o hablar más alto, pero Jesús no era hombre de dar muchos gritos. ¿No fue él quien dijo «bienaventurados los mansos»?

Nick dejó de salir por ahí por las noches; las pasaba en su bonito apartamento de la calle Treinta y Cinco haciendo ejercicios vocales y leyendo la Biblia, tanto para hacerse con el papel como para practicar unas cuantas frases para su audición. Se ponía delante del gran espejo de su dormitorio, a veces incluso se cubría el cuerpo con una sábana, y decía cosas como «dejad que los niños se acerquen a mí», «antes de que el gallo cante tres veces, me habrás negado», o «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen».

Según las noticias que le iban llegando del equipo de productores, transmitidas por Koltai, algunas veces personalmente mientras tomaban unas copas o cenaban en Nueva York y otras por teléfono desde Los Ángeles, las cosas iban bien para Nick. Hasta que un día, más o menos un mes después de la primera cena en Delmonico's, Koltai lo llamó inesperadamente desde Nueva York y le dijo que necesitaba que se reuniera con él urgentemente. El hombre parecía realmente preocupado y Nick se alarmó tanto que accedió a que se vieran en el bar del Plaza.

—Malas noticias, querido Nicholas —le dijo Koltai en cuanto llegó, y eso provocó un *terremoto* en el alma de Nick.

Como el presupuesto se había elevado por encima de cualquier expectativa, acercándose ya a los cinco millones, continuó Koltai, los productores habían tenido que apoyarse cada vez más en los inversores, sobre todo en ese maldito tejano, el magnate del petróleo. Ese hombre era un problema, un verdadero problema. Cuando por fin entró en razón y dejó de presionar para que eligieran a Errol Flynn, se puso a exigir que una de sus amantes hiciera el papel de María Magdalena.

Eso también acabó resolviéndose: al fin y al cabo, María Magdalena era prostituta, y además podían reducir su texto a lo mínimo. Pero después al magnate se

le ocurrió exigir, solo Dios sabía por qué, que el papel de Jesús lo hiciese un tipo totalmente inadecuado, un tal Henry Fonda. De hecho se había puesto tan pesado con eso que había amenazado con retirar completamente su financiación del proyecto si no le daban el papel a Fonda.

—¿Pero qué sabe un palurdo de Texas de películas? —exclamó Nick, irritado.

—Nada —contestó Koltai—. Pero ya sabes cómo es Hollywood.

Nick soltó una maldición y contestó que sí que lo sabía, y demasiado bien. Le preguntó a Koltai qué iban a hacer ahora. ¿Es que ninguno de esos productores tenía pelotas? ¿Nadie podía plantarle cara al maldito tejano? ¿Es que iban a permitir que un paleta, un memo como ese, decidiera el destino del proyecto más ambicioso de la historia del cine? Koltai se lamentó con él durante un rato, quejándose de lo duro que era ese negocio. Pero de repente se le iluminó la cara con un rayo de esperanza.

—¿Sabes, Nicholas? —dijo—. He tenido una idea que podría hacer que mátaamos dos págaros de un tiro: ásegurariamos la financiación de la película y tú téndrias el pápel.

—¿Y a qué esperas? ¡Suéltalo, hombre! —animó Nick.

—Bueno... —empezó a decir Koltai con mucha cautela—. Súpongamos que el dinero que vamos a perder si se va el tégano lo éncotramos en otro ínvorsor que tenga claro que quiere que Nicholas Franco, y solo él, haga el pápel de Guésus.

Nick pareció desconcertado.

—Es mucho suponer. ¿Existe ese inversor?

Koltai hizo un aro con el humo de su puro.

—Esta es la idea que se me ha ócurrido y que creo que debo cómpartir cóntigo. Quízas es una éstupidez, una bóbada tótal, pero se me ha ócurrido míentras me dúchaba, antes de bágar a dáarte las málas nóticias.

—Vamos, cuenta —insistió Nick, impaciente.

Koltai dudó un poco más.

—Bueno... Dígamos, solo como súposicion que... —Soltó otro aro de humo—. Vale, áhi va: ¿y si se lo pédimos a tu hérmmano?

Nick se quedó perplejo.

—¿A Al?

Como comprenderá, *signore*, con todos los problemas que Nick le había causado a su hermano mayor en su vida, no le emocionaba mucho la idea de ir a pedirle quinientos setenta mil dólares, o sea, la cantidad que iba a invertir el tejano. No lo dijo, claro, pero se le vio en la cara y Koltai lo detectó, así que se disculpó por plantear siquiera la posibilidad y se justificó diciendo que la situación se estaba volviendo desesperada, realmente desesperada, y que se quedaban sin tiempo. De hecho era probable que, incluso mientras ellos hablaban, el importante estudio de Hollywood ya estuviera hablando con Fonda sobre su caché y hasta preparando los contratos.

—No te cónfundas, ámigo mío —dijo Koltai—. Éntiendo la sítuacion en la que

éstas. A nadie le gusta pedir dinero a sus párientes. Pero...

—¿Pero qué? —preguntó Nick con un suspiro.

—Pero no éstas viendo el tema con la perspectiva correcta.

—Oh, no hay perspectiva correcta para los asuntos entre Al y yo —se lamentó Nick.

—Te equivocas —insistió Koltai—. ¡Cónfia en mí! Tú eres un artista, pero yo soy empresario. Y también lo es tu hermano, y uno bueno además. Y como es bueno, cuando vea los ingresos proyectados para película, seguro que se va a mostrar *muuuu* emocionado. No pienses ni por un segundo, Nicholas, que le éstas pidiendo a tu hermano que te régale el dinero. No. Le éstas ofreciendo una gran oportunidad de inversión. ¡Una guígante! Porque mira...

Koltai sacó del bolsillo una hoja de papel, escrita a máquina, toda llena de números, y empezó a explicárselos a Nick. Nick no entendía nada de eso, pero esas tres palabras que acababa de utilizar Koltai, «oportunidad de inversión», eran las mismas que salían con frecuencia de la boca de Al. Y eso arrojaba una nueva luz sobre el asunto. En cualquier caso, aunque Nick le había causado problemas más de una vez, Al siempre le había querido mucho, y seguro que sentiría orgullo familiar cuando oyera los resultados del estudio de mercado que decía que el público estadounidense había escogido a su hermano como el hombre perfecto para interpretar a Jesús. Así que cogió la hoja con los números, fue hasta Long Island (estamos en el año 1939, recuerde, y Al Frank ya había trasladado allí su oficina) y le habló a su hermano de ello.

La reacción inicial de Al fue que no tenía intención de malgastar ni un dólar, mucho menos quinientos setenta mil, para que su hermano volviera al cine. Era demasiado considerado para decírselo a su hermano con esas palabras, pero quedó claro por el ceño que puso al oír lo que le contó. Pero cuando le echó un vistazo a la hoja con las cifras que le puso delante, su expresión cambió, exactamente como había predicho Koltai. Porque de esas cifras se desprendía que, aunque *La vida de Jesús* tuviera un éxito solo moderado, un inversor conseguiría recuperar su dinero en nada más que tres meses tras el estreno. Y si a la película le iba mejor que eso, podría significar la obtención de un enorme beneficio; solo el cielo era el límite, de hecho. Claro que Al no tenía ni la más mínima idea sobre el negocio del cine, pero era capaz de reconocer que la idea era muy ingeniosa precisamente por su simplicidad: nadie, por mucho que se esforzara, podría encontrar una historia más popular que la de Jesucristo. Y lo que resultaba aún mejor: millones de personas de todo el país se dedicaban a publicitarla, gratis, cada minuto y cada hora de cada día. ¿Qué mejor publicidad que esa se le puede hacer a una película?

Así que Al le pidió a dos de sus socios más cercanos, un tipo que sabía del mercado y otro que era un experto en números, que fueran a Long Island. Todos revisaron la hoja que Koltai le había dado a Nick, comentaron las cifras y decidieron que no perdían nada, excepto algo de tiempo a lo sumo, haciendo venir al productor

para que les diera más detalles. Al se lo dijo a Nick y Nick llamó a Koltai al Plaza.

Como el tiempo era esencial, porque el tejano estaba presionando para que contrataran a Henry Fonda, concertaron una reunión para el día siguiente.

Y así, a última hora de una bonita mañana de primavera, Joe Koltai llegó a Long Island en una limusina con chófer que había alquilado especialmente para la ocasión. El tipo que sabía del mercado y el experto en números también estaban en la reunión, además de Al y Nick, aunque antes de que empezaran, su hermano le ordenó que no hablara mucho (preferiblemente nada) para que él y sus socios pudieran hacerle a Koltai las preguntas necesarias para sonsacarle los detalles que les hacían falta para tomar una decisión.

La reunión se produjo en el despacho de Al, en el pabellón del jardín, y duró poco más de una hora. Los tres no dejaron de hacer preguntas, y Koltai, de responderlas. Solo hablaron de números, porcentajes y rendimientos de la inversión, cosas de las que Nick no entendía y que tampoco le importaban. Pero después de la conversación, Al sugirió que Koltai se tomara una copa con ellos. Al oírlo, Nick tuvo que reprimir un grito de alegría, porque entendió que eso era una buena señal; Al no malgastaba su tiempo con cortesías en temas de negocios a menos que fuera en serio.

El propio Al les sirvió a todos un buen coñac francés, que importaba Frank & Worthington, en unos bonitos vasos de cristal tallado italiano, producto que también vendía su empresa, y vino un camarero que dejó sobre la mesa una bandeja de plata con almendras bañadas en caramelo y chocolate, una de las primeras especialidades de la marca propia Frank Delicacies. Joseph Koltai contribuyó a la atmósfera festiva sacando su purera y compartiendo sus habanos, mientras Nick, que le había cogido el gusto a esos puros, le decía a todos que eran los mejores del mundo y que no se los perdieran. Al hizo un brindis «por el negocio del cine», que Nick interpretó como otra señal prometedor. De hecho, no pudo controlarse y demostró su felicidad haciéndole un guiño muy discretamente a Koltai.

Los tres hombres se sentaron a beber su coñac y fumar sus puros y hablaron de esto y aquello durante un rato: el experto en números comentó que Wall Street al fin se había recuperado tras el crac, el que sabía del mercado habló de Franklin Roosevelt y de sus políticas con tendencias bastante rojas y Al mencionó a ese hombrecillo de Alemania, Adolf Hitler, que, aunque era el hazmerreír de todos, había hecho maravillas con su política de reforzar la industria y construir autopistas.

Koltai no dijo mucho, aparte de expresar ciertas dudas sobre la naturaleza pacífica de Hitler. Pasada media hora, miró su reloj y se excusó diciendo que tenía una cita en la ciudad. Al Frank le dio las gracias por haber pensado en él como potencial inversor de «un proyecto tan prometedor» y se comprometió a hablar con él al día siguiente.

Nick acompañó a Koltai a la puerta, todo el camino balbuceando atropelladamente que estaba seguro de que el pez había mordido el anzuelo. Después volvió adentro corriendo, ansioso por saber la impresión que el productor le había causado a su hermano. El tipo que sabía del mercado dijo que le gustaba la idea de

invertir en una película, pero que quería saber algo más sobre ese Koltai, y el experto en números dijo que él no lo haría, no en conciencia, porque creía que entrañaba demasiado riesgo. Nick intentó contribuir a la conversación con sus conocimientos del negocio por dentro, pero Al le interrumpió diciendo que era mejor dejar esos asuntos para los que sabían de verdad lo que hacían. Y justo después de decir eso, Al de repente emitió un gruñido como si le hubieran dado una patada en los testículos, una buena patada. Todos se volvieron hacia él y contemplaron, asombrados, como se le ponían los ojos en blanco y después hacía un ruido ahogado y prolongado, como si quisiera vomitar pero no pudiera.

—Al, ¿estás bien? —preguntó Nick.

—Se habrá atragantado con una almendra —sugirió el tipo de los números.

—Hay que darle un golpe en la espalda —aportó el tipo de los mercados, y le dio un buena palmada a Al en la espalda.

Pero en vez de curarse mágicamente con eso, Al cayó hacia delante. Intentó agarrarse al mantel con ambas manos, pero lo arrastró con él e hizo que cayera al suelo todo lo que había en la mesa. Después consiguió incorporarse parcialmente un instante, pero al momento se derrumbó y ya no se pudo levantar más. Se le puso la cara morada como una *melanzana* y empezó a salirle por la boca una espuma que formaba burbujas.

—¡Un médico! —gritó el tipo de los mercados.

Mientras, el de los números, que estaba aterrado al lado de Nick, empezó a decir a intervalos regulares: *Madonna mia, Madonna mia, Madonna mia*.

Cuando llegó la ambulancia, un cuarto de hora después, era demasiado tarde. El hermano Frank número uno estaba muerto.



LA PRIMERA REACCIÓN de Nick Frank no fue la que se puede esperar de un hombre que se enfrenta a una situación así, o sea, una demostración de dolor. Lo único que Nick podía pensar en ese momento era que la muerte de Al Frank significaba que tenía que decir adiós al sueño de su regreso triunfal al estrellato. Pero menos de una hora después, cuando Leo Frank entró por la puerta de la casa de Long Island conduciendo su bonito coche deportivo a toda pastilla, su humor cambió. Porque, después de darle un abrazo, Leo le susurró al oído unas noticias excelentes: según el testamento de Al, los dos iban a ser muy ricos (se había enterado de eso gracias a una confidencia que le había hecho Thelma en la cama). Así que la reacción inicial de decepción de Nick dio paso a una segunda: como de repente era millonario de pleno derecho («muy rico» no podía significar otra cosa si se trataba de Al), ahora podía invertir él mismo a título personal en *La vida de Jesús*. Con esa seguridad, ya se pudo permitir el lujo de mostrar el duelo por su hermano, así que se puso a suspirar constantemente, a llorar un poco incluso y demás. Pero esas demostraciones de emoción no duraron mucho tiempo, porque horas después le embargó otro sentimiento: el miedo.

Fue entonces cuando Nick se dio cuenta de algo que era obvio desde el principio, pero de lo que él no se percató, no sabía por qué, hasta que lo oyó en la radio: «El presidente de la compañía Frank & Worthington Enterprises, de Nueva York, el reputado empresario Alexander Frank, ha muerto esta tarde de un ataque al corazón en su casa de Long Island. Tenía cuarenta y dos años». Nick se quedó de piedra. Al había muerto a los cuarenta y dos años, ¡como había dicho Tonio Lupo! Pero no había sido asesinado (el médico había determinado con seguridad absoluta que había sido un ataque al corazón), así que podía ser una coincidencia. Una coincidencia muy trágica. A menos... A menos que... *Madonna mia*, ¿y si...?

Como ya le he dicho, *signore*, tras esos «ojos lánguidos», Nick Frank tenía un cerebro del tamaño de un garbanzo. Y por eso no le sorprenderá que, con tan poco equipamiento mental, fuera del tipo de hombre que creía en esas cosas en las que creen las mujeres con la cabeza hueca, ya sabe, esas cosas de comunicarse con los muertos, las bolas de cristal, las predicciones del futuro con una baraja de cartas... Era de esos que miran el horóscopo todas las mañanas en el periódico antes de salir de casa para saber qué tienen las estrellas planeado para él ese día. Pero a pesar de que Nick era ese tipo de ingenuo, desde que su hermano Al le habló de la *maledizione* de Lupo, él siempre había creído (porque Al estaba seguro y se lo había dicho así) que el viejo *capo* había utilizado esa palabra solo como una forma de hablar, es decir,

que lo que le había anunciado a su padre es que había puesto en marcha un plan para que sus tres hijos acabaran muertos cuando cada uno de ellos alcanzara los cuarenta y dos años. Pero ahora que ya no estaba Al para quitarle las ideas raras de la cabeza, la estúpida mente de Nick tomó otro rumbo: ¿y si Lupo había dicho eso de la *maledizione* literalmente? Sí, ¿y si había maldecido *de verdad* a los hijos del asesino del suyo? ¡Oh, *Dio mio!* ¿Y si esa bestia con forma humana había liberado algún poder maligno contra ellos como hacía ese árabe, Montezuma o Montenegro o como fuera, contra Rigoletto en la ópera, una fuerza malévolas que causa que la pobre hija del bufón muera en la última escena mientras él grita *la malediziooooooooooneee!*? ¡Oh, Madre de Cristo! ¡Oh, dulce Virgen María!

En la estúpida mente de Nick de repente todo empezó a tener *mucho* sentido. ¡Estaba claro! Porque si la amenaza de Lupo hubiera sido solo asunto de un par de gánsteres que cumplen las órdenes de su jefe, Al para entonces habría podido encontrarlos y comprarlos con su dinero; tenía mucho más dinero que cualquier matón de la mafia. E, incluso asumiendo que no hubiera podido por alguna razón, si la maldición de Tonio Lupo hubiera sido un asunto común y corriente de asesinatos, Al habría muerto de un disparo, de una puñalada, con una bomba o algo así, esas cosas que usaban los gánsteres para matarse entre sí, ¡pero no de un ataque al corazón! El hecho de que hubiera sido un ataque al corazón y que hubiera ocurrido cuando tenía cuarenta y dos años solo dejaba una explicación posible: Tonio Lupo había invocado a las fuerzas oscuras del Inframundo y las había dirigido contra los hermanos Frank, como hacían esos del vudú en el Caribe. ¿Es que no era natural asumir eso? Claro que lo era, si tenías un cerebro minúsculo como el de Nick.

—Hoy no solo estamos de duelo por Al, hermanito —le susurró al oído a Leo esa noche, cuando estaba a su lado en un rincón del salón de la casa de Long Island mientras los amigos y familiares se acercaban a Thelma para ofrecerle sus condolencias—. También lo estamos por nosotros.

Pero como Leo no sabía nada de la *maledizione*, pensó que el bobo de su hermano Nick estaba siendo demasiado melodramático. Porque él realmente estaba bastante contento, aunque se estaba esforzando mucho para que no se le notara. Para él la muerte de Al era un suceso fantástico, una especie de milagro incluso: no solo significaba que ahora iba a tener una buena suma de dinero para hacer lo que quisiera con ella, sino que ya no había ningún impedimento para estar con Thelma.

—Bueno, yo *no* estoy de duelo —le contestó Leo en un susurro a Nick—. Y tú tampoco deberías estarlo. Ahora somos millonarios. No tenemos razones para estar tristes, ¡ninguna!

Al ver esa reacción de Leo, Nick se dio cuenta de que había llegado la hora de contarle la terrible verdad de la *maledizione*. Y, claro está, era en él en quien recaía la triste responsabilidad de contárselo. Por eso, después de que se fueran las visitas y Thelma subiera a su habitación, el hermano Frank número dos se sentó con el hermano Frank número tres y le contó toda la historia, empezando por el declive de

su *papà* tras la muerte de su *mamma*, pasando por su alcoholismo y sus problemas con el juego, hasta el terrible infortunio de que se metiera en una pelea en la que mató al hijo de Tonio Lupo, el Verdugo de Brooklyn. Leo escuchó con cierto interés; era una buena historia, hay que reconocerlo. Pero cuando llegó a lo que le dijo su *papà* a Al en Sing Sing, es decir, lo de la visita que el viejo *capo* le hizo en su celda y la *maledizione* que lanzó (Leo no hablaba italiano, así que Nick tuvo que explicarle lo que significaba la palabra), su hermano pequeño reaccionó echándose a reír.

—Qué chorrada —dijo.

Para no ser injusto con él por esa reacción inicial, hay que tener en cuenta lo que Leo sabía de la persona que le estaba contando esa historia: Nick era tonto de remate, y a nadie le sorprende que un tonto se crea cualquier historia delirante.

—Eso no es más que una sarta de chorradas, Nick, ¿es que no lo ves? —continuó Leo—. ¿No has oído a Thelma? Al ha muerto por causas naturales. Lo ha dicho su médico, ¡y es el médico más caro de todo Nueva York!

Pero Nick estaba convencido con esa explicación que incluía la intervención de las fuerzas oscuras del Inframundo.

—Exacto. A los cuarenta y dos años —apuntó.

—¿Y qué? —repuso Leo—. Ningún gánster, por listo o poderoso que sea, puede orquestar que a alguien le dé un ataque al corazón.

—Pero yo no estoy hablando de que lo orquestara un *hombre*, ¿no lo ves, inocente? ¡Estoy hablando de una *maldición*! —dijo Nick—. ¿Es que el hecho de que Lupo utilizara la palabra *maledizione* no te dice nada? Porque es muy obvio: la muerte de Al la han causado poderes que están *más allá* de nuestra comprensión.

Leo estaba demasiado contento para quedarse allí sentado escuchando más tonterías de esas, así que se levantó, le dio una palmadita en el hombro a Nick y sugirió que se tomara una copita y se fuera a dormir.

Pero Leo no ignoró del todo lo que Nick le contó (al menos no todos los detalles). La primera parte, la que hablaba de cómo había pasado su padre sus últimos años y cómo había sido su muerte, para él tenía mucho más sentido que la versión edulcorada con la que había crecido, la de un hombre que trabajaba mucho y que murió en un accidente de tráfico. Con los años había ido constatando que había muchas lagunas en esa versión: un comentario extraño de un pariente en una ocasión, un silencio inexplicable de alguien tras mencionar a su *papà*... Cosas así. La historia que Nick le había contado explicaba esas cosas: le encajaba que su *papà* fuera un borracho y un jugador en sus últimos días. De hecho tenía recuerdos de él oliendo a alcohol. Y seguramente se habría metido en una pelea, alguien murió y sus familiares lo pagaron con el pobre viejo. Eso no era nada raro, se oían casos así todos los días. Pero las otras cosas de las que había hablado Nick, eso de las maldiciones y los «espíritus oscuros»... Eso no eran más que chorradas, obviamente. Todas esas películas malas en las que había actuado le habían metido ideas extrañas en la cabeza. Estaban en Estados Unidos en el siglo xx, no en la Italia de Verdi, ni en el plató de

una película de miedo con fantasmas que se levantan de la tumba para vengarse.

Aun así, si hubiera tenido la más mínima sospecha de que había algo raro en la muerte de Al, Leo habría llegado a considerar seriamente la última parte de la historia de Nick, lo de la venganza del mafioso que le afectaba a él y sus hermanos. Pero sabía que no había ni la más mínima sospecha. De hecho, lo confirmó esa misma noche, más tarde, cuando Thelma fue a su habitación a buscar consuelo para su pena (¡menuda pena y menudo consuelo!). Sin mencionar lo que le había dicho Nick de la *maledizione*, Leo volvió a preguntarle sobre lo que había dictaminado el médico, aunque ella se lo había contado horas antes.

—Si quieres, te puedo enseñar el certificado de defunción donde lo pone negro sobre blanco —ofreció Thelma—. Ataque cardíaco fatal causado por una trombosis coronaria.

—Así que no ha podido ser ninguna otra cosa —insistió Leo.

—Claro que no —aseguró Thelma—. Así que deja de hacer preguntas tontas y ven a la cama, osito.

Y, convencido por las palabras de la «doliente viuda», el *orsacchiotto*, el osito de peluche (que así llamaba Thelma a Leo en la cama), se olvidó de las locas teorías de Nick, sobre todo porque en los siguientes días tuvo asuntos mucho más importantes en los que pensar. Resultó que la muerte de Al Frank *no* hizo millonarios a sus hermanos. Aunque su fortuna total se estimaba en más de cien millones (la cantidad la dieron los periódicos al día siguiente, allí, en sus páginas, para que todo el mundo la viera), a Nick y a Leo solo les dejó quinientos mil dólares a cada uno. No es que fuera una miseria, claro, pero no era suficiente para satisfacer los apetitos de su hermano pequeño. Así que en cuanto se enteró del contenido del testamento de Al, Leo decidió utilizar su talento, sus energías y su tiempo para la muy noble causa (o eso le parecía a él) de enmendar el daño que le había hecho el tacaño de su hermano. Y eso iba a ocupar todos los minutos de sus días. Por suerte, Nick no le hizo perder más tiempo a Leo con eso de la «maldición». La verdad es que cuando volvió a verlo, en el funeral de Al (esa fue la última vez que los hermanos se vieron, aunque ninguno de los dos lo sabía), Nick ni le habló. Ni a él ni a nadie, en realidad. Se le veía pálido y demacrado, una sombra de lo que era. Cierto es que desde que salió de la clínica de desintoxicación ya era una sombra de su mejor yo, el que había mostrado en Hollywood, pero entonces estaba aún peor: era la sombra de una sombra. «Tal vez ha vuelto a tomar drogas y a emborracharse. O peor, se dedica a pensar todo el rato en ese asunto de la *maledizione*», se dijo Leo.

Un par de semanas después del funeral del hermano Frank número uno, el hermano Frank número tres recibió una carta del hermano Frank número dos en la que le decía que se iba de viaje, a ver mundo, y que iba a estar fuera mucho tiempo. «¡Pues que te vaya bien!», pensó Leo.



CUANDO NICK FRANK oyó de boca de Leo, solo una hora después de que Al muriera, que su testamento le iba a convertir en millonario, empezó a sentir un cosquilleo en los dedos: estaba deseando coger el teléfono inmediatamente para llamar a Koltai y contarle la estupenda noticia de que *La vida de Jesús* tenía un inversor que era el mayor fan que existía de Nicholas Franco: ¡el propio Nick Frank! Así que ya le podía decir a ese tejano asqueroso que se metiera sus apuestos dólares manchados de gasolina por el culo, porque ellos iban a seguir con los planes *presto, prestissimo!*, solo que sin él. Pero le pareció que no era adecuado llamarlo en esos momentos y decidió que lo mejor sería fingir durante un par de horas que era un hermano abatido. Después de todo, como Koltai era un educado hombre europeo, sabría apreciar una demostración como esa de decoro y corrección.

Nick bebió mucho el día de la muerte de Al, al principio por la desesperación al creer que el proyecto se le había escapado de las manos, después por la felicidad al pensar que sus esperanzas habían revivido gracias a que era millonario y al final, desde el principio de la noche hasta la madrugada, por el miedo a esa *maledizione* como la de Rigoletto con sus fuerzas oscuras del Inframundo y demás. Así que cuando Leo se fue, a eso de medianoche, Nick estaba tan borracho que cayó redondo en la cama de una de las habitaciones de invitados de la casa de Long Island y durmió la mona hasta bien entrada la mañana siguiente. Entonces, después de desayunar y tomarse dos aspirinas, Nick llamó al Plaza y pidió hablar con Koltai.

Pero le dieron una respuesta que no se esperaba: el señor Koltai había dejado el hotel la tarde anterior. A Nick le pareció raro porque el productor no le había dicho nada de que tuviera intención de irse. Un instante después le invadió el pánico, una reacción habitual en él. «¿Está seguro de que ha dejado el hotel? ¿No será que ha salido a alguna parte?», preguntó. El conserje afirmó que estaba seguro. Nick fue a por una copa. Obviamente el productor se había enterado de la muerte de Al y se había ido, desconsolado, pensando que el plan se había estropeado, imaginó. Nick se enfadó consigo mismo por no haber llamado a Koltai el día anterior para darle la estupenda noticia de que era millonario. Se tomó otra copa, llamó a su despacho de Frank & Worthington y le preguntó a su «secretaria» si el señor Koltai le había dejado un mensaje. «No, no hay ningún mensaje», le dijo la cacatúa mientras sorbía por la nariz, afligida por la muerte de Al. Después llamó a la sirvienta que tenía en su apartamento de Manhattan (con esa pensión disfrazada de salario que le daba Al, Nick vivía a todo tren) para hacerle la misma pregunta y recibió la misma respuesta,

también acompañada de mucho sorber por la nariz: «no, señor (esnif). No hay ningún mensaje del señor Koltai (esnif)». Nick dio buena cuenta de unas cuantas copas más. Esperó un par de horas, por la diferencia horaria con la Costa Oeste, y después llamó a la operadora y le pidió que le pusiera con el número del despacho de Koltai en Los Ángeles, que estaba impreso con números en relieve en la tarjeta que le dio cuando se conocieron. La operadora le dijo que no había respuesta.

Nick le pidió que siguiera intentándolo. «No es necesario, señor. Ese número ha sido desconectado», dijo ella. Nick, irritado, se empeñó en que no era posible, porque había hablado con alguien en ese número una semana atrás. Ella le informó de que habían desconectado ese número el día anterior.

Una idea oscura, *muy oscura*, llamó por primera vez a la puerta de la mente de Nick. Pero fue un golpecito suave y muy discreto y él fingió que no lo había oído. Siguió en su estado de aturdimiento esperanzado unas cuantas horas más, atontándose con el alcohol, y así consiguió dormir la segunda noche. Por la mañana llamó al Plaza y le pidió al conserje la dirección del señor Koltai. Le sorprendió que fuera una de Brooklyn. Estaba demasiado nervioso y tenía una resaca monumental, por lo que decidió no conducir y llamó a un taxi. Cuando llegó a la dirección que le habían dado, vio que era una barbería italiana cuyo propietario nunca había oído el nombre de Joseph Koltai. La oscura idea volvió a llamar, esta vez con tanta fuerza que a Nick no le quedó más remedio que abrir la puerta, por así decirlo, y mirar. Pero como no le gustó nada lo que vio, la cerró otra vez de un portazo.

Necesitó unos cuantos días más para asumir la verdad. Y es comprensible, porque la verdad era bastante fea. Pero antes de que eso ocurriera, le llegaron todavía más confirmaciones por otras dos vías. La primera, a través de un conocido de Hollywood, que fue por allí preguntando y le dijo que nadie en el negocio conocía a un productor que se llamara Joseph Koltai. La segunda la obtuvo del representante de Frank & Worthington en Londres, al que Nick consultó; en respuesta, le mandó un telegrama a Nick en el que decía que los productores de la película británica *Encuentro en Salzburgo*, que Koltai dijo que había hecho él, nunca habían oído hablar de ese hombre.

Entonces Nick lo supo. Desvanecidas sus esperanzas, exclamó bien alto: «*porca Madonna!* ¡Oh, demonios, mierda, mierda, mierda!». (Discúlpeme, *signore*, por blasfemar en esta casa de Dios, pero solo estoy reproduciendo las palabras de este hombre.) ¡Qué tragedia! ¡Ni Giuseppe Verdi podría haber inventado un final tan terrible para esa historia! Ya le había quedado tan claro como el día, o más bien tan oscuro como la noche, la noche más negra, sin luna ni estrellas, que todo eso del «proyecto guígante» había sido un engaño desde el principio. ¡Oh, pero qué farsa más dulce y convincente! No había otros productores, ni millonario tejano, ni discusión para elegir al protagonista. ¿Quién necesitaba un protagonista si no había película? Pero lo más duro de aceptar para Nick, lo que más le costó asumir de la mentira, fue que no había habido un estudio de mercado que decía que la gente todavía recordaba

a Nicholas Franco. Pero al final lo aceptó. No había estudio de mercado. A Nick no lo habían escogido como el ideal para el papel de Jesucristo, ni para ningún otro papel, excepto el que había interpretado tan bien durante las últimas semanas: el de *buffone*, un necio infinitamente más ridículo que el *povero Rigoletto*. Y el guion de la tragedia que había protagonizado no lo había escrito un importante guionista de Hollywood, sino el fantasma de un gánster muerto, Tonio Lupo, y no se titulaba *La vida de Jesús*, sino *La muerte de Al Frank*.

Nick era el único, aparte de la persona que la había causado, que sabía que la muerte de su hermano no se había producido por causas naturales. Y eso era porque, aunque era el hermano Frank más tonto con diferencia, era el único que sabía que el hombre que él había llevado a casa de Al justo antes de que muriera, el hombre que se hacía llamar Joseph Koltai, no era lo que decía ser, sino que se trataba de alguien oscuro y malvado. Aunque Nick no logró saber cómo lo había hecho, sí dedujo, a pesar de sus limitadas luces, lo más básico: que Al había sido envenenado de alguna forma. Ese Koltai habría echado algo en el café de su hermano o en su coñac sin que le vieran. Y había elegido el veneno especialmente para que pareciera que había tenido un ataque al corazón, algo que a su médico no le resultó demasiado extraño ya que su hermano últimamente había estado nervioso y estresado.

Era terrible saber todo eso, pero Nick no podía hacer nada al respecto, aparte de aprender a vivir con lo que había hecho. Pero había algo más, algo aún peor que eso que lo empujó a ponerse en acción inmediatamente (porque, si no lo hacía, acabaría pagándolo con su vida). Nick era la única persona a este lado de la ley que era consciente de todo lo que había ocurrido para que se produjera esa enorme tragedia y por tanto también era el único que se dio cuenta de que lo que había pasado en Long Island era solo el final del primer acto. Después empezaría el segundo, un acto que, según estaba escrito, acabaría con su muerte antes de la caída del telón. Al hermano Frank número uno no lo había salvado su dinero, aunque tenía muchos millones. En cuanto a él, el hermano Frank número dos, no tenía forma de defenderse. El único consuelo que sintió en ese momento (era amargo, pero un consuelo de todas formas) fue que ni la mayor fama que le hubiera podido proporcionar la industria del cine, asumiendo que hubiera llegado a alcanzarla, habría podido salvarlo de aquello. No, incluso aunque se hubiera convertido, como una vez soñó, en una estrella más fulgurante incluso que Valentino, Novarro y Fairbanks juntos, el asesino que había inventado una trama tan diabólica para llegar hasta el todopoderoso Al habría conseguido matarlo a él también, cuando llegara su hora, fuera una estrella o no. En cuanto a la reticencia del pequeño Leo a creerse lo de la *maledizione*, a Nick no le importó lo más mínimo en ese momento. Le había avisado y su repelente hermanito se había reído de él. A Nick ahora solo le preocupaba salvarse a sí mismo. ¿Pero cómo? Como no era un genio, solo se le ocurrió una forma. No iba a ganar ningún premio por su originalidad, pero parecía eficaz.

Así que después de que les comunicaran el contenido del testamento de Al,

cuando Nick supo que le iba a corresponder medio millón de dólares (mucho menos de lo que esperaba, pero mucho más de lo que tenía antes de ese momento), fue a ver a un tipo del departamento de finanzas de Frank & Worthington y le pidió que transfiriera su dinero a un banco de Suiza. Hecho esto, se dirigió a una agencia de viajes y se compró un billete para Francia, solo de ida, en el primer barco que salía de Nueva York. A pesar de su afición por el lujo, eligió la segunda clase para no arriesgarse a encontrarse en primera con alguno de sus conocidos de Nueva York.

El mar estuvo muy agitado durante el viaje y eso hizo estragos en el estómago de Nick. Pero no le importó, porque le dio la excusa perfecta para quedarse en su camarote toda la travesía y así proteger su anonimato. Cuando desembarcó en Le Havre, lo hizo encantado porque nadie en el barco lo había reconocido. Cómo cambian las circunstancias de un hombre, *signore*: ¡lo que unas semanas atrás le habría causado una gran pesadumbre de repente le hacía feliz!

Se alojó en una pensión en el centro de la ciudad un par de noches, haciendo tiempo para que la gente del barco se fuera dispersando, y después cogió un tren a París que iba casi vacío. En la capital francesa se alojó en un hotelito barato.

Nick pasó sus días en el «bullicioso París» muy tranquilamente, matando el tiempo en la habitación del hotel o paseando, siempre atento por si le seguían. Ya en la segunda semana de su estancia, una noche hizo el movimiento decisivo. Pagó la factura del hotel en un momento en que en el vestíbulo no había nadie más que el recepcionista y él y le dijo que volvería a por su equipaje unos días después. Luego se sentó en un café y se tomó un aperitivo, fue a un bistró a cenar y después entró en otro hotel, uno elegante que había visto en uno de sus paseos. Se tomó una copa en el bar y utilizó unos de los trucos más viejos que existen (de hecho lo aprendió en una terrible película de misterio que hizo en Sudamérica): se acercó al camarero, le pasó un billete sobre la mesa, le guiñó el ojo y dijo que quería salir del hotel sin que lo viera nadie porque le seguía el marido de una «amiga». El camarero, como era francés, estuvo encantado de participar en una conspiración que tenía que ver con *l'amour* y lo sacó por la salida de servicio a un callejón trasero que desembocaba en un bulevar lleno de gente. Allí Nick cogió un taxi.



MÁS O MENOS UNA HORA DESPUÉS, un tipo gordo y con cara de tonto que estaba vigilando desde un rincón oscuro que había frente a la entrada principal del hotel elegante, después de mirar el reloj por décima vez en cinco minutos, cruzó la calle y entró en el hotel. Preguntó en la recepción por un caballero estadounidense que se había registrado una hora antes y le dijeron que no había llegado nadie al hotel una hora antes, ni estadounidense ni de ninguna otra nacionalidad, pero que podía ir a ver si su amigo estaba en el bar. El hombre gordo fue al bar y echó un vistazo. Fingiendo estar de lo más tranquilo, fue hasta el camarero y le preguntó si había visto en la última hora a un caballero de unos cuarenta, con el pelo oscuro, bien parecido y bien vestido. Pero el camarero dijo que no, que no lo había visto, mientras se reía para sus adentros del cornudo; con esa pinta, no le extrañaba que su mujer lo estuviera engañando, pensó. El hombre gordo preguntó si había restaurante en el hotel y el camarero le dijo que sí, pero que a esa hora estaba cerrado.

Al oír eso, el hombre gordo, que se llamaba Giuliano Nonno (conocido profesionalmente como «Pinza» porque sus manos, fuertes como un par de pinzas, habían enviado a muchas almas a encontrarse con su Creador), salió del hotel y echó a correr lo más rápido que pudo. Fue a la carrera hasta el pequeño hotelito donde se alojaba, que estaba justo enfrente del de Nick Frank, y entró como una tromba en la habitación que compartía con otro hombre, un tipo que tenía pinta de debilucho y que se llamaba Calogero Russo. Ese hombre, al que sus amigos llamaban Calo, saltó de la cama cuando vio entrar a Pinza.

—No me grites —le dijo Pinza sin aliento—, pero creo que lo he perdido.

—*Che cazzo* —gritó Calo (si sabe alguna palabra fea en italiano, *signore*, seguro que es esa, porque es la primera que se suele aprender).

Y era cierto que Pinza lo había perdido. Porque mientras hablaba con Calo, Nick Frank se estaba poniendo el pijama en el coche-cama de un tren nocturno que iba al sur.

Un mes después de esa noche en París, apareció un anuncio en una revista americana para fans del cine. Decía: «Estoy escribiendo un libro sobre la carrera de la estrella del cine mudo Nicholas Franco. Si alguien tiene alguna información sobre su paradero actual, agradecería que se pusiera en contacto conmigo. Se recompensará», lo firmaba «C. Waters» y daba una dirección postal de Chicago para enviar cualquier respuesta. Si alguien se hubiera molestado en comprobar esa dirección (aunque nadie

lo hizo hasta años después), habría visto que pertenecía a una tienda de alimentación regentada por un irlandés bajito y muy asustado. Alguien a quien no quería enfadar le había dado instrucciones para que cogiera todas las cartas que llegaran a su tienda dirigidas a «C. Waters», las metiera en un sobre y las enviara a otra dirección, la de un restaurante en Bensonhurst, en la Pequeña Italia de Brooklyn. El *padrone* de ese restaurante sabía que debía darle las cartas que llegaran de Chicago a Calo Russo, que iba a comer allí una vez a la semana. Pero Calo no era el destinatario final. Las pocas cartas que llegaron durante los dos años siguientes Calo se las leyó por teléfono a un hombre que vivía en una pequeña ciudad de Nueva Inglaterra.

Y el hombre que escuchaba el contenido de las llamadas de Calo era el cuarto protagonista de nuestra historia, que se une a los tres hermanos Frank. Así que será mejor que le cuente un par de cosas sobre él.

Escuche con atención.

Nació pocos años después de que empezara el siglo xx en un pequeño pueblo a las afueras de Santa Flavia, en Sicilia. Su padre, fabricante de barriles, murió unas semanas antes de su nacimiento. Su madre ya tenía cuatro hijos y, sin un marido que la ayudara, no podía alimentar a otro. Así que, después de bautizar al niño y ponerle el nombre de su padre fallecido, Giuseppe, se lo entregó a una prima suya que iba a cruzar el océano para que se lo llevara a otra prima lejana que estaba en Estados Unidos. Esa prima lejana no tenía hijos y quiso adoptar a un niño de su patria.

El padre adoptivo de Giuseppe, que se llamaba Giancarlo Terranova, tenía una profesión mucho más lucrativa que la de su padre biológico: era gánster y uno de los que empezó su carrera en Sicilia, antes de emigrar a Estados Unidos, así que pertenecía a esa clase que los más jóvenes llamaban «Pete Mostacho». Era un *uomo d'onore*, muy respetado entre los suyos, pero como no tenía las cualidades necesarias para ser *capo*, unos cuantos matones de su círculo y él se unieron a la *borgata* de Tonio Lupo, por entonces el hombre más importante de Brooklyn (y que también era, casualmente, un Pete Mostacho). Y así su hijo adoptado, el pequeño Giuseppe Terranova, al que todo el mundo llamaba Peppe, creció rodeado de mafiosos. Aquello era como una gran familia para él. Si su *papà* no hubiera muerto y él se hubiera quedado en Sicilia, Peppe Terranova probablemente se habría convertido también en fabricante de barriles. Pero, dadas sus circunstancias, se convirtió en gánster. De tal palo, tal astilla.

Peppe era un niño listo. Desde que era pequeño siempre estaba diciendo cosas inteligentes cuando había adultos presentes y don Tonio le cogió cariño desde el principio. De hecho, le tenía tanto aprecio que, cuando Giancarlo Terranova fue asesinado en el cumplimiento de su deber (entonces Peppe tenía trece años), Lupo le dijo a su madre adoptiva que él iba a cuidar del chico. «Como un padre», aseguró. Peppe era el mejor estudiante de su colegio; sin tener que esforzarse mucho, sacaba sobresalientes en cosas complicadas como geometría, física o latín. Curiosamente, Lupo se mostraba muy orgulloso por ello y les enseñaba sus boletines de notas a los

otros mafiosos (y digo curiosamente porque destacar en el colegio no es algo que se suele valorar mucho en los círculos de la mafia). Don Tonio quería que su protegido acabara el colegio para que se convirtiera en su contable, pero Terranova le suplicó para evitar ese destino; dijo que no quería pasarse la vida detrás de una mesa, que quería ser lo que había sido su padre adoptivo, lo que eran todos los hombres entre los que había crecido, lo que era don Tonio: un gánster.

Así que don Tonio, que siempre creyó ciegamente en el destino y consideraba que un hombre tiene que seguir su vocación, accedió a sus deseos. Terranova dejó el colegio a los dieciséis años y, como ya era alto y robusto y parecía más un hombre que un muchacho, se convirtió inmediatamente en un *sgarrista*, un soldado de la *borgata*. Terranova era tan eficiente haciendo lo que le encargaban que a la edad de dieciocho años ya «tenía sus huesos», como ellos decían (su primer fiambre fue un prestamista de poca monta), y don Tonio lo hizo *caporegime*, que es un especie de teniente. Y era el más joven de todas las *borgatas* de Nueva York, algo así como un prodigio. Los seis *sgarristi* que servían en su *regime*, su «compañía», eran todos mayores que su nuevo jefe. Pero él era tan duro que a ninguno se le habría ocurrido desobedecer sus órdenes. En otras palabras: lo respetaban.

Don Tonio tenía el futuro de Terranova muy bien planeado. Como era con diferencia el más listo de todos, cuando llegara el momento de que su heredero, Luigi Lupo, tomara las riendas como *capo*, Terranova sería el segundo ideal, justo el siguiente en la línea de mando. Para demostrar la confianza especial que tenía en él, don Tonio fue el *compare*, es decir, el padrino, cuando Terranova se casó con Ekaterina, una guapa chica siciliana de diecisiete años, recién llegada de la patria, temerosa de Dios y de su padre, que hablaba muy bajito y que era una experta en todos los deberes de una esposa (todas esas cosas que antes eran virtudes y que ahora se han ido a paseo), especialmente en saber cuál era su sitio.

Pero el futuro que don Tonio había previsto para Terranova estaba destinado a no llegar a hacerse realidad. Apenas un mes después de la boda, Luigi Lupo fue asesinado y el mundo de su *compare* quedó patas arriba. Terranova acababa de cumplir veinticinco. Y lo menciono porque su corta edad fue un factor determinante para que don Tonio lo eligiera para ser el hombre que llevaría a cabo su venganza. Su inteligencia también fue importante, mucho, y también su lealtad. Pero la edad era fundamental. Piénselo: el más joven de los hermanos Frank tenía solo siete años cuando murió Luigi Lupo, así que la hora de su muerte, según los términos de la *maledizione*, no llegaría hasta treinta y cinco años después. Tiene sentido, mucho sentido, que don Tonio no quisiera que el asesino fuera ya carne de geriátrico cuando llegara el momento.

El viejo *capo* decidió cómo sería exactamente su venganza en cuanto se enteró de que Ben Frank tenía tres hijos. Y por eso arregló las cosas para ir a visitar al asesino a su celda y contárselo, para que ese cabrón sufriera todo lo posible durante los pocos días que le quedaban de vida. Después, la mañana oscura y nublada del día después

de enterrar a Luigi, don Tonio llamó a Peppe Terranova y le dijo que fuera a su casa de Seagate. Se sentaron solos los dos en el *soggiorno*, lo que en Estados Unidos llaman «la sala de estar», aunque, dado el tema del que iban a hablar ese día, debería haberse llamado más bien «la sala de matar», y don Tonio le dijo a Terranova:

—Muchacho, estoy enfermo. No voy a vivir mucho y pronto cruzaré, como mi querido Luigi, las puertas del paraíso.

Sí, eso dijo, *signore*, «las puertas del paraíso». Aparentemente estaba muy seguro de que su hijo y él iban a ir al cielo y no a ninguna otra parte.

—Por culpa de ese *figlio di puttana* —prosiguió—, ese hijo de zapatero *lucanese* cuyo nombre no quiero ni pronunciar, voy a morir sin un heredero. Y como mi Luigi tampoco tenía hijos (mi pobre hijo creía que tendría tiempo para eso más adelante), tampoco tengo nietos. Pero sí que va a quedar algo de mí en esta tierra: ¡mi odio! —Entonces don Tonio puso una mano temblorosa sobre la de Terranova—. Tú, Peppe, eres un hombre de raza, un *paesano*, un hombre de buen material. Tú sabes por tu sangre lo que significa el honor. Y también conoces el significado de *omertà*, el deber del silencio. Esas dos cosas, honor y *omertà*, son las que te convierten en un verdadero hombre, *figlio mio*.

La salud de don Tonio estaba tan deteriorada que no se encontraba en condiciones de darle una larga charla sobre los principios de la mafia. De hecho, tras un minuto hablando, su enfermedad, combinada con su estado emocional, hizo que los pulmones del *capo* empezaran a emitir un sonido inquietante, una especie de silbido. Así que fue directo al grano:

—Escucha, *figlio mio*... ssshhh... Y te estoy llamando «hijo mío» por algo, ssshhh... Porque es a ti a quien quiero dejar la única cosa sagrada que me queda: la tarea de vengar a mi Luigi, ssshhh... ¡Sí, Peppe, muchacho! De ahora en adelante, ssshhh, vivirás con un único objetivo en mente: que caigan los tres hijos de ese infame hijo de puta, ssshhh, que mató a mi hijo, ssshhh, ssshhh... ¡Pero ten cuidado! Cada uno de ellos debe morir cuando tenga cuarenta y dos años, exactamente la misma edad que tenía mi Luigi cuando ese carnicero lo rajó, ssshhh, ssshhh...

Temiendo que el pobre viejo muriera allí mismo por el esfuerzo, Terranova agachó la cabeza y dijo:

—Así se hará, don Tonio.

—Un momento —interrumpió Lupo.

Como se puede imaginar, *signore*, Lupo no era un hombre al que le perdiera el corazón. Durante su vida había hecho sufrir a muchos corazones y a muchas otras partes de la anatomía, pero en su corazón no había lugar para la ternura. Claro que creía en el honor (puede parecerle que en este caso es honor entre ladrones, *signore*, pero sigue siendo honor) y en la *omertà* y en algunas otras cosas propias de la mafia, pero, aparte de eso, tenía una visión de la vida muy poco sentimental. Algunas personas dirían que era realista. Y como su vida no se basaba solo en palabras, tampoco esperaba que la de otros lo hiciera. Así que antes de pedirle a Terranova que

se comprometiera con la tarea que le había encomendado o muriera en el intento, le detalló minuciosamente lo que iba a implicar.

Para empezar, Lupo quería que Terranova cambiara su vida totalmente, es decir, no solo que dejara de ser un *caporegime*, sino que abandonara también la vida de gánster. Si accedía a hacerse cargo de esa *maledizione*, Terranova tenía que cortar todos los lazos con la mafia, a menos que mantenerlos fuera necesario para la consecución de alguna parte de su misión, y aun así debía limitarlos al mínimo imprescindible. De hecho, desde entonces en adelante tendría que vivir su vida como lo que los mafiosos llaman «un civil» y los demás denominamos «una persona normal». Las razones estaban claras, don Tonio no tuvo que explicárselas a un hombre tan inteligente como Peppe Terranova: la vida de un gánster es muy impredecible, y podía desembocar en que él quedara alejado de la acción temporalmente porque tuviera que ir a la cárcel, o permanentemente porque acabara con una bala o un cuchillo en el cuerpo. Lupo quería que el hombre al que le iba a confiar su venganza estuviera vivo y en perfectas condiciones cuando llegara el momento de matar a los hermanos Frank; por eso, además de su juventud, también era importante procurar que no sufriera ningún daño hasta que hubiera completado la misión. Y por eso Terranova tenía que dejar de exponerse a los peligros de la vida de un gánster.

Para que pudiera ganarse la vida, don Tonio le transferiría a Terranova un negocio totalmente legal que le había comprado a un *paisan*, un bonito restaurante italiano en Newport, una ciudad tranquila de Nueva Inglaterra, adonde tendría que mudarse. Estaba claro que la vida allí sería aburrida para un joven y valiente *caporegime*, pero era segura. ¿Es que alguien ha oído hablar del dueño de un restaurante al que le dispara un cliente porque sus *fettuccine* no estaban *al dente* o al que le asalta un cuchillo que sale por sorpresa de un armario para darle una paliza de muerte? Nada de eso. Esa era la lógica de la nueva vida que don Tonio había planeado para Terranova: mejor aburrido que muerto.

Además de los ingresos que consiguiera obtener con el restaurante, Terranova recibiría todos los meses la renta de una tienda de Brooklyn que era propiedad de Lupo. Eso era un seguro para ayudarle a aguantar si el negocio pasaba por un mal momento, pero principalmente para cubrir todos los gastos necesarios para su misión.

Y para poder estar absolutamente seguro de que Terranova cumpliría con el plan de la *maledizione* al pie de la letra, don Tonio utilizó el viejo método del palo y la zanahoria.

La zanahoria primero.

Por la muerte de los tres hermanos Frank, cada uno a su debido tiempo, Terranova recibiría dos millones de dólares... Sí, *signore*, me ha oído bien, ¡*dos millones!* Pero después de decirle la cantidad a un Terranova que le miraba con los ojos como platos, igual que usted a mí ahora, don Tonio repitió la condición sobre la que quería ser categórico: para cobrar el dinero, cada hermano tenía que morir cuando tuviera

cuarenta y dos años. «Ni un día antes, ni uno después, *figlio mio*».

La cantidad que le prometió Lupo a Terranova puede parecerle desorbitada más allá de cualquier límite, *signore*. Y ciertamente lo es, incluso con los estándares de hoy en día. Para que se haga una idea, si en aquellos días hubiera querido matar al presidente de los Estados Unidos, le habría costado una décima parte de eso, ¡o más bien una centésima!

Dos millones de dólares era casi todo lo que tenía Lupo. ¿Y por qué querría invertirlo todo en la *maledizione*? Bueno, para empezar, no tenía otra cosa que hacer con su dinero: no tenía hijos, ni parientes cercanos de los que ocuparse, y su esposa era la mujer más sencilla que había conocido, muy religiosa y bastante tonta, con muy pocas necesidades. La casa de Seagate y una pequeña pensión que recibiría durante el resto de su vida la dejaban con todo cubierto de sobra. Así que Lupo no tenía ningún sitio donde invertir sus millones, y, en cualquier caso, para él no había nada más importante que vengar a su Luigi. Pero también había una razón práctica para prometerle al asesino esos honorarios tan enormes, esa gigantesca zanahoria. Matar a los tres hermanos Frank, cuando le llegara el momento a cada uno, era un juego de niños para un tipo como Terranova. Ya le había dado pasaporte a media docena de personas a esas alturas, ¿qué eran tres más? La principal dificultad, y de ahí lo abultado de los honorarios, era la constancia, la persistencia necesaria para que el asesino no olvidara su objetivo con el paso de los años.

Para lograr eso, Lupo planeó los pagos con mucha precisión. Lupo le dijo a Terranova que le había confiado el dinero a una «tercera persona» que había recibido instrucciones sobre cómo y cuándo pagar. Cada vez que la «tercera persona» recibiera pruebas de que uno de los hermanos Frank había muerto en el año correcto, le pagaría a Terranova la cantidad correspondiente: cincuenta mil por matar al hermano Frank número uno, cien mil por el hermano Frank número dos, y el resto, la cantidad de un millón ochocientos cincuenta mil dólares, cuando completara el encargo, es decir, después de ver las pruebas concluyentes de la muerte del hermano Frank número tres. Ni Terranova ni la «tercera persona» conocerían la identidad del otro. De hecho se comunicarían a través de los anuncios personales del *Providence Journal*, un pequeño periódico, muy respetable, que los dos tendrían que comprar a diario de entonces en adelante. Si alguno de los dos quería ponerse en contacto con el otro, tendría que poner allí un anuncio; la «tercera persona» firmaría como «Trovatore», y Terranova, como «Nabucco» (a don Tonio le encantaba la ópera), e intercambiarían un número de teléfono codificado siguiendo un código preestablecido que Lupo le dio a Terranova en ese momento. Solo hablarían entre ellos desde cabinas, siguiendo al milímetro las rutinas de seguridad y los códigos que Lupo había preparado y que estaban claramente descritos en una nota que le dio a Terranova.

Y después de la zanahoria, el palo.

Francamente, no era necesario que don Tonio explicara esta parte (¿por qué estropear el conmovedor ambiente de esa mañana en el *soggiorno* con amenazas?).

De hecho, la única referencia que hizo fue indirecta: al final de la reunión le formuló a Terranova tres preguntas. La primera fue: «¿Aceptas hacerte cargo de esta tarea?». A lo que Terranova contestó: «Sì, don Tonio». La segunda fue: «¿Estás absolutamente seguro de que serás capaz de llevarla a cabo?». Terranova respondió afirmativamente de nuevo. Y la tercera y última, que Lupo hizo mientras le apretaba el antebrazo a Terranova con toda la fuerza que le quedaba, que sorprendentemente aún era mucha: «¿Estás *realmente* decidido, *figlio mio*, total y absolutamente, a pesar de saber las consecuencias que tendrá para ti?». El significado de esas palabras le quedó meridianamente claro a Terranova, pero se lo explicaré a usted: si fallaba en su misión por la razón que fuera, esa «tercera persona», ese «Trovatore», tenía instrucciones de pagarle por eso también, pero no con un *aria*, claro, sino con un par de balas en la cabeza. Así que cuando Peppe Terranova respondió a la tercera pregunta diciendo: «Sí, don Tonio, estoy seguro, total y absolutamente, a pesar de cualquier consecuencia», supo perfectamente que su destino había quedado firmado y sellado en ese mismo momento. Y lo había hecho con su propia sangre.

¿Qué es lo que ha preguntado, *signore*? Dígalo más alto... ¿Que si no estaba su destino ya decidido *de todas formas*?... Ah, quiere decir que si realmente Terranova podría haberle dicho que no a don Tonio, ¿no? Bueno, es una pregunta curiosa. Hum... Déjeme pensar. Bueno, hasta cierto punto habría podido, pero, pensándolo bien, si lo hubiera hecho no tenía garantías de que don Tonio no habría hecho que se lo cargaran porque conocía su secreto. Así que puede que tenga razón. Seguramente su destino estaba decidido de todas formas. Pero bueno, ¿qué más da? Terranova ni siquiera pensó en eso esa mañana. Ni se le pasó por la cabeza decirle que no a su *capo*.



TRAS ESA REUNIÓN, el viejo *capo* vivió solo una semana. Terranova fue a su funeral, claro, y esa fue la última vez que lo vieron sus antiguos compañeros de la *borgata*. Después cogió a Ekaterina y, con un gran peso en el corazón, abandonó Brooklyn, donde era casi como un príncipe, para irse a Newport, donde era un don nadie... Bueno, un don nadie con un bonito restaurante italiano a su nombre. A partir de entonces empezó a representar el papel de honrado empresario que servía platos de pasta a la buena y aburrida gente de la ciudad y a los turistas, que venían en primavera y en verano a ver los barcos y a oír graznar a las gaviotas o lo que fuera.

Las actividades diarias de Terranova se reducían a la rutina de un ciudadano común, o sea, trabajo, casa y familia. Una familia que fue aumentando. Un par de años después de que se mudara a Newport con Ekaterina nació su hija Renata; después, en 1925, llegó un hijo, Guglielmo, y dos años más tarde otra hija, Maria-Teresa.

Terranova obviamente echaba de menos la vida trepidante de la mafia, sobre todo en esa época en que todo se había vuelto mucho más emocionante porque un tal señor Volstead, un congresista, tuvo la genial idea de prohibir el alcohol en Estados Unidos. Lo habrá visto en las películas seguro, *signore*, en todas esas historias de gánsteres. ¡Ah, la Prohibición! Fue el infierno para los borrachos. Pero para la mafia fue el cielo. Disfrutaron de una época inolvidable... y muy rentable también. Pero Peppe Terranova no. El pobre hombre tenía que fingir que era un civil que cumplía escrupulosamente la ley. Pero en su cabeza siempre tenía presente su misión, la ejecución de la *maledizione*.

Cuando todavía era *caporegime*, el lema de Terranova era «planificar bien para hacerlo bien». Antes de ejecutar una operación, quería conocer todos los hechos y después se sentaba y reflexionaba sobre la mejor forma de actuar, considerando de antemano todos los potenciales problemas.

Los asesinatos de los tres hermanos Frank los planearía cuando llegara el momento propicio (bueno, más bien *infausto*), porque para el primero, el de Al Frank, todavía quedaban veinte años en el momento en que se mudó a Newport. No tenía ningún sentido ponerse a planearlo entonces, porque no sabía cuál iba a ser la situación de su objetivo cuando llegara el momento. Lo que sí podía empezar a planear, y de hecho debía, era la forma de tener vigilados a los hermanos para poder localizarlos cuando le hiciera falta. Que esa tarea fuera fácil o difícil dependía en

parte de si Ben Frank había llegado a contarles a sus hijos lo de la *maledizione* antes de morir. ¿Sabe ese viejo proverbio que dice: «mejor prevenir que curar»? Bueno, pues si los hermanos Frank sabían el peligro al que estaban expuestos, en algún momento seguro que tomarían medidas para protegerse. ¿Pero lo sabían? Don Tonio le había asegurado a Terranova que sí, y le contó que el hijo mayor, Al, había ido a Sing Sing para ver a su padre antes de que muriera. Pero como nadie había podido escuchar su última conversación, Terranova pensó que podría ser algo que el *capo* había asumido porque deseaba con todas sus fuerzas que su venganza fuera más dulce gracias a las décadas de miedo que tendrían por delante sus víctimas. Pero incluso aunque los hermanos no supieran lo que el futuro les deparaba, y por tanto no tuvieran razones para intentar protegerse, pasados unos años podrían estar en cualquier parte. Los tres eran pobres. Su *papà* había perdido el negocio y la casa en sus últimos años. No había nada que los atara a Nueva York, así que podían mudarse a otro lugar en cualquier momento.

Como era un hombre que planificaba al detalle, Terranova decidió ponerse en la peor situación posible y asumir, por poco probable que le pareciera, que los hermanos sabían lo de la *maledizione* y que cualquiera de ellos podría de repente tomar medidas para desaparecer y darle esquinazo a su asesino. Lo de «mejor prevenir que curar» también era aplicable a su propia situación. Así que, desde que llegó a Newport, viajaba una vez al mes a Nueva York y se quedaba allí un par de días para vigilar un poco. Al Frank había empezado a trabajar en Worthington's; Nick Frank era botones en el Plaza y el pequeño Leo estaba en el colegio. Pero Terranova no se quedaba tranquilo con esa vigilancia intermitente. Así que, pasados tres años, en una ocasión le dijo a su mujer que iba a estar fuera unos días más.

Se estará preguntando, *signore*, si Ekaterina sabía lo de la misión de su marido. Bueno, pues si tiene esa duda, la respuesta es no. Ella no lo sabía. No tenía ni idea. Cuando Terranova fue por primera vez a casa de su padre, en Bensonhurst, y pidió su mano, ella probablemente habría oído rumores de que su futuro marido estaba relacionado con lo que ella, recién bajada del barco que la traía de Sicilia, conocía como la *onorata società*, la «honorable sociedad». Y el hecho de que don Tonio Lupo, que todos sabían que era un hombre poderoso y muy temido de Brooklyn, fuera el *compare* en su boda se lo confirmaría.

Pero cuando se mudaron a Newport, poco más de un mes después de la boda, esas ideas quedaron totalmente borradas de su mente. Desde entonces no había tenido razones para creer que su marido era otra cosa que lo que todos en esa pequeña y pacífica ciudad creían que era: el amable señor Terranova que tenía el restaurante italiano junto a los muelles, un ciudadano que respetaba la ley y un empresario honrado. Cuando cada mes se iba de viaje dos días a Nueva York, él le ponía la excusa de que lo hacía para recoger personalmente la renta de la tienda de Brooklyn. Ekaterina, a quien le había dicho que la tienda era suya, no pidió más detalles. En cuanto a ese viaje más largo, le dijo que el inquilino de la tienda había muerto y que

tenía que buscar otro. Le dio un beso, le dijo *arrivederci* y se fue.

La verdadera razón para ese viaje tenía que ver con buscar a alguien, pero no era un inquilino, sino un ayudante que le sirviera para seguir los movimientos de los hermanos Frank.

Terranova quería a alguien que viviera en Nueva York y a quien se le pudiera confiar un secreto. Es verdad que se puede confiar en que un mafioso no le cuente un secreto a los maderos (o al menos se podía en aquellos días, antes de la «protección de testigos» y toda esa mierda). Pero Terranova necesitaba a alguien que tampoco les contara el secreto a los otros mafiosos, y eso no era tan fácil.

Porque alardear de los crímenes es el vicio más habitual, y el más peligroso, de los criminales.

Confiarle a alguien un secreto tan importante como ese era como jugar a la ruleta rusa. Pero confiárselo a alguien desconocido ya era como si lo hiciera metiendo más de una bala en el cargador. Así que, tras malgastar unos días comprobando los antecedentes de unos cuantos candidatos, Terranova fue a buscar al hombre en el que confiaba más que en ningún otro dentro de la *borgata* de Lupo, su segundo en su *regime*: Calo Russo. Calo regentaba una taberna clandestina en Brooklyn. Pero lo que Terranova quería que hiciera era más bien un «trabajo a tiempo parcial», así que eso no suponía un problema. Calo le dijo que a veces, cuando era necesario, utilizaba para algunas cosas a Giuliano Nonno, el gordo Pinza, el portero de su taberna.

Terranova sabía que Pinza era bastante estúpido. Calo no lo negó, pero le aseguró que era totalmente leal y que sabía obedecer órdenes.

Los tres hombres se vieron a última hora de una mañana en el Village, en Manhattan, jugaron unas partidas de billar y después fueron a un restaurante alemán donde Pinza devoró un plato hasta arriba de salchichas mientras los otros se tomaban dos cervezas. Aunque Terranova era más joven que los otros dos, el tiempo que fue *caporegime* le había enseñado a hacer el papel de *zio* Peppe a la perfección. Durante los dos días siguientes fue de acá para allá con Calo, enseñándole todos los lugares importantes. Dieron una vuelta por Worthington's, fingiendo que miraban los escaparates, para comprobar las entradas. Después hicieron lo mismo en el Plaza. Luego Terranova le enseñó a Calo el nuevo apartamento de Al, y el viejo y destartado edificio donde Nick tenía alquilada una habitación. Le dio un par de fotos de los hermanos, hechas desde lejos. Pero también quería que Calo y Pinza los vieran en carne y hueso. Y Terranova los llevó a donde podían hacerlo: le echaron un vistazo discreto a Al cuando salía de casa una mañana temprano. El pequeño Leo con su mochila salió poco después. Algo más tarde vieron a Nick cuando dejaba la suya.

A Terranova le llevó un par de días enseñarles a sus nuevos ayudantes ciertos trucos para seguir a sus objetivos sin que los vieran y también las rutinas para comunicarse con él con seguridad, lo de llamar de cabina a cabina en días y horas concertadas y utilizar nombres en clave para ellos y para los tres hermanos, etc. Calo solo podía llamar a Terranova al restaurante si había una emergencia; en ese caso

tenía que preguntar por el *padrone* y decirle que era un cliente que preguntaba por un jersey rosa que su sobrina se había olvidado allí. Eso alertaría a Terranova para que esperara una llamada, veinte minutos después, en una cabina que había junto al mar, en un lugar con muy buenas vistas a diez minutos en coche de Newport.

El trabajo que les asignó era sencillo: Calo y Pinza tenían que comprobar regularmente que Al y Nick seguían en sus casas y en sus trabajos. Si estaban allí, perfecto. Si no, debían informar a Terranova. Para entonces Terranova conocía muy bien las costumbres de los hermanos Frank, así que les dio a Calo y a Pinza una buena pista: convenientemente, Al había establecido la costumbre de hacer una comida familiar el domingo en la que se reunían Nick, Leo y él, siempre en los mismos restaurantes italianos (normalmente en uno, pero si estaba cerrado por alguna razón, iban al otro). Fue allí donde Calo y Pinza recuperaron el rastro de Nick cuando dejó de trabajar en el Plaza y más adelante, en la época en que cambiaba frecuentemente de trabajo y de casa, hasta que empezó a trabajar en el Algonquin. A partir de ahí seguirlo se convirtió de nuevo en algo rutinario.

Por los cambios en el vestuario de Al, de los que le iba informando Calo, y también por el primer coche que se compró, un Chevrolet 490, Terranova supo que estaba ascendiendo en el negocio de Worthington, lo que hacía poco probable que se planteara mudarse. Seguramente el hermano Frank número uno no iba a causar problemas por un tiempo. Pero que el hermano Frank número dos se fuera de Nueva York a Terranova le causó cierta ansiedad. Así que Terranova le ordenó a Calo que se enterara de a qué hora pasaba el cartero por la casa de Al y que después empezara a colarse en el edificio cuando este se fuera para hacer comprobaciones. Pocos días después Calo encontró una postal de Nick con una dirección de Hollywood. Terranova se quedó impresionado y siguió estándolo durante muchos años mientras seguía los progresos de Nicholas Franco en la pantalla grande. Al hermano Frank número uno y al hermano Frank número dos les iba bien, y eso le estaba facilitando la vida a Terranova. En cuanto al hermano Frank número tres, era demasiado pequeño para tener que preocuparse por él.

El primer problema grave en su tarea de vigilar los movimientos de los hermanos Frank llegó en 1929, cuando Nick dejó el cine.

Terranova entonces hizo un viaje más largo, de un par de semanas, en el que fue a Hollywood para investigar, fingiendo que era un pariente. Por fin recuperó el rastro de Nick, que le llevó hasta México. Fue por culpa de ese viaje por lo que tuvo que crear una nueva tapadera para Ekaterina: la nueva historia era que en sus tiempos de Brooklyn, antes de conocerla, había invertido un dinero que heredó de un tío en un pequeño negocio de venta al por mayor. Le dijo a su mujer que el negocio había crecido y que ahora también hacían importaciones. Pero sus socios empezaban a quejarse de que él no participaba activamente en el negocio y que iba a recibir los beneficios, que llegarían pronto, sin haber hecho el trabajo. Así que Terranova, como era un hombre honorable, accedió a hacer de vez en cuando algún viaje para la

empresa con el fin de encontrar un nuevo producto o hacer algún negocio (ahora que lo pienso, *signore*, creo que Terranova utilizó como inspiración para su farsa lo que había averiguado sobre los negocios de Al Frank durante los primeros años de vigilancia). Era realmente una pena que lo del negocio de importación y sus beneficios fuera solo una tapadera, la verdad, porque en aquel momento algo de dinero extra le habría venido muy bien. Los viajes estaban afectando a las finanzas de Terranova, tanto que la renta de la tienda de Brooklyn que le había dejado Lupo ya no era suficiente (porque parte de ella se la quedaban Calo y Pinza) y tuvo que echar mano de las ganancias del restaurante. Por eso se sintió muy aliviado cuando la «nueva carrera» de Nick Frank en Sudamérica terminó y él volvió a Nueva York y quedó encerrado bajo llave en la clínica privada donde lo metió Al.

El segundo problema fue mucho más serio, sobre todo porque no podía resolverse con un poco de trabajo de campo. A principios de los treinta, Terranova empezó a estar convencido de que su corazonada era correcta y que la teoría de don Tonio de que los hermanos Frank sabían lo de la *maledizione* estaba equivocada. Por la forma en que se habían comportado hasta el momento, nada parecía indicar que pensarán que sus vidas estaban en peligro. Sobre todo en el caso de Al Frank. Ese hijo de puta había conseguido convertirse en un empresario con un gran éxito y multimillonario además, un verdadero pez gordo. Si hubiera tenido la más leve sospecha de que era el objetivo de un asesino, ¿no se notaría por lo menos una leve preocupación en su rutina diaria? Pues hasta entonces no había habido nada, y eso le hizo pensar a Terranova que, cuando llegara el momento, los asesinatos iban a ser pan comido.

Pero de repente, en 1937, las cosas cambiaron y rápido. La primera señal del cambio fue una conversación que Calo logró oír en un bar de Brooklyn. Se la transmitió a Terranova esa misma noche, siguiendo el procedimiento especial: la llamada al restaurante, la sobrina despistada, el jersey rosa, etc. Terranova fue a la cabina de teléfono con vistas al mar y allí oyó la historia de Calo: un tal Manzoni, un mafioso de Chicago que trabajaba para Iacca, el Silenciador, iba por ahí preguntando por un encargo para acabar con la vida del «dueño de Worthington's». La mente de Terranova se puso a trabajar frenéticamente.

Pero que quede claro: a Terranova no le preocupaba que ese Manzoni, ni su jefe en Chicago, el Silenciador, se enteraran de algo. Solo había tres personas en este mundo, aparte de él, que sabían lo de su misión: ese «Trovatore», Calo y Pinza. Al primero lo había elegido don Tonio, y a los otros dos, él. Ninguno iba a cantar. Lo que le preocupaba a Terranova era el hecho de que preguntaran, que alguien, cualquiera, de repente se interesara por un encargo que tenía que ver con «el dueño de Worthington's». Eso significaba que preguntaba en nombre de Al, lo que dejaba claro que el hermano Frank número uno sí sabía lo de la *maledizione*. Al Frank era un empresario legal, así que era muy poco probable que alguien de su mundo quisiera eliminarlo *también*... Bueno, es que la gente legal no hace negocios así.

Así que a Terranova no le sorprendió que unos días después Calo le informara de

que de repente había guardias delante de la mansión de Al Frank, de sus oficinas y de su finca de Long Island. Ni tampoco se extrañó cuando a lo largo de los dos meses siguientes le fue contando que habían reforzado las medidas de seguridad. En el otoño de 1938 Terranova fue a Nueva York e hizo personalmente las vigilancias para evaluar la situación. Para entonces el hermano Frank número uno ya estaba muy bien protegido, incluso iba por ahí en una limusina blindada. La única opción que le quedaba a Terranova para matarlo era un tiro en la cabeza desde lejos, cuando Al estuviera saliendo o entrando en su coche, preferiblemente nada más salir de la mansión.

Exploró la zona con mucho cuidado y encontró un buen sitio, un hueco en una terraza al otro lado de la calle Sesenta y Uno desde donde podía apuntar tranquilamente sin que nadie lo viera. Casualmente Terranova era un tirador excepcional, y con la herramienta adecuada todo sería facilísimo. Así que se hizo con un Springfield M1903 con una mira telescópica y se pasó unas cuantas horas practicando en un lugar tranquilo de Newport. Después reprodujo unas cuantas veces mentalmente la secuencia de sus acciones el día que tendría que matar al hermano Frank número uno: primero robar un coche a primeras horas de la mañana, conducir hasta el edificio donde estaba la terraza con el hueco, entrar por la calle Sesenta y Dos, ascender hasta su posición, esperar a que Al Frank saliera por la mañana, apuntar, disparar, volver al coche, alejarse y desaparecer. Satisfactorio.

Pero en octubre de 1938 Calo informó de que Al Frank parecía haber fijado su residencia permanentemente en su finca de Long Island, de donde entraba y salía siempre en su limusina blindada. No había edificios altos alrededor, ni siquiera grandes árboles, así que se esfumó la posibilidad de disparar hacia allí dentro apuntando desde fuera. Terranova se fue otra vez de vigilancia y observó la llegada de Al a Frank & Worthington una mañana para trabajar. Tampoco ahí había posibilidad de disparar: la limusina, con él en su interior, accedió por una calle lateral y después entró directamente al interior del edificio utilizando el portón para la descarga de mercancías.

Terranova entonces utilizó un método que le gustaba pensar que había aprendido de su profesor de geometría en el colegio. Se basaba en un viejo truco denominado *reductio ad absurdum*. Al enfrentarse a un problema, primero se planteaba las opciones con mejores posibilidades de resolverlo. Después tenía que considerarlas una por una y ensayarlas incluso. Si alguna no podía funcionar, el problema surgiría en el ensayo; entonces se podría descartar como «absurda» y pasar a la siguiente opción. La que quedara al final, tras descartar todas las demás, tenía que ser la solución a su problema.

Así que se puso a reflexionar sobre todas sus opciones mientras paseaba junto al mar en Newport, su lugar favorito para pensar. Primera: una bomba en el coche de Al Frank. Pero no había forma de acercarse a él para ponerla, porque estaba en un garaje vigilado o, si estaba en la calle, lo tenían muy bien custodiado, así que era una opción

absurda. Segunda: tirarle una granada. Pero tras investigar un poco, se dio cuenta de que para destruir un coche monstruoso como ese necesitaría mucho más explosivo del que podía arrojar con la mano. ¿Y qué otra cosa iba a utilizar? ¿Una catapulta? Absurdo. La última idea que consideró durante un tiempo fue encontrar un superrifle que inventaron los alemanes durante la guerra (uno que funcionara aún) y que sabía que podía penetrar el blindaje.

Estaba buscando uno cuando, más o menos a finales de enero de 1939, Calo informó de las peores noticias posibles: Al Frank llevaba un mes sin salir de su finca de Long Island. Como ese era el año en que el hermano Frank número uno cumpliría cuarenta y dos, Terranova empezó a temerse lo peor: ¿y si ese tipo no volvía a salir? Se estaba protegiendo muy bien, mucho mejor de lo que Terranova se esperaba. ¡Maldita sea! ¿Qué iba a hacer si ese cabrón se quedaba atrincherado en Long Island todo el año? ¿Utilizar un mortero? ¿Un cañón? ¿Un bombardero? Tres posibilidades absurdas más.

Signore, dicen que es fácil matar a un hombre, a cualquiera, si te da igual salir vivo del lugar. Bueno, puede que sea verdad. Pero si el hombre que persigues es un multimillonario que no sale de una fortaleza amurallada, la cosa es totalmente diferente. Y además, Terranova quería salir vivo de allí, y no solo por razones egoístas: es que todavía tenía que matar a los otros dos hermanos Frank.

El enfoque básico de un mafioso para todo, incluido el asesinato, normalmente implica fuerza, músculo. Pero aunque tuviera los músculos de *Ercole*, el gran héroe griego, en este caso no serían suficientes. No. En este caso lo que hacía falta era la astucia de *Ulisse*. Sí, la mente de *Ulisse* era *precisamente* lo que necesitaba; inventaría un nuevo *cavallo di legno*, un caballo de Troya, para poder penetrar en la fortaleza de Al Frank sin que su víctima se diera cuenta hasta que fuera demasiado tarde.

Para poder pensar, Terranova empezó a dar largos paseos junto al mar todas las mañanas y a veces también por la noche, tarde, después de trabajar. Le gustaba la idea del *cavallo di legno*. ¿Pero qué podía utilizar en este caso? Tendría que ser un tipo de caballo muy especial, uno que pudiera dar marcha atrás, a todo galope si era necesario, para poder salir de la finca de Long Island de una pieza. Los troyanos fueron muy estúpidos al dejarse seducir por el *cavallo* de *Ulisse* pensando que era especial y valioso. ¿Pero qué podía tentar a alguien superinteligente, superrico y supercauteloso como Al Frank?

La solución se le ocurrió en el sitio más inesperado (bueno, el que *era de esperar* teniendo en cuenta la naturaleza de la idea, pero el menos probable en cualquier otra circunstancia): en un cine. Salió un domingo con su familia porque su hijo quería ver *Las aventuras de Robin Hood* por décima vez o así y se llevó a Ekaterina y a Renata para que les acompañaran. Antes de que empezara la película, pusieron unos tráileres y en uno de ellos Terranova oyó la voz de un hombre (esas voces que a veces se oyen en las películas, aunque no veas quién habla), que sonaba muy seria, hablando de una

película ridícula sobre un hombre de hojalata, una niña y un tipo con un disfraz de león que iban dando saltitos por la hierba. La voz dijo: «Nadie se había atrevido antes a dar vida a la colosal historia de la Tierra de Oz y sus habitantes». Y entonces Terranova pensó: «Oye, qué buena idea».

No sé ahora, pero en aquellos años los productores de Hollywood no dejaban de intentar superarse los unos a los otros con fanfarronerías, vendiendo su nueva película con frases como «formidable producción» y cosas parecidas, o como «la mayor gloria de la imaginación humana», «el triunfo del esplendor artístico», «una obra de arte incomparable» (cosas, todas ellas, que se superaban dos meses después, si hacías caso de lo que decían en los tráileres). Una tras otra fueron llegando las obras de arte más nuevas, asombrosas, extraordinarias, únicas y sin precedentes en total tecnicolor: *El jardín de Alá*, después *Blancanieves*, luego *Robin Hood*, al mes siguiente esa «colosal historia» *El mago de Oz*, etcétera. Así que Terranova, en un momento de inspiración, pensó: ¿por qué no fingir que era productor e inventarse su propio plan para hacer «la mayor película de todos los tiempos»?

Lo haría sonar como algo real, una película de verdad. Y como necesitaba una estrella de verdad, claro, no podía ser otra que el mayor *latin lover* que había aparecido en la gran pantalla (solo en sus sueños, claro): ¡el único e inimitable Nicholas Franco! Estaba casi seguro de que el hermano Frank número dos se lo iba a tragar, porque no solo era estúpido, sino que, como todos los actores, estaba convencido de que él era un regalo que Dios le había hecho a la humanidad. Y entonces Terranova, fingiendo ser productor, lo *utilizaría* como caballo de Troya para entrar en la finca de Long Island, como invitado amigo de Nick, o tal vez tentando a Al Frank con dinero. Por su experiencia, sabía que la gente rica siempre deseaba tener más dinero, y por eso seguro que se mostraría abierto a compartir los beneficios de «la mayor producción que la industria del cine ha creado», bla, bla, bla. En cuanto al arma que usaría si el truco funcionaba, su método de *reductio ad absurdum* le llevó a la única solución posible: un veneno de acción lenta.

Terranova conocía de otra época a un químico alemán que solía trabajar para la mafia. Preguntó por ahí y se enteró de que se había retirado tras la Prohibición y que vivía en una granja a las afueras de Philly. Terranova fue a verlo allí y tuvieron una charla en un viejo granero que el alemán había convertido en una especie de laboratorio. Le contó su problema sin darle nombres. El alemán pensó un rato (ya sabe, todo ese ritual de científico loco rascándose la cabeza, gruñendo y todo eso) y después le preguntó si la víctima potencial fumaba. «Sí, sí fuma», aseguró Terranova. Puros. Sin parar, por lo que decían. El alemán sonrió y le dijo que volviera dos semanas después.

Cuando volvió, lo encontró acompañado por un chucho con cara triste. El alemán cogió un puro que parecía perfectamente normal y se lo metió en la boca al chucho, le ató las mandíbulas con un trapo, aunque no muy fuerte, y le tapó la nariz con otro, como si fuera un vendaje. No encendió el puro para no ahogar al perro

prematuramente, explicó el alemán. Lo dejó en la boca del chucho un minuto más o menos. El perro se enfadó, pero no le quedó más remedio que inhalar un par de veces el aire a través del puro, como si fuera una especie de tubo para bucear. Después el alemán le desató el hocico al chucho y le dio un jugoso hueso. ¿No es conmovedor, *signore*, la amabilidad de ese hombre? Darle a ese pobre animal una última comida exquisita, como hizo Hitler con su perra alsaciana antes de volarle los sesos para que la pobre no tuviera que vivir en un mundo sin su Führer. Pero eso no importa. Más o menos una hora después, mientras Terranova y el alemán se estaban tomando una copa y hablando de los viejos tiempos, el perro de repente soltó un aullido ahogado, se le pusieron los ojos en blanco y cayó muerto. Terranova le dio un fuerte apretón de manos al alemán y le dijo que era un genio.

Resuelto el problema del arma, empezó a preparar su idea del bombazo cinematográfico, «la mayor película de todos los tiempos». Pero pronto se dio cuenta de que tenía un problema: aunque sabía todo lo que había que saber sobre cómo acabar con gente, no tenía ni idea de películas. Por eso, aunque lograra inventarse algo que sonara verdaderamente como «la mayor película de todos los tiempos», algo que no era demasiado difícil después de haber visto tantos tráileres con Ekaterina y los niños, ¿podría hacer de productor lo bastante bien como para convencer a Nick? Terranova era más listo que él, eso estaba claro. Pero no sabía hablar el idioma de Hollywood. Para eso necesitaba un experto.

Cogió un avión a Los Ángeles y fue a ver a Gino, un tipo que conocía de sus tiempos de Brooklyn, que por entonces trabajaba en un bar al que iba mucha gente de Hollywood. Terranova le dijo que necesitaba a alguien de dentro, alguien que supiera todos los cotilleos, todos los vicios de la gente del espectáculo, etc. Gino dijo que conocía justo al tipo que necesitaba, un peluquero que fingía ser un respetable hombre de familia pero que secretamente era *finocchio*, o sea, marica. Como Gino sabía su secretito y el tipo sabía que él lo conocía, seguro que se mostraría comunicativo. El *finocchio* se asustó tanto cuando vio a Gino que le dijo a Terranova lo que quería sin que tuviera que insistir. Si quería un productor podrido, totalmente corrupto, lo mejor sería que fuera a buscar a un personaje llamado Rudy Cherny, aseguró.

Si la mitad de lo que había oído de él el *finocchio* era cierto, ese Cherny era un verdadero hallazgo. Era polaco de origen (su apellido original era algo con muchas zetas) y trabajó en uno de los grandes estudios hasta que le echaron por desviar parte del presupuesto de una película a su bolsillo. Había hecho unas cuantas películas de tercera por su cuenta después de que le echaran, entre ellas «presuntamente», como dicen los abogados, unas cuantas películas pornográficas. Cherny había tenido un grave encontronazo con la ley al menos una vez, cuando lo acusaron de violar a una niña de doce años, pero consiguió librarse sin llegar a juicio (los rumores decían que había hecho un trato con los padres de la niña y que ella se retractó).

Terranova se quedó muy impresionado cuando fue a ver a Cherny. Se presentó

con un nombre falso y lo invitó a comer para «hablar de una propuesta de negocios». El tipo era perfectamente agradable, diría que encantador incluso si no temiera que usted pensara que yo también soy *finocchio*, y tenía don de palabra, ambas cualidades perfectas para un timador. Vestía muy bien y daba sensación de integridad. Incluso su acento centroeuropeo le daba cierto aire que le venía bien. No tendría problemas para pasar por un productor que gestionaba los intereses de gente con mucho dinero, sobre todo porque era un experto en la forma de hablar de Hollywood. Pero todo lo que le estoy diciendo sobre cómo era Cherny y cómo hablaba ya lo sabe, *signore*: él es el hombre que antes conoció con el nombre de Joseph Koltai.

A Cherny, que era un estafador nato, le encantó la idea de esa falsa «mayor película de todos los tiempos». Terranova le dijo al principio que era para «poder acercarse a un hombre muy rico». Y Cherny tuvo dos ideas brillantes seguidas: primero, que «la mayor película de la historia» tenía que ser *La vida de Jesús* (¿a quién se le iba a ocurrir que una película sobre eso podía ocultar algo malo?), y la segunda, que la elección de Nicholas Franco para el papel principal tenía que ser resultado de un estudio de mercado. Eso seguro que conseguiría que la vanidad de Nick Frank se disparara y se pusiera por las nubes. Terranova y él idearon la identidad de Joseph Koltai (húngaro, no polaco, por precaución) y también toda la historia que había detrás de la supuesta financiación para hacer «la mayor película de la historia». Lo de inventarse a ese tejano petrolero imaginario fue un verdadero golpe de efecto.

Superadas las primeras reuniones, Terranova le dijo a Cherny que tendría que matar a un hombre, pero de una forma que no iba a necesitar ninguna habilidad que no poseía, como saber estrangular o apuñalar, etcétera, y que tampoco implicaba correr ningún riesgo. Cherny se puso difícil un rato, pero solo era su forma de negociar la tarifa. Acordaron que lo haría por veinte mil dólares.

Terranova no le explicó a Cherny el método que iba a utilizar para matar a Al Frank hasta que él le informó de que Nick había conseguido que su poderoso hermano accediera a tener una reunión con el productor. Terranova y Cherny quedaron esa noche en Lennox con la Ciento Diez y una purera de cuero con seis puros cambió de manos.

Terranova le señaló cuál era el que estaba envenenado.

—Asegúrate de irte como máximo media hora después de que nuestros amigos lo enciendan —le advirtió—. Oh, y ten cuidado de no fumarte tú ese, amigo.

Y los dos se echaron a reír.

El resto de la historia sobre el asesinato de Al Frank ya se la he contado, pero desde el lado de la víctima. Hay un par de cosas más que decir sobre la parte del asesino.

En el caso del hermano Frank número uno, no debería haber hecho falta el mensaje especial codificado para alertar a esa «tercera persona» que había elegido Lupo de que el encargo se había realizado: la noticia de la muerte de Al Frank salió

en la primera página de los periódicos. Aun así, como Terranova quería que le llegara el primer plazo del pago, los cincuenta mil, lo hizo todo según las normas y puso un anuncio personal en el *Providence Journal* firmado «Nabucco». Dos días después, sin retrasos, apareció otro anuncio que llevaba la firma de «Trovatore» con un número de teléfono codificado. Al día siguiente, a las 11.42 exactamente (el número «42» escrito con la letra de Lupo, ya un poco desvaída, aparecía por todas partes en las instrucciones de seguridad), hizo la llamada de cabina a cabina. Respondió un hombre que parecía de mediana edad y que sonaba muy refinado, de clase alta incluso. Eso dejó a Terranova un poco desconcertado, pero la voz hizo la pregunta acordada y, después de oír a Terranova responder como debía, también contestó a su pregunta con la contraseña apropiada, así que no tenía que preocuparse porque se tratara de otra persona que no fuera la indicada. La voz le dijo que debía estar en una cierta dirección de Morningside Heights a las 3.42 y que buscara un paquete envuelto en papel naranja dentro de una papelerera verde que había allí. Pero después le hizo una pregunta que Terranova no se esperaba:

—¿Ha utilizado a un extraño, un civil para «realizar la transacción acordada»? — Así lo dijo exactamente.

—Sí —respondió Terranova.

—Bien, pues el contrato con ese extraño debe terminarse inmediatamente. ¿Está clara la orden? —dijo la voz.

—Sí —respondió Terranova.

Unas horas después recogió el dinero en la papelerera verde de Morningside Heights.

Concertó una reunión esa noche con Rudy Cherny, que también quería su dinero. Se vieron en el mismo sitio donde le había dado los puros. Terranova sugirió que podían ir a cenar a un buen restaurante italiano que conocía en Columbus Avenue. Era una noche agradable, así que decidieron ir cruzando el parque. Cherny estaba muy orgulloso de sí mismo y no paraba de hablar de lo tranquilo que había estado durante toda la operación. Mientras lo hacía, Terranova sacó de debajo de su cinturón su Colt 38 y le metió una bala en la nuca a Cherny. Fue tan rápido que el hombre no se dio cuenta de nada. Pasó de vivir, respirar, caminar y hablar a la nada en un abrir y cerrar de ojos. Después Terranova se inclinó sobre él para asegurarse de que estaba muerto. Buscó en los bolsillos de Cherny, le cogió la cartera y la documentación y se alejó despacio, como todo asesino que se precie debe hacer tras realizar un trabajo en la calle para no atraer una atención indeseada.



ESA MISMA NOCHE, más tarde, Terranova se reunió con Calo y con Pinza, los invitó a una copa y les dio las órdenes para la siguiente fase del encargo.

Empezó compartiendo con ellos sus miedos. Aunque acababa de conseguir un primer éxito, y había sido uno muy importante, su trabajo se iba a volver más difícil de entonces en adelante. Por empezar, seguro que la muerte de Al Frank habría servido de confirmación para los otros dos hermanos de que la *maledizione* de Lupo era real... Bueno, Terranova tuvo que reconocer que en realidad no era seguro, porque los periódicos no habían informado sobre ningún tipo de sospecha, así que podía ser que nadie supiera ni sospechara que Al Frank había sido envenenado.

—¿Es eso probable, *zio* Peppe? ¿Que no sospechen? —preguntó Calo.

—No sé si es probable, pero sí posible —respondió Terranova. El pobre Pinza se quedó confundido al oír esas palabras.

Como Terranova era un hombre cauto, siempre se preparaba para lo peor. Y por eso les dijo a Calo y Pinza que a partir de entonces iban a proceder asumiendo que los dos hermanos sabían que Al había sido asesinado. Lo que significaba que al menos uno de ellos, probablemente Nick, podría dejarse llevar por el pánico y ponerse en acción inmediatamente.

—¿En acción cómo? —preguntó Calo.

—Lo más seguro es que intente desaparecer —contestó Terranova.

Por esa razón los tres harían turnos desde entonces y durante los siguientes días para tenerlo vigilado a todas horas.

Terranova tenía razón, como ya sabe, *signore*. Nick entró en pánico y se puso en acción tres días más tarde, después de la lectura del testamento de Al Frank. Calo lo siguió hasta la agencia de viajes, donde vio que compraba el billete para el barco a Francia. Terranova le ordenó a Calo que reservara un camarote para Pinza y para él en el mismo barco. Y ya sabe el resto: los dos fueron detrás de Nick hasta París, donde él escapó gracias al truco de que se valió en el hotel elegante.

Imagínese, *signore*, la reacción de Peppe Terranova cuando recibió un telegrama de Calo con el mensaje codificado de que el hermano Frank número dos había volado. ¡En qué situación se veía de repente! Antes de que le hubiera dado tiempo de descansar un poco tras todos sus desvelos para encontrar la forma de matar a Al Frank, solo días después se encontraba con un problema aún más serio. Había perdido el rastro de su siguiente objetivo, que podía estar... bueno, en cualquier parte.

Después de que esos dos genios volvieran a Nueva York y le dieran el informe completo, Terranova, que se había quedado sin opciones, puso el anuncio en la revista para cinéfilos preguntando por el paradero de Nicholas Franco con el pretexto de que estaba escribiendo un libro sobre su vida. No era algo muy seguro, pero al menos era algo (no se iba a quedar sin hacer nada...). Después de ponerlo, iba en coche dos veces a la semana hasta la cabina con vistas al mar a las afueras de Newport, donde hablaba con Calo para recibir siempre las mismas noticias: nadie había respondido al anuncio o, si había llegado alguna carta, la información era totalmente inútil, del tipo: «Vi a alguien que se parecía a Nicholas Franco paseando por una calle de Miami hace tres meses, pero la verdad es que se le veía mucho más joven». Con las cosas como estaban, lo más probable era que Nick se quedara en Europa una temporada, así que la gente que habría a su alrededor no estaría leyendo revistas de cine estadounidenses. Por eso, después de un tiempo, Terranova decidió poner un anuncio similar en revistas de Londres y París. Pero entonces, en septiembre de 1939, estalló la guerra y seguro que durante un tiempo nadie ni en Inglaterra ni en Francia se iba a dedicar a comprar ese tipo de revistas.

Poco después empezó el bloqueo en el Atlántico, lo que significaba que si Nick Frank no había vuelto ya a Estados Unidos, le iba a ser imposible regresar durante un tiempo (asumiendo que quisiera hacerlo). Terranova hizo a Calo y a Pinza trabajar horas extra siguiendo a Leo y también a Thelma. Después fue a Nueva York en persona con la esperanza de encontrar algún mensaje que le hubiera enviado Nick a su familia, una carta, un telegrama o lo que fuera, para saber si había vuelto a los Estados Unidos o si estaba en alguna de sus antiguas guaridas de Sudamérica.

Intentó todo lo que se le ocurrió, incluso estuvo leyendo a diario durante varios meses los anuncios de un par de periódicos de Nueva York, por si descubría allí algún mensaje en clave. Pero nada. Fue a Los Ángeles, habló con Gino y con el peluquero *finocchio*, dio una vuelta por los bares buscando pistas y puso el anuncio del libro sobre la vida de Nicholas Franco allí también. Nada. Estaba dando palos de ciego y lo sabía.

Los dos últimos meses de 1942 fueron especialmente estresantes para Terranova. Los japoneses habían atacado Pearl Harbor un año antes y Estados Unidos ya estaba metido hasta el cuello en la guerra. Pero la guerra no le preocupaba: él era demasiado mayor para que lo reclutaran, y su hijo, demasiado pequeño. Su problema era que Nick Frank iba a cumplir cuarenta y dos en pocos meses y él, su futuro asesino, no tenía ni idea de dónde estaba. A menos que ocurriera un milagro, iba a tener que... ¡Maldita sea! Si no le daba el pasaporte al hermano Frank número dos en el momento previsto, tendría que empezar a preocuparse por proteger su vida de las acciones del «Trovatore». Estaba seguro de que don Tonio no había dejado cabos sueltos cuando planeó el futuro de los tres hermanos Frank. Y de paso también el de Terranova. No quería ni pensar en las consecuencias que tendría un fracaso por su parte, al menos no si no se veía obligado por las circunstancias. Pero tenía que reconocer que las

circunstancias se presentaban bastante funestas.

Terranova se volvió irritable, empezó a tener ataques de ira causados por algo que obviamente no podía compartir con Ekaterina. Había dormido como un bebé toda su vida, pero empezó a despertarse de madrugada y se quedaba despierto en la cama, sin poder volver a dormir, pensando en su problema. Pero a principios de 1943 se produjo una novedad inesperada. Y con ella llegó la esperanza.

Una noche, mientras Terranova estaba ocupado en el restaurante y pensando en otras cosas, sonó el teléfono. Respondió él y oyó al otro lado la voz de Calo.

—*Zio* Peppe, ¡han venido a mi casa unos hombres del gobierno! —dijo casi gritando.

Eso era un grave violación del protocolo de emergencia (no preguntó por el *padrone*, nada sobre el jersey rosa de la sobrina, etc.), pero quedaba claro por el tono de la voz de Calo, y mucho más por lo que acababa de decir, que el pobre hombre estaba en *shock*. Y Terranova también se quedó igual al oírlo.

—¿Hombres del gobierno? ¿Federales? ¿Estás seguro? —preguntó.

—Sí, estoy seguro, *zio*. Me enseñaron las placas y eran del FBI de verdad. Eran dos, uno alto y uno bajo. Y escuche: me hablaron del anuncio de la revista de cine, ¡el de Nicholas Franco!

Aunque el segundo *shock* fue mayor que el primero, Terranova ya se había repuesto lo bastante para recordar las normas de seguridad: interrumpió la llamada inmediatamente y fue a la cabina con vistas para continuar la conversación desde allí.

—¿Qué te han preguntado los federales? —dijo en cuanto Calo contestó desde una cabina de Brooklyn que no tenía unas vistas como las de la suya.

—Bueno, es curioso, *zio*. ¡No me preguntaron nada!

Terranova soltó una maldición.

—¿Pero qué quieres decir, *pazzo*? ¿Los federales fueron a tu casa para darte los buenos días?

—No, *zio* Peppe, me *hablaron*. Pero no me *preguntaron* nada, ya me entiende. Empezaron diciendo que «asumían que estaban hablando con alguien que tenía conexión con el hombre que quería “escribir el libro” sobre Nicholas Franco». También me dijeron directamente, y mostrándose muy amables, que no tenían ningún interés en descubrir quién era esa persona, que solo querían que yo le pasara el siguiente mensaje: que estarían encantados de informarle sobre el paradero actual del desgraciado de Nick Frank.

Terranova explotó.

—¡Pero repite las palabras exactas que te dijeron, maldita sea!

—¡Eso es lo que estoy haciendo, *zio* Peppe, eso exactamente! Me dijeron, literalmente: «Señor Russo, pásele el mensaje al caballero para el que trabaja de que estaremos encantados de informarle del paradero de ese desgraciado de Nick Frank». Lo dijo el alto y el bajo asintió. Después me dieron sus tarjetas.

—No me lo puedo creer —dijo Terranova.

La cabina con vistas no tenía vistas esa noche, porque hacía frío y se había levantado un viento fuerte que venía del mar. Pero Terranova no se dio ni cuenta del tiempo. Estuvo caminando junto al mar durante casi una hora, pensando. En circunstancias normales, interpretaría la conversación de Calo con los federales y su deseo de que él le pasara el mensaje «al caballero para el que trabaja» como una trampa, pura y simplemente. Pero aquellas no eran circunstancias normales.

Para que lo entienda, *signore*, tengo que remontarme al momento de la ascensión al poder de Mussolini, en los años veinte. Ese hombre podía parecer un payaso, vestirse como un payaso y hablar como un payaso, pero tomó unas medidas contra las actividades de la mafia en Italia que no se había atrevido a tomar nadie antes (ni después, para qué negarlo). La mafia, que a lo largo de los años solo había salido reforzada de las persecuciones, quedó casi aniquilada por los fascistas. Y al otro lado del planeta, cuando el FBI se enteró de esas medidas, no pudieron más que estar muy contentos con el Duce. Pero cuando Estados Unidos entró en la guerra, Italia de repente se convirtió en un estado enemigo, y su líder, poco menos que en un demonio. Y por eso cuando a principios de 1942 un transporte de tropas fue incendiado en el puerto de Nueva York, los federales decidieron, en su gran sabiduría, que algo así tenían que haberlo hecho espías alemanes. Por eso fueron a buscar al rey de los muelles, el gran *capo* Lucky Luciano, e hicieron un trato con él (en realidad fue el propio Luciano el que puso la bomba que provocó el incendio, por cierto). Imagínese, *signore*: ¡el Ejército pagando a la mafia por su protección! De esa forma, y siguiendo el espíritu de la máxima de «el enemigo de mi enemigo es mi amigo», los gánsteres italianos de repente se convirtieron en los mejores amigos del Gobierno de Estados Unidos.

Terranova conocía ese nuevo estado de las cosas, y por eso se preguntó esa noche, mientras caminaba por la orilla del mar, con las olas rompiendo solo a unos metros de donde estaba, si era posible que fuera *genuina* la oferta de los federales de hacerle llegar la información sobre el paradero de Nick Frank a través de Russo al «caballero para el que trabaja». Pero había un detalle que había llamado mucho la atención de Terranova: que los federales se refirieran a Nick Frank como «desgraciado». Porque, bueno, Nick era un hijo de puta patético, pero pertenecía a una familia rica y poderosa, muy legal, con montones de dinero y muchos amigos en posiciones de poder. ¿Por qué les iba a parecer un «desgraciado» a los federales? Eso desconcertó a Terranova. Nick Frank no había hecho nada para cabrearlos, a menos... ¡A menos sí que lo hubiera hecho!

Terranova volvió a casa, cogió unas cuantas cosas y se fue. Condujo toda la noche y llegó a Nueva York al amanecer. Encontró una cabina y llamó a un abogado que conocía de los viejos tiempos, un *paesano*, y le dijo que tenía que verlo *il più presto possibile*. Quedaron para desayunar en el cercano Chock Full O’Nuts. Allí Terranova le contó la visita que le habían hecho los federales a Calo. Para él era muy arriesgado ir a ver a los federales directamente y preguntarles qué querían contarle sobre Nick

Frank. Pero sí era seguro que fuera un abogado en su nombre. Salieron a la calle y el abogado llamó al número que los agentes le habían dado a Calo. Los federales aparentemente tenían aún más prisa que Terranova, porque le pidieron al abogado que fuera inmediatamente.

—No me lo puedo creer —dijo Terranova por segunda vez en veinticuatro horas.

El abogado, después de tomar todas las precauciones que Terranova le había aconsejado para asegurarse de que no lo seguían, quedó con él esa tarde en un bar y le informó de todo.

El abogado dijo que en la reunión había tres personas: los agentes que habían ido a ver a Calo, el alto y el bajo, y un tipo de altura media con el uniforme del Ejército de Estados Unidos, un coronel. Fue una reunión amistosa, incluso lo invitaron a café y todo. Como era abogado, no pudo evitar empezar la reunión con las tonterías habituales del tipo: «El señor Russo es un ciudadano que respeta la ley y le ha sorprendido mucho que su intención de escribir un libro sobre una famosa estrella de cine se haya visto cuestionada», y más palabrería por el estilo.

Pero el federal bajo lo interrumpió.

—El señor Russo no podría escribir su nombre completo sin cometer dos faltas de ortografía. Pero nos importa un rábano cuáles sean sus intenciones.

El federal alto, obviamente con más experiencia, intervino.

—De hecho, eso no es exacto. Sí que nos importan sus intenciones, pero no las del señor Russo, sino las del caballero para el que trabaja. Porque déjeme añadir que tenemos razones para creer que ambas coinciden.

Entonces habló el coronel.

—Lo único que nos importa, señor, es que su cliente encuentre a Nick Frank lo antes posible. Y para que lo consiga, estamos dispuestos a decirle dónde está en este momento y a darle su dirección y número de teléfono, además del nombre que utiliza en la actualidad.

El abogado no supo qué decir y solo se le ocurrió preguntar bajo qué condiciones.

—No hay condiciones —respondió el coronel—. Pero su cliente tiene un problema que aún no sabe que tiene: un nombre y una dirección no le van a ser de ayuda.

—Aun así, seguro que le gustará saberlos —dijo el abogado.

—Seguro que sí —intervino el federal alto—. Pero por sí mismos, son datos inútiles. Lo que su cliente no sabe es que Nick Frank reside actualmente en Roma.

El abogado no pudo ocultar su sorpresa.

—Roma, ¿Italia?

—Exacto —contestó el federal bajo—. R-o-m-a, también conocida como «la Ciudad Eterna», la capital de un país que actualmente es nuestro enemigo. Y se da la circunstancia de que en este momento hay menos probabilidades de que una persona con las... digamos «afiliaciones» de su cliente pueda entrar y salir de Roma de una pieza que de que consiga que san Pedro le reciba con los brazos abiertos cuando

muera.

—Algo que no tardará en ocurrir si se atreve a intentar ir a Roma sin nuestra ayuda —añadió el coronel.

—Sí —intervino el bajo—. A él todos los caminos no le llevarían a Roma, sino al cementerio.

Entonces llegó la mayor sorpresa de todas.

—¿Le suena el nombre de Horatio Doodle III? —le preguntó el coronel al abogado.

Creo que es demasiado joven para que le suene, *signore*, pero si hubiera vivido aquellos tiempos, entendería que la pregunta que hizo el coronel era de esas que un hombre culto llamaría «retórica». *Por supuesto* que el abogado conocía el nombre de «Horatio Doodle III» y *por supuesto* que el coronel sabía que era así. De hecho en esos años no había ni un solo estadounidense que no lo hubiera oído, a menos que estuviera senil o tuviera algún retraso mental, como todos los británicos habían oído el de lord Haw Haw. Igual que lord Haw Haw, Horatio Doodle III era un sucio traidor. Diariamente vomitaba mentiras sobre los estadounidenses en *¡Escuchad, anglosajones!*, un programa de propaganda en inglés que se emitía en la radio fascista.

—¿Pero qué tiene que ver Horatio Doodle III con Nick Frank? —preguntó el abogado, totalmente perplejo.

El agente bajo rio y los otros suspiraron.

—Horatio Doodle III es Nick Frank —anunció el coronel.

El abogado dio un respingo al oír eso, igual que Terranova cuando él se lo repitió más tarde.

El coronel aportó más datos. El «desgraciado» de Nick Frank (de repente estaba claro por qué los federales lo habían calificado así) había llegado a la Italia fascista antes de que Estados Unidos se uniera a la guerra. Allí utilizó su pasado hollywoodiense y también su dinero, sin duda, para congraciarse con artistas cercanos a los líderes fascistas y llegó a declararse el mayor fan del Duce del otro lado del Atlántico. Desde el principio estuvo trabajando con la gente de la propaganda en calidad de «experto en Estados Unidos». Y después de lo de 1941 y Pearl Harbor, se convirtió en Horatio Doodle III y empezó en la radio, donde utilizaba una voz ronca, grave y profunda para ocultar su verdadera identidad (la verdad, *signore*, es que usted y yo sabemos, aunque los federales no, que era la voz que Nick Frank había ensayado con su preparador vocal para hacer de Jesucristo). Pero la alta sociedad de Roma sabía quién era, claro. De hecho les hacía gracia tener a «ese famoso artista americano» entre ellos. Y por eso «una fuente amiga de Roma», es decir, un espía o un agente, había comunicado a los hombres del coronel que el traidor Doodle era en realidad Nicholas Franco, o sea, el ciudadano estadounidense Nick Frank.

—Todo eso es verdaderamente fascinante. Casi increíble, de hecho —reconoció el abogado—. ¿Pero qué tiene que ver con mi cliente?

Fue el coronel quien contestó.

—Con su cliente tiene que ver porque ni entre mis hombres ni entre nuestros asociados locales hay en este momento nadie con la capacidad y la disposición necesarias para darle a ese traidor la lección que se merece. Estamos en tiempos de guerra y usted es un patriota estadounidense, señor, así que no voy a medir mis palabras. Si, como tenemos razones para creer, su cliente tiene intenciones hostiles hacia Nick Frank, encontrará en el Ejército estadounidense a su mejor aliado y su única posibilidad de llegar a salvo a Roma.

El abogado preguntó qué garantía tendría su cliente, asumiendo que aceptara la oferta de ayuda del Ejército, de que ellos estarían dispuestos a sacarlo de Italia después de solucionar (o fracasar en su intento, por qué no) «cualquier asunto que tenga pendiente con la persona en cuestión».

El federal bajo se puso desagradable y dijo algo en la línea de «cómo un matón tiene agallas para pedirle garantías al gobierno de los Estados Unidos». Pero el coronel lo interrumpió.

—La garantía que su cliente tendrá es que, durante la operación, lo consideraremos uno de los nuestros, un soldado en una misión especial para su país. Y por lo tanto haremos por él cualquier cosa que haríamos por uno de los nuestros que se embarcara en una importante misión, tanto para que la finalice con éxito como para traerlo de vuelta a casa a su término.

Horas después en el bar, Terranova no dijo nada cuando el abogado terminó de describir su reunión con los federales. Se quedó pensando. El abogado sacó dos fotos que le había dado el coronel. Las habían hecho en una fiesta en Roma. El tal Horatio Doodle III aparecía muy feliz y sonriente, rodeado de un grupo de *signorinas* italianas con vestidos elegantes y peces gordos fascistas con sus uniformes.

—Es Nick Frank, seguro —aseguró Terranova—. O Nicholas Franco en toda su gloria más bien. Incluso se ha teñido el pelo de negro. —Sacudió la cabeza con admiración—. Madre mía, *paesano*, ha sido listo el cabrón, *muy* listo. Piénsalo: ha escogido el lugar más seguro del planeta para un hombre que se esconde de la mafia.

El abogado citó ese proverbio que dice que «la adversidad agudiza el ingenio» y comentó que la gente demuestra talentos insospechados cuando se enfrenta a una crisis decisiva. Después le preguntó a Terranova qué iba a hacer con la oferta del coronel.

—La voy a aceptar —contestó—. Con dos condiciones: que no trataré con los federales, solo con el Ejército, y que no voy a revelarles mi verdadera identidad. Estaré listo para el viaje dentro de tres semanas.

El abogado, como abogado que era, le aconsejó que se lo pensara un poco más. Pero Terranova, como Terranova que era, insistió en aceptar la oferta inmediatamente. Así que el abogado volvió al día siguiente a ver a los federales y cerró el trato.

Terranova sabía que ese no era un trabajo que le pudiera asignar a otra persona.

Con Al Frank había sido diferente, porque incluso si Rudy Cherny, en su papel de Joseph Koltai, no hubiera conseguido que se fumara el puro envenenado, a Terranova todavía le quedaba margen hasta el final del año para intentar llegar hasta él. Pero si esa operación fallaba, no tendría una segunda oportunidad para cargarse a Nick Frank, al menos no hasta que terminara la guerra, y eso ya sería demasiado tarde, su plazo habría expirado.

No. Tenía que ir a Roma él mismo.

Había pedido el margen de tres semanas para cambiar un poco su apariencia. Primero volvió a Newport un día y le dijo a Ekaterina que iba a estar fuera un tiempo porque sus socios del negocio de importación querían que él fuera a cerrar otro acuerdo a Sudamérica. Y le pidió, como hacía siempre que se iba, que no se preocupara. Pero, cuando ella le aseguró que iba a añadir unos avemarías extras a sus oraciones de todas las noches, por primera vez en su vida no le dijo que no era necesario; en esa operación cualquier ayuda le vendría bien, incluso la divina.

Terranova pasó tres semanas en el apartamento de Calo en Brooklyn. En ese tiempo se dejó crecer la barba y se la tiñó de rubio, igual que el pelo. También encargó un par de gafas con unos cristales gruesos que parecían graduados y perdió casi seis kilos básicamente matándose de hambre.

El día acordado, con una apariencia lo más distinta posible de la habitual y solo con una pequeña maleta y un paraguas, Terranova se reunió con su abogado, que lo llevó a un aeropuerto militar que estaba a una hora de Nueva York, donde lo dejó a cargo de un joven capitán del Ejército. Terranova se presentó como Bill White. Los dos hombres se subieron a un avión de la fuerza aérea estadounidense que estaba lleno de soldados. Durante el vuelo sobre el Atlántico el capitán le dio las instrucciones.

Lo más importante para Terranova eran los detalles sobre cómo se desenvolvía en Roma Doodle, como lo llamaba el capitán: sus costumbres, sus horarios, su coche (un Bugatti T57 rojo que ese cabrón había hecho que le compraran los fascistas). Doodle vivía solo, lo que le venía bien, y seguía más o menos una rutina estándar durante el día, lo que era aún mejor. Tenía un bonito apartamento en un edificio elegante en la zona del Trastevere, al oeste del Tíber. Cada mañana, alrededor «de las nueve horas», como dijo el capitán, iba en coche a la EIAR, la radio estatal, de donde salía a las «catorce treinta» para echar una siesta antes de acudir por la noche a algún restaurante, recepción, fiesta o algo parecido.

El capitán le dio a Terranova unos papeles falsos, que incluían un carné del partido fascista (¡a que es curioso...!). Terranova pegó las fotos que había traído en los lugares adecuados y el capitán autentificó los documentos con sellos de caucho falsos. A la mañana siguiente aterrizaron en un aeropuerto militar al oeste de Inglaterra, pasaron unas horas en la cafetería, tomaron una cerveza muy amarga con dos pilotos de la RAF que querían saber cosas sobre las chicas americanas y después cogieron un avión más pequeño que los llevó a Malta. Allí el capitán le presentó al

«señor White» a un joven teniente de la Marina británica que se iba a hacer cargo de todo a partir de entonces.

—*Addio* —le dijo el capitán a Terranova en italiano, intentando ser simpático.

Pero Terranova sacudió la cabeza.

—No me gusta *addio*. *Ciao* está mejor.

El teniente británico lo llevó al puerto en un *jeep*.

—¿Ha estado alguna vez en un submarino, señor White? —le preguntó por el camino.

—No —confesó Terranova.

—Pues hay que probarlo todo al menos una vez, ¿no, señor? —comentó el teniente.

—Bueno, en este caso espero que sean por lo menos *dos* —repuso Terranova—. Tengo intención de volver.

El teniente se echó a reír y dijo que a él *dos* le parecía perfecto. De camino recogieron a tres hombres más que iban vestidos de civiles y que también iban a hacer el mismo viaje por razones que no especificaron.

El submarino (un lugar estrechísimo, aquello era como viajar en un armario de calderas o algo parecido) salió esa misma noche. Les llevó más de dos días llegar a su destino y la mayor parte del viaje estuvieron bajo el agua, unas cuantas horas navegando muy cerca de Sicilia, les dijeron; eso era lo más cerca que había estado Terranova de su patria en toda su vida adulta. Durante el viaje jugó a las cartas con los tres civiles, dos de los cuales eran italianos. Uno a Terranova le pareció comunista, probablemente pertenecería a la *Unità del Popolo*. El mundo estaba patas arriba, pensó: un mafioso compartiendo espacio con un rojo con la bendición del gobierno estadounidense y ambos transportados, gratis, por la Marina Real británica...

Unas horas antes de que llegaran a su destino, el teniente les mostró un mapa con la ubicación donde los iba a desembarcar el bote del submarino, una playa cerca de la ciudad de Fregene, a unos veinticinco kilómetros al oeste de Roma, y les indicó la forma más segura de llegar a la carretera principal.

El submarino emergió dos horas antes del amanecer. Antes de subir al bote, el teniente le recordó al «señor White» (aunque no a los otros, que obviamente iban a permanecer allí más tiempo) que tendría dos oportunidades para volver al submarino: una veinticuatro y otra cuarenta y ocho horas después en el mismo lugar. Era una noche sin luna, tan oscura que, cuando llegaron, desde la costa ni se veía la masa oscura de la torreta del submarino. Terranova se escondió con los otros tres en un bosquecillo de pinos que habían visto en el mapa hasta el amanecer. Cuando salió el sol, se despidió de ellos y continuó solo. No le gustaba estar con gente que no conocía durante una operación, sobre todo porque había visto que al menos dos llevaban armas, lo que significaba que un encuentro con los *carabinieri* sería fatal. La única arma que llevaba él era su paraguas. Tenía buen sentido de la orientación y el

sol del amanecer lo guiaba. Se había aprendido varias rutas de memoria; durante las tres semanas que estuvo dejándose crecer la barba había pasado muchas horas estudiando mapas de la zona.

Era un día fresco y nuboso. Terranova caminó unas cinco horas hasta llegar a su destino. Caminaba rápido cuando no lo veía nadie y más despacio, como paseando, cuando había gente por allí, para no despertar sospechas. Se compró un periódico y cigarrillos por el camino y bebió agua. Todo el trayecto, mientras caminaba, iba ensayando mentalmente el plan que había urdido para la operación, preparándose por si Doodle no llegaba al lugar solo, sino con una novia. Tendría que matarla también a ella, obviamente, así que consideró varias posibilidades de cómo hacerlo.

Llegó al Trastevere más o menos a mediodía. Había empezado a lloviznar y había poca gente recorriendo las calles apresuradamente debajo de sus paraguas. Andaban con cuidado por las aceras mojadas y por tanto no les prestaban atención a los demás. Eso a él le venía de perlas. Terranova se subió las solapas del abrigo y se caló el sombrero de fieltro todo lo que pudo sobre la frente hasta que el ala casi le tapó los ojos. Cruzó la Via Dandolo desde un pequeño parque, encontró el número de la calle que buscaba y confirmó que la puerta del portal del edificio no estaba cerrada, como le había dicho el capitán. Después se sentó en un banco del parque, frente al edificio, bajo un enorme roble que lo protegía de la lluvia, fingiendo que leía el periódico.

Más o menos a las 2.50 de la tarde vio llegar el Bugatti rojo. De él salió Nick Frank, con todo el aire de superioridad que tenía cuando era Nicholas Franco y con una dosis que había añadido desde que era Horatio Doodle III. Estaba solo. Bien. Entró en el edificio sin mirar alrededor; estaba claro que se sentía totalmente seguro. Fantástico. Terranova esperó unos cinco minutos y después cruzó la calle. Entró en el edificio y cogió el ascensor hasta el cuarto piso. La que buscaba era la puerta de la izquierda. Tocó el timbre y medio minuto después oyó la voz de su hombre.

—*Chi è?*

Terranova podía hacer que su voz sonara muy servil si se lo proponía.

—*Eccellenza, un messaggio per voi dal ministero* —dijo.

Nick Frank, en su papel de Horatio Doodle III, abrió la puerta con una bata de seda y vio a un hombre rubio y alto de mediana edad, con una barba corta y también rubia, que le sonreía estúpidamente con un sobre en la mano. Él también sonrió y estuvo a punto de decir algo, pero no tuvo tiempo porque en ese momento recibió una buena patada en los testículos, que le hizo doblarse con un gruñido. Terranova entró de una zancada, agarró a Nick Frank desde detrás rodeándole con el brazo izquierdo y tapándole la boca con la mano derecha y cerró la puerta con el pie izquierdo.

Después, con las dos manos le rompió el cuello por la base del cráneo. Un giro, un fuerte crujido y estaba hecho.

Miró por el apartamento y vio que no había nadie más allí.

Bien. Encontró el baño principal y se llevó allí el cadáver. Le quitó al fiambre la bata, la camisa, los pantalones, la ropa interior y los calcetines y lo colgó todo con

mucho cuidado detrás de la puerta del baño. Después metió el cuerpo en la bañera, boca arriba, abrió los dos grifos, la llenó lo bastante para cubrir el cuerpo, dejó caer una pastilla de jabón en el agua y cerró los grifos. Cuando encontraran el cuerpo, la explicación obvia, al menos antes de hacer una autopsia, sería que se había resbalado en la bañera, se había caído y se había roto el cuello (no sería el primero que muere de esa forma tan tonta).

Después Terranova fue a la cocina, abrió la nevera y encontró un excelente parmesano y un buen trozo de *prosciutto*. Se comió una buena porción de ambos con unos *grissini* y se guardó unos pocos más en el bolsillo.

Antes de irse, volvió al baño y le hizo un par de fotos al cadáver con una cámara pequeña que llevaba en el bolsillo. Se colocó de forma que en alguna se le veía haciendo las fotos en el reflejo del espejo que había sobre la bañera. Colocó el periódico que había comprado al lado del cadáver de forma que se viera la primera página e hizo otra foto (una forma de registrar la fecha del suceso). Después salió del apartamento, bajó las escaleras y abandonó el edificio. Nadie lo vio. Excelente.

Unas horas después, poco antes del atardecer, Terranova estaba de vuelta en el mismo bosquecillo de pinos junto a la playa de Fregene, donde había esperado con los otros a que amaneciera. Estaba muy cansado, pero no podía arriesgarse a echarse una siesta. Encontró el bote del submarino a la hora acordada, menos de veinticuatro horas después de haberse bajado de él.

—Está claro que no es una persona que pierda el tiempo, señor White —le dijo el teniente con una sonrisa cuando vio a Terranova subir por la escalerilla de la torreta y entrar en el submarino.

—Supongo que no —contestó Terranova, y le guiñó el ojo.

La segunda parte de la *maledizione* de Lupo se había cumplido. El hermano Frank número dos estaba muerto. Edad: cuarenta y dos.



OH, *PORCA MISERIA*, oh, *Dio mio*, mi querido *signore*, ¿pero sabe qué hora es? ¡Es más de medianoche! Un viejo como yo no necesita dormir mucho, pero me canso con facilidad. Así que será mejor que lo dejemos por hoy.

¿Pero qué estoy diciendo? He oído que usted se va mañana, ¿es cierto?... Ah, qué lástima. Ya ha acabado su trabajo aquí, ¿no?... Oh, por cierto, ¿qué es usted exactamente, *signore*? ¿Un *pittore*, un pintor?... ¿No? Pero estaba trabajando en la vieja *cappella*, con los frescos, ¿no es así?... Ah, estaba haciendo «trabajos de restauración», ya veo. Bueno, eso suena muy bien. ¡Ojalá pudiera restaurarme a mí también para devolverme la juventud! Oh, por cierto, como se va ya, deje que le haga una pregunta. Ha venido hasta aquí en coche, creo. Ese Lancia verde pequeño que está en el patio exterior es suyo, *si*?... No me importa si es alquilado, *signore*, no quiero comprarle el coche, solo le pregunto si se va a ir en él... Bien. ¿Y adónde va, si no le importa que le pregunte?... Ah, Ginebra, una ciudad muy bonita... No, no, no he estado nunca, pero tiene bancos, según me han dicho, así que podré hacer allí lo que necesito. Es una cosa de mi pensión. Si tiene sitio en su coche para mí, para este *povero anziano*... ¿Sí lo tiene? ¿Y me llevaría con usted?... Oh, es muy amable por su parte, *signore*... ¿Y usted va a coger un avión mañana, de vuelta a *la bella America*?... Ah, le quedan otros *dos* días antes de su vuelo, esto está bien. Perfecto, en realidad, porque así tendré oportunidad de invitarlo a cenar mañana en un buen restaurante para que podamos olvidarnos de la horrible *zuppa di cipolle* que nos han dado esta noche. Si no tiene otros planes, por supuesto... ¿Ah, no?... ¿Y acepta mi invitación?... *Grazie, grazie*, no tiene importancia, será un placer. Y bueno, además tenemos que terminar nuestra historia, ¿no? Hemos hecho un trato, ¿se acuerda? Le hice una oferta...

Y usted aceptó. Un hombre que se embarca en un negocio tiene que terminarlo. Eso también se aplica a Peppe Terranova. Todavía le queda un hermano Frank por matar... ¿Qué dice, *signore*?... Ah, sí, tiene razón. ¡Cómo se me ha podido olvidar! Sí, también tengo que responder a su pregunta sobre si una mala persona puede llegar a volverse buena.

SEGUNDA NOCHE
5 de enero de 1974
En un hotel de Ginebra

BIEN, *SIGNORE*, estoy listo para continuar. Pero primero hágame un favor. Cierre las cortinas de esa ventana... Sí, esas... ¿Que por qué quiero que las cierre? ¿Cómo que por qué? ¡Porque esa vista me ofende!... Sí, lo sé, «no es más que un aparcamiento», pero tal vez es eso lo malo justamente: no me gustan los aparcamientos. Disculpe las excentricidades de un *anziano*, ¿quiere?... *Grazie, signore*. Sí, sí, ciérrelas del todo, por favor... Gracias.

Ahora siéntese y cuénteme: ¿le ha gustado la cena?... No, no, ni lo mencione. Ha sido un placer... Sí, a mí también me ha gustado, mucho mejor que lo que dan de comer en la *casa per anziani*. El filete con nata y los *porcini* estaban buenos, pero el vino... ¿Eh?... Bueno, tal vez no estaba tan mal, como dice. Digamos que estaba pasable... para ser francés. Personalmente habría preferido un buen Valpolicella.

Pero bueno, ¿está usted bien? ¿Cómodo?... ¿La cinta está girando?... ¿Está seguro? *Va bene*. Pues sigamos adelante.



BIEN, ¿DÓNDE ESTÁBAMOS? Ah, sí. Terranova había matado al hermano Frank número dos en Roma. Pero retrocedamos un poco en el tiempo un momento para ver qué estaba pasando con el hermano número tres.

Con su hermano Al muerto y enterrado y su hermano Nick en paradero desconocido, Leo Frank era el único miembro varón de la familia que quedaba trabajando en Frank & Worthington. La viuda del hermano número uno, Thelma, había abandonado el «exilio de Long Island», como ella lo llamaba, y había vuelto a la mansión de Manhattan. Leo mantenía su habitación en el segundo piso de esa casa supuestamente para que el hijo de Al, Al Junior, a quien Thelma llamaba Alexander (un muchacho muy consentido, por cierto), tuviera en casa una presencia masculina personificada en un hombre de la familia. Esa era la explicación oficial, al menos.

Durante el día Thelma y Leo estaban en el trabajo, en Frank & Worthington, en oficinas separadas y ocupados con tareas diferentes. Allí, siempre que estaban juntos en público, Thelma era la respetable viuda, y Leo, el buen cuñado que permanecía junto a la mujer de su hermano fallecido y al hijo pequeño a quien el destino había privado cruelmente de su padre. Muy conmovedor, sin duda. Pero también totalmente falso. Era todo de cara a la galería. La verdad se veía por las noches, después de que el servicio de la mansión se retirara a sus habitaciones. Entonces Thelma daba cinco golpes en el suelo de su dormitorio, que estaba en el tercer piso justo encima del de Leo, y él subía las escaleras de puntillas y aparecía allí como recién salido de una caja de sorpresas, una caja que encerraba sorpresas muy poco inocentes. Y lo que venía después no tenía nada que ver con la relación habitual entre una doliente viuda y su fiel cuñado.

No estoy seguro de cuál era la naturaleza de la atracción que sentía Thelma hacia Leo, aparte del hecho de que, al parecer, era un campeón en la cama. Pero lo que sí puedo decirle es que la atracción de Leo hacia Thelma no tenía nada que ver con la de Romeo y su Julieta. Ya he dicho antes que era una mujer muy atractiva, eso era obvio; su primer marido, Willie, no se había casado con ella por sus llamativas virtudes morales. Pero lo que a Leo le resultaba aún más atractivo de ella era que Thelma era la mayor accionista de Frank & Worthington y, al menos hasta que el malcriado de Alexander fuera mayor de edad, también la presidenta de todo el entramado de empresas. Esa era una carga muy pesada para una mujer sola, pensaba Leo, y como siempre había sido un caballero, se le ocurrió la idea genial de que ella

podía descargar al menos una buena parte de ella en ciertos hombros: los suyos.

Su primera decepción llegó poco después de la muerte de Al, cuando descubrió que las habilidades de Thelma iban mucho más allá de «conocer todas las posturas del Kamasutra», como le había dicho una vez. No solo no era tonta para los negocios, algo que él había asumido simplemente porque era una mujer y, además, guapa. Muy al contrario, la *puttana* tenía un don para eso. Solo cuatro meses después de la muerte de Al cerró un nuevo acuerdo con una empresa canadiense para abrir tiendas en Toronto y Montreal y apalabró contratos para que después vinieran más. Frank & Worthington empezó a ir tan bien en general que, un año después de que se hiciera cargo de la dirección de la empresa, ya se escribían artículos en los periódicos sobre «el fenómeno Thelma Frank». Y por si eso fuera poco, durante todo ese tiempo no le había pedido consejo a Leo ni una vez. Siempre que él intentaba hablar de negocios en la cama (porque ese era el único lugar donde podía tener una conversación privada con ella), Thelma decía: «No estoy de humor para eso ahora, osito de peluche», y, si todavía tenía ganas de guerra, intentaba cogerle el pene, y si no, le daba un beso de buenas noches en la mejilla, que era su forma de decirle que se largara (nunca le dejaba pasar la noche con ella en su cama). Cuando necesitaba consejo (porque hasta la gente inteligente necesita consejo alguna vez), se lo pedía a los que habían estado cerca de Al y que ella había mantenido en la empresa: el tipo que sabía del mercado, el experto en números y alguno más. E incluso en las raras ocasiones en las que ellos no podían ayudarla con algún asunto, nunca recurría a Leo; buscaba consejo en otra parte. Todo eso tenía una explicación: cuando Thelma se hizo cargo de la presidencia de la empresa, el abogado de Al pensó que era aconsejable informarla del recorrido que había tenido el hermano pequeño en los colegios, en la universidad y en esa empresa de brókeres, temas sobre los que ella no sabía nada porque su marido había mantenido en secreto todas esas hazañas. Al oír todo eso, Thelma decidió, muy sabiamente, que no quería que un tramposo tuviera nada que ver con el funcionamiento de la empresa. Y eso se tradujo en que, aparte de lo que ya tenía con ella, es decir, casa y pensión completa con servicio integral, Thelma solamente le dio, para guardar las apariencias, un cargo que sonaba importante y que implicaba un salario excelente pero nada de poder: lo nombró director de relaciones públicas.

A Leo no le gustaba ni un pelo la situación, pero no quería renunciar a su sueño de hincarle el diente a un trozo mucho más grande de la fortuna de su hermano. Lo que Al no había hecho por voluntad propia al dejarle solo ese medio millón Leo pensaba conseguirlo por otros medios. Pero dos años después de la muerte de Al se dio cuenta de que, por muchos trucos que usara, Thelma no le iba a dejar participar en la dirección del negocio. Entonces decidió hacerle a su hermano muerto el mismo *grande colpo* que Al le hizo a su examigo fallecido Willie Worthington: casarse con su viuda. Leo pensó que mientras siguiera follándose a Thelma tan bien, mientras los dos se lo pasaran bien juntos cada noche zampando caviar *ruski*, bebiendo vino

gabacho (ambos importados por ellos) y follando con tanto entusiasmo, ¿por qué no iba a acceder ella a casarse con él, ahora que había pasado un tiempo razonable? Pero cuando él le propuso matrimonio después de un revolcón particularmente bueno, ella se puso como una fiera.

—¿Pero, joder, es que te has vuelto loco, osito? —preguntó.

El *orsacchiotto* dijo que no, que no había perdido la cabeza, que lo decía totalmente en serio.

—Cariño, te quiero mucho, y estaría muy bien que el pequeño Alexander tuviera como nuevo papá a un hombre que conoce tan bien... —Thelma dejó la frase sin terminar—. Pero aparte de ser la locura y la estupidez más grande que he oído —continuó—, también resulta que es ilegal y que va contra las leyes de la Iglesia.

Debo mencionar en este momento que Thelma, cuya familia era bautista o cuáquera o de esos imbéciles del decimotercer día o alguna de esas estúpidas cosas yanquis, se había convertido al catolicismo para poder casarse con Al en la catedral de san Patricio.

—No es ninguna de las dos cosas, querida —corrigió Leo con una gran sonrisa—. No es ilegal, al menos no en algunos estados, y la Iglesia lo *permitirá*, aunque tal vez haga falta una dispensa papal especial. Pero no te preocupes. Conozco a alguien que tiene una conexión en el Vaticano y me ha dicho que eso se puede arreglar fácilmente.

Thelma dio un respingo.

—No me puedo creer que le hayas llegado a preguntar a alguien algo *así*.

—¿Y por qué no? —contestó él—. Te quiero mucho, y es una idea tan buena...

Ella lo interrumpió de nuevo y esa noche no se volvió a hablar del tema.

Pero Thelma estaba claramente enfadada con él por haberlo propuesto, así que no le dio el tradicional beso en la mejilla cuando lo echó de su cuarto, después de follar otra vez. Y a la noche siguiente, por primera vez desde la muerte de Al, Thelma no dio los cinco golpes en el suelo, así que Leo no subió a su habitación. Y eso no le gustó nada. A la noche siguiente ella sí dio los golpes y él subió, pero a partir de ahí las invitaciones al *orsacchiotto* para que subiera y se tirara a su jefa se fueron volviendo cada vez menos frecuentes; a veces era solo dos veces a la semana, o solo una incluso. Cuando pasó una semana entera sin que Thelma diera los golpes en el suelo, Leo empezó a ponerse nervioso.

Se había equivocado totalmente al proponerle matrimonio y ahora parecía que su relación nocturna (que era en todos los aspectos mucho más importante que la diurna) se estaba estropeando. Y lo que era peor, no había conseguido nada a pesar de los años que llevaba siendo el amante de Thelma. No tenía ningún peso en Frank & Worthington y, después de la proposición, ya no tenía posibilidades de conseguirlo. En cuanto a ella, todavía era joven, atractiva y una de las mujeres más ricas y poderosas de Estados Unidos. Antes o después llegaría algún pez gordo, una estrella de cine, un senador o, peor, otro importante empresario y se casaría con ella,

destruyendo las pocas esperanzas que le quedaban a Leo de convertirse en millonario. ¿Y qué pasaría con él entonces? Había muchas posibilidades de que el nuevo marido de Thelma le diera una patada en el culo y no solo lo echara de la casa, que eso no tenía gran importancia, sino también de la empresa.



ESTAMOS A FINALES DE 1942, *signore*, y Estados Unidos lleva un año en guerra. Al principio el tío Sam había utilizado para la contienda a aquellos desgraciados que ya servían en el Ejército cuando atacaron los japoneses, además de los tontos habituales, es decir, los «voluntarios» y algunos más. Pero un tiempo después los generales, junto con el *capo di tutti capi* del Ejército, el presidente Roosevelt, decidieron que necesitaban más soldados, muchos más. Así que empezaron esa lotería nacional en la que lo que se jugaba eran vidas de hombres jóvenes. Metieron en un bombo las fechas de nacimiento de todos los que tenían la edad correcta (o más bien la *incorrecta*) e iban sacando los que necesitaban para cubrir las necesidades de cada momento. Si sacaban del bombo la fecha de tu cumpleaños, recibías como regalo un viaje al Pacífico, al norte de África o a cualquier otro lugar donde te podían disparar. Si no la sacaban, podías quedarte en casa.

En cuanto se enteró de esa genial idea que había tenido el Gobierno para el reclutamiento masivo, a Leo le entró un miedo terrible. Y como no quería dejar su futuro en manos de la esperanza y solo cruzar los dedos y esperar que la suerte evitara que saliera su cumpleaños, empezó a buscar formas de asegurarse de que su nombre no entrara en esa maldita lotería. Intentó acreditar mala salud, pero no encontró ningún médico serio al que pudiera convencer de que no estaba sanísimo; consideró declararse «objeto de conciencia», pero cambió de idea cuando descubrió que eso significaba que tendría que dejar Nueva York e irse al quinto infierno a limpiar letrinas, o algo igualmente desagradable, durante el tiempo que durara la guerra. Pero entonces, una noche mientras tomaba unas copas en casa de un amigo, un tipo rico de la edad de Leo mencionó que había conseguido la exención del reclutamiento porque era el presidente de la empresa de su padre y su trabajo se consideraba «una contribución significativa a la guerra». Y entonces Leo vio un rayo de esperanza. Obviamente el negocio más conocido de Frank & Worthington eran los grandes almacenes, y venderle medias de seda a las señoras ricas y jóvenes y tazas de porcelana a las ricas y viejas suponía, en el mejor de los casos, solo una contribución muy marginal a la guerra. Pero el imperio que había creado Al Frank reunía a más de cincuenta empresas. Leo ni siquiera se había molestado en averiguar qué hacían la mayoría de ellas hasta entonces. Pero al día siguiente, en la oficina, pidió la lista completa y la revisó para enterarse de lo que hacían todas. Había una que parecía perfecta: se llamaba Northern Copper y en ese momento se dedicaba a vender

enormes cantidades de brillante y rojizo metal a fabricantes de armas.

Así que Leo esperó a la siguiente vez que Thelma dio los cinco golpes en el suelo (era poco frecuente, pero todavía se daba la situación alguna vez) y entonces subió a su habitación y, antes siquiera de empezar a desnudarse, le pidió que lo hiciera presidente de Northern Copper y le explicó por qué.

—Osito —dijo ella poniendo una cara rara—, te he dicho que no me gusta discutir asuntos de negocios fuera de la oficina.

—Pero tampoco quieres hablar de negocios *dentro* de la oficina —repuso él—. Al menos no conmigo. Y además, esto no son negocios, es una forma de salvarme la vida. ¿Quieres que me recluten? ¿Quieres que me arranque la polla una bala alemana o que acabe siendo la comida de un tiburón en el Pacífico?

Thelma soltó una risita y dijo que no quería eso, que la polla de Leo todavía le servía, aunque después puso alguna excusa, que estaba demasiado cachonda o que había tomado mucho champán o algo así, lo arrastró con ella a la cama y le pidió que dejara de mostrarse difícil. Pero Leo se negó.

—No. No hasta que me prometas que me harás presidente de Northern Copper. Me lo debes, después de todo.

Thelma soltó de nuevo una risita, pero esta vez no sonó nada agradable.

—¿Que te lo debo? ¿Qué es lo que te debo, osito? ¿Y por qué te lo debo, por un par de buenos polvos?

Por cierto, *signore*, Thelma había estado en Inglaterra un par de veces por negocios y desde entonces utilizaba «echar un polvo», como solían decir allí, en vez de «follar». A ella le parecía que eso le daba cierta clase.

—No —repuso Leo—. Me lo debes por ser *totalmente discreto* sobre ese par de buenos polvos. O más bien un par de miles de buenos polvos que empezaron, por si ya se te ha olvidado, cuando tu difunto marido todavía estaba vivo.

Thelma lo miró inescrutable durante un momento, después cerró los ojos y los músculos de su cara se tensaron, como si estuviera a punto de gritar. Pero de repente los relajó, abrió los ojos y sonrió de nuevo, poniendo su mejor sonrisa, la más bonita que le había visto Leo desde que la conocía y la que llegaría a verle, porque nunca volvió a dedicarle otra igual.

Al día siguiente lo nombró presidente de Northern Copper.

Leo asumió sus nuevas obligaciones en enero de 1943. Le llevó un tiempo comprender cómo funcionaba el negocio. Pero entonces se dio cuenta de que había conseguido dos cosas: aparte de lograr librarse del reclutamiento (el presidente de Northern Copper estaba innegablemente «haciendo una contribución significativa a la guerra»), de repente estaba en el lugar perfecto para ganar mucho dinero. Y no me refiero a ganarlo de la forma oficial, es decir, con un salario más alto, que obviamente también tenía, sino a otras formas que no estaban a su alcance cuando trabajaba en las oficinas centrales de Frank & Worthington.

Es que, *signore*, ese hijo de puta de Al Frank había puesto más controles en su

tienda de los que un *capo* les pone a sus *caporegime* para asegurarse de que nadie lo engañaba. Hasta el último céntimo que cambiaba de manos, no solo el dinero que salía o entraba en la empresa, sino también el que se movían por dentro, entre un departamento y otro, tenía que registrarse varias veces mediante facturas, recibos y vaya usted a saber qué más, y había contables, auditores y otros inútiles parecidos mirando por encima del hombro de todo el mundo constantemente.

Informes mensuales, semanales, diarios. Y en Frank & Worthington no solo se controlaba el dinero, sino también el tiempo, hasta el último minuto; seguramente los trabajadores tendrían que registrar hasta el tiempo que les llevaba echar una meada para que su jefe pudiera estar seguro de que no malgastaban el tiempo de la empresa. Y todo eso, aparte de ser un absoluto incordio, significaba que alguien que trabajara allí no podía ni acercarse demasiado a un poco de efectivo suelto que hubiera por allí sin que detectaran el movimiento los radares de los contables con todos sus recibos, informes por triplicado y demás. Naturalmente esa situación no le convenía a Leo.

El único extra que podía permitirse como director de relaciones públicas era cargar de vez en cuando a su cuenta de gastos una comida con un amigo o tal vez colar una corbata de seda o un reloj nuevo que se había comprado para él como regalo para un cliente importante. Pero Northern Copper era algo totalmente diferente, y no porque su despacho estuviera a diez manzanas al sur de las oficinas centrales; por desgracia, el radar de los contables tenía un gran alcance. La principal diferencia era la naturaleza del negocio.

No sé si usted, *signore*, aparte de hacer «restauración» de pinturas antiguas, ha trabajado alguna vez en una empresa de verdad, donde el objetivo es ganar más dinero... ¿No? Es una lástima. ¿Y ha estado alguna vez en *la bella Sicilia* para restaurar alguno de los cuadros que hay allí, tal vez?... ¿Tampoco? Peor todavía. Bueno, si hubiera estado, tal vez habría oído a algún lugareño utilizar una palabra que suena un poco curiosa: *pizzo*. Significa el pico de un pájaro. La gente de allí la utiliza constantemente, y no por amor a los pájaros, sino porque saben que para que un negocio funcione, para que algo pase, siempre hay que «mojarle el pico» a alguien. Pero no crea que eso solo lo hacen los gánsteres, los mafiosos, ni que es una costumbre únicamente de Sicilia tampoco. ¡Oh, no! Funciona así también en los negocios legítimos de todo el mundo, aunque la gente legal no va por ahí diciendo «págame mi *pizzo* o un día, cuando te despiertes, te encontrarás las pelotas en la boca», sino algo más refinado como «págame mi *pizzo* o te quedas sin contrato». Y tampoco lo llaman *pizzo*. Para ellos es «mi parte», o «mi comisión», o «mi porcentaje», o lo que sea. Pero eso, se llame como se llame, es el aceite con el que hay que engrasar el mecanismo para que funcione la máquina de hacer negocios; hay que lubricar esta rueda o tal vez aquella para que vaya mejor, más rápido y dé más dinero. Y las «ruedas» en este caso son personas que tienen afición por un poco de dinero extra.

En cierto tipo de negocios, como pasa también en la mafia, hay tanto «aceite» de este tipo por allí que hacerlo fluir puede producir más beneficios que el trabajo en sí. Y cuando Leo, después de unos cuantos meses en ese trabajo, se dio cuenta de que Northern Copper era exactamente ese tipo de negocio, llegó a la conclusión de que la suerte le había echado una mano, y menuda mano. El terreno a nivel internacional estaba a punto: primero habían llegado los asiáticos, esos asquerosos japoneses que habían puesto a funcionar el tren de los chollos al bombardear la flota estadounidense en Pearl Harbor, y después entraron en el asunto los más desagradables de todos, esos alemanes con el *pazzo* de Hitler a la cabeza, que le declaró la guerra a Roosevelt, como si ya no tuviera suficientes problemas con Churchill y el tío Joe Stalin. El resultado fue que las fábricas de armas americanas necesitaban tanto cobre para hacer cartuchos para las balas, carcasas para los misiles y demás, que los productores del país no daban abasto, no podían extraer el material con la rapidez suficiente para cubrir las necesidades. Así que las fábricas estaban comprando en Sudamérica: Brasil, Perú, Argentina... todos esos países. Aparentemente todo el continente descansaba sobre un colchón de cobre. Para hacer esos negocios utilizaban como intermediarias a un puñado de empresas, y una de ellas era Northern Copper. Y por último, aunque en absoluto menos importante, en este coro de gente desagradable dirigido por la suerte para que hiciera una música que le iba a llenar los bolsillos a Leo estaban los sudacas, es decir, los productores de cobre sudamericanos, que naturalmente se tiraban a la yugular de sus competidores para conseguir el mayor trozo del pastel del mercado estadounidense. ¿Y cuál era la mejor forma de librar esta batalla para un productor de cobre de allí? ¿Qué si no? Utilizar el método del *pizzo*, es decir, pagarles por detrás a los representantes de los compradores estadounidenses para que les compraran el cobre a ellos y no a otros. Si la cantidad que cambiaba de manos era lo bastante alta, incluso llegaba a hacerse la venta a un precio mayor: cuando más alto el precio, más jugosa la comisión.

¡Ah, qué bendición! Leo Frank estaba por fin en un cargo en el que podía ganar mucho dinero (siempre que la suerte siguiera estando de su parte y la guerra durara un par de años más): bolsas llenas de dólares o, incluso mejor, de oro, que cambiaban de manos en una ciudad sudamericana, algo totalmente indetectable para los contables de Frank & Worthington.

Solo quedaba un problema para poder poner en práctica su plan: encontrar una persona que hiciera las transacciones. Porque obviamente Leo no podía hacer eso sin ayuda. Por supuesto que no. ¿Se lo puede imaginar? El señor Leonard Frank, presidente de Northern Copper, del imperio Frank & Worthington, y hermano del gran Al Frank, ya fallecido, yendo a ver a un vendedor de cobre sudamericano corrupto para pedirle que le «moje el pico», como un gánster de segunda que le pide su tajada de los beneficios al dueño de una tienda de Brooklyn. No. Demasiado indigno, y, lo que es peor, demasiado arriesgado. Porque ¿y si uno de los vendedores de cobre alardeaba de lo que había logrado (como los sinvergüenzas habituales, los

empresarios necesitan recordarle continuamente al mundo lo listos que son), de que tenía a sueldo a un miembro de la familia Frank? ¿O si alguno de los esbirros de Thelma en la empresa le tendía una trampa, haciendo que alguien fingiera ser un vendedor potencial que prometía un porcentaje? No. Leo necesitaba un intermediario, alguien en quien pudiera confiar para que fuera a cerrar los tratos en su nombre, pero sin llegar a mencionarlo. Tenía que ser alguien que no trabajara para Northern Copper, que no estuviera relacionado con su negocio y que no tuviera conexión conocida con Leo. Pero ¿cómo podía encontrar a un hombre así? Las pocas personas que Leo conocía que podrían tener la habilidad necesaria para ese trabajo disponían de sus propios negocios o estaban demasiado vinculados a la empresa para que fuera seguro.

Fue en los días siguientes cuando Leo se convenció del todo de que la suerte tenía algo que ver en lo que le estaba pasando. Esta vez el agente que eligió la veleidosa fortuna para intervenir fue un chucho (sí, *signore*, un perro), aunque no debería llamarlo «chucho» porque era un animal muy elegante, un bulldog que Thelma había traído desde Inglaterra y que tenía un árbol genealógico más grande que el del rey. Hasta su nombre era señorial: *Winston*. Era, como el hombre del que había tomado su nombre, una criatura fea, una especie de perro normal comprimido (la misma cantidad de carne en la mitad de volumen), y pegada a su cuerpo tenía una cabeza de sapo pero peluda. Además, era todo lo tonto que puede ser un bicho de cuatro patas y un campeón a la hora de babear, resoplar, gruñir y tirarse pedos.

Alguien que no conociera a Leo tal vez llegaría a pensar que había desarrollado un verdadero cariño por esa criatura. Pero en realidad lo que motivaba su interés por él era egoísta: en un momento en que su relación con Thelma se deterioraba día a día (aparte de un polvo de vez en cuando, ya no intercambiaban casi nunca nada más, ni siquiera una palabra, si podían evitarlo), *Winston* le daba a Leo una excusa para evitarla sin que resultara demasiado evidente. Cuando Thelma bajaba a desayunar, él ya se había llevado al animal a dar un paseo y echar una cagadita mañanera, y cuando volvían, una hora después, ella ya se había ido a la oficina.

Thelma le dijo que alguien del servicio podía sacar al perro, pero Leo insistió en que le gustaban mucho los perros (ella no le había oído nunca decir algo así) y que además le proporcionaba su única oportunidad de hacer ejercicio en todo el día, ahora que estaba (supuestamente) trabajando tanto en Northern Copper. La verdad era que el ejercicio no le importaba ni lo más mínimo (bueno, para ser justos con Leo, no habría podido hacerlo aunque hubiera querido, porque *Winston* caminaba tan despacio que lo suyo era poco más que arrastrarse). Leo salía de la mansión cada mañana, con el animal detrás, casi ahogándose, en el extremo de la correa, se compraba una revista en el kiosco de la esquina, cruzaba hasta Central Park y se pasaba el resto del tiempo del supuesto paseo sentado en un banco, hojeando distraídamente la revista y echándole un ojo a las mujeres que iban a dar un paseo por el parque por la mañana. *Winston*, por su parte, se dedicaba a babearle los zapatos y

recibía alguna que otra patada por ello.

Una mañana de mayo, cuando se dirigió a su banco habitual para sentarse, vio a un hombre de mediana edad acomodado en él, leyendo el *New York Times*. Dijo «buenos días» y el caballero hizo lo mismo. Leo se sentó en el otro extremo del banco y abrió la revista. *Winston* se sentó cerca de su pie, como siempre. Un rato después, en un raro arranque de energía, el animal se levantó y dio dos pasos. El hombre dijo: «un bonito perro», y él contestó: «si le gusta, puede quedárselo». El hombre rio y eso rompió el hielo, por así decirlo. Unos minutos después el hombre le dio a Leo un codazo suave y este levantó la vista: una señora elegante y guapa pasaba por delante, paseando a su caniche, que empezó a saltar y a ladrarle histéricamente a *Winston*, que o estaba sordo y ciego o tal vez es que no le interesaban los asuntos terrenales, porque no mostró ni la más mínima reacción. Leo sonrió e hizo un gesto de admiración dirigido al hombre (admiración por la mujer, no por el caniche). Minutos después Leo sintió que tenía que corresponder a su gesto, así que cuando otra chica guapa pasó por allí, se acercó al hombre y le susurró al oído:

—No creo que echara a *esa* de mi cama ni aunque comiera galletas y lo dejara todo lleno de migas.

—No, yo creo que tiraría las galletas —respondió el hombre.

Ambos rieron. Y así, *signore*, empezó la bonita amistad entre Leo Frank y Rico Ginsburg.

Según Leo, su conexión fue «algo químico» desde el principio. Desde que posó por primera vez los ojos en Rico (como le diría a él más adelante), supo que se iban a hacer amigos. Era un tipo relajado, de trato fácil y que tenía sentido del humor. Ah, y también vestía de forma elegante, nada ostentosa, con un abrigo de pelo de camello de buen corte, guantes marrones de ante y sombrero de color castaño, un estilo que a Leo le gustó especialmente. Y sobre todo parecía listo; se le veía en los ojos grises verdosos, en la sonrisa y en sus respuestas. Y ya durante esa primera conversación, tras la cual básicamente quedaron para el día siguiente a la misma hora y en el mismo banco, a Leo se le ocurrió que posiblemente, solo posiblemente, podía ser el hombre que buscaba, el socio que necesitaba para ese nuevo chanchullo que andaba maquinando.

En ese primer encuentro, ese hombre le contó algunas cosas de él: que Rico Ginsburg había nacido en Estados Unidos, pero era, como Leo, de familia italiana, aunque, a diferencia de Leo, Rico se fue con su *mamma* a *la bella Italia* cuando era pequeño, después de que muriera su *papà*, e hizo su vida allí. Pero unos meses antes de ese encuentro con Leo en Central Park, Rico Ginsburg había vuelto a *la bella America*. Y no por razones económicas, porque el hombre era rico y tenía en Milán un negocio de la industria textil. Pero también era judío, algo que no le gustaba nada a los *fascisti* (un desagrado que era mutuo). Así que, tras haber sido descuidado en una fiesta en la que expresó una opinión sincera sobre el payaso de Mussolini más abiertamente de lo que debería, lo arrestaron, lo juzgaron y lo metieron en la cárcel.

Pero logró escapar y huir del país.

Leo dejó escapar un silbido.

—Menuda aventura, amigo —exclamó.

—No fue tan difícil en realidad —le quitó importancia Rico—. Tuve un poco de suerte. Encontré a un guardia al que le gustaba mucho el dinero.

Leo rio.

—¿Y cómo se gana la vida aquí, si no le importa que le pregunte?

—Tengo parientes en Michigan, en Detroit concretamente —dijo Ginsburg—. Tienen un negocio floreciente. De ropa, como el mío. Hago negocios para ellos. Si la guerra continúa durante un tiempo, estoy pensando en invertir, tal vez hacerme con una participación en su empresa. —Entonces sonrió y explicó—: Conseguí sacar de Italia la mayor parte de mi dinero convertido en oro. Así que aquí soy lo que se llama «un hombre independiente con posibles».

Cuando se vieron al día siguiente, Leo le dijo a Ginsburg que le gustaría invitarlo a comer el fin de semana y Ginsburg aceptó.

—Pero no me has contado nada de *tu* negocio —comentó Ginsburg el sábado, cuando se vieron en un local pequeño y elegante cerca de Central Park.

Leo le dijo que era importador de cobre, pero no mencionó (aún no) que era uno de los Frank de Frank & Worthington. Quería evaluar al otro durante la comida. Cuanto más escuchaba hablar a Rico Ginsburg, más cuenta se daba de que era como caído del cielo, el tipo perfecto para su proyecto en Sudamérica. Tenía buena presencia; era alto y un poco corpulento, lo que transmitía autoridad. Hablaba bien inglés, aunque con un fuerte acento italiano (pero eso no importaba porque iba a tratar con latinos de todas formas). Sabía de negocios, de hecho era un empresario de éxito y además, y eso era lo más importante, estaba claro que era avisado. ¿Cómo alguien que no lo fuera iba a poder escapar de una cárcel fascista, después de la Italia de Mussolini y, por si eso fuera poco, además hacerlo llevándose su oro?

De hecho Ginsburg parecía tan perfecto que Leo tuvo que contenerse para no hacerle la propuesta allí mismo, durante la comida. Pero lo hizo en su siguiente reunión, que fue tres días después, cuando Ginsburg lo invitó a cenar. Mientras se zampaban el pato en un restaurante chino, Leo dio el paso y se lo preguntó.

—Rico, ¿qué me dirías si te propongo ganar algo de dinero mientras estás aquí en Estados Unidos? Y no estoy hablando de calderilla, sino de cantidades importantes de dinero.

Pareció que Ginsburg no se esperaba algo así, porque sonrió un poco tontorronamente, aunque él era cualquier cosa menos tonto.

—Bueno, no sé nada de tu negocio, pero tal vez... —respondió.

Leo le interrumpió.

—Lo que tengo en mente no tiene que ver con mi negocio. Ni con el tuyo —dijo—. Es solo un negocio, simple y llanamente.

—Bueno... Si es algo que yo pueda hacer y que sea... eh... legal...

Leo se hizo el ofendido.

—Rico, sé que hace poco tiempo que me conoces, pero ¿te ha dado en algún momento la impresión de soy el tipo de persona que te propondría algo que no fuera cien por cien legal?

Ginsburg suspiró.

—*Mi scusi* —dijo—. Discúlpame. No, claro que no, amigo, no me has dado esa impresión. Considéralo un comentario fuera de lugar por mi parte o más bien una broma.

—No te preocupes —contestó Leo—. Yo soy una persona que siempre se toma bien las bromas.

Entonces fue cuando Leo le reveló que era uno de «los Frank» y que su empresa era parte del imperio que había construido su hermano (pero con mucha ayuda por parte de Leo, según su versión). Después le describió el trabajo que quería que hiciera. Ginsburg, dirigido por él, se acercaría a los potenciales proveedores sudamericanos y les ofrecería interceder en su nombre para que Northern Copper les comprara a ellos a un buen precio (bueno para los vendedores). Obviamente pediría algo a cambio, una parte, un porcentaje, que se pagaría cuando se completara el negocio. Para los latinos Ginsburg sería un «consultor comercial *freelance*», le dijo Leo. Pero para él sería su representante oficial en Sudamérica (aunque todo tenía que hacerse de forma extraoficial). De hecho, sería el hombre que tendría todo el poder necesario para cerrar cualquier trato.

Ginsburg le hizo la primera pregunta que un hombre sensato haría, lo que le hizo ganar puntos extra a ojos de Leo.

—Es una oferta espectacular, amigo mío, pero ¿por qué yo? Tienes que conocer a mucha gente en el mundo de los negocios.

Leo sonrió.

—No quiero a alguien que conozca —aseguró Leo—. Porque si lo conozco, otras personas sabrán que lo conozco, y quiero que estos negocios se hagan... lo más discretamente posible.

Resumiendo: cuando el camarero chino les trajo las galletas de la fortuna, Ginsburg ya había accedido a hacer el trabajo. Se pusieron manos a la obra allí mismo y Leo le dio las instrucciones para su primer encargo. Un par de semanas después Ginsburg fue a Buenos Aires, se alojó en un bonito hotel (Leo le dio un sobre con dinero para los gastos) y llamó a un proveedor de cobre argentino, un tal señor Ramón no sé qué, cuyo nombre y dirección Ginsburg había apuntado en un trozo de papel (Leo también era listo, *signore*: no quería que hubiera nada que pudiera ser remotamente incriminatorio escrito de su puño y letra). Ese argentino estaba en ese momento intentando cerrar un trato con Northern Copper y Leo le había puesto la cantidad exacta de impedimentos: no tantos como para que pareciera que no le interesaba pero suficientes para que se encontrara desesperado por encontrar cualquier vía alternativa para que aceptaran su oferta. Un hombre de Nueva York que

se ofrecía a interceder en su nombre le llegaría al argentino como caído del cielo.

La siguiente pregunta que hizo Ginsburg también fue la correcta:

—¿Y si me pide pruebas de que tengo la influencia suficiente con Northern Copper como para cerrar el trato?

Leo sonrió.

—Fácil, amigo mío. Le dirás que te dé una señal, es decir, un mensaje que él elija, una frase que no tenga nada que ver con el negocio. Me la enviarás por telegrama y yo después le enviaré un telegrama al argentino desde Northern Copper, todo muy oficial, diciendo algo poco concluyente sobre la oferta pero incluyendo la frase que él haya elegido. Ahí tendrá su prueba.

—Genial —contestó Ginsburg.

—Pues esto es aún más genial —continuó Leo, y leyó el papelito que había dentro de su galleta de la fortuna—. «Los nuevos amigos te traerán nuevas esperanzas».

Ginsburg levantó su vaso de cerveza.

—*Cent' anni* por los nuevos amigos —brindó.

—Amén —respondió Leo.

Chocaron sus vasos, dijeron «chin chin» y bebieron. Antes de estrecharse las manos para sellar su acuerdo de esa noche, mientras caminaban por Madison Avenue para coger unos taxis, Leo le dijo a Ginsburg lo que iba a ganar él por sus esfuerzos: el diez por ciento de lo que consiguiera sacarle al vendedor. El resto se lo quedaría Leo.

Así fue como Leo encontró la forma de poner en marcha su plan; ya por fin estaba listo para empezar a convertirse en rico de verdad. Pero seguro que ya ha oído, *signore*, esa frase que dice: «De ratones y hombres quedan truncados los proyectos mejores».



LA FORTUNA, QUE ES COMO la suerte pero en una jerarquía superior, es una especie de diosa, alguien muy, pero que muy... *capricciosa*. ¿Voluble es la palabra? Gracias, *signore*. Voluble. La fortuna es voluble. Pero *molto* voluble.

Tal vez todos los dioses lo son, no lo sé. Porque Jesús también era un poco voluble a su manera, ¿no?

Bueno, es que a veces le envía enfermedades y desgracias de todo tipo a gente buena, y dinero, éxito, premios y más cosas a algún gilipollas. Pero aun así los padres nos dicen que es una conducta que solo *parece* voluble, que hay justicia en todo, aunque nosotros, pobres pecadores, no la veamos. Sí, incluso cuando, por ejemplo, un bebé muere por la picadura de una avispa hay una buena razón para eso, como si Jesús supiera que el bebé se iba a convertir en un nuevo Jack el Destripador cuando creciera y por eso envió a la avispa para quitarlo de en medio antes de que empezara con lo de destripar. Pero no hay ningún tipo de justicia, visible o invisible, en las acciones de la fortuna. Ninguna, excepto la justicia de los dados al girar, la moneda al surcar el aire o el capricho del azar. Algunas personas acaparan la suerte, dicen. Bueno, tal vez, pero solo por un tiempo. Se les puede acabar toda esa suerte de repente. La fortuna no ofrece garantías.

Pero a lo que iba. El gran proyecto en Sudamérica de Leo Frank iba viento en popa: Rico Ginsburg ya estaba en Argentina para establecer contacto con ese tal señor Ramón lo que fuera. Pero de improviso una mañana, tres días después de que Ginsburg partiera de Nueva York, cuando Leo salió de su coche e iba camino de su trabajo, lo interceptaron en la acera dos tipos que tenían «hombres del gobierno» escrito en la cara. Había uno alto y uno bajo. A Leo le habían dicho que debía esperar algo así antes o después, porque al FBI le gustaba hacer sus comprobaciones sobre la gente que ocupaba puestos de responsabilidad en empresas asociadas a la guerra, por si eran espías o algo. Aun así, como la operación en Sudamérica estaba en marcha, Leo sintió un escalofrío cuando los federales le enseñaron sus placas.

El alto dijo que era una visita extraoficial y para demostrarlo se llevaron a Leo a un local de sándwiches que había a una manzana de su oficina y pidieron refrescos. El alto le felicitó por su nuevo puesto, aunque ya no era tan nuevo. Pero Leo se relajó: estaba claro que eso no iba a ser más que una comprobación de rutina. Le dio las gracias al federal por sus felicitaciones y soltó un breve discurso, que había preparado para una ocasión como esa, que hablaba de lo feliz y orgulloso que estaba

de poder contribuir de manera significativa a la guerra, bla, bla, bla. El alto dijo que su colega y él se lo agradecían sinceramente y después le hizo dos preguntas de rutina: ¿había hecho alguna vez una donación al grupo criptonazi Amigos de la Nueva Alemania? No, claro que no, aseguró Leo. ¿Era amigo del conocido neoyorquino Seward Collins? Leo, que había hecho sus deberes, dijo que se había encontrado con ese hombre un par de veces en alguna fiesta, como era de esperar, pero que nunca había hablado con él porque sabía que era un admirador de los fascistas.

La siguiente pregunta que le hizo el agente ya fue de otro tipo.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a su hermano Nicholas, señor Frank?

Leo se quedó sorprendido.

—¿A Nick? No lo veo desde el funeral de mi otro hermano, Al. Después de eso me envió una postal diciendo que se iba a Europa una temporada.

—¿Y ha recibido alguna noticia suya desde entonces? —preguntó el alto.

—No —reconoció Leo.

El alto le hizo un gesto al bajo que parecía querer transmitir un «te lo dije». Después se volvió de nuevo hacia Leo.

—Entonces, señor Frank, ¿es correcto decir que, como no conoce el paradero de su hermano, sería una sorpresa para usted enterarse de que estos últimos años ha estado viviendo en Italia?

Leo frunció el ceño.

—Claro que es una sorpresa —contestó, y el alto le lanzó al bajo otra mirada igual que la anterior. Después continuó con una curiosidad genuina a la que le añadió una dosis de falsa preocupación—. ¿Pero cómo puede un ciudadano estadounidense estar viviendo en un país enemigo en tiempos de guerra? ¿Es que los fascistas han arrestado a Nick? ¿Está en la cárcel o algo así?

—No —respondió el bajo—. No se preocupe, no está en la cárcel.

—¿Y dónde está entonces? —preguntó Leo.

El bajo señaló hacia el suelo.

—En el infierno —dijo.

El federal alto le hizo un gesto para que no siguiera por ahí.

—Me temo que su hermano ha fallecido, señor Frank —dijo—. Murió hace unos meses.

Esa noticia pilló a Leo por sorpresa.

—La muerte de su hermano es un asunto clasificado —continuó el alto—. Pero se ha decidido, por la posición de su familia y especialmente por el trabajo que desempeña usted ahora, que sería conveniente informarle y preguntarle, como estamos haciendo, qué sabía de las actividades que había estado desarrollando su hermano durante los últimos años.

—Ya se lo he dicho, no sabía nada. —El federal alto asintió, tranquilizador. Leo estaba muy confundido—. Espere un momento. ¿Pero qué está pasando? ¿Por qué la

muerte de Nick es un asunto clasificado? ¿Es que era agente secreto o algo así? ¿Uno de los suyos?

—No, no —se apresuró a aclarar el bajo—. No era un agente secreto. Fue fiel a su vocación hasta el final, un artista hasta el último momento. Una gran estrella. Pero no de la pantalla, sino de la radio. Y escogió para esta segunda parte de su carrera un nombre artístico muy llamativo: Horatio Doodle III.

Leo abrió los ojos como platos.

—No... Se refieren... No se refieren a ese *traidor*, ¿verdad?

No sé cuál es la inteligencia media de un federal, *signore*, pero lo que sí sé es que los entrenan para hacer una cosa mejor y más rápido que el resto del mundo: detectar si alguien está mintiendo. Para entonces ya les había quedado claro a los dos federales que Leo estaba diciendo la verdad y la reunión para ellos ya no tenía interés. Ya habían acabado. Pero Leo no. No sentía nada en particular por la muerte de su hermano, pero estaba muy afectado por el descubrimiento de que Nick era Horatio Doodle III, aunque solo fuera porque podía poner en peligro su posición en Northern Copper. Intentó no demostrarlo y se esforzó por hacer que su miedo pareciera preocupación por el honor de la familia en general.

—¿Y los fascistas conocían su nombre real? —preguntó—. ¿Sabían quién era en realidad?

—Claro que sí —aclaró el bajo—. Allí eran grandes fans de *Dago, el pirata*.

—Es *Drago, el pirata* —corrigió el federal alto, y después se volvió hacia Leo—. Pero no se preocupe por eso, señor Frank. Se ha decidido, en las altas esferas, quiero decir, que lo mejor para el país es que no se divulgue la verdadera identidad de Horatio Doodle.

Los federales se levantaron para marcharse.

—No se apure, señor Frank —insistió el federal alto—. Esta triste asociación no le causará a usted, ni a ningún otro miembro de su familia, ningún... inconveniente.

—Solo que tendrán que esperar al final de la guerra para poder llevar flores a la tumba de su hermano —dijo el agente bajo con cierta crueldad—. La encontrarán en el cementerio de Verano, en Roma. Le han hecho una tumba muy bonita. En ella pone: «Horatio Doodle III, mártir por el fascismo. 1901-1943».

Los dos federales iban camino a su coche cuando oyeron un grito y se volvieron para ver a Leo corriendo hacia ellos y agitando los brazos como un loco.

—¡Oigan! ¡Oigan, esperen! ¡Paren! —gritaba.

Cuando lo hicieron, Leo llegó a su lado y les preguntó, casi sin aliento:

—¿Por qué escribieron lo de «mártir» en la tumba de Nick?

El federal alto suspiró.

—Desgraciadamente su hermano fue asesinado, señor Frank —dijo, le dio a Leo una palmadita de consuelo en el hombro y siguió al bajo hasta el coche.

Fue muy amable por parte del agente alto mostrar compasión por Leo Frank, pero lo estaba compadeciendo por la razón incorrecta. Al verlo desde el coche allí, de pie

en la acera, mirando a su alrededor como si no supiera en qué planeta estaba, el federal pensó que Leo estaba sufriendo porque acababa de saber que su hermano estaba muerto, o porque había sido un traidor, o seguramente por una combinación de las dos cosas. Pero no era por eso. Lo que había afectado tanto a Leo eran los números, las fechas de la tumba de su hermano que había mencionado el agente bajo. O más bien un tercer número que salía como resultado de restarle al segundo el primero: 1943 menos 1901, igual a 42. Porque ese número hizo que volviera a su mente la charla que tuvo con Nick la noche del día que murió Al. Y con ella también un nombre: Tonio Lupo. Y una palabra: *maledizione*.

Leo se subió a un taxi, fue a Frank & Worthington, cogió el ascensor hasta el último piso sin responder a los saludos de los porteros ni de las ascensoristas y recorrió prácticamente a la carrera el pasillo que llevaba al despacho privado de Thelma. Y aunque una de sus secretarias le dijo que ella estaba en una reunión y que no se la podía molestar, entró sin llamar. Su cuñada estaba sentada tras la enorme mesa de roble que fue de Al antes que suya, de Willie Worthington Junior antes que de él, de Willie Worthington Senior antes que de su hijo y antes de eso supongo que sería parte del tronco de un roble que crecía tranquilamente en un bonito bosque de alguna parte. Al otro lado de la mesa había un par de contables.

Thelma atravesó a Leo con la mirada.

—Tengo que hablar contigo —dijo él sin más.

Como no estaban solos, ella se esforzó por mostrarse civilizada.

—Me temo que no puedo interrumpir esta reunión justo ahora, Leo. ¿Por qué no vuelves a tu despacho y esperas? Mi secretaria te llamará si...

—¡Tengo que hablar contigo AHORA! —gritó esta vez.

Los contables ya iban hacia la puerta y además apresuradamente; estaba claro que se iba a producir una escena entre los miembros de la familia Frank y no querían ser testigos de ella. Leo cerró de un portazo cuando salieron.

Thelma empezó a levantarse de la silla con una mirada amenazante. Pero las palabras de Leo la frenaron.

—Nick está muerto.

Se quedó petrificada a medio levantarse, en el aire, como un yóquey al que le hubieran quitado el caballo.

—¿Pero de qué demonios estás hablando? —preguntó todavía manteniendo esa ridícula postura.

—Me lo han dicho dos federales. Está muerto. Murió hace unas semanas. En Italia.

—¿En *Italia*? —Thelma se dejó caer otra vez en su silla—. ¿Y qué estaba haciendo Nick en Italia?

—Eso no importa. Lo que importa es que fue asesinado.

—Oh, Dios mío. ¿Asesinado? ¿Están seguros?

—Sí —afirmó Leo—. A la edad de cuarenta y dos años.

—Bueno, es terrible acabar muerto a cualquier edad —dijo Thelma con mucha filosofía.

Leo volvió a levantar la voz.

—¡Eso no es lo que importa tampoco, maldita sea!

Habían insonorizado ese despacho en la época en que Willie se tiraba a Thelma, que entonces era su secretaria personal, sobre la mesa donde hacía las reuniones, pero ella le pidió a Leo que bajara la voz de todas formas. Ya había sido la protagonista de dos escándalos, el primero al casarse con Willie y el otro cuando lo hizo con Al, y no quería verse involucrada en un tercero. Se levantó rápido, fue hacia Leo e intentó abrazarlo.

—¡Osito, por favor! Es mejor que no nos oigan.

Él se resistió un poco, pero como un niño, con poca convicción. Y después se echó a llorar. Se dejó caer al suelo y ella se arrodilló a su lado.

—No lo ves... —sollozó—. Nick tenía cuarenta y dos... Igual que Al...

—Oh, osito. ¡Qué coincidencia más trágica! —dijo ella.

—No es una coincidencia, estúpida —gritó. Era la primera vez que le hablaba de esa forma, así que ella lo miró con los ojos como platos—. ¿Han asesinado a mis dos hermanos a la edad de cuarenta y dos años y tú lo llamas coincidencia?

—¿Pero qué dices? —contestó Thelma—. A Al no lo asesinaron. ¿Es que no leíste el informe del médico?

Leo se calmó un momento.

—Pues la verdad es que no —confesó—. Aunque debería haberlo hecho después de que Nick me contara lo de la *maledizione* de ese maldito gánster, Lupo. Pero creí que eran fantasías del imbécil de mi hermano.

Thelma se quedó mirándolo como si acabara de aparecerle una extraña marca en la frente, ya sabe, como esos monjes que vieron los estigmas de san Francisco.

—¿Qué nombre acabas de decir? —preguntó—. ¿Lupo?

—Sí, Lupo. Tonio. De la mafia. Un jefe.

Thelma frunció el ceño.

—¿Y *lupo* no significa «lobo» en italiano?

—Yo no hablo italiano —contestó Leo.

Los dos estaban arrodillados en el suelo y Thelma le cogió la mano, como si fueran adolescentes en su primera cita.

—Al me habló de un *lupo* una vez, ¿sabes? —confesó—. Era de madrugada y se había despertado gritando. Dijo algo así como: «Lupo quiere matarme». Para distraerle le pregunté quién era ese «Lupo» y él me dijo: «el lobo». Después me describió su pesadilla. Era bastante graciosa, la verdad. Había un hombre con un traje. Un hombre con cabeza de lobo que llevaba una escopeta recortada.

—A mí no me parece nada graciosa —contestó Leo.

—¿Pero qué es eso que has dicho de la *maledizione*? ¿Eso es un tipo de pasta?

Como recordará, *signore*, Al le mintió a Thelma sobre la razón por la que contrató

a todos esos guardias y rodeó de verjas la finca de Long Island y todo lo demás. Y por eso fue entonces, el día que estoy describiendo, cuando la mujer del hermano número uno, entonces su viuda, se enteró por el hermano número tres de lo de la «maldición» de Lupo.

Leo le contó la historia como se la había contado Nick a él.

Cuando acabó vio que el labio inferior de Thelma empezaba a temblar.

—¿Qué? —preguntó Leo.

Su labio no dejó de temblar.

—¿QUÉ? —gritó.

Entonces Thelma empezó a llorar, algo que no la había visto hacer nunca (y que nunca más la vería volver a hacer, por cierto). Y entre sollozos le dijo a Leo algo que no le había dicho nunca a nadie: que el día que Al murió, su médico (que había muerto recientemente) le preguntó si quería que le hiciera una autopsia. Ella quiso saber por qué decía eso, teniendo en cuenta que Al había muerto de un ataque al corazón, y el doctor dijo que eso era cierto, pero que aun así...

—¿Aun así qué? —la presionó Leo—. ¿Me estás diciendo que el médico no estaba seguro?

—Estaba seguro... más o menos —confesó Thelma con un gemido—. Creo que lo mejor es que te repita sus palabras. El doctor me dijo exactamente: «La forma de morir de Al no es del todo incompatible con la acción de un cierto tipo de veneno».

Leo dejó escapar un gritito.

—Pero para que Al hubiera sido envenenado —continuó Thelma—, el veneno tuvo que administrarse como máximo un par de horas antes de su muerte. Si esa mañana en la finca no había habido nadie que él no conociera, ni en quien no confiara, seguramente se podía descartar esa posibilidad, añadió el médico. Y yo le aseguré que no, que no había habido allí ninguna persona ajena a su círculo y él dijo que en ese caso podía olvidarme de lo que había dicho del veneno y que ya podíamos enviar el cuerpo del pobre hombre a la funeraria. Y eso hicimos.

—¿Y la policía tampoco pidió que se le hiciera una autopsia? —preguntó Leo.

—No, ¿por qué iban a hacerlo? El médico de Al dijo que había sido un ataque al corazón. Era profesor, un experto, ¡los policías incluso recurrían a él a veces para pedirle asesoramiento en sus casos!

Leo se sintió aliviado, pero solo durante un momento.

—Entonces fue una falsa alarma, ¿no? Podemos estar seguros de que no lo envenenaron, ¿verdad? —Y como ella no respondió, lo preguntó de nuevo—. ¿Verdad?

Otro suspiro de Thelma.

—Podemos estar *casi* seguros —afirmó—. Porque sí que hubo alguien allí ese día con Al, alguien a quien no conocía bien. A quien no conocía de nada, de hecho.

Entonces fue el labio inferior de Leo el que empezó a temblar.

—Pero tú... ¿Quieres decir que le *mentiste* al médico, pedazo de zorra?

—No —dijo ella ignorando su forma de hablarle—, no le mentí. Solo es que no lo sabía cuando el médico lo preguntó. Cuando me llamaron ese día porque «Al estaba indispuerto», eso me dijeron en un principio, yo estaba en la bañera. Para cuando me enjuagué el jabón, me sequé, me vestí y bajé, ya se habían llevado el cuerpo de Al y allí no había nadie que yo no conociera, solo estaban Nick y los dos hombres de confianza de Al, el que sabe del mercado y el experto en números. Nadie más.

—¿Y bien? —insistió Leo—. ¿Pero *hubo* alguien más allí antes?

Thelma asintió.

—Me enteré un mes después. Estaba revisando los proyectos sin terminar de Al con el experto en números, atando cabos sueltos, y entonces él mencionó el proyecto de una película que Al estaba pensando en financiar. Le pregunté de qué proyecto hablaba y él me dijo: «Ese que le propuso el productor, aquel tipo que vino con Nick a la finca de Long Island la mañana que murió Al».

—¿Y no se volvió a saber nada de ese productor? —preguntó Leo.

—No.

—¿Y nunca le has contado esto a nadie?

—No —dijo de nuevo mientras negaba con la cabeza.



¿CREE USTED EN ESO de la «locura transitoria», *signore*? Bueno, los jurados a veces sí se la creen, aunque en esos casos es porque los abogados listos usan eso para intentar librar a sus clientes completamente cuerdos. Pero a veces se trata de algo real, como en este caso: durante los siguientes días, Leo Frank se volvió temporalmente loco.

Y es comprensible, claro. A diferencia de sus hermanos, Leo no llevaba años cargando con el peso de la historia de la *maledizione*, así que no había tenido tiempo para digerirla (al menos hasta donde se pueda digerir algo así, cuando te afecta personalmente). Antes de ese momento solo había oído esa historia una vez, justo después de la muerte de Al, y de boca de Nick, alguien con un larga sarta de estupideces en su pasado. Hasta entonces para él tomarse eso en serio era como creerse a pies juntillas las profecías de Nostradamus o alguna chorrada por el estilo. Así que fue ese día, esa mañana por lo demás perfecta del verano de 1943, cuando Leo tuvo que tragarse la dosis completa de verdad de un trago, es decir, que se enteró de repente de que era el siguiente objetivo de un asesino extraordinariamente eficaz. Esas, estará de acuerdo conmigo, son el tipo de noticias que pueden trastornar, al menos por un tiempo, hasta a la persona más cuerda.

Leo dejó a Thelma de rodillas en el suelo y salió del despacho y después del edificio de Frank & Worthington. Durante las horas siguientes se dedicó solamente a caminar. No iba a ninguna parte. En cierto momento se paró y miró su reflejo en un escaparate. Un tipo se paró detrás de él y fingió mirar los productos que vendía la tienda; al menos Leo pensó que estaba fingiendo y entonces se le metió en la cabeza que podía ser el asesino de Lupo, listo para actuar antes de que se agotara su plazo. Así que echó a correr como si corriera para salvar su vida, que era lo que le parecía en ese momento. Pero como el otro hombre no echó a correr detrás de él, unas manzanas más allá, tras haber chocado con unas cuantas personas y oído una buena dosis de insultos y maldiciones, Leo se paró. Siguió caminando un par de horas más, cambiando de dirección y mirando por encima del hombro cada minuto. Tras caminar, mirar, girarse y correr un poco más entre medias, acabó en un hotel decadente del East Harlem, uno en el que no se habría fijado horas antes aunque hubiera pasado por delante de la puerta. Pidió una habitación, pagó un mes por adelantado, se registró con un nombre falso y le dio al recepcionista diez dólares, una propina enorme en aquellos tiempos, incluso para un hotel como el Plaza, y le pidió que se ocupara de dos cosas: una, que no lo molestaran, y dos, que le subieran las

comidas a su habitación. Como no era el tipo de hotel que tiene servicio de habitaciones, el recepcionista se convirtió en el mayordomo personal de Leo. Seguro que ese hombre sacó más dinero en los días que Leo estuvo allí de lo que ganaba en un año de salario, gracias a lo que le cobraba de más por las comidas y *además* a las propinas que aceptaba por llevárselas.

Leo salió del hotel solo una vez, dos días después de llegar, para enviarle un telegrama a Rico Ginsburg, que seguía en Argentina. En él le decía que era necesario que volviera a Nueva York inmediatamente «por culpa de unas circunstancias imprevistas», y le daba la dirección del hotel. Aparte de eso, permaneció en su habitación sin hacer ni recibir llamadas. Había decidido que nadie, ni Thelma, ni el personal de Northern Copper ni ningún otro, excepto Ginsburg, debía conocer dónde se escondía. Y había tomado esa decisión tras convencerse, durante esos días de locura transitoria, de la teoría que se le había ocurrido de que el asesino de sus dos hermanos tenía que tener informadores en todas partes y que seguro que habría alguno entre los mayores mandamases de Frank & Worthington e incluso en el servicio de la mansión; *Winston*, el chucho, era seguramente el único que se libraba de las sospechas de Leo.

Al final de la semana, a primera hora de una tarde, el recepcionista llamó a su puerta para decirle que un tal señor Ginsburg estaba en recepción y preguntaba por él. Leo le dijo que le mandara su habitación.

Cuando vio a Leo, que llevaba una semana sin afeitarse y sin ducharse, los ojos de Ginsburg se abrieron de par en par.

—¿Pero qué te ha pasado, amigo mío? —preguntó—. ¿Por qué estás en este agujero? ¿Es que te persigue la policía? ¿Has matado a alguien o qué?

—Ojalá —contestó Leo—. Pero no. Por desgracia alguien quiere matarme a *mí*. Alguien que ya ha matado a mis dos hermanos.

Ginsburg dijo que no entendía de qué estaba hablando, así que Leo le contó lo de la visita de los federales, la noticia del asesinato de Nick, la conversación con Thelma y la opinión del médico de Al sobre que su muerte «no era incompatible con un envenenamiento». Y finalmente le relató lo de la *maledizione* de Lupo. Aunque estaban solos en la habitación, Leo le hablaba a Ginsburg en susurros y de vez en cuando iba hasta la puerta y la abría de un tirón para asegurarse de que nadie estaba escuchando al otro lado.

—Soy un hombre condenado, Rico —se lamentó Leo cuando terminó su historia.

—Esa no es la actitud adecuada —dijo Ginsburg.

—Lo siento, pero es la que tengo —contestó Leo.

—Bueno, pues vas a tener que buscarte otra —repuso Ginsburg—. Y lo primero que tienes que hacer es calmarte.

—Sí, claro. ¡Como si eso me fuera a servir para salvarme!

—Bueno, actuar como un insensato tampoco lo hará —contradijo Ginsburg—. Y además, no tienes razones para preocuparte por ahora.

—Es verdad, ni la más mínima razón aparte de que el último deseo de un gánster loco fue querer verme muerto.

—He dicho que no tienes razones *por ahora* —repitió Ginsburg—. Asumiendo que lo de que tus dos hermanos murieran con la misma edad no haya sido una coincidencia, el número cuarenta y dos es una constante.

—¿Qué quieres decir? —quiso saber Leo.

—Quiero decir —respondió Ginsburg— que todavía te quedan otros once años de vida.

—Qué idea más esperanzadora.

Ginsburg intentó tranquilizarlo y convencerlo de que debía volver a su vida normal por ahora. Había tenido una idea muy brillante con toda esa empresa de Sudamérica («empresa» fue exactamente como lo llamó Ginsburg) y debía seguir con ella hasta que la completara. Con la ayuda de Ginsburg podía ganar millones sacándoles el *pizzo* a los vendedores de cobre latinos, quienes, además, estaban encantados de que les sacara la pasta si ese señor Ramón no sé qué con el que Ginsburg acababa de estar en Argentina servía de muestra. Después, cuando acabara la guerra y tras haberse aprovechado al máximo de ella, Leo podría hacer planes para protegerse.

—Un hombre no puede protegerse de su destino —sentenció Leo.

—Olvídate del destino —repuso Ginsburg—. Protégete de los asesinos de Lupo, si es que existen, claro.

—No es posible. Si llegaron hasta mi hermano Al, uno de los hombres más ricos de Estados Unidos, y consiguieron entrar en su propia casa, y hasta mi hermano Nick, que estaba en la Roma de Mussolini, el lugar más seguro del mundo para esconderse de la mafia, ¿cómo voy a poder protegerme yo, que no tengo ni el dinero de Al ni un estado fascista para servirme de escudo? ¿Es que no lo ves? ¡Es imposible!

—No, no lo es —insistió Ginsburg, y después le preguntó a Leo—: Cuando los asesinos vengan a por ti, ¿a por quién vendrán?

—No entiendo —dijo Leo.

—Es muy sencillo. ¿A quién van a venir a buscar los asesinos de Lupo dentro de once años?

Leo lo miró como si Ginsburg se hubiera vuelto completamente loco.

—¡A mí! —contestó Leo—. ¿Es que me he perdido algo?

—No. Pero exacto. Vendrán a por ti, a por Leo Frank.

—¡Calla! —exclamó Leo como si su nombre fuera un secreto muy bien guardado. Ginsburg sonrió.

—Oye, tranquilo. Escucha esto y piénsalo: para cuando los asesinos vengan a por Leo Frank, ya no quedará Leo Frank.

Leo se echó a reír, aunque esta vez como una persona normal.

—Oh, vamos, Rico. ¿No estarás sugiriendo que cambiarme el nombre va a ser suficiente para salvarme de esos tipos? Nick se cambió el nombre ¡y ya ves para qué

le sirvió!

—No, no se cambió el nombre en realidad —contradijo Ginsburg—. Quería que todos en Roma supieran quién era. Tu hermano, perdona que lo diga, pagó por su vanidad. Y solo estoy sacando conclusiones de lo que me has dicho que te han contado los federales —continuó Ginsburg—: a los fascistas les encantaba tener entre sus filas a Nicholas Franco, eso has dicho. Obviamente fue desde ahí desde donde se filtró que él era Horatio Doodle III y la información acabó llegándole a la persona que lo mató. En vez de esconder quien era en realidad, ¡Nick lo iba publicando!

—No me había dado cuenta de eso —confesó Leo.

—Nick adoraba su fama. Y Al adoraba su dinero.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que tú me has contado una vez más: que Al dejó entrar a su asesino en la fortaleza para «hablar de negocios». En otras palabras, para ganar más dinero. En vez de salvarlo, al final su dinero fue lo que hizo que lo mataran.

Leo estaba empezando a entender.

—¿Entonces qué sugieres que haga? —preguntó instantes después.

—Aprender de tus hermanos —propuso Ginsburg—. Sé prudente, como fue Al, y cuando llegue el momento establece medidas de seguridad. Y la mejor medida es la de Nick: desaparecer. Todo lo que tenga que ver con el Leo Frank de hoy: el nombre, el trabajo, incluso la apariencia... déjalo atrás. Pero tienes que ser listo y no repetir los errores de tus hermanos. No seas avaricioso, como Al, ni vanidoso, como Nick. Y así lograrás que el asesino pierda tu pista para siempre. O más bien pierda la pista de él, de Leo Frank, porque «ya no habrá Leo Frank». Conseguiremos que esa nueva identidad sea totalmente segura. —Entonces Ginsburg sonrió un poco tímido—. Perdona que haya dicho «conseguiremos», amigo, pero es que sé que puedo ayudarte. Tengo experiencia en eso tras haber escapado de una cárcel fascista y de un país en guerra. Y todavía tengo ciertas conexiones con los círculos antifascistas de Estados Unidos que pueden echarnos una mano para sacarte del país.

—Oh, Rico. ¡Eres el mejor amigo que he tenido! —exclamó Leo.

Su mejor amigo o no, Ginsburg fracasó en su último intento de convencer a Leo de que tuviera un poco de paciencia y volviera a la mansión con Thelma y a su trabajo en Northern Copper. Él quería irse y se empeñó en hacerlo ya.



UNA NOCHE MUY HÚMEDA de agosto de 1943 los dos se subieron a un taxi delante de la puerta del terrible hotel de East Harlem. Llevaban tres bolsas: una cada uno y otra más pequeña con un poco de ropa de Leo y, lo que era más importante, casi quinientos mil dólares ocultos en el falso fondo de la bolsa. En ese momento el dinero estaba en forma de oro y diamantes, cosas que se podían vender; el cambio de dólares a mercancía valiosa transportable lo había hecho Ginsburg con ayuda de las redes antifascistas. Uno de los suyos también fue quien preparó el falso fondo de la bolsa. Como forma de agradecimiento, Leo donó diez mil dólares a la causa.

Los dos amigos fueron a Grand Central Station cambiando de taxi tres veces por el camino (una precaución para asegurarse de que no los seguían, dijo Ginsburg). Leo no esperaba menos de un hombre que había conseguido escapar de los *fascisti*. Cogieron el primer tren que salía de la ciudad, cuyo destino resultó ser Pittsburgh. Llegaron allí por la mañana, cogieron un taxi, luego otro y al final se trasladaron a una pequeña ciudad cercana y cogieron otro tren a Louisville.

Tras unos cuantos cambios de tren más, yendo de acá para allá, muchas veces eligiendo al azar el destino en el último momento (otra precaución), llegaron a Miami tres días después de haber salido de Nueva York. Ginsburg le aseguró a Leo que ya estaba cien por cien seguro de que no los habían seguido. Un camarada antifascista de Ginsburg, un hombrecillo que no hablaba más que italiano, los recogió en la estación de tren y los llevó a un lugar para que descansaran durante el día. Después, cuando oscureció, el antifascista los llevó a un pueblo de pescadores que estaba a una hora de la ciudad. Allí los esperaba un gran barco de pesca que los llevaría a su siguiente destino: La Habana. El antifascista subió al barco también y Ginsburg le explicó a Leo que quería que permaneciera con ellos hasta que el dinero estuviera depositado a buen recaudo en un banco. Mientras lo miraba subir al barco, Leo vio con alivio que el antifascista llevaba un arma en el cinturón.

En cuanto el barco se hizo a la mar, Ginsburg le dio a Leo un sobre. Él lo abrió y encontró un pasaporte neozelandés con el nombre de Bernard MacLane. Pero la foto era de Leo y llevaba todos los sellos oficiales.

—Rico, no sé cómo darte las gracias —dijo Leo.

—No tienes que dárme las a mí. Las gracias son para Giustizia e Libertà —contestó Ginsburg.

Esa era la organización antifascista de la que él formaba parte, explicó, y a través

de cuya red había conseguido el pasaporte.

—*Insorgere! Risorgere!* —Ginsburg soltó su grito de guerra y levantó dos dedos haciendo la señal de la victoria.

Leo intentó decirlo también, pero sonó como si fuera a vomitar.

Desembarcaron con sus bolsas y fueron directos a un banco, acompañados por el antifascista. Allí «Bernard MacLane» abrió una cuenta y depositó su dinero, al que le había restado tres mil dólares (el coste del viaje en barco). Después se despidieron de su amigo antifascista (que volvería a Miami otra vez en el barco de pesca) y fueron a registrarse en el Hotel Nacional, el mejor de La Habana.

Leo y Ginsburg se lo pasaron muy bien en esa maravillosa isla de Cuba visitando los clubes nocturnos, los cabarés y los casinos todas las noches y gastando dinero como si no hubiera mañana. Allí Leo descubrió las delicias de las mujeres de piel oscura que se ofrecían generosamente a los yanquis con las carteras llenas de dólares. Ginsburg, en cambio, era más un hombre de juegos de azar. Durante el día daban paseos, se bañaban en el mar, se sentaban en cafés y comían en maravillosos restaurantes al aire libre, todo el tiempo intercambiando historias del pasado: Leo le contó a Ginsburg muchas cosas sobre la historia de la familia Frank y también sobre sus hazañas sexuales, mucho más entretenidas que lo anterior. Incluso fue muy explícito al contar sus noches locas con Thelma. Pero tengo que seguir adelante, *signore*, porque la diversión y los juegos es estupendo vivirlos, pero aburrido contarlos, sobre todo para la gente que no ha participado en ellos.

Unas tres semanas después de su llegada a La Habana, Ginsburg le dijo a Leo que había llegado la hora de hacer planes sobre cómo iba a continuar su viaje Bernard MacLane. Hablaron durante un par de días de dónde le gustaría empezar su nueva vida, si en Sudamérica o en África. A Leo le daba igual, dijo, sobre todo porque no había estado en ninguno de los dos sitios. Pero probablemente prefería África, porque le encantaban las historias que le contaba cuando era pequeño. Al tras volver de algún viaje allí para hacer nuevos negocios. Además era un gran fan de las películas de Tarzán.

—Bueno, creo que para saltar de un árbol a otro gritando así hará falta un poco de práctica —bromeó Ginsburg—. Pero yo también elegiría África si fuera tú. Es una elección mucho más sólida que Sudamérica, con todas esas revoluciones y contrarrevoluciones y tantos socialistas, camarillas y juntas y yo qué sé qué más. África es de los europeos. Es prácticamente como estar en tierra de blancos.

Una semana después los dos amigos se subieron a un barco que iba de La Habana a Caracas. Desde allí fueron por tierra hasta la Guayana Francesa. En Cayena, Ginsburg hizo su última contribución a la transición de Leo entre su antigua vida y la nueva metiéndole en un carguero que iba a África occidental. Por una generosa suma, el capitán accedió a llevar al señor MacLane de pasajero.

A Leo le resultaba casi insoportable que su amigo no se hubiera dejado convencer para hacer el viaje con él. Pero Ginsburg insistió en que no era posible. Sus parientes

de Detroit se estaban quejando porque necesitaban su ayuda en el negocio.

Y, lo que era más importante, Mussolini acababa de recibir una patada en el culo, los aliados habían recuperado Sicilia y ahora las organizaciones antifascistas de Estados Unidos tenían mucho que hacer para ayudar al movimiento que había allí y que se acababa de unir a la contienda para liberar a Italia de los nazis.

En la última noche que pasaron juntos, después de ingerir una buena cantidad de un ron nada bueno, se hicieron juramentos de alianza eterna. Leo lloró y no dejó de expresarle su gratitud una y otra vez. Sin Ginsburg, dijo, nunca habría sabido cómo crearse una nueva vida y, sobre todo, no habría sido capaz de hacerlo de un modo que le permitiera estar absolutamente seguro de que los asesinos de Lupo habían perdido su pista. Nunca podría pagarle todo eso.

—¿Quién sabe, amigo? —contestó Ginsburg, que también parecía conmovido—. Tal vez dentro de unos años el señor MacLane sea un gran terrateniente en algún lugar de África que necesite un perro guardián lombardo con algunas canas y me invite a ir a verlo. O tal vez yo vaya a visitarte para que nos dediquemos a pegarles tiros a unos cuantos elefantes.

—Te debo la vida —insistió Leo en su último brindis, y Ginsburg levantó su vaso.

—Púdrete, Tonio Lupo —respondió.

A la mañana siguiente Leo subió al barco con tres bolsas, las dos que había traído de casa, es decir, la grande y la pequeña del fondo falso con su dinero, y una tercera llena de ropa nueva y cara que le habían hecho a medida los maravillosos sastres de La Habana.



EL VIAJE POR EL ATLÁNTICO se desarrolló sin incidentes, porque ya no había por allí submarinos alemanes. Y así, en noviembre de 1943, el señor Bernard MacLane desembarcó en Costa de Oro. No busque ese país en un mapa, *signore*. Su nombre ha cambiado, como le ha pasado a la mayoría de los países africanos, y ahora se llama no sé cómo; los nombres que eligió el hombre blanco obviamente no eran lo bastante buenos para los nativos cuando lograron recuperar el control.

Leo volvió a meter su dinero en un banco, como le había dicho Rico que hiciera, y pasó un par de semanas allí, en un hotel mediocre, habituándose al nuevo clima, el nuevo cielo, el nuevo olor del aire y sobre todo la nueva sensación de libertad infinita: ahora estaba libre de Thelma, del trabajo y sobre todo del miedo a la *maledizione* que había estado oscureciendo su vida desde que entendió que no era un cuento inventado por la estúpida cabeza hueca de Nick. Estuvo allí unos cuantos días matando el tiempo y después empezó a viajar con la intención de disfrutar al máximo y pasárselo lo mejor posible. Y vaya si lo hizo. Fue de una colonia a otra: Costa de Oro, Nigeria, Sierra Leona y no sé qué otros lugares. Gracias a su dinero y su piel blanca, la gente lo trataba como si fuera el dueño de los sitios a los que iba. Para Leo Frank, o más bien Bernard MacLane, África era un enorme patio de recreo que le había regalado la suerte para que lo disfrutara.

Contrató guías y se fue de caza, e incluso llegó a matar a un par de animales salvajes. Pero Leo era un chico de ciudad y lo que más le gustaba era estar en los bonitos hoteles coloniales de las ciudades donde, aunque era extranjero, siempre le daban la bienvenida con los brazos abiertos. Lo que no se le daba bien allí eran las mujeres, lo que fue una cierta decepción. Conoció a unas cuantas guapas, británicas y francesas en su mayoría, pero eran conservadoras y no querían follar a menos que hubiera una proposición de matrimonio de por medio (¿y cuántas veces se podía llegar a eso?). Menos mal que estaban las putas: negras, jóvenes y pícaras, con pechos duros y brillantes como limones de ébano.

Leo Frank pasó un año y medio de diversión pura y verdadera, siempre en movimiento, siempre de viaje. Después, en mayo de 1945, en Yaundé, Camerún, oyó la noticia de que se había acabado la guerra en Europa. Los nazis habían sido aplastados y el *pazzo* de Hitler se había volado los sesos. Y en agosto el señor Truman dejó caer la madre de todas las bombas sobre los japos. Eran buenas noticias para el mundo, claro. Pero a Leo no le importaba el mundo. Él vio la nueva situación

como un mensaje de que su época de movimiento constante estaba a punto de terminar. Con la guerra finalizada, los estadounidenses ricos empezarían a viajar a África, por negocios o por placer, y cuantos menos de esos se encontrara, mejor. Tal vez sería una buena idea empezar a gastar menos dinero. Bueno, tenía mucho, claro, y con el bajo coste de la vida en África podría pasar el resto de su vida cómodamente sin tener que trabajar ni un día, pero si seguía gastando a ese ritmo, tal vez no podría hacerlo con todas las comodidades que acostumbraba a tener. Era momento de establecerse en alguna parte, el último paso del plan que había hecho con Rico Ginsburg en aquel hotel decadente de East Harlem.

Ginsburg era, por cierto, el único contacto que mantuvo en el Viejo Mundo; durante todo el tiempo que estuvo viajando le enviaba postales a una dirección segura de Detroit que él le había dado y dirigidas a otro nombre (ese hombre era tan avisado que pensaba en todo).

MONSIEUR BERNARD MACLANE LE ENVÍA SUS SALUDOS DESDE SU NUEVO HOGAR, LA FINCA BELLE ÉPOQUE EN NDJOLÉ, GABÓN.

Aparte de un nombre nuevo, una nueva nacionalidad y un nuevo pasaporte, el hermano número tres también tenía un nuevo país y una nueva casa. Y además, una nueva apariencia: en su época de viajes se había dejado crecer una hermosa barba bastante larga y para entonces estaba tan bronceado que se parecía más a los negros que había por allí que a un hombre blanco... ¿Qué ocurre, *signore*? ¿Por qué frunce el ceño? Hay negros en África, ¿no lo sabía?... ¿Que no le gusta la *palabra*? ¿La palabra «negro», quiere decir? ¿Y qué tiene de malo?... Está bien... Bueno, no me haga perder el tiempo, si «todo el mundo los llama ahora “personas de color”», yo los llamaré así también. Pero eso no va a hacer que sean menos negros. De hecho, hace más hincapié en ese detalle, creo yo.

Pero a lo que iba. El hermano Frank número tres se había establecido por fin y nadie podía vincular al colono de Nueva Zelanda *monsieur* Bernard MacLane de la finca Belle Époque, de Gabón, con Leo Frank, integrante de la importante familia de empresarios de Nueva York.

O, para ser más precisos: nadie podía conectarlo con Leo Frank excepto la única persona del mundo que no debería poder. Seguramente lo habrá adivinado ya, *signore*, porque he visto una chispa de suspicacia en sus ojos: el hombre que Leo conocía como Rico Ginsburg, su último amigo, el más querido y en el que más confiaba (de hecho el que creía que era su *único* amigo), no era otro que Peppe Terranova, el hombre que tenía como principal tarea en su vida matar a Leo.



PARA ENCONTRAR EL ORIGEN de esa jugada maestra que había ideado Terranova para convertirse en el mejor amigo de Leo Frank (la más magistral que se le había ocurrido en las décadas que llevaba con su misión de matar a los tres hermanos Frank), debemos retroceder hasta la época en que Calo y Pinza perdieron a Nick Frank en París, es decir, cuando Terranova empezó a preocuparse seriamente de que pudiera fracasar en su misión y hacerlo a lo grande. Esa preocupación desapareció, por fin, con la entrada en escena de los federales. ¿Pero cómo puede un hombre en su sano juicio esperar que aparezca una salvación tan poco probable una *segunda* vez? No debería confiar en algo así. Por eso, después de que despachara al hermano número dos en Roma, volviera a Estados Unidos y recibiera los cien mil dólares del «Trovatore», esta vez también siguiendo el mismo procedimiento del anuncio en el *Providence Journal*, las llamadas, etc., Terranova centró su atención en preparar un plan infalible para no perder al hermano número tres.

Hacía tiempo que poseía la identidad de Ricardo Ginsburg, con su pasaporte y todo; era un recurso de emergencia, por si le hacía falta en algún momento. Pero no la activó hasta que fue a Nueva York tras bajar del avión del Ejército, de vuelta de Roma después de matar a Nick Frank.

Allí estuvo siguiendo a Leo durante más o menos una semana, observando sus rutinas diarias. Entre ellas había una que no fallaba: la nueva costumbre que había adquirido de llevar a Central Park a ese perro deforme. Se fijó en el banco en el que se sentaba Leo.

Lo único que Terranova hizo para prepararse antes de propiciar su primer encuentro «accidental» con Leo fue renovar un poco su vestuario y hacerlo más elegante, añadiéndole algunos complementos, como un sombrero nuevo y un bonito abrigo de camello de segunda mano que encontró en una tienda de Brooklyn y que tenía la etiqueta de un sastre milanés (aunque no creía en esas cosas, le pareció que era una señal, porque su pasaporte con el nombre de Ginsburg decía que había nacido en Milán).

Como sabía que Leo Frank era un hombre al que le gustaba la diversión, Terranova no tuvo dudas de que podría entablar una conversación casual con él. Si jugaba bien sus cartas, incluso podrían desarrollar gradualmente una cierta relación. Pero francamente no se podía imaginar (ni mucho menos era algo que hubiera planeado) que, tras un par de encuentros, ese idiota fuese a confiar tanto en él como

para proponerle que fuera su socio en un chanchullo que estaba haciendo a espaldas de la empresa familiar.

Aceptar la oferta no fue una decisión fácil para Terranova, sobre todo porque solo tuvo el tiempo que duró la comida para pensarlo. Por un lado era algo que le venía como caído del cielo (o más bien ascendido desde el *infierno*), una oportunidad ideal para acercarse más y permanecer junto a su siguiente víctima. Con la confianza que se desarrollaría si se hacían socios en esa actividad ilegal, conocer su paradero en el futuro sería un juego de niños. Pero también entendió el peligro que implicaba. Las instrucciones de don Tonio fueron que no tuviera que ver con nada ilegal (a menos que fuera necesario para continuar con su misión); su objetivo era protegerlo de la cárcel, o incluso de algo peor, hasta que completara su misión. Y aunque la propuesta de trabajar con Leo Frank en el chanchullo de Northern Copper definitivamente había surgido durante el cumplimiento de su deber, conspirar con unos extranjeros (esos sudamericanos) contra los intereses de una empresa estadounidense, que pertenecía además al negocio de los suministros armamentísticos, era un delito muy grave. Tomaría medidas para protegerse de la ley, claro. ¿Pero lo haría Leo?

Pero, a pesar de esa desagradable posibilidad, decidió aceptar la oferta. En aquel momento lo justificó ante sí mismo diciendo que era un camino que tenía que seguir para no arriesgarse a perder la amistad de Leo (*si, si, menuda cruz tenía sobre sus hombros, il poverissimo Peppe!*). Pero la explicación que yo veo ahora es que un sinvergüenza lo es toda la vida, y cuando le tientan con un buen tinglado, simplemente no puede decir que no. Aun así, aunque Terranova podría haber conseguido del señor Ramón no sé qué y otros como él una inesperada cantidad de dinero extra, una cantidad importante además, se sintió aliviado cuando Leo lo llamó a su lado para decirle que se había enterado de lo de la *maledizione* de Lupo (le sorprendió mucho descubrir que no lo había sabido hasta entonces, por cierto), sobre todo porque el hombre entró en tal estado de pánico que le pidió a él, su futuro asesino, que fuera su salvador y que planeara su «desaparición».

La suerte también había tenido algo que ver en todo eso, claro. Pero hay que reconocerle a Terranova, *signore*, lo bien que supo aprovecharla. Por mucho que se intente, en lo que respecta a tener vigilado a alguien no se puede hacer mejor de lo que lo estaba haciendo él, que había conseguido que le diera la información que necesitaba directamente a él y por su propia voluntad (aunque su víctima no tuviera ni idea de a quién se la estaba dando). Y Leo Frank hizo muy bien su tarea de mantenerlo informado; fue muy minucioso y eficiente. Durante sus viajes por África occidental le envió tantas postales a Terranova que podría haber llenado con ellas un álbum. Un año y medio después, cuando llegó el telegrama diciendo que «*monsieur Bernard MacLane*» había adquirido una dirección permanente en ese lugar de Gabón, Terranova se felicitó por un trabajo excelente. Ya podía sentarse y relajarse. En 1954, el año en que el hermano Frank número tres cumpliría los cuarenta y dos, iría a África y lo mataría.

Eso siempre y cuando Leo mantuviera la costumbre de escribir cartas frecuentemente y no se produjera ningún otro contratiempo, algo que Terranova no podía predecir.



EL HERMANO FRANK número tres, nuestro amigo Leo, había visto esa finca que sus dueños anteriores llamaron «Belle Époque» cuando pasó por primera vez por la jungla de Gabón, en ese primer año que se pasó viajando. Mientras bajaba por el río Ogooué, el transporte fluvial pasó navegando junto a una gran casa que estaba pintada de color blanco, un pequeño palacio en la cima de un acantilado no muy alto, justo alzándose sobre la orilla. El capitán, un exmarinero belga, le dijo a Leo que llevaba a la venta un tiempo, pero que el propietario, un francés que estaba a punto de palmar, pedía demasiado dinero. Leo preguntó cuánto era «demasiado» (por curiosidad básicamente) y oyó un precio que a él le pareció ridículamente bajo. Así que, un año después, cuando decidió establecerse en alguna parte, cogió de nuevo ese transporte para subir por el río, pero esta vez desde un lugar junto al mar que se llamaba Port-Gentil. El capitán le dijo que el francés que cuando pasó por allí por primera vez estaba a punto de estirar la pata había muerto, como esperaban, pero que su esposa seguía teniendo Belle Époque en venta. Leo desembarcó en el puerto más cercano, junto a un pequeño pueblecito que se llamaba Ndjolé («puerto» es una manera de llamarlo, ya que en realidad no era más que un muelle de madera que crujía). Allí alquiló una canoa que llevaba un neg... eh... *mi scusi*, un hombrecillo de color, que era quien remaba. Los veinte minutos de viaje corriente abajo a Leo le parecieron muy largos, porque la mayor parte los pasaron acompañados por unos cocodrilos enormes. Casi se caga de miedo solo con verlos, pero afortunadamente ese hombrecillo sabía navegar bien y no perdió el control cuando una de esas criaturas chocó contra la canoa.

La mansión Belle Époque era casi tan bonita de cerca como parecía desde el río. Leo conoció a la viuda del francés, que no era francesa, sino escocesa y bastante joven. Iba muy emperifollada y cubierta de maquillaje cuando Leo llegó, como si él estuviera allí para llevarla a una fiesta y tal vez después a la cama. Pero era fea como un sapo, así que Leo se centró en el asunto que le había llevado a ese lugar. Accedió al precio que le pedía con la condición de que los muebles, la vajilla y la cubertería estuvieran incluidos también. «Claro, no hay problema», accedió la dama escocesa, y le dejó quedarse con la plata, la cristalería y hasta con su gramófono y su colección de discos; estaba tan contenta de poder dejar ese lugar que habría incluido en el acuerdo a su madre empleada como ama de llaves si la mujer hubiera estado allí. Al día siguiente los dos cogieron el transporte fluvial que los llevó a Port-Gentil y

firmaron el contrato.

En su primer día en Belle Époque como propietario, un hombre de color alto y de mediana edad, que se llamaba Aristide, fue a ver a Leo. Le dijo que era el capataz.

—¿El capataz de quién? —preguntó Leo.

El hombre pareció un poco perplejo.

—El capataz de los trabajadores de la plantación, *monsieur*.

Leo había aprendido algo de francés en la universidad, por si se lo preguntaba (fue idea de Al, porque Frank y Worthington vendía muchos productos relacionados con la moda), y Aristide también sabía un poco de inglés tras haber tratado con la señora escocesa, que, como todo angloparlante que se precie, se negaba a hablar correctamente ningún otro idioma que no fuera el suyo.

Fíjese, *signore*: hasta ese momento, Leo no se había dado cuenta de que, aparte de la mansión, había adquirido también un par de miles de árboles de cacao. Aristide lo llevó a la plantación, le habló del cuidado de los árboles, de la cosecha de esos frutos que parecían pequeños balones de fútbol naranjas y del procesamiento de las semillas para poder vendérselas a los distribuidores. Después le enseñó las cuentas de los últimos años. Para su sorpresa, Leo vio que había adquirido algo que generaba dinero. No le iba a hacer ganar una fortuna a la altura de la de la familia Frank, claro, pero era lo bastante para seguir viviendo con ciertas comodidades sin tener que recurrir a sus activos. El personal a tiempo completo, compuesto por cinco personas, dos para la casa y tres para la plantación, a los que había que añadirles unos cuantos más en temporada de cosecha, cobraba una miseria, y ese Aristide parecía un hombre capaz, tanto que podía llevar el negocio sin que Leo tuviera que hacer nada.

Cuando se estableció en Belle Époque, Leo Frank dejó atrás todo lo que pudo de su vieja personalidad. Aparte del nuevo nombre, nacionalidad, etc., ahora tenía una nueva profesión, la de «hacendado», que además no necesitaba que tuviera contacto con otras personas.

Durante un tiempo todo fue bien. Pero el tiempo pasaba y empezó a darse cuenta de que su situación no era perfecta. Durante su primera época en África, mientras iba de un lugar a otro comiendo, cazando animales, tirándose putas y todo lo demás, Leo se divertía muchísimo. Era una vida totalmente diferente para él pero que le proporcionaba posibilidades de desarrollar su principal talento: el de pasárselo bien. Pero desde que se fue a vivir a la mansión de la jungla, ese talento empezó a marchitarse porque no tenía forma de expresarse.

No quería admitirlo, pero pronto empezó a echar de menos Nueva York. Echaba de menos los bares y los clubes, a sus chicas de piel clara e incluso a los pocos amigos que tenía con los que emborracharse o charlar. Y también extrañaba otras cosas, como los coches bonitos o ir a un partido de las series mundiales.

Como se puede imaginar, cerca de Belle Époque no había mucho que pudiera ni siquiera acercarse a lo que le ofrecía Nueva York. Bueno, a Lela la gorda, la cocinera que había heredado de la propietaria anterior, se le daba bien su trabajo, pero lo que

preparaba no podía competir con la calidad y la variedad de los locales que frecuentaba en Estados Unidos. Y ella no dejaba de parlotear mientras le servía, con una cháchara salpicada de ataques de una risa estruendosa, como esa de los... las personas de color, ya sabe, ese «jii-jii-jiiiiiiiiiiiiii». Tampoco había posibilidad de echar un polvo por allí cerca, ni con una chica negra ni con una blanca (ni *amateur* ni profesional) para eso tenía que irse al menos a ciento sesenta kilómetros de donde estaba; eso sí, si lo que te gustaba eran los animales, había donde elegir. Así que en ese terreno a Leo no le quedaba más remedio que masturbarse recordando a las chicas que se tiraba cuando estaba en Estados Unidos, a Thelma sobre todo. Lo único que podía pasar por entretenimiento en Belle Époque era el gramófono. Entre los discos que le dejó la escocesa había mucha música francesa, que a él no le gustaba, pero también había canciones inglesas y americanas. Para interrumpir el silencio o el parloteo de Lela, Leo los ponía a veces y se animaba a cantar bien alto para acompañar el gramófono mientras caminaba arriba y abajo por el salón. Eso provocaba que Lela se echara a reír y él acababa soltando maldiciones contra ella, lo que hacía reír aún más alto a la cocinera. Así que ni siquiera la música le servía de consuelo. En cuanto a las actividades al aire libre, fue de caza unas cuantas veces por los alrededores del Belle Époque, pero dejó de hacerlo cuando se encontró una serpiente, una especie local muy peligrosa que se llamaba «víbora de Gabón»; por suerte, Aristide consiguió matarla de un golpe antes de que lo mandara al otro barrio.

Leo mantuvo la costumbre americana de cenar a las seis y media. Después normalmente se sentaba en una silla cómoda en el porche, justo encima del acantilado con vistas al río, con una copa de ginebra con lima en la mano, recordando cosas de su vida anterior (era algo así como ver una televisión privada que se proyectaba en el interior de su cabeza).

Y a veces permanecía allí hasta que llegaba la noche con una segunda copa de ginebra con lima, iluminado solo por la luz de la luna y las estrellas, porque si encendía alguna luz artificial el resplandor atraía a un millar de moscas. Se quedaba ahí sentado en la oscuridad, recordando, hasta que se aburría o hasta que le venía a la mente alguna chica especialmente atractiva que había conocido en el pasado y decidía quedarse con ese recuerdo. Entonces entraba en la casa y se hacía una paja.



LO ÚNICO QUE NO HABÍA cambiado en la nueva vida de Leo era la familia: no tenía cuando se fue a África y seguía sin tenerla cuando se instaló allí. Y eso era bueno, porque eso significaba que quedaba margen para que su vida mejorara. Pero Leo no lo veía así al principio. De hecho, cuando vivía en Nueva York, le gustaba citar a ese tío de cara redonda, W. C. Fields, diciendo: «alguien que odia a los perros y a los niños no puede ser tan malo». Leo no podía estar más de acuerdo, sobre todo después de haber vivido muchos años bajo el mismo techo que el malcriado de Alexander y el inimitable *Winston*.

Pero tras un tiempo en Belle Époque, empezó a pensar seriamente en buscarse una esposa, sobre todo desde que Lela, la cocinera gorda, comenzó a intentar lavarle el cerebro diariamente, repitiéndole todos los días mientras le servía la comida que debería encontrarse una bonita *mademoiselle* blanca, casarse con ella y tener muchos *bébés roses*, es decir, bebés rosaditos. Después de un rato, Leo le decía que se callara y Lela se ponía con su «jii-jii-jiiiiiiiiiiii». Pero la idea (más la de la guapa *mademoiselle* blanca que la de los bebés rosas) empezó a tomar forma en su mente.

De hecho Leo estuvo a punto de declararse a una señorita agradable y joven en el otoño de 1947, cuando fue a Port-Gentil durante un par de semanas. La razón que lo llevó allí no tenía nada que ver con el romanticismo; un terrible dolor de muelas que no se iba ni con aspirinas ni con la asquerosa infusión de hierbas que Lela le preparó. Así que cogió el transporte río abajo, pasó todo el viaje gimiendo de dolor y cuando llegó a Port-Gentil fue directo al dentista, que le dijo que necesitaría varias visitas para ponerle la boca en condiciones.

Ndjolé no se podía llamar «ciudad», pero Port-Gentil sí. No era Manhattan, claro, pero tenía unas cuantas tiendas, coches y cosas así, y un hotel decente con un buen restaurante y un bar aún mejor. Había unos cuantos huéspedes cuando Leo se registró, todos blancos, claro, y la mayoría franceses. Pero unos días después, cuando por fin desapareció el dolor de muelas y Leo dejó de sentirse tan mal, vio llegar a una pareja de los Países Bajos, unos de esos locos por la naturaleza (iban a buscar mariposas, creo), que iba acompañada por su hija, una chiquilla de veinte años bastante atractiva, del tipo «capullito en flor».

Leo se dio cuenta, para su sorpresa, de que se le había olvidado lo bonitas que eran las mujeres de carne y hueso en comparación con las de sus recuerdos, las que utilizaba para masturbarse. De hecho se quedó tan prendado de ese espécimen vivo,

esa chica holandesa (como se me ha olvidado su nombre, llamémosla simplemente «el Tulipán»), que aunque había estado yendo a un burdel diariamente desde que llegó a Port-Gentil, no fue ni una vez más desde que la conoció. Y lo que es peor: aunque terminó con el dentista un par de días después de que llegara el Tulipán, Leo no se fue de la ciudad.

Al principio solo la observaba en el vestíbulo o en el restaurante del hotel. Una vez incluso consiguió que le sonriera. Después empezó a considerar la posibilidad de acercarse. La manera más natural era a través de sus padres, que de todas formas la mantenían muy bien vigilada. La pareja tenía más o menos la edad de Leo y hablaba un inglés decente (y la chica también, de hecho). Así que una noche se puso a charlar con ellos en el bar antes de la cena, los invitó a unas copas y les propuso que cenaran todos juntos. En presencia del Tulipán, Leo desempolvó sus viejas habilidades de embaucador y representó a la perfección el papel de fascinante aventurero blanco, cazador de presas de caza mayor, explorador y todo lo que se le ocurrió. Entretuvo a los holandeses con muchas historias de sus grandes hazañas, algunas de las cuales habían sucedido en Nueva Zelanda (antes de contarlas había averiguado que ellos nunca habían estado allí) y otras en África. A los padres lo que contaba les resultó entretenido, pero el Tulipán se quedó impresionada. Los cuatro volvieron a cenar juntos la noche siguiente y la siguiente.

Una mañana el Tulipán les dijo a sus padres que estaba enferma y que no podía ir a su cita diaria con las mariposas. Ellos se lo contaron a Leo durante el desayuno. Pero cuando la vio bajar justo después de que se hubieran ido, perfectamente sana, supo que el juego acababa de comenzar. ¡El Tulipán estaba loca por él! Leo se la llevó a comer a un sitio íntimo cerca del puerto y le contó más historias falsas sobre sus aventuras y unos cuantos chistes. Ella se rio mucho. Después pasearon por Port-Gentil y se detuvieron en una tienda de segunda mano que regentaba un viejo francés. El Tulipán aparentemente era de las estudiosas, porque solo estuvo mirando libros viejos. Leo compró un par de discos americanos para él y también uno para el Tulipán, que le regaló cuando salieron de la tienda. Ella miró el título del disco: *Qué fácil sería amarte*. Se sonrojó y volvió corriendo a la tienda, de donde salió minutos después con un libro, en inglés, que le regaló a él diciéndole que era su libro favorito de siempre y que le encantaría que lo leyera. Lo había escrito un checo, le dijo el Tulipán (¿Un checo escribiendo un libro? ¿Se lo imagina?), y se titulaba *El metabolismo* o algo así. La historia era muy rara: iba de un hombre que se despierta una mañana transformado en una cucaracha... ¿Ah, lo conoce? ¡Pero qué joven más listo es usted, *signore!* Sí, eso es: *La me-ta-mor-fo-sis*.

—Oh, Dios mío —dijo Leo, haciéndose el gracioso—. ¿Tu libro favorito va de un hombre que se convierte en una *fifi*?

El Tulipán le preguntó qué era eso de *fifi* y él le dijo que era cucaracha en fang, la lengua local. El Tulipán rio y dijo que ese nombre casi hacía que esas criaturas asquerosas parecieran adorables.

—Si eso de *fifi* hace que adores a las cucarachas, muchacha, entonces llámame *fifi* a mí también —respondió Leo.

¡Muy Humphrey Bogart!

Los padres del Tulipán volvieron a última hora de la tarde e interfirieron en los planes de Leo de hacer un movimiento más decidido esa noche. Pero no estaba decepcionado: lo haría cuando tuviera otra oportunidad. La chica estaba a sus pies. Era cosa hecha.

Leo se levantó de muy buen humor a la mañana siguiente. Incluso iba dando saltitos por la habitación y cantando: «Oh, qué bella mañaaaana, qué bella mañana». Los holandeses se habían llevado con ellos al Tulipán a pasar el día fuera, buscando mariposas, pero a él no le importó ni lo más mínimo, porque necesitaba tiempo para leer el libro del hombre que se convertía en *fifi* y así poder impresionarla esa noche. Se sentó en la agradable y fresca salita del hotel y se dispuso a leer. Pero justo cuando acababa de abrir el libro, antes de que le diera tiempo a leer nada, el conserje apareció a su lado con una sonrisa de felicidad y le dijo que habían llegado tres caballeros de Nueva Zelanda esa misma mañana y se habían emocionado mucho al saber que había en el hotel un compatriota suyo, o eso le dijo el conserje. Le habían pedido que le dijera a Leo que le invitaban a cenar esa noche y que no iban a aceptar un no por respuesta. En ese momento no estaban, habían alquilado un *jeep* y se habían ido al alguna parte, pero volverían pronto.

Leo ya había pensado que podía encontrarse con algún auténtico neozelandés en sus viajes (no era tan raro) y, si se daba el caso, tenía previsto lo que diría de su «patria», de la que no sabía nada más que lo que Ginsburg le había obligado a leer en una enciclopedia cuando estuvieron en La Habana. Así que se había preparado toda una historia sobre que su familia se había ido del país cuando él era muy pequeño y que realmente había vivido casi toda su vida en Estados Unidos, etc. Pero al oír lo de la invitación a cenar por parte de los tres neozelandeses desconocidos, le entró el pánico.

Y no sintió ese pánico porque no supiera nada de ese lugar, sino por la serie de preguntas que le surgieron, preguntas que a él le parecieron perfectamente razonables, como por ejemplo: ¿podía ser una coincidencia que tres neozelandeses hubieran llegado de repente a Port-Gentil? ¿Y si no lo era y habían venido porque se habían enterado de que allí había un impostor, un hombre que fingía ser neozelandés pero no lo era? ¿Por qué si no a qué venía eso de «no aceptar un no por respuesta» a su presunta «invitación» a cenar? Era una amenaza manifiesta, maldita sea. Decía: «¡Preséntate o ya verás!».

Leo de repente, aterrorizado, se preguntó por su pasaporte. Ginsburg le había asegurado que era «real del todo», lo que debía significar que alguna vez hubo una persona con el nombre de Bernard MacLane. ¿Pero qué le habría ocurrido? Y, lo que era más importante, ¿qué había sido? Demonios, ¿cómo era posible que no hubiera pensado en *eso* antes?, se dijo Leo. ¿Y si ese hombre, el Bernard MacLane original,

era un criminal y esos tres neozelandeses eran policías? ¡Oh, Dios mío! ¿Y si habían ido a Gabón con la intención de arrestarlo? O peor, ¿y si el anterior Bernard MacLane no era un criminal, sino la víctima inocente de uno?

Sí, ¿y si lo habían asesinado y los policías pensaban, lógicamente, que quien tenía ahora su pasaporte era su asesino? ¡Eso supondría la horca para él! O tal vez... ¿Por qué no, eh? Quizás el verdadero Bernard MacLane había sido un espía nazi, un criminal de guerra, y esos tipos que fingían ser «neozelandeses» eran algún tipo de agentes que habían venido para ocuparse de él, para matarlo en un lugar oscuro y después tirar su cuerpo al mar. Curiosamente la única cosa que a Leo no se le ocurrió fue que los neozelandeses fueran los asesinos de Lupo disfrazados. Creía que no estaba expuesto a esa amenaza en concreto.

Leo tuvo que improvisar y hacerlo rápido, porque el conserje seguía de pie a su lado con esa estúpida sonrisa. Se levantó bruscamente, le dijo al conserje que había recibido noticias alarmantes de su casa y que tenía que irse inmediatamente. Subió corriendo a su habitación, hizo la maleta, bajó, pagó la cuenta y fue al puerto. Como el transporte fluvial no salía hasta horas después, pagó a un hombre con una lancha motora para que lo llevara unos kilómetros corriente arriba por el Ogooué; no tenía intención de quedarse ni un minuto más en Port-Gentil con esos tres personajes tan sospechosos merodeando por allí. La lancha lo dejó en un lugar sucio, donde estuvo esperando unas cuantas horas, y después cogió el transporte desde allí de vuelta a Ndjolé, donde se encerró totalmente en su casa, sin salir ni al jardín.

Cuando ya llevaba un par de días en Belle Époque, se acordó del Tulipán. Oh, se había ido sin decirle nada, ¡sin dejarle una nota siquiera! ¿Pero qué podía hacer a esas alturas? ¿Volver a Port-Gentil? Ni hablar. Demasiado arriesgado; los «neozelandeses» podían seguir allí. ¿Enviarle una carta al hotel explicándole que había tenido que irse repentinamente a una gran aventura, pero que no dejaba de pensar en ella?

No, eso tampoco, porque se podía utilizar el matasellos para descubrir dónde estaba; al menos eso seguía siendo secreto, porque se había registrado en el hotel con una dirección falsa. Al final resolvió el problema del Tulipán masturbándose casi sin parar durante unos cuantos días, imaginándose que se la estaba tirando una y otra vez de todas las formas que se le ocurrieron. Pero como la familiaridad acaba trayendo el desdén, pronto se cansó de ella y volvió a masturbarse como antes, reproduciendo en su mente sus mejores polvos con Thelma y otras selectas damas de Nueva York. Y también buscó consuelo en la bebida.



DESDE ESE MOMENTO empezó el declive del hermano Frank número tres. Su situación empeoraba cada día. Todo pasó gradualmente, claro, pero como Leo no tenía nada más que hacer con su tiempo, «gradualmente» en su caso quiere decir que todo ocurrió en una progresión, sí, pero una más bien rápida que lenta.

Bebía regularmente; el transporte fluvial le traía la ginebra por cajas. He oído decir que ese vicio es hereditario, *signore*, y como el padre de Leo Frank y también su hermano Nick habían recurrido a la botella cuando las cosas se pusieron feas, tal vez eso explique por qué lo hizo él también. Pero como Leo también tenía una madre y un hermano que nunca se emborracharon, no estoy del todo seguro de que en su caso fuera algo heredado. No... Lo que llevó a Leo a la bebida fue el miedo. Después de volver ese día de Port-Gentil, el único lugar donde se sentía seguro, el único sitio que no le producía escalofríos, era Belle Époque; incluso una visita al mercado de fruta en Ndjolé un día con Lela había acabado en un ataque de pánico. Eso resultó en que, de hecho, acabó estando prisionero en su propia casa. O, más bien, prisionero en su mente. La única forma de escapar de eso era beber, o eso creía él. Pero la bebida empeoraba su problema.

Leo bebía cada vez más, todos los días, hasta que se convirtió en un alcohólico empedernido y le hacía efecto ya solo con el primer sorbo. Pero seguía bebiendo. De hecho su problema con la bebida empeoró tanto que dejó hasta de masturbarse... ¡Sí, no se ría, *signore*! No es divertido, piénselo. Como sabrá si ha practicado ese arte en algún momento, jugar con el pene de uno requiere un interés en ciertos aspectos positivos del mundo, como las tetas y los culos y esas cosas.

Pero Leo aparentemente ya no tenía interés por nada. Y eso seguramente parecerá lo peor que le puede pasar a alguien. Pero no. Se puso aún peor. Porque entonces llegó el libro de la *fifi*.

Ya le he contado que Leo se sentó a leerlo en el saloncito del hotel de Port-Genil para impresionar al Tulipán. Pero nada más abrirlo, lo interrumpió la «crisis de los tres neozelandeses», así que dejó el libro sin tocar. Más o menos un año después, una noche estaba tumbado en el enorme sofá del salón de Belle Époque (en ese punto para él ya no había diferencia entre la mañana, la tarde y la noche), estiró la mano hacia atrás para coger la botella de ginebra, pero lo que cogió fue el libro de la *fifi*, que aparentemente había dejado allí, sobre una mesita auxiliar, cuando volvió de Port-Gentil y no se había vuelto a acordar de él.

Y Leo abrió eso de *El metabolismo...* Sí, sí, *La metamorfosis*, como sea... Y empezó a leer en medio de una neblina alcohólica. Tras leer los dos primeros párrafos se levantó, salió corriendo afuera, se plantó en el porche y tiró el libro al Ogooué con un amplio movimiento del brazo; cualquiera diría que estaba practicando un lanzamiento de béisbol. Era una noche tranquila y se oyó claramente la salpicadura del libro al caer al agua. Pero no sirvió de nada. La primera escena, que empieza con una frase que habla de que ese tipo checo se levanta de la cama una mañana y descubre que las extremidades que agita delante de él no son las mismas que tenía cuando se acostó, sino que de repente son las de una cucaracha... Esa escena no la arrastró la corriente del río, sino que se quedó enganchada en el cerebro de Leo desde entonces, como si fuera una maldita sanguijuela. Sí, señor.

A partir de entonces la nueva estrella de Belle Époque fue la *fifi*, ¡un asqueroso *scarafaggio!*

Estará de acuerdo conmigo, espero (si no lo está, dígalo, y lo llevaré a un loquero mañana mismo, inmediatamente después de desayunar), en que la idea de alguien que se levanta una mañana y descubre que se ha convertido en una cucaracha es totalmente ridícula. Para usted y para mí, lo es. Pero para el cerebro de Leo, en el estado en el que estaba en ese momento, no era ridícula, sino terrible. Ya le hablé de su «locura transitoria» cuando se enteró de lo de la *maledizione* en Nueva York, ¿no? Bueno, pues su reacción al oír lo de los tres neozelandeses que le invitaron a cenar en Port-Gentil fue la primera señal de que había empezado a dirigirse hacia una locura más permanente. Y esta fijación que adquirió con la posibilidad de convertirse en una cucaracha mientras dormía demostró que ya había llegado al final del camino.

A partir de entonces, Leo ya no pudo pensar en otra cosa. Se pasaba todo el día preocupándose por eso. Tanto que hacía todo lo posible por permanecer despierto, incluso cuando se moría de sueño, por si al despertarse descubría que se había convertido en Dios sabe qué. Y cuando, a pesar de todos sus esfuerzos, al final caía rendido, como le pasa a todo el mundo, incluso a un vago y un borracho como él, se despertaba poco después bruscamente, boqueando como si alguien le hubiera dado un puñetazo en el estómago, y luego lentamente, temblando, se acercaba las manos a la cara para asegurarse de que seguían siendo como antes y no se habían convertido en garras o lo que sea que tiene una cucaracha para rascarse las pelotas. Y seguidamente hacía lo mismo con las piernas. En pocas palabras: estaba como una cabra.

Lela, la cocinera gorda, al principio aprovechaba los primeros y breves momentos del día en los que Leo aún estaba sobrio para intentar razonar con él: la única forma de que todo recuperara un orden era que encontrara una esposa, esa era su opinión.

—Tiene que casarse, *monsieur* Bernard —decía—. Encuentre una guapa *mademoiselle*. Si usted no es capaz de encontrarla, ¿por qué no le escribe a su familia en Nueva Zelanda y les dice que le envíen una?

—¿Que la metan en una caja y la envíen aquí, quieres decir?

—Ya está diciendo cosas raras —contestaba—. Encuentre una esposa, *monsieur*,

traígala aquí y tenga *bébés roses*. ¡Muchos *bébés roses*!

Signore, tengo que confesar que no sé qué obsesión tenía Lela con eso de los «bebés rosaditos». Tal vez le parecían monos y enternecedores, como le pasa a la gente de nuestro color de piel con los cachorritos peludos, no sé.

Pero un día, cuando Leo aún no se había tomado la primera dosis de alcohol (un chorrito de *brandy* con el café), durante una nueva repetición de esa conversación, Leo le preguntó:

—Lela, dame tu opinión. ¿Qué pasaría si encuentro una *mademoiselle* para mí, como sugieres, la traigo aquí, hago lo propio y creo un *bébé rose* y después me levantó una mañana y descubro que se ha convertido en un *bébé fifi*? No *rose*, sino *noir*... negro, ¡como tú!

Lela era muy religiosa. Y como ella quería un Dios bueno, uno que le diera cosas buenas a la gente buena después de morir, había elegido a Jesucristo, ese de quien hablaban todos los domingos en la misión de Ndjolé. Pero sabía que seguía habiendo cosas malas arrastrándose por la jungla; eran los espíritus en los que creía la gente de su tribu. Y por eso, cuando oyó la ocurrencia de Leo de que un bebé rosadito se podía transformar de la noche a la mañana en una cucaracha negra, llegó a la conclusión de que lo había poseído un espíritu malo. Para ella era algo natural asumir algo así, no solo porque las posesiones de espíritus malignos eran algo muy común, en su experiencia, sino porque uno de los peores dioses de su tribu había adoptado, precisamente, la forma una cucaracha, es decir, era un dios-*fifi*.

Así que Lela fue a hablar con Aristide, que era un hombre de los que seguían a los antiguos dioses, y le sugirió que trajera un brujo o un chamán o como se llamara. Una porquería de brujo, *signore*, eso es lo que trajeron, un fracaso mayúsculo. En cuanto el brujo empezó con sus abracadabras, con Lela y Aristide de testigos, Leo fue corriendo a su dormitorio y volvió a salir con una escopeta cargada que llegó a disparar, por suerte no apuntando al brujo, sino al techo que tenía encima de su cabeza (aunque con lo borracho que estaba, puede que le apuntara al brujo y fallara). El pobre hombre desapareció tan rápido como si lo hubiera hecho gracias a un truco de magia.

Más adelante, un día de noviembre de 1949, Leo se levantó del sofá y se dirigió a la mesa para comer algo y por el camino cayó redondo al suelo. Su cuerpo se quedó curvado y rígido, como un arco en tensión, y empezó a sacudirse con los ojos cerrados y la baba cayéndosele. Lela oyó el ruido de la caída y llegó corriendo. Nunca había visto a nadie con convulsiones, así que al principio creyó que se estaba muriendo y empezó a chillar. Cuando, minutos después, Leo abrió los ojos, sonrió estúpidamente y le preguntó quién era, Lela se convenció del todo de la teoría de la posesión del espíritu malo. Le pidió a Aristide que trajera a un brujo rápidamente, uno nuevo, uno mejor, el mejor brujo de la jungla. Pero Aristide se mostró más práctico y dijo que debían llevar a *monsieur* a un médico de verdad.

Cuando Leo, pasado un rato, se recuperó hasta el punto de recordar lo básico, es

decir, quién era, Aristide intentó convencerlo. Pero Leo no quiso saber nada del tema. Unos días después tuvo otro ataque y luego otro, hasta que al quinto o sexto se mordió la lengua con tanta fuerza que se le quedó la mitad colgando fuera de la boca y sangrando muchísimo. Entonces, sin esperar a que recuperara la consciencia, Aristide, ayudado por Lela, subió a Leo a una pequeña lancha motora que tenían en Belle Époque y lo llevó a Ndjolé. La enfermera de la misión no tenía conocimientos suficientes para ocuparse de eso, pero allí disponían de un barco más grande y en él lo enviaron, acompañado siempre por Aristide, a un lugar llamado Lambaréné, a dos horas corriente abajo, donde había un sitio que era más o menos un hospital.

Lo había fundado un alemán (o medio alemán, o lo que fuera), un misionero al que llamaban doctor Schnitzel. Y aunque aquello no era exactamente el hospital Mount Sinai, estaba bastante bien para los estándares de la jungla. El doctor Schnitzel se había ido a Europa a intentar estrujar unos cuantos bolsillos cristianos para sacarles un poco de dinero para su hospital, que es lo que mejor saben hacer esos religiosos. Pero había allí un cirujano que sí tenía suficientes conocimientos para coserle la lengua a Leo. Lo ingresó allí, en el hospital, hasta que se recuperó lo suficiente para comer con normalidad y después escribió una carta para derivarlo a un especialista de Libreville, la capital de Gabón, para que estudiara lo de las convulsiones. Le dijo que era algo grave, seguramente algo de vida o muerte si no se trataba adecuadamente, y que Leo debía ir a verlo inmediatamente.

Es curioso, *signore*, pero si Peppe Terranova hubiera tenido noticia de lo que estaba ocurriendo en Lambaréné en ese momento, le habría dado a ese cirujano un abrazo y tal vez incluso un beso. Y no me refiero a él en su papel de Rico Ginsburg, que se los daría en agradecimiento porque estaba ayudando a su «amigo Leo» dándole un buen consejo médico, sino a él de verdad, a Terranova el gánster, a Terranova-Terranova. Claro que el cirujano tenía las mejores intenciones, pero, curiosamente, al intentar salvar la vida de Leo, estaba sin querer actuando para ayudar a Terranova. Porque lo que hizo ese cirujano al enviar a *monsieur* MacLane a la clínica de Libreville fue asegurarse de que el viejo Peppe pudiera ganarse el millón ochocientos cincuenta mil dólares que le quedaba, que no conseguiría que le enviara el «Trovatore» si Leo Frank pasaba a mejor vida antes de que llegara el momento que Tonio Lupo había elegido para su muerte.



ARISTIDE ACOMPAÑÓ a *monsieur* Bernard en su viaje de Lambaréné a Libreville para asegurarse de que seguía las instrucciones del cirujano: uno, que no volviera a beber durante el camino, y dos, que fuera a la clínica en cuanto llegara. De hecho, para asegurarse de esto último, Aristide llevó a su jefe allí directamente desde el puerto.

Un médico francés le hizo a Leo unos análisis de sangre y de orina, le palpó aquí y allá, le hizo toser, etc., y después le pidió que hiciera esas cosas raras de los neurólogos: que se sostuviera solo en una pierna, como un flamenco, o que cerrara los ojos e intentara tocarse la punta de la nariz con el dedo. Con su flamante máquina de rayos X sacó imágenes del interior del cuerpo de Leo, de sus entrañas y de dentro del cráneo. Después le puso unos cables en la cabeza para ver lo que estaba pasando ahí. Seguro que se encontró en esa cabeza una tormenta eléctrica, eso es lo que yo creo al menos, aunque, como Leo llevaba sin beber unos diez días, tal vez su cerebro se había aclarado un poco.

A la mañana siguiente el médico le dio a Leo las buenas noticias: afortunadamente no le pasaba nada malo a su cabeza (bueno, nada excepto el millón de cosas que ya sabemos que pululaban por ella).

Las convulsiones solo eran consecuencia del alcohol. Aunque también había malas noticias: tenía el hígado dañado y si seguía bebiendo no iba a vivir mucho más tiempo. Pero incluso las malas noticias tenían algo bueno: si dejaba de beber, volvería a estar bien. La única medicina que el médico francés le prescribió a Leo fueron dos frascos de pastillas para dormir, y le dijo que siempre que sintiera una necesidad de beber que no pudiera resistir, se tomara una pastilla y durmiera hasta que se le pasara.

—Dogmigá como un *bébé* —dijo el médico, lo que dejaba claro que seguramente él no tenía *bébés*, porque raramente resultan ser un ejemplo de sueño profundo.

Como Leo había ido a la clínica temiendo que le dijeran que solo le quedaban unos meses de vida o que se iba a quedar tullido o algo así, salió de allí muy animado. Envío a Aristide de vuelta a Belle Époque, diciéndole que quería quedarse en Libreville una semana.

—Pero nada de beber, *monsieur* Bernard. No puede beber ni una gota —suplicó Aristide antes de marcharse.

—Solo gaseosa con hielo, amigo —prometió Leo, y le dio una palmadita cariñosa.

Después decidió alojarse en la mejor habitación que tenía disponible el hotel

Prologue, que era el más elegante de la ciudad, el equivalente al Plaza de Nueva York en Libreville.

No sé si alguna vez ha visto a un alcohólico que está dejando la bebida, *signore*, por eso le voy a contar que al cuerpo le ocurren todo tipo de cosas inverosímiles durante ese proceso: temblores, sudores, desmayos y cosas por el estilo. Y la mayoría duran más o menos una semana. Después, en teoría, el sujeto vuelve a estar bien. Pero, como dijo un hombre muy sabio: «En teoría, la teoría y la práctica son lo mismo, pero en la práctica son totalmente diferentes». Y así ocurrió en el caso de Leo: durante sus primeros días en el hotel Prologue no se sintió nada bien. Estaba siempre mareado, como grogui, y eso no le dejaba disfrutar de un ambiente tan exquisito. Pero encontró una cura. Una noche un imbécil francés, que estaba celebrando su cumpleaños, invitó a todos los huéspedes del hotel a champán. Leo al principio se portó bien y dijo que no gracias, pero el hombre insistió y Leo, que era un caballero, cedió y se tomó una copa. Y luego otra. Y entonces, milagrosamente... ¡se le quitó el mareo!

Esa noche cambió su reserva, que pasó de una semana a un mes. No había celebrado la Navidad como un ser humano normal desde hacía cinco años y de repente tenía ganas de hacerlo. Lela siempre le decía que fuera a Libreville y encontrara una bonita *mademoiselle* con la que casarse. Bueno, pues ya estaba allí.

Pero no se iba a poner a buscar a una *mademoiselle* en concreto, todavía no. Primero tenía intención de disfrutar de todas las que pudiera, cuantas más, mejor.

Claro que había un pequeño problema en ese plan de encadenar conquistas que tenía Leo, uno del que él no era consciente. En Nueva York él era un tipo delgado, guapo, educado, con buen porte y vestido con elegancia con sus trajes caros hechos a medida. Pero el hombre que llegó al hotel Prologue en diciembre de 1949 era totalmente diferente: parecía más bien el muñeco de Michelin en un día malo, con kilos de grasa rodeándole el cuerpo y la cara abotagada por los efectos del alcohol. Llevaba la barba demasiado larga y las canas ya se le acumulaban en algunas zonas. Tenía el pelo mal cortado, la ropa arrugada, los botones de los pantalones siempre sueltos y los faldones de la camisa asomando y dejando al aire una barriga peluda y normalmente sudorosa. No era exactamente una imagen que le fuera a resultar atractiva a una *bella signorina*. Y lo peor de todo era que había vuelto a beber, y a las damas no les gustan los borrachos. Como era de esperar, se puso en ridículo un par de veces eructando sonoramente en público en el hotel Prologue. Una vez incluso causó problemas y consiguió que un huésped se quejara al director porque Leo había intentado ligar con su mujer en el bar. El director, un francés que había sido oficial en la Gendarmerie, no era un hombre con el que se pudiera andar con esas cosas y le hizo a Leo una advertencia cordial, que le transmitió con gran sonrisa, pero cuyo mensaje estaba claro: «si no controla su forma de beber, *monsieur* MacLane, beba solo en su habitación. O búsquese otro hotel».

Así que Leo se quedó en su habitación, bebiendo casi sin parar, durante la

Navidad y días después de esta. Pero cuando se despertó el día antes de Nochevieja, decidió que tenía que parar. Quería darle la bienvenida a 1950 con otros seres humanos blancos. Quería ir a una gran fiesta y pasárselo bien. No se encontraba tan mal como para no darse cuenta de que tendría que estar más o menos sobrio para que el director le permitiera el acceso a la fiesta. Recordó el consejo que le había dado el médico en la clínica: si tiene una necesidad urgente de beber que no puede controlar, tómese una pastilla para dormir. Así que en vez de empezar a beber en cuando salió de la cama, cuando ya sintió una necesidad incontrolable, se tomó una pastilla. Durmió un par de horas, se despertó y se tomó dos más. Se despertó por la noche, sintió que tenía muchas ganas de beber, se tomó otras dos pastillas y durmió hasta la mañana de Nochevieja. Cuando se levantó, despachó un desayuno contundente en su habitación y, claro, volvió a sentir ganas de beber. Entonces avisó a recepción y pidió que le llamaran para despertarlo a las nueve de la noche, para que le diera tiempo a ducharse y ponerse muy elegante para la fiesta. Pero como no quería correr el riesgo de despertarse demasiado pronto y ponerse a beber, esta vez se tomó cuatro pastillas.



LEO SE DESPERTÓ SOLO, sin la ayuda de la llamada de teléfono. Se sentía muy fresco. Tumbado en la cama, oyó el eco lejano de la banda que tocaba abajo y de una voz masculina que cantaba una canción de amor francesa. «Ah, ¡un momento perfecto para que haga su aparición “Bernard MacLane, el donjuán”!», se dijo. Se fue a la ducha cantando, muy contento. Cuando salió, se puso el albornoz, se secó, miró su reloj y vio que eran las 3.20 de la madrugada. ¡Se había pasado las últimas dieciocho horas durmiendo casi sin interrupción! El recepcionista no había llamado, seguro que siguiendo órdenes del director. ¡Habían conspirado para que se perdiera la fiesta, malditos desgraciados!

Leo cogió la botella de ginebra que llevaba en la maleta para emergencias y le dio unos cuantos sorbos. Y después unos pocos más. Estaba lleno de energía y determinación, decidido a vengarse de ese mundo frío e insensible, un mundo que lo había exiliado, que lo había convertido en un marginado. Fue hasta la puerta, la abrió y salió al pasillo sin molestarse ni en ponerse los zapatos (ni tampoco algo más que el albornoz).

Se dirigió a recepción y se pasó un buen rato escupiéndole una andanada de insultos al pobre recepcionista. Entre insulto e insulto, el pobre chico estuvo intentando asegurarle que sí que había llamado a su habitación y que, como no respondía, incluso envió a un botones a buscarlo, que se preocupó al ver que no respondía a los golpes en la puerta y por eso entró y se lo encontró tranquilamente roncando como un cerdo (aunque el educado recepcionista no dijo lo de «como un cerdo»).

Todavía quedaban una docena de huéspedes en el restaurante, que habían convertido en pista de baile para la fiesta de Nochevieja. La banda seguía tocando en una esquina y había dos parejas bailando.

Los camareros ya habían empezado discretamente a recoger. El *maître* estaba de pie en un rincón, relajándose tras una noche agotadora.

Y entonces *monsieur* Bernard MacLane irrumpió en el lugar.

Pasó junto a una mesa donde estaba sentada una pareja de mediana edad y les cogió la botella de champán de la cubitera. Dio un trago directamente de la botella, después se echó un poco más en la boca para hacer gárgaras y finalmente lo escupió en la cubitera. Luego se dirigió a la pista de baile. Cuando los miembros de la banda

se fueron dando cuenta, uno por uno, de que Leo iba hacia ellos, la música se fue silenciando gradualmente, como una especie de juguete mecánico al que se le acaba la cuerda. El último en parar fue el trompetista, cuyo instrumento hizo un sonido que pareció una especie de pedo a medias cuando Leo subió de un salto al escenario y le cogió el micrófono al cantante, interrumpiendo una versión bastante mediocre de Maurice Chevalier.

Hubo unas cuantas exclamaciones y luego un largo momento de silencio mientras la gente congregada allí (la mayoría también había ingerido una buena cantidad de alcohol a esas alturas) intentaba comprender qué hacía ahí ese hombre gordo con barba, el pelo despeinado y pinta de loco, que miraba al salón y respiraba trabajosamente con el micrófono junto a la boca.

—¡MUY BIEN! —dijo Leo de repente, demasiado alto—. ¡MUY BIEN, desgraciados pseudofranceses! Habéis empezado la fiesta sin mí, ¿eh? Y queríais acabarla sin mí también, ¿eh? Bueno, pues el tío Bernard os quiere TAAANTO que no podía perderse la oportunidad de veros a todos en esta feliz ocasión y transmitir os sus más sinceros deseos. —Y en ese momento se acercó aún más el micrófono y chilló—: ¡Que **OS DEN** a todos!

Y tras eso, se abrió el albornoz y dejó al aire el equipamiento con el que la naturaleza le había dotado justo para eso que acababa de decir. Una señora chilló muy alto y un par de huéspedes se levantaron y se encaminaron apresuradamente a la salida. El *maître*, que para entonces ya había conseguido superar el *shock* inicial, cruzó la pista de baile con una expresión decidida en la cara y se acercó al escenario.

—*Monsieur* MacLane —empezó a decir mientras se aproximaba a Leo—. *Monsieur* MacLane, por favor.

Pero cuando llegó junto al escenario (su cabeza quedaba más o menos a la altura de los atributos al aire de Leo), *monsieur* MacLane cogió el pie de metal del micrófono y lo hizo girar en el aire. La base, que pesaba bastante, impactó contra el brazo del *maître* y el pobre hombre cayó al suelo aullando de dolor. Dos camareros se acercaron corriendo y lo sacaron de allí.

—¿Alguien más que quiera probar mi *swing*? —gritó Leo—. ¿Hay algún otro HIJO DE PUTA en la sala que quiera negarme mi derecho inalienable a dirigirme a esta congregación de GILIPOLLAS?

Y entonces se echó a reír, muy fuerte, como el genio del mal en una película de terror.

Para entonces la mayoría de los huéspedes habían huido ya; solo se quedó una pareja, los que estaban más borrachos, seguramente porque querían disfrutar del espectáculo (tengo que admitir que debía de ser una gran tentación, *signore*, en una ciudad con tan poco entretenimiento en circunstancias normales). Un camarero fue a buscar al director, pero, antes de que le diera tiempo a llegar, Leo se dedicó a soltar un discurso de lo más interesante.

Empezó su discurso tras esa risa de genio del mal, lo dio en inglés, la lengua de su

corazón, y decía más o menos lo siguiente:

—¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja, **JA!** ¡Escuchadme! ¿Habéis oído todos vosotros lo que ha dicho ese *maître* de pacotilla, panda de babuinos de culo blanco recién salidos de la jungla? ¿Habéis oído cómo me ha llamado ese maldito bufón? Me ha llamado *monsieur* MacLane, ¡el gilipollas! ¡«*Monsieur MaCLANE*»! ¡JA, JA, JA, JA, JA! ¡JA, JA, JA, JA, JA JA, **JAAA!** Bueno, pues tengo una noticia que darte, limpiamesas con ínfulas, *maître* de mierda. ¡**NO** me llamo así! ¿Sabes cuál es mi nombre **REAL**, **CAPULLO**? ¿Sabes quién soy **DE VERDAD**, maldita *fifi* arrastrada?

Estaba claro que nadie sabía quién era ese loco que estaba hablando, así que Leo continuó, mientras se rascaba las pelotas tranquilamente:

—¡Aaah! ¡Aaah, **AAAHHH!** ¿No lo sabéis, eh? Bueno, pues ha llegado el momento de la revelación para vosotros, niños, aunque no os merecáis esta ¡**GRAN REVELACIÓN!** ¡**SÍ!** ¡Ya es hora de que todos vosotros, que vivís en la oscuridad, sepáis a quién tenéis el **HONOR** de ver ante vosotros en toda su impresionante **MAJESTAD!**

Y al decir eso, Leo se quitó el albornoz, que en ese momento ya no le estaba tapando mucho de todas formas, lo hizo un gurrúño e, imitando a un *stripper*, se lo tiró a la cabeza al pobre diablo que estaba en la mesa más cercana y prosiguió totalmente desnudo.

—Enteraos todos ahora mismo de que yo, yo, el que os está hablando ahora mismo, soy el ¡**GRAN**, el **ÚNICO E INIMITABLE LEONARD FRANK**, de Nueva York!

No hubo ninguna reacción ante esa revelación, ni «ooohhh», ni «aaahhh», ni mujeres que se desmayaran o pidieran sales, algo que decepcionó a Leo, así que gritó su nombre un par de veces más.

—¡LEONARD FRANK! ¡LEONARD FRANK! ¡LEONARD FRANK! ¡JA, JA, JA, JA, JA! ¡JA, JA, JA, JA, **JAAAA!**

Para entonces el director del hotel había llegado por fin y estaba reuniendo a sus fuerzas. Atacaron en formación semicircular: cuatro camareros agarraron a Leo mientras otros dos lo envolvían en una manta, lo que hizo que su «¡ja, ja, jaaaa!» se convirtiera en un «¡aaaar, arrrrggg!»». Lo sacaron cruzando el restaurante y el vestíbulo, lo bajaron unos cuantos escalones y lo metieron en una ambulancia que acababa de llegar. Durante este rápido tránsito, Leo, que iba en volandas, no dejó de gritar, patalear y maldecir, pero principalmente de repetir su nombre, una y otra vez, alto y claro, desde debajo de la manta:

—¡Leo Frank! ¡Leo Frank! ¡Leeeooo Fraaaank, malditos soplapollas!



LOS HUÉSPEDES DEL HOTEL Prologue presentes durante los «desafortunados sucesos de la fiesta de Nochevieja», como los denominó el director, recibieron descuentos en sus facturas, lo que compensó el agravio moral que habían sufrido (cuanto mayor fue el agravio, mayor el descuento). En cuanto al *maître*, que tenía el brazo roto, recibió una buena indemnización tras acceder a no denunciar.

Al día siguiente, el director en persona recogió las cosas de Leo y se las llevó a la clínica donde lo habían ingresado. Lo acompañaban dos camareros que se habían distinguido por su valentía durante el asalto al huésped de pesadilla la noche anterior. Pero cuando vio a Leo, el director se dio cuenta de que no iba a necesitar guardaespaldas. El hombre estaba sentado en la consulta del médico, manso como un corderito, bien vestido, arreglado y listo para irse. El médico firmó un documento donde describía que la razón de su ingreso había sido «una intoxicación alcohólica», le puso un sello y se lo dio a Leo explicándole que eso *no* era un alta, definitivamente *no*, que solo lo volvía a derivar al doctor Schnitzel de Lambaréné, que era quien se lo había enviado a él. El director cogió el documento, lo miró, con una sonrisa que decía «será mejor que tenga cuidado con lo que hace a partir de ahora, señor», le preguntó a Leo si «estaba de acuerdo con el nombre que había en él, el de Bernard MacLane». Leo murmuró que sí, que claro que estaba de acuerdo. Después el director le obligó a rellenar unos cheques: uno para abonar su factura del hotel, incluyendo los daños materiales, y otro para los gastos derivados de su comportamiento: las propinas e indemnizaciones a varios miembros del personal del hotel, lesionados o ilesos, por los servicios prestados y por la discreción prometida.

Cuando acabó de firmar los cheques, el director le abrió la puerta de la consulta del médico a Leo, hizo una reverencia y dijo en francés:

—*Après vous, monsieur MacLane.*

Los dos camareros, que eran todo sonrisas y reverencias, llevaron las maletas de Leo al puerto.

El capitán del pequeño barco de pasajeros que salía hacia Port-Gentil había recibido instrucciones del director del hotel de que tuviera un cuidado especial con *monsieur MacLane*, que era un cliente muy apreciado del hotel Prologue. Pero no hizo falta, porque en cuanto subió al barco, Leo se tomó dos pastillas y durmió toda la noche.

Cuando el barco llegó a Port-Gentil por la mañana, el capitán, siguiendo al pie de

la letra sus instrucciones, dejó a Leo al cuidado de Aristide, a quien el director había enviado un telegrama para avisarlo. Aristide llevó a Leo directo al transporte fluvial, con cuyo capitán había hablado previamente para que dejara entrar a *monsieur* MacLane en el barco unas horas antes de la salida. Pero como Leo no se sentía muy sociable en ese momento y no tenía ganas de hablar ni con el capitán ni con nadie más, se tomó dos pastillas y durmió todo el viaje por el Ogooué. Cuando el barco llegó a Lambaréné, Aristide lo sacó por la pasarela, todavía muy grogui y trastabillando, y fueron directos al hospital del doctor Schnitzel, que aparentemente había vuelto de su viaje de recaudación de fondos pero ese día había tenido que irse a un pueblo cercano para atender una urgencia y solo podría ver a Leo a la mañana siguiente.

Leo se quedó un rato sentado a solas en la habitación donde le dejaron. Pidió papel, pluma y un sobre y le escribió una carta al único amigo que le quedaba en la tierra. Se la dio, junto con una buena propina, a un chico que pasó por delante de su ventana para que la enviara.

Después abrió su maleta y sacó los dos frascos de pastillas para dormir. Vacío las pocas que quedaban en el primero en su boca, cogió un vaso de agua que había junto a su cama y miró su reflejo en un pequeño espejo.

—Bernard MacLane ha muerto —dijo—. Larga vida a Leo Frank.

Y se bebió el vaso de un trago. Después abrió el segundo frasco de pastillas, se echó en la mano todas las que pudo, se las metió en la boca y empezó a masticarlas, despacio, hasta que se convirtieron en una masa blanda y húmeda que empezó a bajar lentamente por su garganta hasta el estómago.



DESDE FINALES DE 1943, cuando Rico dejó a su amigo Leo en el carguero en Cayena, Terranova no había salido de Newport. Estuvo allí todo el tiempo, viviendo sin interrupciones la rutina de su tapadera en la que era el señor Terranova, hombre familiar de vida tranquila que respetaba y cumplía la ley. Una rutina que con el paso de los años fue quedando salpicada de acontecimientos agradables: la boda de su hijo Guglielmo y el nacimiento de otros cuatro nietos. Ya se había convertido en *nonno*, o sea, en abuelo, por primera vez antes de irse a La Habana con Leo Frank, cuando Renata se casó con Chuck, un mecánico de coches de Newport, y tuvo al pequeño Billy. Un año después de que volviera de Sudamérica, Guglielmo les hizo a Ekaterina y a él doblemente felices al casarse con Alessandra, una encantadora chica italiana que en los años siguientes dio a luz a dos hijos: Giuseppe y Guido. Y más adelante llegaron felizmente Marianna y Stella, hijas de Renata. En cuanto a la hija pequeña de Terranova, Maria-Teresa, no se había casado, todavía no. Siempre había sido una gran estudiante (su padre pensaba que el cerebro lo había heredado de él, al menos su parte buena); cuando acabó el instituto, consiguió plaza con una beca completa en una universidad de primera, donde ya había obtenido media docena de menciones, y para entonces estaba en el segundo curso en una prestigiosa facultad de medicina de Nueva York, lo que hacía a Terranova soñar con el día en que pudiera hablar de ella diciendo: «mi hija, la doctora». En cuanto a la otra parte de la tapadera del señor Terranova, el restaurante, para entonces iba muy bien, sobre todo desde que Guglielmo se había hecho cargo de la cocina; desde entonces Terranova recibía constantemente halagos de los clientes sobre lo excelente que era la comida, algo que a su *papà* le llenaba de un enorme orgullo.

En aquella época su «tapadera», su «máscara» o su «cortina de humo», como quiera llamar a su vida familiar y su trabajo, estaba ocupando casi toda la vida de Terranova porque su verdadera ocupación, la ejecución de la última fase de la *maledizione* de Lupo, le exigía muy poco tiempo. Pero seguía haciendo lo necesario, por supuesto, por poco que fuera. Compraba el *Providence Journal* todas las mañanas y siempre lo abría por la sección de anuncios. Les echaba un vistazo, aunque no esperaba ningún mensaje del «Trovatore», al menos no hasta que llegara el momento en que Leo Frank debía morir y él reclamar su dinero. De hecho, revisaba esos anuncios con más interés por encontrar algún mueble antiguo que regalarle a Ekaterina, que últimamente había desarrollado una afición por eso, y por estar al

tanto de los precios reales de las propiedades inmobiliarias de la zona, porque estaba pensando en comprarles una casa a cada uno de sus hijos cuando, tras completar su misión, recibiera la última parte de sus honorarios, la más cuantiosa. Después pasaba a los deportes, porque, aunque llevaba mucho tiempo lejos de Brooklyn, todavía era un gran fan de los Dodgers.

Aparte de eso, la única cosa relacionada con la misión que Terranova tenía que hacer era leer y responder las cartas de Leo, que le llegaban a través de una dirección segura en Detroit, la barrera de seguridad entre Ginsburg y su verdadera identidad. ¿Sabe, *signore*? Es muy curioso, porque tras un par de años con esa rutina, Terranova se acostumbró tanto a ella que cuando se sentaba a leer o escribir una carta, que al principio era bastante a menudo, casi se le olvidaba que él era el asesino y el tipo con el que se comunicaba era su potencial víctima. Durante ese breve tiempo que invertía en escribir era como si se convirtiera en otro sin darse mucha cuenta.

Ser otra persona temporalmente no es gran cosa, es como cambiarse de camisa: te la pones y después te la quitas. Y cuanto más lo hacía, cuanto más entraba y salía del papel de «amigo Rico», más natural le fue resultando a Terranova, tanto que una vez, cuando releía una de sus anteriores cartas (guardaba copias de todas) para comprobar algún detalle de su vida ficticia antes de responder a la última de Leo, una precaución que tomaba para que todo fuera coherente, se preguntó durante un segundo: «¿De verdad he escrito yo esto?». Y lo que más le sorprendió no fue tanto su habilidad para utilizar el estilo correcto como el hecho de que a veces de verdad sentía que ese otro personaje, ese Rico Ginsburg, era una persona real, un tipo que obviamente habitaba en su cuerpo, pero que tenía mente propia.

Terranova lo achacó a lo alto que se ponía el listón en su trabajo; lo había explicado muy bien un actor que había oído en la radio, ese tal Marlon Brando, cuando dijo que la mejor forma de hacer bien un papel era intentar *ser* la otra persona mientras lo interpretas. Pero yo ahora creo, *signore*, que realmente Terranova lo había conseguido a fuerza de costumbre. Porque las costumbres son un duro tirano, tal vez el más duro de todos los que hay en las estúpidas vidas de los seres humanos que habitan este mundo, y lo es sobre todo porque es muy astuto y gobierna nuestras vidas sin que nos demos cuenta, obligándonos a hacer su voluntad todo el rato mientras mantenemos la falsa creencia de que estamos haciendo lo que queremos.

Y a veces ese tirano puede formar una nueva personalidad en nosotros, o incluso más de una, hijas todas de la costumbre, seres que viven sin que se manifieste el ser principal, lo que llamamos «nuestro verdadero ser», que muchas veces no les presta demasiada atención. Eso le pasaba a Terranova: que tenía a «un pequeño Ginsburg» viviendo dentro de él.

Terranova quería matar a Leo Frank. Y el pequeño Ginsburg era el mejor amigo de Leo. No había conflicto.

Pero esta pacífica coexistencia entre Terranova y el pequeño Ginsburg quedó interrumpida cuando, según avanzaba 1940, las cartas de Leo empezaron a mostrar

signos claros de que se estaba deteriorando. Empezó a escribir cada vez con menos frecuencia y cartas muy cortas que no tenían mucho sentido. Su letra también se había descompuesto, y Terranova a veces incluso podía oler el *bacche di ginepro* en el papel, por la ginebra. Así que su verdadero ser, el Terranova que era Terranova, empezó a tomar las riendas y el pequeño Ginsburg quedó gradualmente relegado a su auténtico papel de *marionetta* cuyos hilos movía sin vacilar su titiritero, Terranova, que le obligaba a hacer el papel de su obediente servidor que le servía para ejecutar su plan. A Terranova le preocupaba mucho esa afición a la bebida que tenía el hermano Frank número tres. Sabía, claro, que hace falta un verdadero esfuerzo para emborracharse hasta la muerte antes de los cuarenta y dos, pero un alcohólico es más propenso a sufrir enfermedades, a tener accidentes, etc., así que cuanto más se cuidara Leo y menos bebiera, mejor. «El amigo Rico» le dio a su amigo Bernard muchos consejos en esa línea en las respuestas a sus cartas.

Pero la situación de Leo siguió empeorando gradualmente, y rápido. Y cuando se obsesionó con el libro de la *fifi* y le suplicó a su amigo Rico que lo leyera también porque contenía, como él escribió: «un importante mensaje para la condición humana», su letra ya era prácticamente como si la carta la hubiera escrito una verdadera *fifi*, una cucaracha que estuviera correteando por el papel y meando tinta. El sentido de la responsabilidad de Terranova le hizo ir hasta Providence a buscar ese libro, *La meta-no-sé-qué* (le sorprendió no solo que allí lo conocieran, sino que lo tuvieran en la librería). Lo compró y lo fue leyendo en la cama poco a poco, unas páginas todas las noches, escondiéndolo dentro de las páginas deportivas del *Providence Journal* para que Ekaterina no se enterara. Cuando lo terminó, se preocupó de verdad. Leo Frank le había dicho que esa novela, escrita claramente por alguien que no estaba bien de la cabeza, que trataba de un hombre que se convierte en cucaracha, contenía «un mensaje importante para la condición humana»... ¿Y cuál, por todos los santos, podía ser ese mensaje? ¿Que la gente debería lavarse más a menudo como medida preventiva para no convertirse en una cucaracha de la noche a la mañana? ¿O tal vez que debían echarse una buena cantidad de DDT todas las noches antes de irse a la cama? No... El único mensaje que Terranova encontró en el libro hablaba del estado mental de Leo Frank: ese hombre ya no estaba bien de la cabeza.

¿Y si Leo Frank de repente se iba al otro barrio, así, sin previo aviso?, se preocupó Terranova. Sí, ¿qué ocurriría si decidía una mañana que él también era una cucaracha, o tal vez una garrapata, por qué no, y salía a alimentarse de la sangre de una pantera, tal vez pensando que era solo un gato enorme, el «minino de Gabón»? ¿Quién cobraría en ese caso el resto de sus honorarios por acabar con el hermano Frank número tres?

Seguro que la pantera no. Ni tampoco Terranova.

Pero lo que le preocupaba aún más que las cosas sobre las que escribía Leo era que cada vez escribía con menor frecuencia. Al principio era en cierta forma un alivio

para él, porque no tenía que estar constantemente encontrando cosas que contarle en las respuestas, ni inventándose noticias personales de Rico, ni teniendo que hablar de «la condición humana» y cosas por el estilo. Pero después, para mediados de 1949, cuando el flujo de cartas que llegaban de África se redujo a una al mes a lo sumo y luego pasaron septiembre y octubre sin una carta, hasta que a principios de noviembre llegó solo una, muy breve, que apenas tenía sentido (la letra era prácticamente ilegible y lo que logró descifrar no tenía ni pies ni cabeza), la preocupación de Terranova alcanzó niveles de «alerta roja» y decidió que tenía que ir a África a ver con sus propios ojos cómo estaba Leo. Pero pensó que era mejor esperar hasta después de las fiestas navideñas. Toda la familia se iba a reunir en su casa el día de Navidad (hijos, familia política y nietos) y no quería perderse algo así por ir a ver a ese loco a África.

Pero después, a primeros de enero, cuando Terranova ya estaba haciendo las maletas para irse a Nueva York y desde ahí empezar su viaje hacia Gabón, llegó una carta de Leo. Soltó un suspiro de alivio cuando vio el sobre. Pero había expresado su alivio demasiado pronto, porque cuando leyó su contenido, no le quedó más remedio que dejar escapar un gemido. Solo había dos líneas: «Mi querido amigo: lo siento, no puedo seguir viviendo así. Estaré mejor muerto. Gracias por todo. Adiós».

«*Che cazzo*, ¡el imbécil se ha suicidado!», masculló entre dientes Terranova. Miró el matasellos. No era de Ndjolé, sino de otro lugar, Lambaréné. Había enviado la carta una semana antes.

Se la guardó en el bolsillo antes de que Ekaterina lo viera con ella y tal como estaba en ese momento (totalmente desconcertado, un estado de ánimo muy poco propio de él) y empezó a hacerse preguntas. Fue al paseo marítimo y se quedó allí un rato mirando las olas, algo que normalmente le calmaba la mente. Tras una media hora de mirar el mar, Terranova se encogió de hombros y se dijo: «Han volado las casas nuevas de los chicos». Se giró y se dirigió a la oficina de correos para poner un anuncio en el *Providence Journal* con el fin de que el «Trovatore» se pusiera en contacto con él. Al perro guardián de Tonio Lupo, fuera quien fuera, no le iba a gustar la noticia de que el hermano Frank número tres había muerto prematuramente, lo que impedía que la *maledizione* se cumpliera siguiendo escrupulosamente las instrucciones del *capo*. Pero nadie podía culpar a Terranova. Después de todo, su misión era matar al hombre cuando cumpliera cuarenta y dos, no asegurarse de su bienestar hasta esa edad.

Pero nada más entrar en la oficina de correos, se encontró con Louie, el cartero de su barrio, que salía justo en ese momento.

—Hola, Peppe, amigo —dijo—. ¡Qué bien que estés aquí porque me ahorras tener que ir hasta tu casa! —Y le dio un sobre que tenía en la mano, un «envío especial» que llegaba desde Detroit, remitido por el hombre que gestionaba su dirección segura en esa ciudad.

Terranova salió de la oficina de correos, lo abrió y encontró dentro un telegrama

que decía: «SU BUEN AMIGO *MONSIEUR* MACLANE ESTÁ BIEN *STOP* SI DIOS QUIERE SE VA A RECUPERAR TOTALMENTE MUY PRONTO Y PODRÁ ESCRIBIRLE UNA LARGA CARTA *STOP* ATENTAMENTE HERMANA HERMINE DUCLOS».

Bueno, todavía no se habían perdido las casas de sus hijos, pensó Terranova.

El telegrama venía del mismo sitio que la nota de suicidio de Leo, de Lambaréné. Estaba claro que algún alma caritativa había arrancado a Leo de las garras de la muerte en el último momento, tal vez esa «hermana», que seguramente sería una monja. Su «buen amigo» se iba a «recuperar totalmente», tanto que podría escribirle personalmente «una larga carta» (esa era la única mala noticia del telegrama). Terranova se quedó dudando. ¿Debería hacer los preparativos para ir a África de todas formas y ver cómo le iba a ese pobre hombre? Bueno, había intentado suicidarse una vez, podría hacerlo de nuevo. Tenía que pensarlo bien.

Pero una semana después, cuando Terranova recibió una larga carta escrita por el propio Leo, de nuevo con matasellos de Lambaréné, no necesitó pensarlo más. ¡Menuda transformación! Su letra había vuelto a la normalidad y era tan clara como en los primeros años que pasó Leo en África (tal vez se veía un poco temblorosa todavía, pero era clara y legible). En cuanto al contenido, también había recuperado su estilo pulcro de los primeros tiempos.

Bueno, *signore*, tengo una sorpresa para usted; de hecho es otro regalo, una especie de extra además de nuestra agradable cena de anoche... Oh, no, lo siento, no es un dulce. Veo que es usted goloso, ¿eh? Si quiere tengo una caja de bombones Baci Perugina que compré en la *autostrada*. ¿Le apetece uno?... ¿No?... ¿Seguro?... Pero la cosa no va por ahí. Mi regalo está relacionado con nuestra historia. Y es este: en vez de describirle la siguiente carta que Leo Frank le escribió a su amigo Rico, se la voy a leer... Oh, vamos, no se haga el sorprendido, *signore*. Seguro que es lo bastante inteligente para haber deducido a estas alturas que, para poder saber tantos detalles, yo tengo que conocer a alguien implicado personalmente en esta historia. ¿Y por qué no iba a tener entonces algún recuerdo guardado también, eh?

Espere un momento, tengo la carta por aquí, en alguna parte de mi maleta... ¡Ah, aquí está! ¿Está seguro de que no quiere uno de esos Baci?

Están estupendos, ¡tienen una avellana dentro!... Está bien, bueno. Como quiera.

Mire, ¿ve la carta? En la parte de arriba, aquí, pone que se escribió el 3 de febrero de 1950 en Lambaréné. Y dice así:

Mi querido amigo Rico:

Discúlpame por el gran dolor que te habrá causado esa carta tan desesperada que te envié unas semanas atrás. Espero que la alegría al recibir el telegrama que le pedí a la hermana Hermine Duclos que te enviara hace unos días, cuando yo todavía no estaba en condiciones de escribir, te haya compensado en parte esa tristeza.

Se ve la educación universitaria de Leo en esta carta, ¿eh, *signore*? ¡Escribe como los ángeles!

Pero hay más cosas por las que debo disculparme. En mis cartas de los últimos dos años seguramente

habrás percibido que no he gozado de un buen ánimo.

Oh, sí, «el querido amigo Rico» lo había percibido...

Debo confesarte, con pesadumbre, pero con un enorme alivio también, que algunas de esas cartas las escribí bajo la influencia de unas grandes dosis de alcohol.

No hace falta que lo digas, Leo, viejo amigo...

De hecho me avergüenza decir que, a causa de su influencia, no recuerdo muchas de las cosas que te he escrito. Pero tal vez es mejor así, porque estoy seguro de que la mayor parte no eran más que los pensamientos de una mente que estaba bajo una influencia nociva. El alcohol tenía un efecto pernicioso en mí, obviamente, pero había otra cosa que era incluso peor, una oscuridad que llevaba bastante tiempo cerniéndose sobre mi alma: la DESESPERACIÓN.

Esa palabra está escrita con mayúsculas.

Pero, por suerte, Dios todopoderoso...

Vaya...

... se manifestó ante mí en medio de mi oscuridad...

Vaya, vaya...

De hecho me envió Su gracia por medio de un Ángel.

Con A mayúscula.

Pero no se trataba de una criatura inmaterial...

Terranova tuvo que ir a la biblioteca a buscar en el diccionario eso de «inmaterial».

No. Es una persona como nosotros, un ser humano normal. De hecho es la misma hermana Duclos que tuvo la amabilidad de escribirte el telegrama en mi nombre. Fue ella, que tras llegar a Lambaréné, yo diría que milagrosamente...

Esta última palabra está subrayada.

... solo una semana antes para ejercer de enfermera voluntaria en este bendito hospital fundado por el mayor santo de nuestros tiempos, el doctor Albert Schweitzer...

Oh, maldita sea, *signore*, eso es. ¡El nombre del alemán! ¡Schweitzer! Antes he dicho Schnitzel... ¿En qué estaría pensando? ¡A ver si al final sí que se me está volviendo la mente *zabaglione*...!

Bueno, no le voy a leer el resto de la carta porque es muy aburrida, como la

mayor parte de las cosas que escribe la gente cuando se les mete en la cabeza toda esa locura de que Dios de repente ha desarrollado un interés personal en sus vidas. Si no hubiera sido así, Leo le habría contado a su amigo Rico solo la información básica: que en cierto momento su afición a la bebida «acabó metiéndole en problemas graves» y que después intentó quitarse la vida, algo que describió como «un acto de desesperación», supongo que porque los padres consideran el suicidio un «pecado capital». Pero en el último momento le salvó su vida ese Ángel, que sin duda le había enviado el Señor, y que apareció con un cuenco de sopa justo en el momento adecuado.

Unos días después le llegó otra carta en la misma línea, que sirvió para convencer a Terranova de que ir a África a ver a Leo iba a ser una pérdida de tiempo. El Ángel y su amigo el doctor lo estaban haciendo muy bien con él, sobre todo porque Leo decía que se iba a quedar en ese sitio, en Lambaréné, un tiempo «ayudando en el hospital». (Ayudando ¿cómo?, pensó Terranova. ¿Vaciando orinales?). Sus cartas volvieron a llegar con frecuencia, con demasiada frecuencia en opinión de Terranova, y también eran muy largas. En una de ellas incluyó una foto de él, que ahora estaba arreglado y limpio y con una gran sonrisa en la cara, al lado del doctor Schni... Schweitzer (un tipo que parecía Albert Einstein, por cierto, con el gran bigote blanco, el corte de pelo espantoso y demás).

Todas las cartas que Leo le escribió a su amigo Rico de entonces en adelante transmitían ese mismo mensaje de «Dios es mi mejor amigo». En cierto momento Terranova se aburría tanto de leerlas que pensó en recordarle a su amigo Leo (o más bien a su amigo Bernard, como lo llamaba en sus cartas) que su amigo Rico era judío y que por eso no entendía todas esas cosas cristianas tan elevadas. Pero decidió que mejor no, no fuera que eso le hiciera querer convertirlo y se pusiera a escribirle todavía más a menudo. Aun así, como no se sentía muy cómodo con el tema teológico, Terranova se inventó una especie de «ángel» para el amigo Rico también y empezó a hablarle de su amor por ella. Solo que en ese caso no era una señorita francesa buena samaritana que le guiaba por el camino recto, sino una sexi costurera de Chicago que se llamaba Mónica, supuestamente la sobrina viuda de un amigo antifascista, con la que él, es decir, Rico, supuestamente había estado saliendo y que le gustaba mucho, tanto que incluso estaba empezando a pensar en matrimonio.

Por muy aburridas que fueran las cartas de Leo (o tal vez precisamente por eso), a Terranova le resultaban muy tranquilizadoras. Cuando llegaba una, a través de la dirección segura de Detroit, solo hojeaba las páginas buscando algún indicio de que pensara mudarse o cambiar de ubicación. Si no encontraba nada por el estilo (que no lo iba encontrando), Terranova no perdía el tiempo con el resto.

En una carta de octubre de 1950 Leo anunció que su Ángel y él se habían casado. Terranova, encantado, felicitó a su querido amigo en su papel de amigo Rico, deseándole todo lo mejor. Pero también estaba muy contento como Terranova, sobre todo cuando leyó, unas cuantas cartas después, que Leo y su esposa volvían a Belle

Época, pero no para recuperar su «antigua existencia inútil y sin valor». No, señor. Él, siendo el nuevo hombre del Señor en el que se había convertido, y también ese Ángel, que ahora obviamente se había convertido en su ángel custodio y guía espiritual a tiempo completo, iban a «reforzar las enseñanzas de servicio a Dios a través del servicio a los hombres del doctor Schweitzer» convirtiendo ese lugar en un orfanato que se iba a llamar «El hogar del amor». Para Terranova eso era lo más parecido que podía pedir a una declaración jurada de que el hermano Frank número tres, con su nueva identidad de Bernard MacLane, el devoto, o lo que fuera, se quedaría, sano y salvo, en el mismo lugar hasta que llegara el momento de cumplir su misión. ¡Excelente!



UN DÍA DE PRINCIPIOS de marzo de 1951, cuando Terranova cumplía con su rutina diaria de comprobar los anuncios del *Providence Journal*, sus ojos se detuvieron en uno, casi por casualidad. Lo había visto en un primer vistazo, antes de revisar los demás, pero justo cuando estaba a punto de pasar la página y ponerse con la sección de deportes, se dio cuenta de lo que ponía. Sus ojos volvieron a él muy rápido, como los de un dibujo animado, ¿sabe? Como cuando el gato de repente se lanza a agarrar el borde del acantilado tras haber pasado por encima sin darse cuenta y haber dado unos cuantos pasos en el aire, sobre el abismo. Y entonces, cuando volvió a mirar, lo vio: un anuncio firmado «Trovatore». Estaba claro que era su «Trovatore», porque el anuncio tenía la misma forma que los que siguieron a los asesinatos de Al y Nick Frank. Este también decía que «Nabucco» debía llamar a un número a cierta hora y proporcionaba ambos datos encriptados con el código habitual.

Pero era algo inesperado. El «Trovatore» y «Nabucco» no necesitaban hablar de ningún tema, aparte de la muerte del hermano Frank número tres, cuando esta ocurriera... Quiero decir que no eran amigos y se iban de vez en cuando a la bolera o a tomar una cerveza o algo así. ¿Entonces qué demonios quería ese hombre de él en ese momento, tres años antes de tiempo?

Terranova descodificó la hora y el número del anuncio y a las 9.42 de esa noche estaba en la cabina con vistas al mar a las afueras de Newport, pidiéndole a la operadora que lo conectara con un número de Chicago.

—Ha habido un cambio de planes —dijo la voz que había al otro lado de la línea, después de que Terranova dijera su frase, obtuviera la contraseña y respondiera bien a la pregunta que le hizo; todos los detalles exactamente como los estableció treinta y dos años antes Tonio Lupo. Solo que esta vez era una voz diferente, una que recordaba a la del «Trovatore» de las llamadas anteriores, pero que sonaba mucho más joven.

—¿Qué tipo de cambio? —preguntó Terranova.

—Tiene que entregar la mercancía al tercer cliente antes de lo planeado —dijo la voz.

—¿Cuánto tiempo antes? —preguntó Terranova.

—Mucho —respondió la voz—. Ya.

Eso significaba que Leo Frank moriría a la edad de treinta y nueve años en vez de a los cuarenta y dos, y eso no le gustó nada a Terranova.

«Ni un día antes, ni uno después, *figlio mio*», había dicho don Tonio cuando le asignó la misión. Así que se quedó pensativo un momento y después preguntó:

—¿Y a qué viene ese cambio?

El dueño de la voz también se quedó pensando un momento.

—Eso no es asunto suyo —dijo.

—Pues claro que sí, maldita sea —contestó Terranova, esta vez sin necesidad de pensarlo antes—. Yo tengo órdenes y eso las contradice.

—Y yo también tengo órdenes y las mías invalidan las tuyas —afirmó la voz.

—¿Y eso quién lo dice? —desafió Terranova.

—¿Qué es lo que quiere, un mandamiento judicial? —preguntó el dueño de la voz, irritado.

Terranova rio.

—Eso sí que me gustaría verlo.

Hubo una pausa larga y después la voz dijo:

—No creo que podamos resolver esto por teléfono.

Y le dio instrucciones para que se reuniera con él.

Al día siguiente, a última hora de la tarde, Terranova cogió un vuelo de Boston a Chicago. Llegó allí un poco antes de las seis, cogió un taxi para ir a la ciudad y después fue directo a Union Station. Se tomó un café y a las ocho en punto fue al kiosco de prensa. No hacía falta ser Philip Marlowe para ver que el tipo que se le acercó era un matón. Era un tío feo, un verdadero *brutto*, más alto que Terranova, que ya era bastante alto, pero mucho más corpulento, con una narizota como Jimmy Durante y un bigote esmirriado debajo, con el que intentaba ocultar, sin éxito, su labio leporino. Ese labio hacía que ceceara.

—Tu tío Bobby te envía zuz zaludoz —dijo el hombre. Era la contraseña. También vio que llevaba un ejemplar del *Providence Journal*, como habían acordado.

—Qué viejo tan amable —respondió Terranova con la contestación acordada, y después preguntó—: ¿Tienes nombre, amigo?

—Llámame Mickey —dijo el tipo.

—Vale —contestó Terranova—. Pues tú llámame a mí Mouse.

Entonces ese tal Mickey llevó a Terranova unas manzanas hacia el norte en un lujoso Cadillac Sedan, que aparcó justo bajo una señal de «No aparcar» en North LaSalle. Entraron en un rascacielos y cogieron el ascensor hasta el piso treinta y algo. Ahí salieron y Terranova vio una placa que decía: «McCabe, Morgan y Basil».

Vaya, vaya, pensó Terranova. Podría haberlo adivinado el mismísimo día que don Tonio le asignó la ejecución de su *maledizione*, si se hubiera parado a pensar un poco en cuál podía ser la identidad del «Trovatore» (algo que no había hecho, porque no tenía ninguna utilidad para él). Pero tenía mucho sentido: el hombre que Tonio Lupo había elegido como pieza fundamental en su plan de venganza tenía que ser un *paesano*, un tipo que comprendiera todo ese tema de la sangre y el honor, pero era poco probable que fuera un gánster, pues era muy perecedero y susceptible de

cambiar de bando una vez que faltara el *capo*. Un abogado que hubiera tenido tratos con la mafia era la elección perfecta, y el que tenía más posibilidades era Paolo Basilico, un hombre unos diez años más joven que Lupo y uno de sus socios de mayor confianza. Y lo que hacía a Basilico todavía más adecuado para la tarea era que tenía un hijo, John, que por entonces acababa de licenciarse en la Facultad de Derecho. Terranova había oído que el viejo Basilico murió más o menos por la época del crac de Wall Street, que su hijo se había mudado a Chicago para ejercer allí, que se había cambiado el apellido por el de «Basil» y que se había mantenido al margen de todos los asuntos relacionados con la mafia. Bueno, de todos los asuntos menos de uno, obviamente.

Era domingo y el despacho estaba cerrado. Ese tipo tan feo abrió la puerta principal y precedió a Terranova por un pasillo largo. Al llegar al final, llamó a una puerta, metió la cabeza y dijo: «eztá aquí, jefe», y le hizo un gesto a Terranova para que entrara.

Terranova había visto a John Basilico, posteriormente Basil, el hijo de Paolo, una sola vez, con Luigi Lupo, tres décadas antes. Recordaba su apariencia, bajo y corpulento, más bien rechoncho. Y cuando lo tuvo delante ese día, le pareció que no había cambiado nada; era como si hubiera estado congelado todos esos años y acabaran de sacarlo antes de la reunión para que se le derritiera un poco el hielo. Solo que aquel no era John Basil, claro, sino su hijo: John Basil Junior. Ese era el nombre que había en la puerta del despacho.

—Siéntese —dijo el hombre sin levantarse.

—Es usted igual que su padre —dijo Terranova—. ¿Qué tal está?

—Muerto —contestó Junior—. Murió hace unos meses.

—Que descanse en paz —comentó Terranova, y se sentó.

—Seguro que lo hará —fue la respuesta de Junior—. Yo ocupo ahora su lugar en el bufete. Y también lo he sucedido en sus responsabilidades como... eh... albacea de las últimas voluntades de don Tonio Lupo.

Estaba claro que Junior no iba a perder el tiempo con cordialidades sociales, así que Terranova decidió seguir la misma línea.

—Bien. Entonces usted debería saber perfectamente que una parte de esas últimas voluntades, una parte muy importante, exige que nos ciñamos a las fechas que don Tonio nos dio.

—Lo sé, claro —contestó Junior—. Pero ha habido una complicación que nos obliga a proceder y... ocuparnos del tercer... eh... caballero en este momento. —Terranova no reaccionó, así que Junior continuó—: Se ha producido un desafortunado giro de los acontecimientos.

—¿Un giro de los acontecimientos? —preguntó Terranova.

Junior sacudió la cabeza, apesadumbrado.

—Mire. Aprecio su lealtad a la hora de cumplir los deseos de don Tonio y su insistencia en que las cosas se hagan exactamente según sus instrucciones. De verdad

que la aprecio. —Terranova siempre desconfiaba de las frases que empezaban por «de verdad que...», porque pensaba que si lo que se estaba diciendo fuera cierto, no habría necesidad de enfatizarlo—. Y precisamente por esa lealtad he decidido ser claro con usted. La verdad, señor Terranova, es que estoy enfermo. Grave, me temo. Mis médicos no me dan más de tres meses de vida.

—Siento oírlo —dijo Terranova.

—Gracias —contestó Junior—. Aunque eso es un problema personal mío. Lo que pasa es que conmigo desaparece el apellido Basil... O en este caso debería decir Basilico, más bien... Y por tanto, también desaparecen todas las obligaciones unidas a mi nombre por contrato, o, como en este caso, por cuestiones de honor. Comprenderá que debido a su... eh... delicada naturaleza, no puedo transferirle la responsabilidad sobre las últimas voluntades de don Tonio a alguno de mis socios del bufete.

¿Qué podía decir Terranova ante eso, *signore*? Si un hombre te dice que va a morir dentro de tres meses y quiere pagarte casi dos millones de dólares tres años antes de lo previsto para quedarse en paz con su conciencia, no hay mucho que discutir. Así que, aunque Junior parecía estar bastante sano, Terranova se encogió de hombros y dijo que de acuerdo.

—Sabe dónde se encuentra ese tercer caballero, deduzco —dijo Junior.

—Deduce usted bien —contestó Terranova, y se levantó para irse.

—¿Está en los Estados Unidos? —siguió preguntando el abogado.

Terranova sonrió.

—Usted haga su parte del trabajo, amigo, y yo haré la mía.

—No hay problema, caballero —dijo con cierta ironía para indicar que no le gustaba que un matón le llamara «amigo»—. Pero esté donde esté, no va a ir a buscarlo solo.

—Yo trabajo solo —aseguró Terranova.

—Bueno, pues esta vez no —contradijo Junior—. Mi... eh... socio irá con usted. —Señaló con la cabeza para indicar al matón feo, el tal Mickey—. Va a recibir una gran cantidad de dinero por esta... eh... tarea. No puedo dárselo solo basándome en su palabra de que ha completado el trabajo.

—Le traeré pruebas —ofreció Terranova—. ¿Quiere una foto del fiambre? No se preocupe.

—Una foto puede falsificarse —apuntó Junior.

Terranova se mostró molesto.

—Mire, amigo, si quiere le corto la cabeza y se la traigo en un tarro. Y le meteré la polla dentro también, ¡y eso gratis, además! ¿Le parecerá eso prueba suficiente?

Aunque lo había dicho en pleno enfado, era capaz de hacer exactamente eso si Junior seguía insistiendo en lo de las «pruebas». Pero él sabía algo que el otro no: que Leo Frank estaba en África y que podría ser un poco difícil cruzar la aduana de Estados Unidos con la cabeza en conserva de un compatriota en la maleta. Así que,

aunque lo último que quería Terranova era una niñera, tuvo que aceptar sus exigencias. El que tenía el dinero ponía las condiciones, así que tuvo que aguantarse con ese tal Mickey, un tipo nada agradable y que ni siquiera era un *paisan*... Peor, parecía irlandés.

Unos días después, Terranova y el *brutto* salieron de Nueva York rumbo a París. Pasaron la noche allí y a la mañana siguiente volaron a Casablanca. Siento decepcionarle en este punto, *signore*, pero, por si se lo preguntaba, Terranova no tuvo tiempo de ir a comprobar si el Bar de Rick todavía seguía en pie y si Sam seguía tocando *As time goes by*. No. Ese mismo día cogieron otro avión a otra ciudad africana mucho más al sur, y al siguiente llegaron a Port-Gentil, pasaron allí otra noche y por la mañana cogieron el transporte fluvial.

Terranova se había llevado dos bolsas con cámaras, lentes y docenas de carretes fotográficos, porque quería que Mickey y él pasaran en ese viaje por fotógrafos *amateur*. Una especie de tapadera. Así que en su trayecto por el Ogooué enseñó al *brutto* cómo manejar la cámara. Bueno, le «enseñó» hasta cierto punto, porque era como intentar enseñarle algo así a un mono.

Tras seis años leyendo las cartas que Leo escribía desde allí, y después de haber estudiado un mapa en la biblioteca de Boston, Terranova tenía una idea bastante exacta de la geografía del lugar. Vio Belle Époque cuando pasaron por delante subiendo por el río (no tenía pérdida; parecía un pequeño palacio blanco) y le echó un buen vistazo tras asegurarse de que Mickey no lo veía mirando. En Ndjolé tenía una sorpresa para el *brutto*.

—Te quedarás aquí a esperarme hasta que haya acabado el trabajo —ordenó Terranova.

—¿Y ezo quién lo dize? —desafió Mickey.

—Lo digo yo —insistió Terranova—. No puedo aparecer con alguien con tu jeta ante este hombre.

—¿Qué le paza a mi jeta? —preguntó Mickey.

—Que eres demasiado guapo para que le resulte cómodo a los demás, amigo —contestó Terranova—. Así que te vas a quedar aquí, haciéndole fotos a las tetas de las chicas locales. Y si encuentras un león, pídele que abra la boca y hazle un primer plano de una muela. ¿Te acuerdas de lo que es un primer plano, Mickey? Cuando acabe, vendré y te llevaré adonde esté el fiambre para que puedas hacerle unas cuantas fotos bonitas también.

Como por allí nadie hablaba su idioma, Terranova fue hasta la misión, donde encontró a una mujer (o algo así) blanca pero muy fea, de esas que reúnen una larga serie de características desagradables: unas gafas grandes con cristales gruesos, la piel con marcas de viruela y bigote. Seguramente esa mujer que Leo llamaba «Ángel» era parecida a aquella, o tal vez incluso era ella, que estaba allí trabajando como voluntaria en sus descansos del orfanato para no verse tentada por el Diablo, que siempre está a la que salta para encontrarles cosas que hacer a los ociosos.

Hablaba un poco de su idioma y le ayudó a su manera, un poco repulsiva, llamando a un nativo y explicándole que el caballero blanco quería alquilar una habitación. El nativo no hablaba ni palabra de nada que no fuera su lengua, pero entendió el lenguaje internacional de un fajo de dólares agitado ante su cara, así que instaló a Mickey en su casa tras hacer muchas reverencias.

Después Terranova volvió al embarcadero solo. Había dos nativos con sus canoas, preparándose para salir a pescar o algo así. Los dos conocían Belle Époque y los dos estuvieron dispuestos a llevar allí a Terranova cuando le vieron sacar los dólares; incluso se pelearon entre ellos un rato. Pero como no podía dividirse en dos para contentarlos a ambos, Terranova escogió al que tenía la canoa más grande y le dio algo de dinero al otro para que se conformara.



MIENTRAS RECORRÍA EL OGOOUÉ en la canoa, Terranova intentó meterse todo lo posible en su personaje de Rico Ginsburg e imbuirse de una feliz expectación ante la oportunidad de encontrarse con su amigo Leo, aunque no debía olvidarse de llamarle Bernard. Se bajó en el pequeño muelle que había bajo Belle Époque y vio, unos quince metros por encima, ese porche sobre el que tanto había leído en las cartas de Leo. Cogió su maleta y empezó a recorrer el camino que le señaló el nativo que lo llevó hasta allí: era una cuesta que hacía un semicírculo, cruzaba la maleza y después desembocaba en un claro desde donde se veía ya la entrada principal de la casa, que daba a tierra firme. En el césped que había delante vio a un grupo de niños negros jugando y, sentada en un banco, haciendo punto y vigilándoles, una señora de piel blanca. Desde lejos no pudo distinguir nada más; su vista ya no era la de antes. Pero cuando se acercó y la mujer se levantó, estuvo a punto de desmayarse: alta, rubia y de piernas largas cubiertas con unos pantalones cortos hasta la rodilla. *Oh, Dio mio*, ¡menuda mujer! Terranova se quedó tan asombrado que no fue capaz de hablar durante un momento. Ella, algo sorprendida por encontrarse a un hombre blanco desconocido, dio unos pasos hacia él. ¡Oh, cómo caminaba! *Signore*, sus movimientos eran tan gráciles como los de un antílope, ¡pero un antílope que querría llevarse a la cama allí mismo!

Pero a lo que iba. Ella se acercó, solo unos pasos. Él, sin querer, se quedó mirando con la boca abierta sus pechos, tan grandes que parecía que iban a hacer estallar la camisa blanca ceñida.

La mujer empezó a hablar en francés con una voz dulce y aterciopelada.

—Perdone, señora, *non parlez-vous* —balbuceó Terranova.

Ella se rio con una risa cristalina y entonces habló en su idioma con acento francés.

—Ah, ¿es inglés? ¿Viene de la misión?

—No, no, señora —contestó Terranova—. Soy estadounidense y busco al señor MacLane. ¿Está por aquí?

—Él... eh... ha ido a un guecado^[2] —dijo, mostrando cierta duda, tal vez incluso un poco de miedo, algo que a Terranova le produjo un rechazo instintivo—. Soy su mujer.

¡El Ángel!

—Me... alegre de cono... conocerla, señora —contestó él—. Soy un viejo amigo

de su ma... marido. Me lla... llamo Rico Ginsburg.

Y entonces, de repente, como si Terranova acabara de hacer un truco de magia sin saberlo, desapareció toda la duda, o el miedo, o lo que fuera, su cara se iluminó por la felicidad y un momento después era todo dientes blancos y ojos verdes brillantes mientras se llevaba la mano, esa mano preciosa de dedos largos y piel perfecta, a la boca y decía: «¡ooooohhh!». Entonces fue a cogerle la suya, la envolvió entre las de ella y empezó a estrechársela, subiéndola y bajándola, arriba y abajo una y otra vez.

—*Mon Dieu!* —no dejaba de decir mientras lo hacía—. *Mon Dieu! Mon Dieu!* ¿Usted es el famoso *monsieur* Ginsbúrg? ¡El famoso Guicó! ¡No lo puedo greer! ¡No lo puedo greer! Pero... pero... ¿pero Begnagd le está espegando?

Terranova sonrió y dijo que no, que había querido que fuera una sorpresa. Muy emocionada, le contestó que era «una idea egcelente» y que Bernard se iba a poner «loco de contento» al verle. Había ido a hacer un recado al otro lado del río en «el bagquito», pero volvería pronto, dijo. Lo llevó al porche con vistas al río y después fue a por un zumo de lima para él, ofreciéndole una buena vista de su trasero cuando se alejó.

«Bueno, bueno... ese cabrón de Leo Frank. Ese maldito cabrón... Qué mujer de primera se ha encontrado», pensó Terranova cuando ella lo dejó solo. Lo había engañado con toda la palabrería religiosa de sus cartas, hablando sin parar de ese «santo Schweitzer», haciéndole pensar que a Leo le había afectado tanto el alcohol al cerebro que se había enamorado de una «hermana» que le habían colocado los misioneros a propósito junto a su cama, con la intención de conseguir acceso a su bolsillo. Aunque eso también podía ser verdad. ¿Pero qué había conseguido él a cambio por permitir que ella le llevara por ese camino divino? ¡Una señora igual de divina! Cierto era que Leo lo había dejado caer en su primera carta con aquella palabra tan rara... eso de que el Ángel no era una «criatura inmaterial»; inmaterial, como seguramente sabrá usted, *signore*, ya que he visto que conocía el título correcto del libro de la *fifi*, significa «que no es material». Dios mío, era cierto, ¡pero si esa Hermine tenía material de sobra! «Bueno, si los ángeles tienen esa pinta, ¡quiero morirme e ir al cielo!», pensó Terranova.

Mientras estaba sentado en el porche, bebiendo despacio su limonada, Terranova oyó a Leo al acercarse (el zumbido del motor era como el de una mosca que estuviera dando vueltas a su alrededor) y después vio la pequeña lancha motora cruzando el río (demasiado ruido para una embarcación tan pequeña) con Leo de pie dentro, al timón. Hermine bajó corriendo por el camino, con las tetas dando botecitos, llegó al muelle cuando Leo estaba amarrando la lancha y se puso a hablar con él, emocionada. Entonces él le dejó a ella que acabara con la lancha y subió corriendo por el camino. Unos momentos después llegó al porche, sin aliento. Se paró a unos pasos de Terranova, lo miró y entonces se echó a llorar; una reacción totalmente inapropiada teniendo en cuenta la razón por la que había ido allí Terranova. Pero Leo no conocía esa razón. El pobre hombre lloraba de alegría.

—¡Rico! Rico, Dios mío, de verdad eres tú —dijo, y se lanzó a los brazos de Terranova. Después se separó un poco para mirarlo y lo abrazó de nuevo—. Pero ¿por qué no me has dicho que venías?

—Fue... una cosa repentina —contestó Terranova, fingiendo estar demasiado emocionado para dar una explicación más larga.

—¿Pero has venido hasta aquí solo para verme? —preguntó Leo. Si hubiera dicho otra cosa en vez de «verme», entonces su pregunta habría sido más acertada.

—No, solo pasaba por aquí y pensé que estaría bien acercarme a saludarte —respondió Terranova.

Leo se quedó mirándolo unos segundos más y después se echó a reír y le explicó a Hermine, que acababa de llegar y parecía desconcertada, que era una broma, «una broma, *chérie*» (*chérie* es la palabra francesa para «cariño»), el amigo Rico tiene un gran sentido del humor, siempre está haciendo esas bromas. Pero Hermine siguió sin entenderlo. Aparentemente tenía en físico todo lo que le faltaba en cerebro.

—Los caminos del Señor son inesgrutables —fue la conclusión a la que llegó.

—Sí, se puede decir así, ¿no? —contestó Terranova.

—Sí, los caminos del Señor son inesgrutables —repitió Hermine, que tampoco había entendido bien esta vez.

Leo volvía a parecer él, más moreno, obviamente, y con un grueso bigote un poco mustio (obviamente un tributo a ese tal Schweitzer), pero aparte de eso estaba delgado, en forma, sano. Se llevó a su amigo Rico por la finca para enseñársela, con Hermine detrás añadiéndole a todo lo que veían referencias a la «Divina Pogrovidencia», al «Señog» y a «el Gristo» (no Cristo, no, sino «*el Gristo*»), quienes, estaba convencida, habían intervenido de una forma fundamental en traer a su esposo hasta Gabón.

Oyéndola, cualquiera diría que Dios es un agente de viajes.

Leo le enseñó a su amigo Rico todo lo que había que ver por allí. Lo que antes era la casa, la mansión, se había convertido en el orfanato, donde estaban los dormitorios de los once niños que ya vivían allí y también una habitación de invitados (que sería la suya durante su estancia). Además había dos clases, el comedor y la cocina, donde Terranova conoció a la famosa Lela, que estaba muy ocupada preparando la comida. Ella incluso le dedicó una de sus famosas risas, esas que sonaban «jii-jii-jiiiiiiiiiiiiii», tal vez como confirmación de que realmente era la misma sobre la que había leído en las cartas.

También había una nueva ala en la mansión, ya operativa, una extensión de la planta baja construida con un estilo mucho más sencillo que el original, donde estaban el dormitorio de Leo y Hermine y también los de los otros dos miembros del personal (Leo se refería a él y a su mujer como «miembros del personal», aunque estaban en su propia casa), así como una pequeña capilla, que era temporal, dijeron. A unos cincuenta metros del antiguo edificio, al otro lado del césped, se estaba construyendo un edificio nuevo y más grande, El hogar del amor que ellos querían

realmente, donde podrían acoger a ochenta huérfanos y alojar más personal y más clases. A su lado también estaban construyendo una pequeña iglesia. Se la iban a dedicar a la Divina Providencia (¿a qué otra cosa podía ser?), como le explicó Hermine al amigo Rico.

—Dios envió a Begnagd a Gabón para creag este pequeño pagaíso —dijo Hermine, resumiendo la lección del día.

«Más bien lo que envió fue su dinero», pensó Terranova.

Cuando volvían hacia la mansión, tras terminar la visita, un par de niños negros se acercaron corriendo hasta ellos y llamaron a Leo «*papa Bernard*» y a ella «*mama Hermine*». Terranova fue durante los primeros días «*monsieur Ricó*» (ellos ponían el énfasis en la última sílaba de su nombre, como hacen los franceses) y después pasó a ser «*oncle Ricó*». «De nuevo el *zio* de alguien», fue lo que se le pasó por la cabeza a Terranova.

Esa noche todos cenaron en una gran mesa con los huérfanos y los otros tres miembros del personal (aparte de Leo y Hermine): una misionera alemana de la variedad medio fea (sin bigote), un francés de mediana edad que se llamaba Paul-Marie de sexo indeterminado (algo entre Paul y Marie), que era aparentemente una especie de profesor, y también un hombre negro que se llamaba Zambe, que era el carpintero jefe del nuevo edificio.

La bendición de la mesa la hizo en francés *papa Bernard* y después Zambe la repitió en fang. Terranova solo sabía, gracias a las cartas de Leo, una palabra en fang, *fifi*, y no la oyó en la oración, así que dedujo que no le estaban pidiendo a «el Gristo» que los convirtiera en cucarachas mientras dormían. Después vino un breve discurso de *papa Bernard*, que dijo algo así como: «En este día, niños, ha ocurrido un milagro», porque Dios les había enviado a «su amigo más querido fuera de África, Rico Ginsburg», que era, siempre según las palabras del orador, «una de las mejores personas del mundo». El discurso lo dio en francés, pero Hermine se lo iba traduciendo (bueno, hacía lo que podía) mientras Leo hablaba, susurrándole al oído lo que decía, lo que tuvo el efecto inesperado de producirle una erección. Cuando terminó de hablar Bernard, todo el mundo le dio un aplauso a Rico.

Después de la cena Hermine dio las buenas noches y se fue a arropar a los niños, que también se despidieron («*bonne nuit, papa Bernard, bonne nuit, monsieur Ricó*»). Entonces Leo llevó a su amigo Rico al porche. Terranova le preguntó educadamente que si podía tomar algo más fuerte que el tercer vaso de limonada del día, pero Leo le dijo que no, que no había alcohol en Belle Époque. «Me alegro de haber traído una botella de *bourbon*», pensó Terranova, que no era alcohólico pero a quien le gustaba tomarse una copa de vez en cuando.

Antes de ir a Gabón, Terranova se había releído las copias que tenía de todas las cartas que el amigo Rico le había escrito al amigo Leo para no equivocarse en nada de su vida imaginaria, sobre todo en los detalles de su noviazgo con la costurera, Mónica, que ya era supuestamente su prometida. Pero pronto descubrió que no había

peligro de verse en un aprieto. Leo estaba más interesado en hablar de sí mismo. De su nuevo yo, más bien.

Sentados en el porche esa primera noche, con el Ogooué fluyendo debajo, Leo le contó a su «más querido amigo» la versión completa de su vida en el tiempo que llevaba en África; parte la conocía Terranova por las cartas, pero de otras partes, las que tenían que ver con cosas poco saludables como la bebida o masturbarse (Leo lo llamaba entonces «abusar de mí») y perversiones por el estilo, se enteró en ese momento. Terranova aguzó el oído cuando Leo llegó a la historia de las convulsiones, que tenía sus detalles cómicos, como lo de la escopeta y el brujo, y quiso echarse a reír un par de veces, aunque se contuvo. Pero no le dieron ganas de reír precisamente cuando Leo llegó a lo del discurso en la fiesta de Nochevieja.

—A ver si lo he entendido bien —interrumpió Terranova—. ¿Le contaste a un público compuesto por extraños quién eres *de verdad*?

Sí, reconoció Leo, pero no había que preocuparse por eso. Lo dijo en inglés, así que seguramente nadie lo entendió (excepto el director, pero era un hombre honorable), y además todo el mundo estaba borracho. Y, según Leo, era obvio para todos los que estaban allí que tenían delante a un loco en un arrebató, así que nadie debía estar prestándole mucha atención a lo que dijo, aunque lo estuvieran entendiendo. Eran blancos de Gabón, franceses, y seguro que les importaba un comino que un neozelandés se subiera allí a decirles cuál era su verdadera identidad.

—Bueno, mientras no lo sepa nadie más... —dijo Terranova con un suspiro.

—No, claro que no —aseguró Leo—. Excepto el doctor Schweitzer y Hermine, claro.

Terranova se lo quedó mirando fijamente.

—¿Ellos *también* lo saben?

—Sí, toda mi historia. Ellos dos sí. Lo de la *maledizione*, lo de Lupo, las muertes de Al y Nick y que mi vida corre peligro. Todo.

Ah, eso explicaba por qué el Ángel se había preocupado cuando lo vio por primera vez, pensó Terranova. No era muy lista, pero, como conocía su pasado, la aparición repentina de un americano con pinta de duro preguntando por su marido no resultaba algo muy tranquilizador.

—Oye —dijo Leo al ver que su mejor amigo en el mundo parecía preocupado—, Hermine es mi alma gemela, mi esposa, mi todo. ¿Cómo no iba a decírselo? En cuanto al doctor Schweitzer, le abrí mi corazón en aquellos primeros días en el hospital. Supo que era la desesperación lo que me había llevado a intentar quitarme la vida y tuve que explicarle la razón. Se lo conté todo, y estoy muy contento de haberlo hecho.

Terranova intentó bromear con el tema.

—Espero que el bueno del doctor no quiera que vuelvas a utilizar tu nombre real otra vez, argumentando que los cristianos tienen que ser fieles a la verdad.

Leo rio.

—Yo le hice justo esa pregunta, ¿sabes? Y el doctor Schweitzer dijo que «no mentirás» no es uno de los diez mandamientos.

—Cierto —contestó Terranova.

—Dijo que lo importante era no mentirle a Dios, lo que significa realmente no mentirte a ti mismo. Pero no te preocupes, amigo. Ni Él ni el doctor Schweitzer tienen buenas relaciones con la mafia.

Terranova se obligó a reír al oír ese chiste con tan poca gracia.

Lo único que comentó el doctor, además de lo anterior, sobre el tema de la identidad de Leo, aparentemente, fue algo en relación con el libro de la *fifi*.

—El doctor Schweitzer me dijo algo hermoso —contó Leo—. Le había hablado de las pesadillas y el miedo que tenía de convertirme en una cucaracha. El doctor relacionó eso con mi nueva situación. Lo que dijo ese hombre santo fue... —Los ojos de Leo se llenaron de lágrimas al recordar las palabras de ese hombre—. Que en vez de temer el concepto de dejar atrás mi antiguo yo y adquirir uno nuevo, debía recibirlo con los brazos abiertos y aceptarlo. De hecho, debía convertir eso en mi principal tarea en la vida. Ya me había cambiado el nombre, había cambiado de casa y de país. Pero ahora tenía que cambiar mi mente y mi corazón también. El doctor Schweitzer me aseguró que, con constancia, una mañana me levantaría y, al mirarme en el espejo, vería una persona nueva.

Y fue ese comentario, siguió explicando Leo, el que le hizo pensar por primera vez en proponerle matrimonio a Hermine y fundar El hogar del amor. Un orfanato era el sueño largamente acariciado del santo, se lo había dicho el Ángel mientras tomaban limonada una noche en Lambaréné. Así que después de oír al doctor Schweitzer hablarle de esa «metamorfosis total», Leo concibió repentinamente la idea de hacer realidad el sueño del santo. Ya tenían en marcha una parte, como había visto su amigo Rico, y cuando el nuevo edificio estuviera terminado y lo tuvieran lleno, el sueño se habría completado.

—Bien —comentó Terranova—. Y así lograrás convertirte en una auténtica *fifi*, una muy espiritual y fiel a Dios.

Leo rio. Al menos su «nuevo yo» no había perdido su sentido del humor.



INCLUSO ANTES DE LLEGAR a Belle Époque, Terranova ya era consciente de que tendría que hacer que la muerte del hermano Frank número tres pareciera un accidente. Y también, claro, de que hacía falta que pasara cierto tiempo entre su llegada y la muerte de ese hombre. A la poli de ningún país le gustan las coincidencias, y si *monsieur* MacLane se iba a encontrar con su Creador muy poco después de la llegada de su viejo amigo Rico Ginsburg, puede que eso provocara cierta curiosidad sobre su pasado y entonces el desastre estaba asegurado. Y lo que acababa de oír sobre que había personas que conocían la verdadera identidad de Leo hacía su tarea aún más complicada de lo que esperaba. Vale, era comprensible asumir que el asunto del hotel Prologue no tenía importancia; seguramente Leo tenía razón sobre que no había muchas posibilidades de que su «revelación» hubiera tenido algún impacto. Pero el doctor Schweitzer y el Ángel eran harina de otro costal, sobre todo la mujer, que tendría que estar por allí cuando se produjera el «accidente». Eso significaba que tendría que arreglárselas para que pareciera cien por cien genuino, que no surgiera ni la más mínima duda al respecto. Si no, estaría corriendo un gran riesgo.

Terranova sabía que la única cosa que podía reducir ese riesgo era una buena planificación. Pero para eso necesitaba información, y para conseguir información le hacía falta tiempo. Leo y Hermine habían hecho que su amigo Rico se sintiera totalmente bienvenido y le habían invitado a quedarse tanto como quisiera, sobre todo cuando les dijo que se le daba bien la carpintería y que estaría encantado de ayudar en la construcción del nuevo edificio. Su principal problema era el *brutto*, Mickey, el irlandés, que pronto se iba a poner nervioso allí en Ndjolé.

Terranova no mentía sobre su habilidad con la carpintería. Había aprendido a lo largo de los años haciendo reparaciones en el restaurante y en su casa de Newport y también, más recientemente, restaurando los muebles antiguos que le compraba a Ekaterina... ¿Sabe? Ahora que lo pienso, veo que Terranova también era un poco como usted, *signore*, un restaurador de cosas antiguas, aunque esa no fuera su profesión. Pero la razón por la que se había prestado voluntario para trabajar en El hogar del amor era principalmente profesional; una obra ofrece posibilidades estupendas de que se produzcan accidentes: electrocuciones, vigas que se desploman, gente que se cae, etc. Pero pronto acabó decepcionado, porque tras tres o cuatro días trabajando allí, se dio cuenta de que Leo nunca iba por la obra. Era Hermine la que se ocupaba de los asuntos prácticos, mientras que él se dedicaba a llevar la escuela de

los huérfanos y a lo que él llamaba «asuntos espirituales».

La semana siguiente Terranova se pasó la mayor parte de su tiempo en el edificio nuevo, trabajando como carpintero voluntario. Un trabajo agotador, pero también bastante divertido, sobre todo porque Zambe era un tipo agradable y conocía bien su trabajo. Aunque solo hablaba fang y se comunicaban básicamente por gestos, como martillar y serrar en el aire y cosas así, y también dándose palmaditas en la espalda y guiñándose el ojo, el tiempo allí se pasaba rápido y él disfrutaba del trabajo. Terranova incluso aprendió unas cuantas palabras de ese idioma, como *m'bolo*, que significa «buenos días», *n'tsimi*, que es «tabla», y *o ne ve*, que significa «¿dónde estás?».

Todavía más divertido fue su breve experimento de enseñarles a los niños a jugar al fútbol en la hora libre que tenían antes de cenar. Había unos cuantos jugadores buenos; la mejor, sorprendentemente, era una niña de nueve años, bastante escuálida pero un verdadero demonio con los pies. Pero ese entretenimiento se terminó pronto, porque la primera vez que jugaron hubo un desacuerdo por una falta, que acabó en pelea a puñetazos, y *mama* Hermine tuvo que intervenir para calmar los ánimos. Después ella le dijo a «*oncle* Guicó» que, si quería jugar con los niños, tenía que escoger juegos que buscaran la cooperación, no la competición. Pero fue agradable mientras duró, y después de eso Terranova siguió siendo amigo de la niña escuálida, que tenía una sonrisa muy bonita y muy graciosa debido a que lucía un agujero grande justo en el centro porque no le habían salido todavía los dos incisivos definitivos en las encías superiores. Cada vez que la veía, en las comidas o por allí, de lejos, ella sonreía y lo saludaba con la mano y él hacía lo mismo.

Las noches eran menos divertidas. La cena estaba siempre precedida por un discurso breve sobre «un tema que elevara el espíritu» y todos se acostaban pronto, a menos que el amigo Leo tuviera ganas de hablar. Terranova tenía buenos recuerdos de sus largas conversaciones en La Habana, sobre todo de las descripciones que Leo hacía de sus noches locas con Thelma. Pero en El hogar el amor no había conversaciones de esas, claro. En los pequeños huecos que dejaba Leo entre sus reflexiones sobre su «metamorfosis», Terranova pudo colar alguna de las historias que había preparado sobre la «costurera Mónica», pero siempre intentaba limitarse a los aspectos de su relación que no tenían nada que ver con lo físico. Después cada uno se iba a su habitación, Terranova a dormir y Leo «a leer y rezar antes de meterse en el catre», como solía decir, aunque Terranova esperaba, por su bien, que también se tirara a su mujer de vez en cuando. Obviamente, si eso ocurría, sería sin duda en la postura del misionero.

Terranova invirtió unos días en familiarizarse bien con el horario y las rutinas de Leo. No era nada complicado: se pasaba la mayor parte del tiempo enseñando a los niños lengua, aritmética y no sé qué más (Paul-Marie, el francés, les enseñaba el resto de materias). Obviamente no podía idear nada que acabara con un accidente mortal dentro de la clase. También invertía algo de tiempo en leer o escribir cartas para

varios buenos samaritanos sentado a una mesa en el porche. Pero escribir cartas era una actividad de bajo riesgo. El resto del tiempo estaba en su habitación, en el comedor durante las comidas o en el porche en esos ratos que se dedicaban ambos a charlar.

¿Qué opciones le quedaban para cargarse al hermano Frank número tres? Terranova utilizó su viejo sistema para planificar una operación, eso de la reducción al absurdo: considerar todas las opciones e ir descartando las que tenían pocas posibilidades de saldarse con éxito.

Al principio pensó en usar veneno, y se había traído dos tipos, preparados especialmente por el químico alemán, el que fabricó el último puro de Al Frank. Pero cuando se enteró, la primera noche, de que Hermine sabía todos los detalles de la historia de la *maledizione*, tiró los dos viales al Ogooué desde el porche. Seguro que exterminó un par de bancos de peces. Para cualquiera que supiera cómo murió Al Frank, y su esposa lo sabía, hasta una muerte que pareciera por causas naturales, incluso un ataque al corazón, podría despertar sospechas. Así que primera opción absurda.

La obra había quedado dentro de la categoría de absurdo desde el principio, porque Leo no iba por allí. Y sería aún más absurdo si su amigo Rico lo invitara a ir, por ejemplo para inspeccionar el progreso del trabajo, y entonces ocurriera un «accidente». Del todo absurdo.

Por desgracia, no había más opciones mientras estuvieran en Belle Époque. Terranova podía pedirle a Leo que fuera a alguna parte con él, los dos solos. No sería raro que le pidiera a su amigo que le enseñara la zona, el colono curtido mostrándole al chico de ciudad la belleza de la jungla. ¿Un safari tal vez? Un accidente de caza... Pero no podía ser, porque el nuevo yo de Leo estaba en contra de matar animales. ¿Y una breve excursión a la jungla que rodeaba Belle Époque? Eso podía hacerse. ¿Pero después qué? Como Terranova no podía hacerse amigo de una de las víboras de Gabón y pedirle como favor personal que le diera un mordisco a Leo, no se le ocurría ninguna forma de desarrollar un plan que se pudiera llevar a cabo en una excursión. Y pedirle a Leo que fuera con él y después improvisar... ¿en una jungla? ¡No! A Terranova no le gustaba nada operar en terreno desconocido, y las junglas no eran lo suyo. Absurdo.

Pasó una semana y unos cuantos días más y Terranova empezó a preocuparse. Necesitaba más tiempo. Así que una mañana le pidió a Aristide que lo llevara con él a Ndjolé, adonde iba a menudo en la lancha motora para hacer recados. Su excusa fue que quería hacer una pequeña donación a la misión que había allí; nadie iba a cuestionar algo como eso. Pero la razón real era ir a ver al *brutto*. Y fue una buena idea ir, porque lo encontró en un estado de gran agitación, muy agobiado porque no había bares en Ndjolé, ni tampoco putas, ni siquiera había esas bellezas negras con los pechos al aire que Terranova le había prometido (la misión se había ocupado de ello, iluminando a las chicas nativas sobre los beneficios de las blusas y los

sujetadores). Terranova le dijo que tendría que sufrir esas privaciones un poco más, porque no había surgido todavía la oportunidad para realizar el trabajo. Pero el *brutto* dijo que todo eso de la «oportunidad» le sonaba a excusa y que como Terranova no se cargara a Leo Frank en pocos días, iba a ir él mismo a «eze zitio que ze llamaba Bellapok» para cargárselo «perzonalmente».

—Una gran idea, Mickey —contestó Terranova—. Pero me gustaría ver cómo sales de allí después.

—Fácil —dijo Mickey—. Le diré a la poli que lo hicizte tú.

Terranova rio.

—Bien. Pues yo diré que fuiste tú.

Cuando volvió esa tarde a Belle Époque (Bellapok, según el *brutto*...), Terranova supo que tenía que ponerse manos a la obra y rápido. Porque si el *brutto* realmente aparecía por allí (y con esa masa defectuosa que tenía dentro del cráneo no podía garantizar que no lo hiciera), se acabaría el juego; ese hombre llevaba la palabra «gánster» escrita en la cara y tenía una pinta que le provocaría terror a un civil, incluso al más inocente, nada más verlo. De hecho a Terranova le preocupó tanto la posibilidad de una visita inesperada de ese tipo, que si hubiera tenido una bala, un cuchillo o un garrote, habría acabado con Leo esa misma noche. Pero tenía que hacer que pareciera un accidente convincente, y eso lo ponía en un aprieto. ¡Maldito fuera ese hijo de puta de Mickey y también John Basil Junior por habérselo endosado! Y maldito fuera también Leo por «abrirle su corazón» al Ángel y al santo.

Signore, ¿ha oído ese viejo dicho de *audaces Fortuna iuvat*? Bueno, tengo que decir, con todo el respeto por ese romano que lo dijo, que no creo que eso sea cierto. Yo personalmente nunca he visto que la fortuna favoreciera a los valientes, más bien al contrario: las agallas sin cerebro normalmente suponen la receta ideal para que todo acabe en desastre. Pero sí he sido testigo de que la paciencia suele beneficiar a la gente (eso no se lo sé decir en latín), y que si esperas lo suficiente, seguro que pasa algo que te viene bien. Y si *además* viene en tu ayuda la fortuna, el azar o como quiera llamarlo, entonces ni siquiera tendrás que esperar mucho. Y eso fue precisamente lo que le pasó a Terranova.

La segunda noche después de su regreso de Ndjolé, mientras estaban sentados para cenar con el grupo habitual, es decir, los «miembros del personal» y los niños, *papa* Bernard dijo que tenía que hacer un *annonce*. Eso lo decía de vez en cuando y después contaba noticias tontas sobre El hogar del amor, como que un trabajador había tenido un nieto y que tenían que prepararle un regalo o que los iban a vacunar contra algo la semana siguiente... ese tipo de cosas. Pero el *annonce* de esa noche resultó especialmente interesante para Terranova. De hecho le interesó tanto que, cuando Hermine se lo tradujo al oído, en vez de tener su reacción habitual de excitación sexual, esta vez se excitó pero a nivel profesional.

El *annonce* de ese día fue que el «el gran amigo, *oncle* Albert», es decir, ese tal Schweitzer, se iba pronto a Europa de nuevo en una de sus expediciones de

recaudación (evidentemente no utilizaron esas palabras) y por eso *papa* Bernard iba a ir a verlo al día siguiente para hablar con él «de los asuntos de El hogar del amor». Y confiaba (y ahí estaba lo esencial del *annonce*) en que todos los niños iban a ser obedientes y respetuosos, como siempre, con *mama* Hermine en su ausencia. «*Bien sûr, papa Bernard*», dijeron a coro todos los niños, que quiere decir: «puedes estar seguro de que sí».

El viaje de Leo le ofrecía a Terranova exactamente lo que había estado esperando: una oportunidad para que sucediera una desgracia. Así que, en cuanto su amigo Leo se sentó, se puso en acción y preguntó:

—¿Podría ir contigo a Lambaréné, Bernard? Me encantaría conocer al doctor Schweitzer.

Hermine sonrió feliz, su reacción normal al oír casi cualquier cosa que pudiera percibirse como elevadora del espíritu.

—Qué idea más espléndida —dijo y Leo rio.

—Un encuentro de grandes mentes —comentó—. Estaba a punto de preguntarte si querías venir, *mon ami*.

Hermine se volvió hacia los niños.

—Greó que si *oncle* Guicó conoce al *docteur* Schweitzeg, se quedará aquí con nosotros para siempegué.

—Bueno, entonces tal vez no debería ir —bromeó Terranova.

Hermine empezó a decir que no, que sí que debía ir, y Leo tuvo que explicarse al Ángel que era una *broma, chérie*, otra demostración del maravilloso sentido del humor transatlántico de su amigo. Se produjo un regocijo general y todos levantaron los vasos de limonada y brindaron con ellos por el mayor santo de ese tiempo.



TERRANOVA SE EXCUSÓ justo después de la cena, diciendo que tenía dolor de cabeza. Por desgracia en Belle Époque no podía poner en práctica su método favorito para planificar una operación, el de salir a pasear (si lo intentaba, seguro que su amigo Leo lo veía y lo invitaba a charlar). Así que tuvo que optar por su segunda alternativa: quedarse tumbado en la cama a oscuras.

Terranova no conocía los detalles del viaje a Lambaréné. Pero para entonces ya había aprendido suficiente sobre cómo funcionaban las cosas en el mundo de Leo como para poder idear un plan. Para empezar, asumió que, mientras estuvieran con el doctor Schweitzer, probablemente no habría verdaderas oportunidades de que se produjera un «accidente» (al menos no uno que pudiera planear), seguramente menos incluso de las que había en El hogar del amor, porque allí habría mucha más gente pululando. Así que, por eliminación, era mejor que se centrara en el viaje, especialmente en su primer tramo, entre la finca y Ndjolé, que era un trayecto que conocía bastante bien porque lo había hecho tres veces, una en la canoa y dos en la lancha motora. Y ya se le había ocurrido una idea.

La idea que tuvo era sólida, bueno, más bien lo bastante rocambolesca como para que hubiera pocas probabilidades de que alguien pensara que podía tratarse de otra cosa que no fuera un accidente. Su éxito solo dependía de una cosa: de que estuvieran los dos solos en la lancha. Si no, tendría que intentar encontrar otra oportunidad.

Terranova planeó la operación del día siguiente, la última en su misión de matar a los tres hermanos Frank, en la cama, con las manos detrás de la cabeza y los ojos fijos en el pico que se formaba en lo más alto de la mosquitera que rodeaba su cama, que se veía de un blanco azulado por la luz de la luna que se filtraba. Reprodujo todo en su mente unas cuantas veces, como una película, identificando y arreglando posibles complicaciones.

Si hubiera sido una película de verdad, se habría titulado *Los últimos momentos de Bernard MacLane*. Después de haberlo repasado todo durante una hora, así era en la mente de Terranova:

Leo y él están en la lancha motora. Terranova está sentado en la banca de la proa, dándole la espalda a Leo, que hace las funciones de capitán situado justo detrás de él (la embarcación no mide más de tres metros o tres metros y medio de largo), de pie, llevando el timón, o sea, agarrando un palo corto que tenían sujeto al motor. Así era más seguro, le había explicado Aristide cuando lo llevó a Ndjolé, y además tenías una

buena vista de las aguas que había por delante, por si se acercaba un tronco o por si los cocodrilos salían de caza.

Casualmente, los cocodrilos eran las estrellas de la «película» de Terranova. El Ogooué estaba infestado de ellos, de los tres modelos que había en la viña del buen Dios, incluyendo el más grande y más peligroso que se llamaba «cocodrilo del Nilo», un verdadero *gourmet* en lo que respectaba a la carne humana. Terranova había leído algo sobre ellos mientras investigaba en la biblioteca de Providence y también los había visto haciendo de las suyas en el cine, en *Las minas del rey Salomón*, película que fue a ver tiempo atrás con Billy, su nieto mayor (esos malditos bichos asustaron tanto al niño, que acabó escondiéndose bajo el asiento). Así que sabía que eran muy rápidos a la hora de reaccionar ante cualquier cosa que se moviera en el agua cerca de ellos, sobre todo si entraba en ella con una buena salpicadura. Eran de los que atacaban de inmediato; primero morder y después preguntar.

Terranova sabía, por las veces que había ido a Ndjolé, que se iban a encontrar por el camino con unas cuantas de esas bestias, muchas tal vez. Era posible que se encontraran con un cocodrilo en medio del río, así que debía tener la mente abierta ante esa eventualidad. Pero era mejor confiar en algo que era más o menos seguro: habría unos cuantos de los grandes, de los del Nilo, descansando en la orilla en un sitio concreto, una especie de playita que había entre dos recodos del río.

Esa playa era el sitio que más les gustaba. El negro de la canoa se lo enseñó a Terranova el primer día, cuando iban hacia Belle Époque. Señaló la playita y a los cocodrilos que descansaban en ella e hizo una mueca de miedo mientras se abrazaba, temblaba y hacía «brrr». Aristide le dijo, cuando pasaron por allí el día que fueron juntos a Ndjolé, que los nativos llamaban a ese lugar «la playa de los cocodrilos».

Frente a la playa, el río formaba una especie de ensenada, una pequeña bahía. Ahí era donde Terranova había situado la escena cumbre de *Los últimos momentos de Bernard MacLane*, la ubicación donde el fantasma de Tonio Lupo consumaría por fin su venganza con la muerte del último de los hijos del asesino de su Luigi.

La acción comienza cuando empieza a verse la playa de los cocodrilos desde la lancha. Terranova confirma que allí hay unos cuantos cocodrilos interesantes y le pide a Leo que se acerque para poder hacerles unas cuantas fotos para sus parientes de Detroit. Cuando casi han llegado, Terranova le pide a Leo que ponga el motor en punto muerto. Finge que está interesado en los cocodrilos y hace unas cuantas fotos para que Leo se relaje. Entonces, de repente, le da a Leo un puñetazo, muy rápido. Con esa embarcación tan pequeña, si lo hace con la fuerza suficiente, enviará a Leo directo al agua.

Pero incluso aunque no consiga tirarlo a la primera, por lo menos lo aturdirá lo suficiente para que Terranova, que es mucho más fuerte, pueda empujarlo y arrojarlo por la borda.

Y así el hermano Frank número tres se convierte en la comida de los cocodrilos, mientras el asesino hace unas cuantas fotos para enseñárselas a su vuelta a John Basil

Junior en Chicago. Mientras devoran a Leo, Terranova puede intentar (solo si es seguro, claro) salvar un par de trozos, un antebrazo tal vez, un pie, o incluso la cabeza si tiene suerte. Estará bien tener pruebas físicas del festín de los cocodrilos, por si las autoridades locales muestran una curiosidad insana. Porque Terranova obviamente no podrá enseñarles las fotos: sería difícil de explicar por qué se puso a hacer fotos encantado mientras se comían vivo a su mejor amigo.

Terranova reprodujo la «película» en su mente un par de veces para asegurarse de que era el mejor plan posible. Después se inventó un suceso más que tendría que contar, aunque no ocurriera en la realidad, para explicar por qué su querido amigo Bernard, un marinero experto en el Ogooué, había acabado en el agua.

Terranova utilizaría algo que había visto cuando iba con Aristide: el motor fueraborda de repente se quedó parado y el capataz tuvo que sacar la parte inferior del agua y ponerse a desenredar unos cuantos juncos de la hélice. Pues lo mismo le iba a ocurrir, supuestamente, a Leo en su camino a Ndjolé, pero en ese caso, de una forma totalmente inesperada, mientras Leo estaba ocupado con los juncos, un enorme cocodrilo saldría del agua (esas bestias tan astutas) y cerraría las mandíbulas sobre el brazo de Leo.

Lo único que le quedaba a Terranova era esperar que fueran los dos solos en la lancha. Pero como la esperanza no necesita planificación, se durmió.

A la mañana siguiente, temprano, se levantó, se lavó, se afeitó, se puso ropa limpia y fue a disfrutar del sabroso desayuno compuesto de huevos y beicon que había preparado Lela. Hermine le dijo que Bernard había ido a hacer un recado en la plantación, pero que volvería pronto.

—¿Ha hecho la maleta, amigo Guicó? —preguntó. Él negó con la cabeza—. Vaya entonces, tiene tiempo —aconsejó.

Así que Terranova fue a su habitación y lo metió todo en su bolsa, pero antes sacó del falso fondo su nueva arma, una Smith & Wesson 357 Magnum (no la iba a necesitar, pero no le gustaba ir a una operación importante desarmado; no lo hacía si podía evitarlo). Con la espalda apoyada en la puerta (no había pestillos ni cerraduras en las puertas), cargó la pistola metiendo seis balas en el tambor, la levantó y apuntó a una manchita que había en la pared de enfrente.

Después se guardó el arma bajo el cinturón y comprobó en el espejo que no se notaba bajo su chaqueta de safari suelta. Metió un carrete en la cámara y se la colgó del cuello.

Cuando salió con su bolsa, Leo ya estaba allí, listo y con su equipaje en la mano. Él le dio un besito a Hermine en la mejilla. Terranova le estrechó la mano.

—Nos veguemos de nuevo en una semana —dijo ella.

—Claro. No haga nada que yo no haría mientras —contestó Terranova.

Aristide bajó con ellos por el camino.

—Ah, ¿tú también vienes? —le preguntó Terranova, sonriendo como si estuviera encantado por ello.

—No, *monsieur* —contestó Aristide—. Estoy demasiado ocupado.

Al parecer *monsieur* Bernard y él se iban en ese momento y él iría a Ndjolé más tarde para recoger la lancha. Terranova puso una cara de decepción adecuada para la situación.

Así que el juego había comenzado.

Se subieron a la lancha, solo ellos dos, y Aristide les pasó las bolsas. A Terranova le dijeron que se sentara en la banca de la proa, justo como en su «película». Pero antes de que Leo tirara de la cuerda para poner el motor en marcha, oyeron una voz. La «película» se vio interrumpida unos momentos cuando la niña escuálida, la amiga de Terranova, llegó corriendo para darle un paquetito a Leo. Aparentemente era un regalo que habían hecho los huérfanos para *oncle* Albert.

Leo le dijo a la niña algo en agradecimiento y después no sé qué que incluía la palabra «aritmética» (más bien *aritmétic*, con el acento al final, como es en francés). La niña escuálida asintió con la cabeza y dijo: «*Oui, papa* Bernard», y después se volvió hacia Terranova y le dijo algo que incluía la palabra *fútbol*, de nuevo con el acento en la última sílaba.

Leo le contestó algo a la niña y ella mostró una sonrisa radiante. Después Leo le dijo riendo a su amigo Rico que había tenido una mala idea al enseñarles a jugar al fútbol a los huérfanos, porque ahora querían jugar a eso con *oncle* Ricó otra vez cuando volvieran.

Terranova respondió que jugaría con ellos si *mama* Hermine lo permitía. Entonces Leo arrancó el motor y Aristide y la niña escuálida se despidieron con la mano y dijeron «*À bientôt, papa* Bernard. *À bientôt, oncle* Ricó», que significa más o menos «hasta pronto». Leo y Terranova también agitaron las manos para despedirse y se alejaron.



LA LANCHA EMPEZÓ A CRUZAR el río, con Leo al timón, de pie, y Terranova sentado mirando hacia delante. El motor hacía un ruido tan alto que no oía lo que Leo le decía, o más bien le gritaba, pero él no paraba de hablar. De los fragmentos que lograba distinguir, dedujo que su discurso iba en la línea de destacar la gran experiencia espiritual que iba a ser para él conocer al doctor Schweitzer y cosas por el estilo. Terranova le gritaba de vez en cuando en respuesta: «sí, sí, claro» o «ajá», con la mirada fija en las aguas marrón verdoso que tenía delante. Dos minutos después de dejar el muelle de Belle Époque, se volvió hacia Leo.

—¿Es que los cocodrilos se están echando la siesta hoy o qué? —gritó.

Leo bajó un poco las revoluciones del motor para oírle y Terranova lo repitió. Leo rio.

—Vas a ver todos los cocodrilos que quieras cuando giremos en el tercer recodo, un poco más arriba.

Terranova fingió estar asustado e incluso se abrazó e hizo «brrr», como el nativo la primera vez que pasaron por delante de la playa. Leo se mostró tranquilizador.

—No te preocupes por ellos. No habrá problema con el capitán Leo al timón.

Terranova se dio cuenta de que era la primera vez que Leo había utilizado su nombre real desde que él llegó. «Qué gracioso», pensó (no gracioso de divertido, sino de curioso), porque iba a ser también la última.

Miró su reloj: cuatro minutos para poner todo en marcha. El viaje hasta Ndjolé llevaba quince minutos en lancha motora y la playa de los cocodrilos estaba más o menos a medio camino. Tres minutos y unos cuantos segundos para el inicio de su plan. Cerró los ojos y reprodujo en su mente la escena principal de su «película» una vez más.

Entonces, con los ojos cerrados, oyó a Leo gritar:

—¡La playa de los cocodrilos justo delante!

Terranova abrió los ojos. Estaba allí, a unos ochenta metros a la derecha. Levantó la cámara y miró por el objetivo: había al menos un par de enormes cocodrilos del Nilo tirados en la playa.

—¿Te puedes acercar un poco? —gritó, pero el ruido del motor ahogó sus palabras.

Entonces Terranova señaló primero a su cámara y después a la playa. Leo contestó levantando el pulgar y dirigió la lancha hacia la playa.

Cuando ya estaban a unos veinte metros, Leo redujo la velocidad. Terranova miró hacia ambos lados, revisando todo lo que había a su alrededor, trescientos sesenta

grados. Fingía estar contemplando la vista y lo hizo con la sonrisa de admiración que era de esperar. Pero la realidad era que estaba haciendo una comprobación. Todo estaba bien. No había ninguna otra embarcación a la vista y ni un solo ser humano en las orillas. Entonces Leo puso el motor en punto muerto y la lancha entró lentamente, empujada por la inercia, en la playa de los cocodrilos.

—¿Aquí estás lo bastante cerca? —preguntó Leo, como si estuviera retándole.

Sí que lo estaban. Terranova vio que dos de los cinco cocodrilos grandes de la playa (los otros tres acababan de aparecer, como si hubieran emergido de entre la arena) iban hacia el agua para echarles un vistazo de cerca a sus visitantes. Ese era el momento. Terranova se giró y se quedó sentado mirando a Leo, que seguía de pie.

En ese momento se dio cuenta de un pequeño fallo de cálculo en su «película»: a ambos les separaban unos dos metros, así que no había forma de darle un puñetazo a Leo, sobre todo con él sentado y el otro de pie. Pero no quería levantarse también, porque no estaba seguro de poder mantener el equilibrio en la lancha.

—¿Por qué no te sientas? —sugirió Terranova, fingiendo estar muy asustado.

—Es mejor que siga de pie. Así tengo mejor control —dijo Leo, y luego añadió —: Haz las fotos. No podemos demorarnos mucho o perderemos el transporte fluvial.

En ese momento Terranova se fijó en un remo que había en el suelo junto a sus piernas, y lo cogió, sin levantarse.

—Oh, eso no te va a hacer falta —dijo Leo, que seguía de pie.

Pero al ver que Terranova levantaba el remo, lo sujetaba por la base con ambas manos y se apoyaba la parte plana en el hombro, como si fuera un bate de béisbol, Leo se echó a reír.

—¿No pretenderás darle con eso a los pobres animales, no? —dijo, y Terranova registró esas como sus últimas palabras en este mundo.

Durante una fracción de segundo pareció que Leo se daba cuenta de que su amigo Rico tenía intención de pegarle con el remo a él, no a los cocodrilos, y en esa fracción de segundo Terranova juraría que lo que vio en sus ojos fue sorpresa. Entonces el remo cruzó el aire y le dio a Leo debajo de las costillas, arrancándole una exclamación de dolor. El golpe lo dejó aturdido, pero, debido a la distancia entre los dos, no fue lo bastante fuerte, así que Terranova le dio otro, esta vez de atrás adelante, como un panadero cuando mete una hogaza de pan al horno, pero muy rápido y fuerte. La punta del remo se estrelló contra el ombligo de Leo. Eso lo hizo perder el equilibrio y empezó a moverse como Gene Kelly en sus películas, seguramente con intención de recuperarlo: intentó sostenerse sobre una sola pierna con la otra en el aire por delante de él, el cuerpo echado hacia atrás, los brazos estirados a ambos lados, agitando las manos y la cabeza vuelta hacia su público compuesto de un solo hombre, Terranova, que tenía una mirada que le habría resultado muy graciosa si no hubiera sabido lo que estaba pasando.

Gene Kelly no habría acabado cayendo, sino que habría hecho un salto triunfal y habría aterrizado sobre los dos pies, con las piernas separadas, los brazos abiertos y

una sonrisa en la cara. Pero Leo no era Gene Kelly, así que cayó hacia atrás, al agua. La lancha se estremeció tanto que Terranova temió durante un segundo que volcara y que él acabara siendo el postre en el menú de los cocodrilos. Pero la lancha era más estable de lo que parecía, así que los animales tendrían que conformarse con un plato único.

Leo no tuvo tiempo ni de intentar comprender lo que estaba pasando. Lo vio boquear, subiendo y bajando en la superficie, escupiendo agua, agitando las manos y luchando por mantenerse a flote (luchando solo por culpa del pánico, porque Leo sabía nadar muy bien). Si lograba recuperar la calma, podría llegar a la lancha con un par de brazadas, posiblemente en menos tiempo del que les llevaría a los cocodrilos llegar hasta él. Así que Terranova no soltó el remo, preparado para golpearlo de nuevo o alejarlo con él si era necesario.

Pero los cocodrilos iban a toda velocidad. El más grande de todos, un monstruo de dimensiones colosales, estaba ya solo a tres metros de Leo y otro venía justo detrás. Y los tres de la playa ya se dirigían hacia el agua para unirse a la diversión.

No había gran cosa en los ojos de Leo, que desde el agua estaba mirando a Terranova. Abrió la boca y dijo algo, pero no salió ningún sonido de ella. Terranova no sabía leer los labios, pero supuso que Leo habría dicho «Rico», porque se le había quedado la boca abierta al final, como la de un pez atontado, seguramente por la pronunciación de la «o».

Y justo en ese momento el cocodrilo más grande abrió la boca, que era mucho más grande que Leo, mientras recorría la distancia que le quedaba hasta donde él estaba. Leo hizo una mueca horrible y Terranova pensó durante un segundo que era dolor porque tal vez otro cocodrilo, que no veía porque iría bajo el agua como un submarino, ya le había alcanzado. Pero no. Era horror.

Terranova sabía sacar la pistola muy rápido. Practicaba cuando era niño con su primera pistola de juguete, antes de poder jugar con las de verdad. Los gánsteres no hacían duelos bajo el sol, así que sacar el arma rápido no era una habilidad que resultara fundamental en su vida. Pero a él siempre le había fascinado, probablemente por las películas del Oeste de Tom Mix que le encantaban cuando era adolescente. «El revólver más rápido del Oeste» era su expresión favorita de todo el repertorio, y se enorgullecía de sacar el arma más rápido, mucho más, que ninguna persona que conociera. Y fue una habilidad que en ese momento le resultó muy valiosa... Valiosa para Leo Frank, sobre todo, que si hubiera estado en una situación de poder fijarse en algo, habría visto cómo de repente el remo caía de las manos de su amigo Rico y al segundo siguiente en su lugar aparecía una pistola.

Ah, *signore*, menudos genios son esos señores Smith y Wesson. ¡Qué pedazo de metal más fantástico es la 357 Magnum! El primer disparo lo hizo cuando las mandíbulas del cocodrilo enorme estaban a punto de arrancarle la cabeza a Leo y la bala alcanzó de lleno su objetivo con una fuerza tan extraordinaria que, cuando explotó en el momento del impacto, la mandíbula superior de la bestia quedó

seccionada, así, sin más, y su parte de delante se convirtió en un millón de trocitos sanguinolentos que volaron en todas direcciones, como un espray de mandíbula de cocodrilo. Después Terranova le disparó una segunda vez, apuntando al ojo, y le reventó la cabeza.

Los cocodrilos son famosos por sus mandíbulas, pero no por su cerebro; por eso el segundo, más pequeño pero lo bastante grande para acabar con Leo de un mordisco, no debió entender lo que le había pasado a su compañero y abrió también las mandíbulas, pero con menos ansia, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Bueno, pues no lo tenía. Recibió la tercera bala de Terranova en un lado de la cabeza, en la parte que podríamos decir que es la mejilla, si es que los cocodrilos tienen de eso. El impacto amplió artificialmente su boca unos centímetros, casi hasta alcanzar sus patas delanteras.

Los otros tres cocodrilos seguían acercándose. Terranova pensó que si atacaban todos juntos y él fallaba un disparo, no le iba a dar tiempo a recargar. Por eso dejó el arma en la banca y cogió el remo, esta vez por la parte plana, y le tendió el mango a Leo, que seguía esforzándose por seguir a flote a un metro y medio de la lancha.

—¡Cógelo, agárrate! —le gritó.

El grito sacó a Leo del *shock*, al menos lo suficiente para que estirara el brazo y cogiera el remo. Pero no lo agarró con fuerza, y cuando Terranova tiró, el remo se le escurrió entre las manos. Terranova no tuvo más remedio que coger el arma de nuevo y disparar las tres balas que le quedaban a los dos primeros cocodrilos, que venían en fila y ya se estaban acercando demasiado a Leo. El resultado final acabó siendo de tres muertos, uno malherido y un quinto que siguió acercándose, pero, como ya tenía mucha comida apetitosa a su alrededor, un verdadero bufé de *crocodile tartare*, perdió todo el interés en Leo. Terranova usó el remo para acercar al hombre a la lancha, lo agarró con fuerza colocando las dos manos bajo las axilas de Leo y lo subió a la lancha.

Terranova lo sentó en la banca de popa y volvió a su asiento en la proa, recargó el 357 y lo volvió a guardar en su sitio, bajo su cinturón. Después esperó a que Leo recuperara el aliento, una tarea complicada en esas circunstancias. Pero al final lo consiguió y simplemente se quedó mirando a Terranova con unos ojos llenos de preguntas sin pronunciar. Pero Terranova no tenía ganas de hablar, así que simplemente dijo:

—Llévame a Ndjolé y después vuelve a tu casa.

Pero entonces Leo, el robot, se despertó de repente y dijo, como si fuera lo más importante del mundo en ese momento:

—¡Pero tengo que ir a ver al doctor Schweitzer!

—Que le den al doctor Schweitzer —contestó Terranova. Pero rectificó y añadió —: O mejor vete a darle bien a tu mujer. Puedes ir a ver al doctor Schweitzer mañana.

Leo arrancó el motor, todavía temblando, y volvió a poner la lancha en su rumbo; en esa travesía siguió al timón, pero sentado, no de pie, y el *shock* provocaba que de

vez en cuando hiciera un zigzag.

Había un niño sentado en el muelle de Ndjolé. Se levantó de un salto cuando los vio acercarse y les ayudó a atracar mientras le preguntaba algo en francés a *monsieur* Bernard. Por sus gestos era obvio que quería saber por qué estaba mojado. Pero Leo no respondió. Terranova le dio al niño su bolsa y salió de la lancha. Se quedó de pie en el muelle un momento, mirando a Leo, y de repente le preguntó:

—¿Sabes lo que ha pasado?

Leo negó despacio con la cabeza.

—No estoy muy seguro.

—Yo te lo diré —afirmó Terranova—. Has tenido un accidente. Pero tu amigo Rico afortunadamente llevaba un arma. Dile a tu Ángel que ha sido «la Divina Providencia». —Terranova cogió su bolsa—. Mantén la boca cerrada y todo saldrá bien, amigo —añadió.

Y entonces se volvió y empezó a caminar hacia la calle principal de Ndjolé. Detrás de él oyó que arrancaba el motor de la lancha y después el ruido que se alejaba, río abajo.

Y así Leo Frank, conocido como Bernard MacLane, volvió a El hogar del amor y, hasta donde yo sé, sigue allí a día de hoy, criando huérfanos negros con su esposa.



AH... ¡YA HE DICHO BASTANTE, *signore!*

Pero antes de cerrar el pico, voy a recuperar la pregunta que me hizo ayer en la *casa per anziani*. Si no recuerdo mal nuestra conversación con la *zuppa di cipolle* de por medio (los viejos nos olvidamos de las cosas rápido, sobre todo cuando comemos una bazofia tan horrible), empecé a hablarle de «malas personas» y usted objetó que no estaba bien ponerle etiquetas a la gente (esa fue la palabra que utilizó, *signore*, «etiquetas», como las de las botellas) diciendo que es «buena» o «mala», porque afirmó que esos conceptos son «subjetivos» y que además la gente puede cambiar de un estado a otro.

Y yo le pregunté: «¿De verdad puede cambiar?». Usted dudó un momento, pero como es un tipo listo y seguramente había notado la expresión de mi cara, decidió que era más seguro rebotarme la pregunta. Así que *usted* me preguntó a *mí*: «¿Puede cambiar una mala persona y volverse buena?».

Ahora puedo darle mi respuesta y con solo tres palabras: Sí que puede. Ese tipo de cambios no son usuales, claro (es más frecuente al revés, pasar de buena a mala), pero no es imposible. Fíjese en la historia de los hermanos Frank. Piénselo. ¿Por qué tiene un buen final con Leo, el menor, viviendo feliz para siempre? Sin duda no porque cambió *él*, aunque tengo que admitir que lo hizo, de una forma muy aburrida, pero cambió. Bueno, no era tan malo en un principio, pero en cualquier caso pasar de ser un chanchullero, un borracho y un masturbador compulsivo a un buen samaritano se considera una mejora en ciertos círculos. Pero eso no cuenta. Podría haber cambiado todo lo que quisiera, haberse convertido en un maldito papa, pero no se habría librado de la *maledizione* de Lupo por eso. No. Está claro: Leo se libró porque cambió su asesino potencial... Eso es, lo que usted ha dicho, *signore*: Terranova «hizo lo que haría una buena persona». Allí, en el río Ogooué, una bonita mañana soleada, Peppe Terranova, que era el verdadero McCoy, un tío malo de los de verdad (muy malo, en serio), hizo lo que habría hecho una buena persona. Vale, le concedo que Terranova cambió en el último instante y acepto también que tal vez el cambio fue solo momentáneo. ¡Pero fue justo en el momento crucial!

¿Eh?... ¿Qué ha dicho, *signore*?... ¿Qué quiere saber «por qué» cambió?... Bueno, es una pregunta difícil, ¿sabe? ¿Por qué cambia un hombre? Puede ocurrir por muchas razones, incluida una dosis inesperada de suerte. Fíjese en el cambio de Leo Frank: había llegado a un callejón sin salida, incluso en un momento decidió acabar

con su vida (y lo comprendo, esa vida que llevaba no merecía la pena vivirla). Pero resulta que tomó esa decisión dentro de un hospital y que, cuando volvió en sí, se encontró ante sus ojos la cara y las tetas de Hermine. ¿Y no es eso una bomba de diez megatonnes de suerte?, a usted se lo pregunto. Porque ¿ha pensado siquiera un momento en que si, en vez de encontrar a esa mujer divina, la enfermera de Lambaréné hubiera sido, digamos, la fea de la misión de Ndjolé, gorda, con marcas de viruela, las gafas gruesas y el bigote y demás, el viejo Leo habría decidido recuperarse y convertirse en un candidato a la santidad, casarse con ella y volver a su finca con su mujer para crear El hogar del amor? ¡Ni hablar! Seguramente ese pobre idiota habría intentado acabar con su vida otra vez en cuanto esa criatura horrible hubiera salido de la habitación. ¡Y seguro que esa vez lo habría logrado!

¿Qué?... No, lo siento, no puedo responderle a más preguntas... Bueno, siento decepcionarlo, pero así son las cosas... No, no... Teníamos un acuerdo: yo le hice una oferta y usted la aceptó. Los dos hemos cumplido ya con nuestras obligaciones. Hemos acabado. Y además es tarde, tengo que hacer unas cosas... Sí, «a esta hora de la noche». Si no le importa...

Ya es hora de que apague el aparato, *signore*. Y deme las cintas.

LAS NOCHES SIGUIENTES
Aquí, allá, en cualquier parte



—YA ES HORA DE QUE APAGUE el aparato, *signore*. Y deme las cintas.

Esas son las últimas palabras de mi transcripción de las dos sesiones de grabación que se realizaron hace casi cuarenta años en dos noches consecutivas: la primera, en una celda monástica convertida en habitación de una *casa per anziani*, una residencia de ancianos, en un edificio anexo a un convento carmelita medieval de los Alpes, y la segunda, en una habitación de un hotel moderno y anodino de las afueras de Ginebra. Acababa de hacerle al narrador de la historia, un hombre mayor (un *anziano*, como decía él), mi última pregunta: ¿por qué Peppe Terranova cambió y pasó de potencial asesino a salvador de su última víctima? Pero él se negó a contestar, y cuando insistí, dijo, con un tono desagradable que no había utilizado en ningún momento hasta entonces, algo sobre que tenía que «hacer unas cosas».

Así que hice lo que me pedía, paré la grabadora (un aparato que a principios de los setenta era un ejemplo de tecnología punta pero que en la actualidad ha quedado totalmente obsoleto). El anciano se levantó y me miró con la mano tendida. Le di las cintas que había grabado la segunda noche, igual que hice al final de la primera en la *casa per anziani*, cumpliendo con lo que él llamaba su «oferta». Con ellas en el bolsillo de su raída chaqueta marrón, me dio las buenas noches y se dirigió a la puerta de mi habitación de hotel. Le dije que lo vería en el desayuno y él asintió.

Después de que se fuera, me quedé un rato tumbado en la cama pensando en la historia que me había contado, un relato plagado de unos acontecimientos tan ajenos a la vida tranquila que yo había llevado hasta entonces (y que he seguido llevando después) como una exploración extraterrestre. Me estuve haciendo preguntas sobre la conducta de Peppe Terranova en la playa de los cocodrilos, pero había sido un día largo, y antes de que pudiera encontrar una hipótesis viable sobre sus motivos para salvar al hermano Frank número tres, me quedé dormido.

Me desperté más o menos una hora antes del amanecer por el efecto cuadruplicado de una potente explosión: un fuerte fogonazo de luz, el violento temblor del edificio, un ruido ensordecedor y una lluvia de cristales de la ventana. Al principio estaba demasiado aturdido para darme cuenta de que estaba sangrando, y solo cuando llegué al vestíbulo del hotel, acompañado por el resto de huéspedes aterrorizados, y me miré en un espejo, me percaté de que tenía un trozo de cristal saliéndome del hombro.

Me llevaron al hospital universitario en un coche privado, con otro par de

personas que tenían heridas de poca importancia. Pero por el número de ambulancias apostadas en la puerta del hospital y la conmoción que reinaba dentro, estaba claro que había heridos más graves.

Un cirujano me sacó el cristal del hombro, me cosió y me trató la herida, que era bastante profunda. Me dijo que había tenido suerte, que si el cristal se hubiera clavado unos centímetros a la derecha, me habría seccionado la yugular.

Esperaba que me dieran el alta, pero en vez de eso me llevaron a una habitación privada y me pidieron que me tumbara en la cama. Lo había ordenado el médico, al parecer. Unos minutos después llegaron un policía de uniforme y dos hombres con ropa de paisano. El policía de uniforme presentó a los otros dos como «oficiales de la policía internacional» y me dejó con ellos. Los dos hombres se sentaron en unas sillas junto a la cama. Hablaban un inglés bastante bueno, el más joven con un leve acento francés y el mayor con uno italiano más fuerte.

Lo primero que me preguntaron fue cuál era la naturaleza de mi relación con «el caballero mayor con el que había llegado al hotel la tarde anterior y con el que había salido después por la noche». Yo les pregunté si el hombre había resultado herido en la explosión y me respondieron con ese tópico que sale en casi todas las películas de policías: «Disculpe, pero somos nosotros quienes hacemos las preguntas aquí».

Así que les respondí: había conocido al anciano dos noches antes en un convento carmelita. Se había presentado como «*signor* Xiomar» y no, no tenía ni idea de si era su nombre o su apellido. Los policías preguntaron si tenía razones para sospechar que no era su verdadero nombre. No, no tenía ninguna, aseguré. Pareció que no me creían y eso me molestó. Y mi irritación creció cuando volvieron a ignorar la pregunta que les hice: ¿es que la explosión estaba relacionada de alguna manera con ese hombre? Se limitaron a darle la vuelta a lo que les había preguntado y rebotármelo: ¿tenía yo alguna razón para creer que era así? ¿Sabía alguna cosa de él que indicara que podría tener algo que ver con un acto violento como ese? Estaba a punto de negarlo, pero entonces me di cuenta de que llevaba dos noches oyendo salir de su boca historias de violencia, así que un «no» incondicional me parecía bastante falso. Al notar mi breve duda, insistieron.

La primera vez estuvieron conmigo más o menos una hora. Durante ese tiempo me dio la impresión de que los policías me trataban como a alguien sospechoso de algo, una idea ridícula. Pero tuve que seguir respondiendo a sus preguntas (todo aquello a mí me pareció un verdadero interrogatorio) y la conversación además incluyó una versión suave de la estrategia de «poli bueno, poli malo», en la que el policía joven hacía el papel de bueno.

Intenté responder a sus preguntas lo mejor que pude, pero obviamente eso no era bastante, porque me hicieron las mismas preguntas por lo menos dos veces.

Me preguntaron cosas sobre mí. Sabían que era estadounidense y que en la ficha del hotel había puesto que mi profesión era «restaurador de arte». Me preguntaron dónde había estado antes de llegar a Ginebra. Les dije que me había quedado dos

semanas en el convento de los Alpes donde había conocido al viejo. ¿Que qué hacía allí? Me habían invitado por un asunto profesional, para echarle un vistazo a unos frescos del siglo xv que había en la antigua capilla y hacer un presupuesto para su posible restauración. ¿Y por qué me habían elegido a mí para esa tarea?, preguntó el policía mayor. Supongo que porque soy un experto en frescos, respondí. ¿Y no es demasiado joven para ser un experto?, insistió.

Bueno, las personas que me invitaron a ir no debían de pensar eso, dije, pero si los policías querían saber más, podían preguntarles directamente a ellos, a la gente de la fundación que iba a financiar el proyecto de restauración (que casualmente también era estadounidense). Esto último pareció gustarle al policía mayor: «Ah, dinero americano, experto americano», comentó.

Después volvieron al «*signor* Xiomar», un nombre que siempre decían como si estuviera entre comillas, para enfatizar que no creían que fuera real. ¿Lo conocía antes de llegar al convento? No, no lo conocía, aseguré. ¿Sabía *algo* de él? No, nada. ¿Cómo lo conocí? Les dije que fue *él* quien vino a conocerme a *mí*. Durante todo el tiempo que estuve en el convento, comí con los *anziani*, los que vivían en la residencia que había en el edificio anexo. Me sentaba en una mesa pequeña reservada para los visitantes, pero como no había nadie más de visita en ese momento, normalmente comía solo, escuchando música en mi reproductor de casete con los auriculares.

Mi última noche en el convento se me acercó el anciano, a quien había pillado mirándome varias veces antes, y se sentó conmigo con su cuenco de sopa de cebolla. Me preguntó por mi reproductor de casete, porque le producía mucha curiosidad. Quiso saber por qué lo llevaba y le dije que para escuchar música. Después preguntó si grababa, además de reproducir. Claro que graba, le dije. ¿La voz humana también?, insistió. Claro, la voz humana también, confirmé. ¿Y tiene a mano cintas para grabar?, fue su siguiente pregunta. Pues casualmente sí, confesé. Siempre llevaba alguna, porque me gustaba la música eclesiástica y procuraba grabarla siempre que surgía la oportunidad.

El *signor* Xiomar dijo entonces que quería hacerme «una oferta». Yo grabaría una historia que él quería contar con la condición de que le diera las cintas después. Él me pagaría el importe de las cintas vírgenes. Me reí y le dije que eso no era una oferta, más bien era pedirme un favor, y él me dijo que no, que era *realmente* una oferta, porque yo iba a oír esa historia mientras él la contaba y se trataba de «una historia muy buena». Le pregunté de qué iba y me dijo que de «malas personas». Yo comenté ciertamente, como él dice al final de la grabación, algo sobre que no creía en eso de ponerle etiquetas a la gente y decir que es «buena» o «mala» porque eso son valoraciones «subjetivas» (yo entonces era joven y un hijo de los sesenta), y que de todas formas una mala persona a veces podía cambiar y convertirse en buena. Los policías me preguntaron por qué hice lo que me pidió entonces. Y yo confesé que no tenía nada más que hacer porque ya había acabado mi trabajo y además sentía

curiosidad por esa historia que decía que era tan buena. Pero sobre todo suponía que fue porque quise ser amable con el anciano. Aunque estaba siendo sincero, eso último que dije hizo que el policía mayor sonriera, burlón.

El más joven me preguntó entonces si había grabado la historia del anciano, y cuando le dije que sí, que lo hice, en dos sesiones, tres casetes en el convento y otros tres en el hotel, él me preguntó si aún los tenía. En ese momento no pude evitar levantar la voz al responderle: ¿es que no me está *escuchando*? ¿Es que no han *oído* los términos de eso que el anciano llamó «oferta»? Lo dejó muy claro: él se llevaría las cintas. Y lo hizo, después de la grabación de cada noche.

A continuación se centraron en por qué se acercó el anciano a mí. ¿Por qué me eligió precisamente a *mí* para grabar esa historia? Yo les dije que no tenía ni idea, porque realmente no la tenía. El policía más joven me pidió que intentara darles una explicación de todas formas y yo les dije que tal vez era la primera persona con un aparato de grabación que pasaba por la *casa per anziani* desde que el hombre estaba allí o tal vez la primera que hablaba inglés y tenía equipo de grabación.

Eso llevó a la siguiente pregunta. ¿El «*signor* Xiomar» era un hablante nativo de inglés? Sí, dije, sonaba como si lo fuera. Inglés americano en particular. ¿Tenía acento de alguna zona en concreto?, preguntó el policía mayor. Sí, un acento de Brooklyn muy marcado, dije. Los dos policías se miraron y después me preguntaron si el anciano me había contado alguno de los acontecimientos de su vida en Estados Unidos. No, dije, *no* me habló de los acontecimientos de su vida, ni en Estados Unidos ni en ninguna otra parte. No me dijo ni una sola palabra sobre él. A menos... que fuera uno de los personajes de la historia.

Ya hablarían de la historia después, intervino el policía mayor, y cambió de tema preguntándome por qué había llevado al anciano a Ginebra en mi coche y por qué nos habíamos alojado en el mismo hotel y habíamos cenado juntos. Volví a decirles la verdad: lo llevé porque me lo pidió, muy educadamente además. Mi habitación la había reservado y pagado la fundación que financiaba mi viaje, y en cuanto al anciano, dijo que sería mejor que se alojara en el mismo lugar que yo para poder continuar con la grabación por la noche. Y con respecto a la cena, fuimos juntos porque me invitó él. De hecho me llevó a un restaurante francés bastante caro. Me sentí mal cuando vi los precios y le propuse que pagáramos a medias, pero él insistió en invitar.

Después de la cena volvimos al hotel y el anciano vino a mi habitación para grabar la segunda parte de la historia. ¿Y los casetes de ese día, los tenía?, preguntó el policía mayor, a lo que solo respondí mirándolo fijamente con expresión ofuscada.

Ahí concluyó mi primera conversación con los policías. Los dos se fueron a un rincón, hablaron unos minutos entre sí y después el mayor se fue. El más joven volvió a sentarse junto a mi cama y abrió un periódico.

Tres horas más tarde, más o menos a mediodía, volvió el policía mayor. Tuvo otra conversación con su colega en el rincón y después los dos volvieron a sentarse a mi

lado. Su actitud cambió notablemente. Fueron mucho más educados, agradables incluso, y me trataron casi como si fuera un pariente enfermo al que hubieran venido a visitar. Empezaron la sesión preguntándome qué tal me encontraba y me dijeron que los médicos habían asegurado que no tenía ningún daño aparte del corte del hombro, que sanaría pronto. Cuando me recobraría del «*shock* emocional», estaría recuperado del todo, afirmó el más joven. En ese momento pensé que el único *shock* emocional que estaba sufriendo se debía a que me estaban interrogando ellos.

El policía mayor trajo un reproductor de casete, uno más profesional que el mío. Lo colocó junto a mi cama, con el micrófono enchufado, y me pidió que les reprodujera, si era tan amable (y puso mucho énfasis en lo de «amable», me pareció que para compensarme por todo lo que había hecho antes en su papel de «poli malo»), todos los detalles que pudiera recordar de la historia que me había contado el anciano durante las dos últimas noches.

Yo les hice un resumen de la historia de los hermanos Frank. Me llevó una media hora. Lo hice lo mejor que pude, dadas las circunstancias. Mientras lo contaba, me fueron formulando unas cuantas preguntas sobre detalles, ubicaciones o fechas que me indicaron que conocían al menos lo principal de la historia y también me confirmaron, indirectamente, que el relato del anciano era cierto. Concluí, igual que mi narrador, con la salvación de Leo Frank.

Cuando terminé, el policía mayor sacó un sobre del bolsillo y de él extrajo una foto en blanco y negro ampliada de un hombre alto y delgado con un traje de tres piezas y un sombrero borsalino, que estaba de pie delante de un coche antiguo. El policía me dio una lupa y me pidió que les dijera si era el «*signor* Xiomar». Reconocí que no podía responderles a eso: el hombre de la foto tenía unos veinte años y el que yo había conocido en la *casa per anziani* parecía tener al menos ochenta. Pero el policía mayor insistió en que lo intentara, así que me fijé bien. Las características identificables más claras del hombre de la fotografía eran una mandíbula fuerte y unos ojos que parecían duros, crueles incluso; pero mi *anziano* llevaba una barba larga, así que no se le veía la forma de la mandíbula, y también gafas con cristales gruesos que distorsionaban unos ojos que además estaban casi permanentemente medio cerrados, por lo que no se los vi con claridad. Así que no, no podía estar seguro de si el hombre de la foto era el «*signor* Xiomar», repetí. Bueno, ¿pero podía asegurar que no lo era?, insistieron. No, tampoco podía asegurar eso, tuve que admitir.

Les pregunté quién era el hombre de la foto. «Una mala persona», dijo el oficial mayor con un guiño. Dudé un segundo, pero acabé preguntando:

—¿Es Peppe Terranova?

El policía más joven sonrió.

—Lo único que podemos decirle es que *no* se llama Peppe Terranova.

Los policías se levantaron para irse. Entonces, como si acabaran de darse cuenta de que yo no sabía nada, me contaron algunos detalles de lo que había pasado: una

bomba muy potente había explotado en el interior de una habitación del hotel. ¿Era la del anciano?, quise saber. Sí, estaban casi seguros de que sí, contestaron. Habían muerto al menos dos personas, otra estaba en estado crítico y algunas tenían heridas graves. Y obviamente uno de los dos muertos era el anciano, concluí. Pero los policías repusieron que las víctimas no habían podido ser identificadas aún, así que no podían estar seguros, pero que estaban casi convencidos de que el anciano *no* era uno de ellos. Eso me dejó desconcertado. ¿Cómo es eso posible, si la bomba estaba en su habitación?, pregunté. Bueno, porque la bomba *seguramente* estaba en su habitación, pero el «*signor Xiomar*» no estaba allí cuando detonó. Él se había ido del hotel solo minutos antes. Y horas antes, de madrugada, había salido y después regresado.

Cuando oí eso, les comenté a los policías que, cuando concluimos la sesión de grabación, él dijo que tenía que hacer «unas cosas», aunque en ese momento solo me pareció una excusa muy mala para evitar tener que responder a mi última pregunta. Me preguntaron si explicó algo sobre la naturaleza de esas cosas. No, respondí. Pero no me dijo que se iba del hotel esa noche, ni lo insinuó en ningún momento tampoco. De hecho, aunque no habíamos quedado específicamente para vernos al día siguiente, yo entendí que nos veríamos, aunque solo fuera para despedirnos formalmente. Me informaron de que eso confirmaba lo que les había dicho el recepcionista del hotel: el hombre tenía la habitación reservada una noche más. Pero a pesar de ello, bajó al vestíbulo del hotel unos minutos antes de la explosión con una maleta pequeña, pagó su cuenta y se fue. Así que, o el «*signor Xiomar*» nos había mentado al recepcionista y a mí sobre la duración de su estancia, o había cambiado de opinión tras su llegada, por alguna razón, posiblemente como reacción a algo que había visto mientras hacía esas «cosas». Estaba claro que a los policías esta última les parecía la explicación más plausible.

En ese momento recordé un detalle que no había mencionado: el anciano me pidió que cerrara las cortinas de mi habitación al inicio de nuestra sesión de grabación en el hotel. Eso les resultó muy interesante a los policías, porque volvieron a sentarse. ¿Vio a alguien afuera cuando el anciano le pidió eso? ¿Alguien de pie en el aparcamiento bajo mi ventana o tal vez sentado en el interior de un coche?, preguntaron. Lo que acababan de decir demostraba que habían estado en mi habitación del hotel. No, tuve que responder, pero tampoco me fijé. ¿En el momento había alguna razón para interpretar la petición del anciano como una señal de que tenía miedo de algo que había visto fuera? En ese momento no interpreté la situación así, contesté. Pero ahora, al oír lo que habían dicho los policías, me había venido a la cabeza la idea de que tal vez le preocupaba algo. No algo que hubiera llegado a ver, sino algo que pudiera ver desde allí... o más bien que alguien pudiera verlo a él: lo de cerrar las cortinas me pareció más una precaución que una reacción. ¿Pero fue esa la primera señal de cautela que percibió en el anciano o él ya había mostrado cierta aprensión con anterioridad?, quiso saber el policía mayor. Por ejemplo, ¿miraba

mucho el retrovisor del coche durante el viaje desde el convento hasta Ginebra o se giraba muchas veces para mirar hacia atrás mientras caminaban por la ciudad? Si lo hizo, yo no lo noté, confesé, pero no soy una persona observadora. Cuando insistieron en que me esforzara por recordar, que repasara todos los momentos en que habíamos estado fuera del convento o del hotel, les dije que ahora que lo decían, sí, miró a su alrededor cuando salimos del restaurante elegante. Pero en ese momento pensé que estaba contemplando la vista, porque estábamos a la orilla del lago.

Y eso fue todo básicamente. Los dos policías me desearon una rápida recuperación, se despidieron y me dieron una tarjeta con un número de teléfono y una dirección, por si recordaba algo que pudiera ser de interés (lo que, por la forma en que lo dijeron, les parecía muy improbable).

Pasé la noche en un hotel cerca del aeropuerto y cogí un vuelo de vuelta a los Estados Unidos a la mañana siguiente.

Dos días después llegó un sobre al pequeño apartamento que tenía alquilado entonces. Tenía matasellos suizo, una pegatina de correo aéreo y un sello que indicaba que lo habían enviado desde el centro de Ginebra la mañana del 6 de enero, temprano, a una hora en la que yo todavía estaba en el hospital.

No tenía remite.

Dentro había una hoja de papel con el membrete del hotel donde habíamos grabado la segunda parte de la historia del *Signor* Xiomar. La carta estaba escrita a mano con un boli azul y con la letra cansada de un anciano.

6 de enero de 1974. 3 a.m.

Querido *signor* [mi nombre]:

Tenía razón, por supuesto. No le hice una oferta cuando hablé con usted. Le pedí un favor. Y usted me lo hizo. Y gracias a eso ahora tengo mi historia en un formato que podrá sobrevivirme. Es muy importante para mí, porque quiero que la oiga cierta persona y no puedo arriesgarme a esperar a que podamos vernos. Así que parece que la fortuna lo envió a la *casa per anziani* equipado con su aparato justo en el momento preciso.

Siento haber sido un poco maleducado con usted justo antes de salir de la habitación, cuando me preguntó por qué había cambiado Terranova. No debí hablarle así, pero tenía otras cosas en la cabeza. Le ruego que me disculpe.

Usted fue muy amable conmigo, *signor* [...], no solo por grabar mi historia, sino también por escucharla con atención y así conseguir que sintiera que estaba hablando con un ser humano, no solo con la maldita máquina. Yo vengo de un mundo en que las deudas se toman muy en serio, tanto para bien como para mal, así que me gustaría compensarle por su amabilidad. Pero ahora soy pobre y el único pago que puedo hacerle es en palabras, más palabras con las que contarle lo que pasó después de que Leo Frank dejara a Terranova en Ndjolé, e incluso con las que intentar responder a su pregunta sobre por qué él hizo lo que hizo en la playa de los cocodrilos. Pero las palabras necesitan tiempo, que es algo que yo no tengo. La *casa per anziani* ha sido un escondite adecuado para mí durante unos años. Pero ya no es segura, y tampoco lo es este hotel. Usted no ha notado las señales de peligro, pero yo sí. Tengo más experiencia en esos asuntos que usted. Y bueno... tengo que confesarle que creía que había acabado con mi pasado, o más bien que mi pasado había acabado conmigo. Pero está claro que no.

Déjeme añadir, muy rápido, que los acontecimientos que le conté son todos auténticos, excepto algunos detalles, lugares, fechas, etc. Y también lo son las personas que los protagonizan. Pero sus nombres son falsos, por razones de protección (la suya y también la de quien escuchará la historia en el futuro, la persona para quien la he grabado). Tal vez un experto en la historia de la mafia podría identificar quién es quién realmente en este relato (al menos parte de ellos). Pero usted, querido *signor* [...], no podrá hacerlo sin ayuda, y le pido encarecidamente, porque le aprecio, que no la busque. Mi historia, en la versión algo alterada que le he contado, ahora queda en su memoria. Deje que permanezca ahí, o, mejor, permita que el tiempo la vaya borrando. Dejemos que duerman los

hechos del pasado (más bien los mafiosos de entonces). Porque si se despiertan, podrían causar daño, mucho daño. Y también podrían provocarlo los fantasmas que pudieran venir de ese pasado.

Le doy las gracias una vez más.

Su amigo:

X.

Aunque no le había dado al *anziano* mi dirección particular, había una explicación muy fácil para que la conociera: estaba escrita en la etiqueta de mi maleta, que él tuvo delante durante horas y pudo ver perfectamente mientras grabábamos en mi habitación del hotel. Pero que se hubiera fijado en ella, y es más, que hubiera decidido utilizarla, me puso muy nervioso. Solo habían pasado unos días desde la última vez que lo vi, que estuve escuchando su historia y que estuve a punto de morir por su culpa (o más bien por culpa de la bomba que tenía muchas razones para creer que iba dirigida a él). Ese último acontecimiento hizo que su historia, que cuando me la contó me pareció casi un cuento, en retrospectiva me pareciera mucho más oscura.

Una semana después me llamó un señor muy educado de la fundación que me había enviado al convento carmelita para informarme de que habían tenido que cancelar el proyecto de la restauración de los frescos de la capilla por falta de fondos. Aunque era un encargo interesante y bien pagado, me sentí inmensamente aliviado. Ese lugar estaba lleno de recuerdos del *anziano* y también posiblemente todavía quedara por allí (no podía estar seguro, pero tampoco quería averiguarlo) un rastro de peligro en el aire. El «*shock* emocional» que mencionó el policía de Ginebra se había manifestado ya. Había necesitado su tiempo para pasarme factura, pero sus efectos se quedaron conmigo un tiempo. Puede que la fortuna acompañara al *anziano* cuando nuestros caminos se cruzaron, pero no me acompañó a mí.

Necesité varios meses para recuperar la calma. Una parte necesaria del proceso de recuperación fue dejar mi apartamento y mudarme a una nueva dirección, una que no conociera el «*signor* Xiomar» (en ese momento ya tenía muchas razones para creer, como los policías de Ginebra, que ese nombre debe ir entre comillas). Otro paso igual de crucial en mi recuperación fue seguir estrictamente el consejo del anciano de «dejar que durmieran los mafiosos». No le conté a nadie la historia, ni tampoco que había conocido a ese anciano, ni siquiera a mi mujer, a la que conocí un año después de mi vuelta de Ginebra.

Unos pocos meses después de nuestra boda, mi esposa recibió una atractiva oferta de trabajo que nos obligaría a mudarnos a otra ciudad en otro estado. La animé a aceptarla, diciéndole que yo estaría feliz donde estuviera ella. Creo que esos ánimos míos le habrían resultado menos conmovedores si hubiera sabido que la principal razón para dárselos fue que creía que ese cambio contribuiría a que el *signor* Xiomar me perdiera la pista.

Pero no fue así.

Pasaron siete años y la historia de los hermanos Frank casi se había borrado de mi

memoria cuando, una mañana de un domingo de noviembre de 1981, al levantarme, encontré un paquetito en el suelo del vestíbulo, a unos centímetros de la puerta principal, que obviamente alguien había colado por la noche a través de la gatera. Estaba a mi nombre. Yo esperaba unos materiales de un proveedor, así que lo desenvolví sin fijarme demasiado.

Pero dentro del paquete había unos objetos que no esperaba volver a ver: seis casetes, los primeros tres con la fecha «4 de enero de 1974», y el resto, con la de «5 de enero». La letra y los números eran los míos.

El *shock* que sufrí tras la explosión de la bomba de Ginebra fue pequeño comparado con el que experimenté en ese momento. La llegada del paquete significaba que el *anziano* seguía vivo y sabía dónde vivía, a pesar de que yo incluso había registrado el número de teléfono de nuestra casa nueva con el apellido de soltera de mi mujer. «Oh, Dios, no ha dejado de seguirme todo este tiempo, pero ¿por qué?», pensé. Y entonces la peor posibilidad cruzó mi mente: ¿y si el viejo estaba muerto y alguien me había mandado los casetes como mensaje para decirme que sabía que yo conocía la historia del *anziano*? ¿Era una especie de advertencia? ¿O algo aún peor? Y, sin pensar, fui a correr las cortinas de la ventana del vestíbulo. Después sentí una esperanza repentina e irracional al pensar que podía estar equivocándome y que los casetes tal vez no tenían nada que ver con lo que me habían parecido a primera vista, así que fui al taller que tenía en el patio trasero. Mi esposa y mis dos hijos seguían dormidos, por suerte, así que no tuve que dar explicaciones.

Metí el primer casete en el reproductor, me puse los auriculares y pulsé el botón de Reproducir. Tras unos ruidos y roces, oí unas palabras que me hicieron estremecer:

«Me preguntó antes, amable *signore*, mientras nos tomábamos esa horrible *zuppa di cipolle*, si en mi dilatada experiencia...».

Esa voz, que la primera vez que la oí, en el convento, me pareció la de un amable abuelo, en ese momento, durante un segundo, para mí fue como la de un demonio salido del infierno. ¿Fue exagerada mi reacción? Claro que sí. Pero las circunstancias eran muy particulares. Por suerte mi agonía no duró mucho. Cuando estaba metiendo los casetes de nuevo en el paquete, vi que dentro había algo más. Metí la mano y saqué dos sobres. Uno era pequeño y tenía escrito con un rotulador rojo: «ABRA ESTE PRIMERO».

La nota que había dentro era breve y no llevaba firma, pero estaba escrita con el mismo bolígrafo y la misma letra que lo que figuraba en el sobre. No necesité ir a buscar a su escondite la carta que el *signor* Xiomar me envió desde Ginebra para saber que era una letra diferente y que esta claramente pertenecía a una persona con educación, casi seguro que a una mujer, por la forma redondeada y regular de la letra, y que, por las palabras que utilizaba, tenía que ser joven (creo que después de leer el contenido del segundo sobre que había en el paquete he podido prácticamente adivinar quién era esa joven). El tono de la nota era muy educado. La razón para escribirla, según decía, era informarme de que el último deseo de «mi viejo amigo el

signor Xiomar» había sido que difundiera la historia de los hermanos Frank para que llegara a más gente, pero solo pasados un cierto número de años (y especificaba cuántos).

Mi «viejo amigo» confiaba en que yo hiciera eso por él como «favor final», reproduciendo sus palabras con la mayor fidelidad posible.

En la nota también quien la escribió me aseguraba que ninguna persona viva (aparte de ella, claro) conocía mi nombre o mi paradero, y que eso iba a permanecer así. Esa afirmación, junto con el tono de la carta, me tranquilizó mucho, y también me sirvieron unos consejos para mi protección que le había dado mi «viejo amigo» a la autora de la nota para que me los transmitiera.

Han pasado décadas desde que recibí el paquete con los casetes. Ya ha llegado el momento de cumplir el deseo del anciano.

Desde entonces han cambiado muchas cosas en el mundo, entre ellas, y de forma bastante inesperada, la denominación de mi profesión; un cambio que solo menciono porque es sorprendentemente pertinente para el asunto que tenemos entre manos. La teoría actualmente es que no podemos, y por tanto no debemos intentar siquiera, «restaurar» una obra de arte, porque, al no tener máquinas del tiempo, no hay forma de que sepamos cómo era exactamente cuando la crearon. No podría no estar en acuerdo con ese argumento, así que yo, como mis colegas, ahora ya no digo que soy «restaurador», sino que me identifico como «conservador de arte». Por eso, fiel a este nuevo credo de mi profesión, mientras me dedicaba a la tarea de cumplir su último deseo, he evitado cualquier intento de restaurar o, Dios me libre, interpretar las palabras del anciano.

He transcrito los casetes de nuestras grabaciones, que aún conservo, con sus palabras exactas; solo son mías, por necesidad, la forma de deletrear algunas y la puntuación que he elegido con el fin de reproducir («conservar») lo mejor posible el flujo oral de la narración. Las elipsis, marcadas así [...], indican mis interrupciones, comentarios o preguntas.

Mi única iniciativa creativa durante la tarea de cumplir el último deseo del anciano ha sido decidir incluir aquí la carta final que me escribió, que estaba dentro del segundo sobre que había en el paquete. Ni él ni la autora de la nota con las instrucciones me informaron de si consideraban que esa carta era parte de la historia de los hermanos Frank o no. Pero yo creo que aporta a esta un epílogo necesario.



MI QUERIDO *SIGNOR* [mi nombre]:

No me he olvidado de esa última deuda que tengo con usted, aunque hayan pasado años desde nuestro encuentro.

Usted me preguntó, antes de que nos separáramos en aquella habitación de hotel de Ginebra, por qué «Peppe Terranova» actuó de aquella forma en la playa de los cocodrilos y salvó a «Leo Frank»; por cierto, he puesto los nombres entre comillas porque ya le he dicho que son falsos, pero para evitarme la molestia de tener que estar escribiéndolas todo el tiempo, se lo digo para que tenga ese detalle en mente durante la lectura.

Bueno, pues voy a intentar contestar a su pregunta lo mejor que pueda.

¿Sabe? Muchas veces he pensado que la vida de un hombre es como una ruta a través de una gran ciudad, una ruta que lleva del nacimiento a la muerte. Y, excepto en casos muy raros, esa ruta no es directa y va toda recta. Hay muchas secciones rectas, sí, pero también las hay curvas o en zigzag. En algunas partes tienes que ir por caminos más estrechos, y en otras, más anchos, algunas son cuesta arriba y otras cuesta abajo, hay puentes, obstáculos y zanjas y muchas cosas más. Ciertas calles están identificadas con nombres y números, pero otras no tienen ningún letrero o, lo que es peor, tienen uno que no es correcto, como si en Broadway pusiera que es Amsterdam Avenue, por ejemplo. Y pasa lo mismo con las señales de tráfico: en ocasiones no hay suficientes y otras veces están mal colocadas. Y lo que hace todo más difícil es que esa ciudad imaginaria está llena de cruces, donde tienes que decidir hacia dónde seguir. Algunas decisiones que hay que tomar en la vida son muy fáciles, como por ejemplo: «¿quiere usted los huevos muy hechos o poco hechos, señor?». Pero la mayoría son más complicadas y unas cuantas son tremendamente difíciles. Y cuando te encuentras con una de las más difíciles y te ves ante una decisión importante, es mejor que sepas exactamente dónde estás y adónde va cada camino, porque la diferencia entre ir hacia allá o hacia acá puede hacer que toda tu vida acabe patas arriba.

Por eso ahora tengo que volver a aquella mañana de primavera de 1951, cuando me vi en el río Ogooué, en aquella lancha, a solas con el hombre que yo estaba a punto de matar, ese tal Leo Frank, como lo he llamado aquí...

Oh, sí, cierto, *signor* [...], he escrito «yo estaba a punto de matar» en la frase

anterior. Yo. Sí, yo. Como esta es la última carta que le voy a escribir, ya no tiene sentido seguir ocultándole lo que seguramente ya habrá adivinado a estas alturas: que el «Peppe Terranova» de mi historia es su viejo amigo «Xiomar», dos nombres falsos que ocultan uno verdadero que usted no va a llegar a conocer nunca.

Bueno, pues ahí va la historia de lo que pasó ese día.

Estoy en esa lancha con Leo Frank. Por fin estamos, como había planeado, en la playa de los cocodrilos, lo golpeo con el remo y lo tiro al agua, todo según lo previsto en esa «película» que había preparado en mi mente la noche anterior, mientras estaba tumbado en la cama.

No tengo ni la más mínima duda de que en ese momento yo me encontré ante una de las encrucijadas más importantes de mi vida. Pero lo más extraño es que no lo supe en aquel momento. Y no es solo que no supiera que esa encrucijada era importante, es que ni siquiera era *consciente* de estar ante una. Es cierto, *signore*. Hasta el último momento, cuando saqué mi 357 Magnum y me puse a disparar a los malditos cocodrilos, mi vida había discurrido por una gran avenida que tenía todos los semáforos en verde, por la que de repente había llegado a mi destino final, que estaba ahí, justo delante de mí, claro y fácil de alcanzar: solo tenía que matar a Leo Frank. Todo había salido de acuerdo al guion de mi «película». Ya solo me quedaba contemplar cómo los cocodrilos se zampaban al hermano Frank número tres para que se cumpliera la *maledizione* del *capo* y yo terminara mi misión.

Pero entonces ocurrió algo. Fue como si en un instante brevísimo, sin previo aviso, apareciera un diminuto pasaje en medio de esa avenida que era mi vida, ahí, a un lado, un pasaje que yo ni siquiera sabía que estaba ahí hasta ese momento y que, obviamente, tampoco se me había ocurrido coger. Y entonces, sin esperármelo, de repente giré y salí de la amplia avenida para entrar en el pequeño pasaje; un giro inesperado, tan brusco que, si hubiera estado de verdad en una ciudad y hubiera hecho ese giro con el coche, se habría oído un fuerte chirrido de ruedas.

Y así fue como ocurrió: de asesino de Leo Frank pasé a convertirme en su salvador.

Signor [...], usted me dijo antes de que nos separáramos en Ginebra que pensaba que Terranova había hecho «lo que haría una buena persona». Lo dijo *usted*, sí, usted, el mismo que en la *casa per anziani* afirmó que no deberíamos «ponerle etiquetas» a la gente para calificarla como «buena» o «mala». Pero, llegado el momento, usted fue quien le puso una «etiqueta» a Peppe Terranova, el nombre por el que me conocía usted entonces, por haber salvado a Leo Frank. Y si no se cree lo que le digo, escuche el casete. Lo dice alto y claro: «una buena persona».

No puedo dejar de estar de acuerdo con usted en que hice «lo que haría una buena persona» con Leo Frank. Y también acepto esa afirmación teniendo en cuenta que, si al final Leo consiguió entender lo que había pasado en la playa de los cocodrilos y deducir quién era en realidad ese «Rico Ginsburg», que era el asesino elegido por Lupo, Leo Frank debió de concluir que había sido una especie de milagro y que Dios

mismo, «el Gristo», como decía su Ángel, y varios escuadrones de santos habían bajado del cielo esa mañana para esperarnos en ese recodo del río Ogooué y me habían sometido a una descarga de muchos millones de voltios de buena voluntad, o amor cristiano, o lo que fuera, para que yo acabara salvándole a él, su hijo amado. Por cierto, *signore*, si le sorprende que diga «si al final Leo consiguió entender», le explico que lo digo porque lo que el pobre diablo pasó allí, en el agua, con los cocodrilos yendo directos a por él, fue tan aterrador que tal vez se quedó total y definitivamente confuso sobre el episodio, como le ocurre a la gente a veces, y puede que lo único que recuerde sea lo que le dije yo en el muelle, es decir, que tuvo un «accidente» y cayó al agua con los cocodrilos, pero por suerte la Divina Providencia hizo que su «buen amigo Rico» llevara un arma en el bolsillo.

También tengo que aceptar, *signor* [...], más que nada porque es demasiado obvio, que matar a los cocodrilos en vez de a Leo Frank fue una verdadera *voltafaccia* por mi parte, un giro de ciento ochenta grados con respecto a mi plan, no solo en cuanto a la «película» que había ideado la noche anterior sino en cuanto a los últimos treinta y dos años de mi vida que precedieron a ese momento. ¿Pero qué me hizo cambiar de dirección tan drásticamente? ¿Por qué decidí hacer ese giro? ¿Qué pensé en ese último momento crucial?

Bueno, para empezar le daré la respuesta sencilla: no pensé en nada. Lo que quiero decir es que, si una «vocecilla interior» me hubiese preguntado justo en ese momento, mientras estaba sacando mi 357 Magnum, por qué lo hacía, la habría ignorado o le habría dicho que se callara o algo así. Y si me pregunta ahora por aquel momento, he de decirle que simplemente no pensé antes de sacar el arma, cuando vi que el primer cocodrilo estaba a punto de arrancarle la cabeza a Leo (no tuve tiempo, en realidad), ni entablé tampoco un debate conmigo mismo, ni siquiera uno breve, nada de eso que llaman «lucha interna», con una versión mía en forma de angelito y otra en forma de diablillo sobre mi cabeza, como en unos dibujos animados que recuerdo ahora, en los que un angelito y un diablillo perrunos se pelean en el alma de Pluto, el perro de Mickey Mouse, a cuenta de si salvar a un gatito o no. Yo no experimenté nada de eso.

Pero si esa «vocecilla interior», asumiendo que exista, me hubiera preguntado justo en el momento en que estaba a punto de hacerlo por qué hice lo que hice a continuación (me refiero a justo después de que Leo Frank me dejara en Ndjolé), sí que tendría una respuesta clara para ella: «Vocecita, lo hago para salvarme el pellejo», le habría dicho. O, volviendo a la metáfora que relaciona la vida con una ciudad, puedo decirle que, aunque en la playa de los cocodrilos hice un giro repentino, brusco e inesperado que me alejó de mi rumbo, supe exactamente adónde iba a ir justo después (y allí es adonde fui). Es más, supe con total claridad que iba por una calle de una sola dirección, en la que solo podía seguir hacia delante, todo recto y muy rápido. Porque si me paraba o reducía la velocidad un momento, una enorme furgoneta que venía detrás de mí acelerando se me iba a llevar por delante.

Esto es lo que hice después de que Leo Frank me dejara en el muelle de Ndjolé. Fui directo a la habitación donde había dejado a Mickey, el irlandés. El *brutto* estaba durmiendo, sucio y sin afeitarse, como el holgazán que era. Lo desperté diciéndole algo así como: «Ven, muchacho. *Zio* Peppe te va a llevar a ver lo que has venido a buscar». «Oh, ¿haz hecho el trabajo, por fin?», preguntó el *brutto* con su ceceo. «Claro», contesté, salí de la habitación y eché a andar. Él vino corriendo detrás de mí, subiéndose los pantalones. Cogí un camino de gravilla que se adentraba en la jungla. Procuré andar un poco por detrás del *brutto* en todo momento, por seguridad. Después, cuando estábamos bastante lejos del pueblo, me detuve y dije que quería echar una meada.

Justo antes de entrar en la habitación del *brutto*, había tenido la precaución de sacar la 357 Magnum que tenía guardada bajo el cinturón, junto a la cadera, y colocarla justo bajo la hebilla, de forma que la postura que hay que adoptar para orinar me resultaba ideal para cogerla. Me acerqué a un árbol, me bajé la bragueta y meé un poco; el *brutto* oyó el siseo de la orina y se quedó tranquilo. Pero entonces me volví hacia él.

Y en la mano no tenía mi miembro, sino la pistola.

—¿Qué coño ez ezo? —preguntó.

—Una 357 Magnum, Mickey —contesté—. Da tres pasos hacia atrás y siéntate en el suelo con las manos detrás de la cabeza.

Pero el *brutto*, como era idiota, se lanzó a por mí y yo disparé. Le apunté a la parte externa del muslo. No quería matarlo, al menos no hasta que me hubiera enterado de un par de cosas. Él cayó, gimiendo y soltando maldiciones. Yo le hice las preguntas que tenía mientras le apuntaba a las pelotas; mi experiencia me dice que cualquier hombre se siente más incómodo si le apuntas ahí que si le pones la pistola en la cara.

Le voy a contar lo que me dijo en pocas palabras y voy a añadir unas cuantas cosas de las que me enteré después, preguntando por ahí tras volver a casa, porque el *brutto* era demasiado imbécil para conocer todos los detalles.

Ese John Basil Junior, ese abogado, gozaba de una salud perfecta cuando lo vi en su despacho de Chicago (algo que sospechaba, pero de lo que no estaba seguro). Su único problema, y uno bien grande, era que se había metido en un chanchullo enorme que había salido mal y que le debía un millón de pavos al mayor usurero de Chicago, que tenía en plantilla a los matones de la familia Gozzoli. El usurero le había dado tres meses para pagar o los Gozzoli se harían cargo del asunto (bueno, en cierto modo no mentía cuando dijo que le quedaban tres meses de vida). Así que Junior decidió utilizar el dinero de Lupo, o sea, *mi* dinero, para pagar su deuda. El *capo* había dejado el dinero a cargo de su abuelo; cuando él murió, pasó a estar bajo la custodia de su padre, y cuando su padre pasó a mejor vida, mis honorarios por matar al hermano Frank número tres quedaron en sus manos. Déjeme hacer un paréntesis en este punto, *signore*, para decirle que, cuando le conté la historia, le di al *capo* el nombre falso de

«Lupo» por una razón, y fue que era despiadado como un verdadero lobo. Pero también podía haberlo llamado «Volpe», porque también era astuto como un zorro. Se había asegurado de vincular los pagos por matar a cada hermano Frank a un montón de contratos y fideicomisos y no sé qué más para tener la total garantía de que su última voluntad se cumplía hasta el final, aunque hubiera pasado mucho tiempo tras su muerte. Eso significaba que, fuera quien fuera su delegado a la hora de supervisar todo el tema (Junior en esa época), no podría poner sus manos sobre la última parte del dinero, y la más cuantiosa, hasta que tuviera pruebas de que el tercer hermano Frank estaba muerto. Esa prueba sería suficiente para que el dinero quedara disponible para Junior. Pero para poder quedárselo, tendría que eliminar a su legítimo propietario, o sea, yo, porque, como ya sabía unas cuantas cosas sobre mí, seguro que se hacía a la idea de que no me iba a gustar que me engañaran. Y por eso decidió que el *brutto* viniera conmigo cuando fui a completar el trabajo.

—Qué misión más bonita y más fácil te habían encomendado, Mickey, muchacho —le dije después de que me contara todo lo que sabía—. Después de asegurarte de que había acabado con Leo Frank, tú tenías que acabar conmigo.

—El zeñor Bazil ez mi jefe, eztúpido hijo de puta —dijo el *brutto*, como si su lealtad le honrara—. ¿Qué iba a hacer, decirle que no? Y ademáz, me prometió cincuenta de los grandez por quitarte de en medio. ¿Qué habríaz hecho tú en mi lugar, eh?

—No sé que habría hecho en tu lugar, amigo —confesé—. Pero sí sé lo que voy a hacer en el mío.

Entonces le disparé en medio de la frente, justo encima de su enorme narizota. Después arrastré su cuerpo hacia el interior de la jungla (y pesaba, *signore*, ¡casi me sale una hernia!), con cuidado de no pisar alguna de esas serpientes como se llamen de Gabón, lo cubrí con ramas y allí lo deje, deseándole buen provecho a los chacales, las hienas y los buitres.

Dos días después volví a Estados Unidos. Desde el aeropuerto de Idlewild en Nueva York cogí un taxi hasta una de esas tiendas de suministros de teatro de la calle Cuarenta y Dos y compré una peluca y unas gafas. Al día siguiente a mediodía cogí un avión a Chicago utilizando un carné de conducir falso. Cuando llegué allí, en el baño del aeropuerto me puse la peluca, las gafas y saqué la 357 Magnum del fondo de mi bolsa^[3]. Después alquilé un coche y fui hasta la ciudad. Desde una cabina que había cerca del edificio elegante donde John Basil Junior tenía su despacho, llamé y pregunté por él dando un nombre falso. Una secretaria me dijo que estaba en una reunión. Aparqué el coche cerca de la salida del garaje del edificio y esperé.

Un poco después de las seis de la tarde, vi salir a Junior conduciendo el Cadillac Sedan, el mismo con el que el *brutto* me había recogido en Union Station en mi visita anterior. Iba solo. Lo seguí desde lejos, dejando que hubiera un coche, o dos incluso, entre el suyo y el mío. Salió del centro de la ciudad y se dirigió a uno de los barrios residenciales pijos. Yo reduje la distancia entre los dos coches. En la primera calle

vacía en la que el semáforo se puso en rojo y le obligó a detener el Cadillac, yo, que iba justo detrás, salí del coche. Estaba oscuro, hacía mucho frío (el tiempo de Chicago...) y no había nadie en la calle. Fui hasta el Cadillac y le disparé a Junior a través de la ventanilla. La bala la hizo añicos y cumplió perfectamente su función. Pero no me quedé contento con eso y después metí la mano por la ventanilla, coloqué la 357 en la boca de Junior y le disparé otra vez a ese cabrón. Ahora que lo pienso, si se hubieran inventado las armas en la época de Dante, estoy seguro de que él habría hecho que castigaran así en el infierno a todos los mentirosos: con un diablo disparándoles una y otra vez en la boca durante toda la eternidad.

No hace falta aclarar que matar a Junior significaba que no iba a conseguir el millón ochocientos cincuenta mil dólares, lo que quedaba de mis honorarios. Pero, como ya sabía, no iban a llegar a mis manos de todas formas porque él había decidido robarme.

Desde Chicago cogí un avión a Nueva York.

Todavía recuerdo ese vuelo como un momento verdaderamente fantástico de mi vida. Era la primera vez que podía relajarme en mucho mucho tiempo. Le pedí un *bourbon* doble a la guapa azafata y brindé por mí mismo, pero por el *Ulisse* que había en mí, no por el *Ercole*. Eso es. Sabiendo lo que sabía entonces, bebí por el tipo que había sido más listo que esa escoria de Chicago, ese abogado con toda su universidad a sus espaldas y su bonito título de Derecho colgado en la pared del despacho.

Como sabe, *signor* [...], nunca me he disculpado por las cosas que he hecho en mi vida, ni cuando le estaba contando la historia, ni tampoco lo voy a hacer en esta carta. Sobre todo no he pedido perdón por la gente que he matado, principalmente porque no hay ninguna disculpa para eso (al menos no una que pueda convencer a alguien como usted). Pero estoy seguro, que incluso usted entenderá que tenía que matar a esos dos, al *brutto* y a Junior, porque si no los hubiera matado, ellos me habrían matado a mí. ¿Y quién, aparte de un verdadero santo, puede permitir algo así? Un hombre no tiene que ser un matón para creer en la verdad que hay en un proverbio que le oí una vez en Newport a un pescador griego que conocía: «Es mejor que te quiten dos que cuatro».

Dormí en el tren nocturno que iba de Nueva York a Boston y cogí el primer autobús a Newport que salía por la mañana. Llegué a casa justo cuando Ekaterina estaba terminando de desayunar. Nunca había estado tan contento de volver y ella nunca había estado tan feliz de darme la bienvenida, sobre todo porque le dije después de besarla: «Ya no me voy a volver a ir a ninguna parte, *bella*». Ella sabía que solo la llamaba así cuando estaba de muy buen humor. «Nunca más, a menos que tú te vengas conmigo para ir a ver las cataratas del Niágara, París o cualquier otro sitio que quieras».

Y retomé mi vida familiar y mi trabajo, la única vida que me quedaba para entonces. Dejé todo mi pasado atrás. Ya no lo necesitaba. Porque ¿qué más puede pedirle a la vida un hombre que tenía todas las cosas de las que yo disfrutaba en ese

momento? Se lo voy a decir, querido *signor* [...], y escuche bien mis palabras: nada.

Pero volvamos a su pregunta sobre el porqué de mis acciones en la playa de los cocodrilos.

Francaamente, a mí también me desconcertó durante un tiempo; de hecho eso me persiguió durante un par de semanas en el otoño de 1951, seis meses después de volver de África. La verdad es que desde los primeros días tras mi regreso tuve la extraña sensación de que lo que había hecho al salvar a Leo Frank no era propio de mí, no tenía nada que ver con la persona que había sido toda mi vida. Aun así, no soy un hombre dado a mirarme mucho el ombligo, ni a hacerme preguntas sobre la «condición humana» ni esas mierdas, y por eso no me paré a pensarlo detenidamente (al principio no, al menos). Como sabía que, gracias a como salieron las cosas, me había librado de las maquinaciones de ese abogado hijo de puta de Chicago, que me quería muerto, no quise preocuparme más por el pasado.

Pero entonces sucedió algo que me obligó a ponerme a reflexionar sobre ello. Fue a principios de octubre, época en que la actividad en el restaurante bajó un poco, como todos los años por esas fechas, cuando tuve una pesadilla una noche y a la noche siguiente tuve otra vez más o menos el mismo sueño. Yo nunca he sido el tipo de hombre que cree en esos cuentos de abuelas, esas bobadas que dicen que «los sueños son mensajes de los muertos», o que «los sueños predicen el futuro», o cosas por el estilo. Pero en el pasado, cuando un sueño o una pesadilla persistía, cuando se repetía una y otra vez, era porque tenía un propósito, una utilidad. En otros momentos de mi vida solo había tenido ese tipo de sueños cuando estaba en un verdadero aprieto operativo, por ejemplo en la época en la que Al Frank se encerró en su casa de Long Island, o después, cuando Calo y Pinza perdieron a Nick Frank en París y yo me quedé sin forma de localizarlo. En esos casos me di cuenta de que los sueños funcionaban como acicates, eran una forma que había encontrado mi cerebro de azuzarme, de no dejarme descansar hasta que encontrara una solución al problema. Pero cuando llegaron los sueños ese otoño, no tenía ningún problema que resolver. Lo hecho hecho estaba y no había más que hacer. ¿Entonces hacia dónde quería dirigirme ese sueño que se repetía una y otra vez, por qué quería azuzarme?

Supongo que será mejor que le cuente el sueño.

Estoy en una ciudad que no conozco, aunque al principio del sueño se parece un poco al Brooklyn en el que crecí. Pero según avanza el sueño, se va convirtiendo gradualmente en un gueto infinito, un cruce entre las partes más sórdidas de Brooklyn y Ndjolé, pero mucho más sucio y más lleno de gente que Ndjolé, con edificios más altos y todo oscuro, como si estuviera viviendo en un anochecer permanente. Es un lugar que se extiende en todas direcciones, como un laberinto. Allí hay unos tipos que vienen detrás de mí, me persiguen, y yo voy de acá para allá, intentando escapar. Son gente de la mafia, claramente, pero no reconozco a ninguno, aunque consigo verlos algunas veces. Eso me resulta extraño, tanto que dentro del sueño pienso: «¿Quiénes son esos tipos? ¿Por qué no los conozco?». Así que echo a correr por calles estrechas,

que se van haciendo aún más estrechas, y yo me voy quedando sin aliento. Voy por callejones, salto vallas, cruzo jardines, una vez incluso me meto en una casa destartalada en la que hay una familia cenando sentada a la mesa, después cruzo un patio lleno de chatarra, escalo un muro bajo y húmedo y las manos se me llenan de un barro pegajoso. Sigo corriendo, me caigo, me levanto y no dejo de correr, hasta que al final llego a un callejón sin salida. Y cuando llego al final de ese callejón, cuando me doy cuenta de que no tiene salida, ahí aparece de repente mi *capo*, ese hombre que he llamado Lupo, sentado en el sillón de su casa de Brooklyn, el sillón en el que estaba sentado cuando me encargó la ejecución de la venganza de su hijo.

Y en el sueño levanta la mano, me señala con un dedo, un dedo huesudo y largo, y con una mueca terrible en la cara, llena de odio, dice en un susurro que no sé por qué parece muy alto, una especie de murmullo ensordecedor: «traidor». Solo esa palabra.

La primera vez que tuve el sueño me desperté en ese momento. Era de madrugada. Ekaterina estaba tranquilamente dormida a mi lado, respirando despacio. Así que me levanté, procurando no despertarla, bajé a la cocina, me comí un poco de chocolate que había en la nevera (siempre teníamos algo para los nietos) y estuve un rato viendo una película antigua en la tele para tranquilizarme.

Pero a la noche siguiente volví a tener más o menos el mismo sueño. Y se repitió en las noches que siguieron, una y otra vez, solo con leves variaciones. Siempre ese lugar enorme, oscuro, como un laberinto, esa ciudad, ese gueto o lo que fuera, siempre alguien persiguiéndome. A veces tenía finales diferentes, aunque similares: en vez de enfrentarme a Lupo, me llevaban a un juzgado donde los jurados eran algunos viejos mafiosos, unos cuantos Pete Mostacho como mi padre adoptivo. Al verlos, deduje que tal vez por eso no reconocía a los hombres que me perseguían por la ciudad, o el gueto, o lo que fuera: porque se trataba de gánsteres viejos, otra generación que ya había desaparecido. En el juzgado, yo era el acusado y me juzgaban por «alta traición», algo similar a cuando me encontraba con el viejo *capo* y me decía esa única palabra. Y en uno de los sueños (el que más miedo me dio de todos) la sentencia era «muerte por mordimiento» (las palabras de los sueños, siempre extrañas); un tipo muy viejo, un Pete Mostacho, la dictó. Después me llevaron a un lago subterráneo y me tiraron al agua, donde me encontré rodeado de cocodrilos. Busqué como loco mi revólver debajo del cinturón, pero no lo tenía, y pensé una de esas locuras que se piensan en los sueños: «ese maldito Ángel lo ha perdido, no lo ha guardado en mi maleta». Entonces un cocodrilo gigante abrió la boca y vino directo hacia mí. En ese momento me desperté sobresaltado, gritando. Fue la única vez que desperté a Ekaterina.

Los sueños duraron un par de semanas. No dormía bien por su culpa y durante el día estaba de mal humor. Quería que pararan. Por eso, tras unas cuantas noches padeciéndolos, empecé a dar largos paseos por las mañanas, y a veces también por las noches, después del trabajo, como hacía en los viejos tiempos cuando planeaba una

operación.

Durante esos paseos repasé mentalmente una y otra vez lo que ocurrió en la playa de los cocodrilos, intentando entender por qué hice lo que hice; creía que, si lo entendía, los sueños me dejarían en paz, como ocurría en el pasado cuando encontraba una respuesta a la pregunta sobre lo que iba a hacer después o cómo planear la siguiente operación. Pero ya no había operación que planear. En aquel momento me dije que planear era al futuro lo que comprender al pasado: una forma de poner orden en el lío de la vida.

Por encima de todo estaba eso de «traidor» del primer sueño y lo de la «alta traición» en los otros; eso era lo que más me martirizaba. Porque en el mundo en que yo crecí, ser un traidor era el peor pecado que un hombre podía cometer. ¿Pero me sentía un traidor por el día, cuando estaba despierto, por haber salvado a Leo Frank? La verdad es que no. Ni lo más mínimo. No antes de que llegaran esos sueños.

Hasta entonces yo lo había visto así: era cierto que le había jurado a mi *capo* que iba a ejecutar su *maledizione* hasta el final, una tarea a la que había dedicado la mayor parte de mi vida sin apartarme del camino ni una vez, ni un momento. Hasta que salvé al último hermano. ¿Pero había roto el juramento que le había hecho a mi *capo* al hacerlo? En otras circunstancias habría respondido, sin dudarle un segundo, que por supuesto que sí.

Pero esto era diferente.

Mire, *signor* [...], yo era un hombre al que le habían enseñado a poner por encima de todo la lealtad: la lealtad a los míos, a mi gente. Pero para que la lealtad tenga sentido, tiene que estar presente en ambas partes. Quiero decir que solo se le debe lealtad a los que son leales contigo también. Y eso no se había dado en este caso. El juramento a mi *capo* lo había roto ese cabrón de John Basil Junior. Él era el único hombre que tenía poder para darme órdenes sobre mi misión, atendiendo a las últimas voluntades de mi *capo*. Y él había intentado engañarme. La lealtad es como la virginidad: se pierde una vez y nunca se recupera. Mi *capo* debería haber elegido mejor familia para confiarle la importante tarea de vigilar la ejecución de su venganza. Junior me traicionó, así que yo no tenía por qué obedecer sus órdenes. Eso fue más o menos lo que pensé aquella primavera, cuando volví a casa, y por eso estaba tan contento cuando brindé por mí con el *bourbon* doble en el vuelo de Chicago a Nueva York, después de matar a Junior. Él me había tendido una trampa, pero yo había sido más listo.

Signor [...], tras haber oído toda mi historia, creo que ya se habrá dado cuenta de que soy un hombre muy lógico. Y no estoy fanfarroneando. Solo quiero decir con eso que en la cabeza tengo un cerebro que funciona (o al menos lo tenía cuando era joven) y siempre he sabido cómo utilizarlo, y lo he hecho cuando era necesario. Pero en lo que respecta a mis acciones en la playa de los cocodrilos, ese octubre, durante mis largos paseos junto al mar instigados por esos malditos sueños, tuve que admitir una cierta incoherencia, un cierto defecto en la forma de pensar por mi parte. Porque

la verdad es que descubrí que Junior quería acabar conmigo *después* de haber matado a los cocodrilos del Nilo. ¿Entonces cómo podía ser eso la causa de mis acciones cuando salvé a Leo Frank? La causa no puede llegar después del efecto, ni el carro ir delante de los bueyes.

Seguí intentando reflexionar sistemáticamente durante esos paseos y encontré algo parecido a una respuesta a esa incoherencia: aunque no sabía lo de la traición de Junior con seguridad antes de que Mickey, el irlandés, me lo confesara ese día con mi 357 apuntándole a las pelotas, sí que tenía muchas sospechas y una especie de presentimiento al respecto. Y acerté. Como le he dicho, ese Junior parecía demasiado sano para estar sufriendo una enfermedad terminal cuando lo vi en Chicago, y que me enviara a Gabón con una niñera era algo que definitivamente olía mal. ¿Pero qué peso tenía ese presentimiento? ¿Era lo bastante fuerte para hacerme pensar que Junior se estaba guardando un as en la manga y planeaba robarme el dinero y que ese *brutto* me matara? No, seguro que no, porque si lo hubiera sido, habría actuado antes: habría arrinconado a Mickey, el irlandés, y lo habría interrogado antes de seguir con el plan de matar a Leo Frank.

Siendo totalmente sincero conmigo mismo, tenía que admitir que ese presentimiento era una sospecha, nada más. Y durante mis primeros paseos junto al mar llegué a la conclusión, una conclusión muy conveniente, tengo que admitirlo, de que ese era el mensaje que me estaban transmitiendo las pesadillas, un mensaje de mi mente, un acicate que me azuzaba para que me enfrentara a la situación y comprendiera que había justificado ante mí mismo mis acciones para salvar a Leo Frank con una excusa muy floja y no con una razón válida y auténtica.

Y creo que por eso me molestaban tanto esas acusaciones de «traición» que sufría en los sueños; eran acusaciones que una parte de mí muy pequeña, o no tan pequeña, se tomaba muy en serio.

Por eso, mientras paseaba junto al mar durante los días y las noches siguientes, empecé a considerar otras posibles razones para lo que hice en la playa de los cocodrilos, razones lo bastante buenas como para hacerme abandonar mi sentido de la lealtad, mi juramento al *capo*. Era cierto que ese presentimiento sobre Junior había influido un poco, pero tenía que haber algo más, algo muy serio.

Utilicé mi método habitual, el de ir descartando opciones que demostraran ser absurdas.

Primero pensé en una que me gustaba un poco, que era que en la playa de los cocodrilos me había encontrado, sin planearlo, en una situación en la que un hombre, cualquier hombre, solo por serlo, habría reaccionado de la misma forma que yo. Me refiero a la situación de ver a otro hombre, fuera quien fuera, a punto de ser devorado por una bestia. ¿Era posible que esa escena hubiera despertado en mí algo antiguo, algo de cuando todos nos cubríamos con pieles de ciervo y solo nos preocupábamos de salvar nuestro pellejo y el de los nuestros, los de nuestra tribu, de un oso o un dientes de sable? Sí, mi decisión de matar a los cocodrilos había sido un instinto; ver

los dientes de esa bestia, ese enorme cocodrilo, a punto de arrancarle la cabeza a un hombre tuvo el mismo efecto en mi mente que tiene el martillito de un médico al golpear una rodilla para comprobar tus reflejos. Con el golpecito, la pierna se mueve; en mi caso, yo fui instintivamente a coger la pistola. ¿Podía ser que Leo Frank debiera su salvación a un reflejo? Esa solución no me parecía del todo absurda.

Entonces empecé a pensar en otra: que estar haciendo de «amigo Rico» sin parar durante todo el tiempo que llevaba en Gabón me había confundido, que eso de *ser él* todo el día, como un buen actor, había hecho que se mezclaran mis dos yoés: el real, el de «Terranova», y el falso, el de «Ginsburg». La fuerza de la costumbre, por así decirlo. Haces de amigo Rico durante dos semanas y entonces ves a Leo Frank en el agua, a punto de que se lo coman vivo, y de repente, sin darte cuenta, lo que ves es a tu amigo Leo, y como tú eres el amigo Rico, el Rico pequeñito que tienes dentro te hace sacar la pistola y disparar a los cocodrilos. ¿Era eso absurdo?

Bueno, no del todo, pero tengo que confesar que me gustaba menos que las otras opciones, porque, si eso fuera cierto, significaría que en ese momento estaba siendo más idiota de lo que lo había sido en cualquier otro momento de mi vida. Porque solo los imbéciles dejan que se mezcle lo fingido con lo real.

Pero también había una opción final, *signor* [...]. La más simple, pero la más difícil de digerir: ¿podría haber sido yo el que actuó como lo hizo en la Playa de los cocodrilos? ¿Yo, sin actuar bajo la influencia de un reflejo, mi yo auténtico, no mi yo Ginsburg, solo yo, sabiendo perfectamente lo que hacía cuando lo hice?

La única razón que podía explicar eso era que me hubiera afectado lo que había vivido durante las últimas dos semanas. Vale, El hogar del amor era un nombre sensiblero, mucho, y todo eso de «Nuestro Señor» que Leo y su «Ángel» Hermine no dejaban de soltar por sus bocas a veces me daba ganas de vomitar, pero cuando ese otoño, mientras paseaba junto al mar, pensé de nuevo en los días que pasé allí, supe que había algo en el aire de aquel lugar (aparte de las malditas moscas, claro), algo que me había llegado muy adentro, tal vez porque ya no era joven o porque ya era *nonno* por quintuplicado. ¿Podía ser eso cierto? ¿Podría ser que esos niños negros, la niña escuálida especialmente, me hubieran recordado a mis nietos, por la fuerza de la costumbre otra vez, la costumbre de ser abuelo? Y eso en aquel momento, en la playa de los cocodrilos, me había vuelto... ¿qué? ¿Blando? ¿A mí? O, por decirlo en los términos que utilizaría Leo Frank, en lenguaje *fifi*, tal vez me había despertado esa mañana en Belle Époque habiendo realizado sin saberlo mi propia metamorfosis para convertirme en algo diferente de lo que había sido hasta el momento. Incluso, tal vez, en una buena persona.

Lo siento, pero no puedo darle una respuesta clara para esto. Lo único que puedo decirle es que, tras un par de semanas dándole vueltas a todas esas opciones en mi cabeza, acabé muy enfadado conmigo mismo; enfadado por estar perdiendo el tiempo con esas ideas en vez de pasarlo con mi familia, o en el restaurante, o restaurando un bonito mueble para Ekaterina. No había encontrado una respuesta a mi pregunta, que

es la misma que me hizo usted, *signor* [...], pero al final decidí por la fuerza (no de la costumbre esta vez, sino de voluntad) dejar a un lado la pregunta y mis intentos por encontrar una respuesta. Recuerdo que cuando lo decidí, era la noche de Halloween, bastante tarde; Ekaterina ya estaba durmiendo arriba y yo estaba mirando fijamente el fuego del salón y comiendo una manzana de caramelo que me habían dado mis nietos, una especie de *pizzo* por mi protección, tras haberles acompañado en su salida en busca de «truco o trato».

Los sueños se volvieron menos frecuentes después de eso. «Pues si tengo que soñar, soñaré», me dije. Ya se detendrían en algún momento. Y aunque no lo hicieran, ¿qué problema había? Venían de otro mundo, un mundo que ya no existía para mí. Ellos hacían su trabajo y yo seguiría con el mío.

Después llegó Acción de Gracias y comimos el pavo en casa de mi yerno. Y por fin entramos en mi época favorita del año: diciembre y las vacaciones navideñas, cuando mi Maria-Teresa, «mi hija, la doctora», llegaba a casa para pasar las fiestas. Y, como hacía todos los años, reuní a toda mi familia en casa el día de Navidad. Estaban todos allí: mi mujer, mis hijos, mi yerno, mi nuera y mis nietos. Pasamos un rato maravilloso. Ahora me parece una escena sacada de un cuento de hadas de los de antes... Parece que brilla por la purpurina y todo. Intercambiamos regalos, comimos pavo y pudín de Navidad, todas esas cosas americanas, y también disfrutamos de unos cuantos extras italianos, como un *risotto* de castañas y pasas, una invención de mi hijo, y también esa *Torta alla Monferrina* que a Ekaterina le salía tan bien. Bebimos vino Barbaresco. Y entonces Stella, a la que yo llamaba Stellina, mi nieta menor, que en aquel momento tenía dos años y medio, pidió gorgonzola... ¿Ha oído alguna vez algo así, *signore*? ¿Una niña tan pequeña a la que le gusta el gorgonzola?

Dijo más bien algo así como «gogodola», y lo quiso de repente. Le dio una rabieta cuando le dijimos que no había. Su madre, como una verdadera *mamma*, intentó que se conformara y se callara. Pero yo, como un verdadero *nonno*, quise darle el capricho. Así que me ofrecí a ir al restaurante, que estaba cerrado durante las fiestas, y traerle un poco (había llegado un gorgonzola estupendo de Brescia justo esa semana). Mi hija dijo que ni hablar y Stellina lloró un poco más, así que les dije que iba a ir por mucho que su *mamma* me dijera que no y que estaba consintiendo a su hija. Pero entonces, para vengarse de Stellina por haber conseguido lo que quería, mi hija dijo: «Muy bien, pero vas a ir con el *nonno*, para ayudarlo». Aunque eso no era una venganza en realidad, porque a Stellina le encantaba estar conmigo. Y entonces como mi coche, que estaba aparcado justo delante de la casa, no arrancaba, mi yerno me dio las llaves del suyo, que estaba aparcado a una manzana, y yo cogí a Stellina, me la subí sobre los hombros y nos fuimos los dos.

Llegamos al restaurante, abrí y encontré el gorgonzola en la nevera. Stellina se rio al ver lo grande que era el queso e insistió en que nos lo lleváramos a casa entero, a pesar de que pesaba más de cinco kilos. Así que lo cogimos, añadimos unos *grissini* que también le apetecían a Stellina y nos subimos al coche para volver.

Estábamos a poco más de un kilómetro de mi casa cuando el cielo se iluminó. El ruido llegó un par de segundos después. Supe instantáneamente qué había pasado, pero conduje lo más rápido que pude deseando, esperando, estar equivocado, rezando para que alguien hubiera sobrevivido. Pero no se salvó nadie. En el lugar donde había estado mi casa, mi preciosa casa, solo quedaba un enorme agujero. Todos, todas las personas que amaba en el mundo, estaban muertos. Excepto Stellina, claro, que estaba a mi lado y no paraba de chillar.

Los policías (unos chicos locales bastante estúpidos y un par de federales que vinieron de Boston) me hicieron preguntas sin parar durante unas horas. ¿Sabía quién era el objetivo? Claro que sí: yo, y también mi familia, pero eso solo para que hiciera un impacto mayor, para que sirviera de advertencia para otros. ¿Sabía quién estaba detrás de la explosión? Claro que sí: la familia Gozzoli, de Chicago. ¿Sabía por qué lo habían hecho? Sí: para castigarme por matar a ese abogado corrupto, a ese Junior, y con esa acción haber dejado al usurero al que protegían sin su dinero.

Los federales vieron que conocía las respuestas, pero como también sabían quién era, comprendieron que no se las iba a dar. Antes de soltarme me dijeron que, al mismo tiempo que había estallado la bomba en mi casa, dos antiguos conocidos míos, un tal «Calo Russo» y otro llamado «Giuliano Nonno, alias Pinza», habían muerto en Brooklyn, el primero degollado y el segundo de un disparo.

No me quedé a honrar a los difuntos. Dejé dinero e instrucciones para los funerales, pero no asistí. Era demasiado peligroso. Y era más importante la responsabilidad que tenía con los vivos.

Así que me llevé a la niña, a mi Stellina, y desaparecí. Me costó un tiempo encontrar un lugar seguro. Pero lo logré. Y ahora, mientras escribo estas últimas palabras, siento una infinita gratitud hacia aquellos que la cuidaron durante todos esos años y la criaron bien. Y también estoy agradecido con los que están cerca de ella ahora y la quieren como se merece. Está segura. Mi pasado no puede alcanzarla. Es una buena mujer, nada que ver con su *nonno*, que, a pesar de que es la peor de las escorias, está muy orgulloso de ella. Al final he podido tener la felicidad definitiva en mi vida, que ha sido verla y hablar con ella, aunque ella no sabía quién era cuando hablamos (pero sí lo sabe ahora que me he ido). Y también conoce mi historia gracias a usted y a su aparato grabador, mi querido *signor* [...]. Deseaba desesperadamente que la conociera, sobre todo por el final, por lo que ocurrió aquella mañana, en la primavera de 1951, en la playa de los cocodrilos. Espero haberle dado algo para guardar con cariño mi recuerdo, que haya quedado algo bueno de mí al menos.

Y ahora tengo que decirle *addio* a usted. Y decirle que siempre que pienso en todo lo que he hecho en mi vida, no pienso nunca en la razón por la que lo hice. Porque no es la razón lo que cuenta, sino la acción. Y, sobre todo, el precio que se paga por ella.

Notas de la traductora

[1] El personaje de Joseph Koltai, como se comenta unas líneas atrás, tiene un marcado acento centroeuropeo, húngaro concretamente. El autor ha decidido reflejar los acentos de los personajes reproduciendo los rasgos fonéticos peculiares de su pronunciación en sus intervenciones. A la hora de recrear ese mismo efecto en español, en el caso de Koltai se ha elegido esta grafía con una gran profusión de tildes, que puede resultarle extraña al lector pero que pretende igualmente destacar las singularidades fonéticas del personaje: según las fuentes consultadas, es típico de los húngaros cuando hablan español suavizar el sonido jota, convirtiéndolo en ge o gu, y trasladar el acento a la primera sílaba de todas las palabras. <<

[2] Al igual que anteriormente con el personaje de Joseph Koltai, aquí el autor también ha decidido reflejar los acentos de los personajes reproduciendo los rasgos fonéticos peculiares de su pronunciación en sus intervenciones. Como Hermine es francoparlante, los rasgos fonéticos típicos de los franceses al hablar español son la conversión de las erres en ge o gu y la colocación del acento al final de las palabras, rasgos que se han intentado reproducir aquí siempre que habla Hermine. <<

[3] Puede que a los lectores modernos les parezca increíble que la gente fuera en avión con sus armas. Pero es cierto. Hasta mediados de los sesenta, los controles de seguridad en los aviones eran mínimos o, en la mayor parte de los casos, absolutamente inexistentes. <<